
REY
CEO DE LA
MAFIA
Mister Z

CONTENIDO

El León de la Mafia
DESCUBIERTAS
BIOGRAFÍA
LISTA DE REPRODUCCIÓN
NOTA
AGRADECIMIENTOS
SINOPSIS
SOBRE LA VERSIÓN QUE ESTÁS LEYENDO
PRÓLOGO
PARTE I
CAPÍTULO 1: LAS CARAS DE LA BESTIA
CAPÍTULO 2: EL CUADRO
CAPÍTULO 3: ERROR
CAPÍTULO 4: EN EL CAMPO DEL LEÓN
CAPÍTULO 5: UNA MUESTRA DE LAS PRESAS
CAPÍTULO 6: UN GOLPE RÁPIDO
CAPÍTULO 7: EL CERCO SE CIERRA
CAPÍTULO 8: REFLEXIONANDO
CAPÍTULO 9: DESPERTAR NEBULOSO
CAPÍTULO 10: ESA MIRADA
CAPÍTULO 11: DIENTE DE LEÓN

CAPÍTULO 12: DOS COCTELES
CAPÍTULO 13: RECOMPONERSE
CAPÍTULO 14: COEFICIENTE
CAPÍTULO 15: DESÁNIMO
PARTE II
CAPÍTULO 16: LA ILUSIÓN DEL ESCENARIO
CAPÍTULO 17: ÓRDENES DE ARRIBA
CAPÍTULO 18: INMOVILIZADA
CAPÍTULO 19: EL LADO GRIS
CAPÍTULO 20: ACORRALADA
CAPÍTULO 21: DEVOLUCIÓN DEL FAVOR
CAPÍTULO 22: MOVIMIENTOS PRECISOS
CAPÍTULO 23: AMANECER
CAPÍTULO 24: EN MEDIO DE LA NADA
CAPÍTULO 25: EN CUALQUIER LUGAR
CAPÍTULO 26: «YO ESTOY AQUÍ»
CAPÍTULO 27: SIN BRACHA
CAPÍTULO 28: TOM Y JERRY
CAPÍTULO 29: LO QUE HAY QUE HACER
CAPÍTULO 30: NUESTRO MOMENTO TAN ESPERADO
INTERLUDIO: SEGUEDU SEQUETU
PARTE III
CAPÍTULO 31: OFICIALMENTE SUYO
CAPÍTULO 32: EL RESTO
CAPÍTULO 33: A NUESTRA MANERA
CAPÍTULO 34: LEONA
CAPÍTULO 35: GUERRA FRÍA
CAPÍTULO 36: UN CUADRO EN EL JARDÍN
CAPÍTULO 37: AROMA DELICIOSO

CAPÍTULO 38: CLÁUSULAS Y MÁS CLÁUSULAS
CAPÍTULO 39: EL BOSQUE DENS
CAPÍTULO 40: HASTA QUE SALGA SANGRE
CAPÍTULO 41: EL INTERROGATORIO DE MI PADRE
CAPÍTULO 42: UNA PROMESA
CAPÍTULO 43: DESPERTAR
CAPÍTULO 44: INTERRUMPIDAS
INTERLUDIO: UNA NUEVA ERA
CAPÍTULO 45: LAS APUESTAS DEL LEÓN
PARTE FINAL
CAPÍTULO 46: UN DÍA DE SOL
CAPÍTULO 47: SIN CABOS SUELTOS
CAPÍTULO 48: EL HALCÓN
CAPÍTULO 49: UNA PAUSA
CAPÍTULO 50: ATENCIÓN
CAPÍTULO 51: EN UNA MESA CON ELLA
CAPÍTULO 52: HIJO
CAPÍTULO 53: ERRORES O ACERTOS
CAPÍTULO 54: CASA LLENA
CAPÍTULO 55: CHISPA
CAPÍTULO 56: BUENAS NOTICIAS
CAPÍTULO 57: UN BRINDIS POR LA VIDA
CAPÍTULO 58: CERCA
CAPÍTULO 59: LA PIEZA FINAL
CAPÍTULO 60: POR EL FUTURO
EPÍLOGO
FIN
PRÓXIMAMENTE
Libros de este autor

Escrito

Mister Z | @autor.misterz

Revisión

Ivana da Luz

Portada

Bruna Silva | @capistabrunasilva

Coordinación

Oswaldo, de 87 años

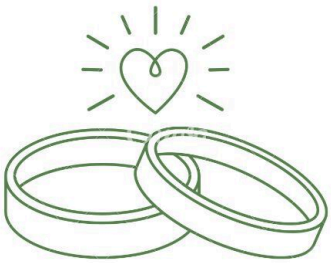
Versión

1.0

EL LEÓN DE LA MAFIA

Copyright © 2026 — Mister Z

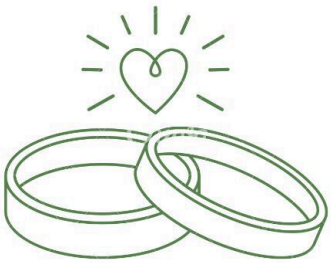
Texto redactado de acuerdo con las normas ortográficas de la lengua escrita. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera, ni por ningún medio, ya sea electrónico o físico, incluyendo fotocopias, grabaciones o sistemas de almacenamiento en bases de datos, sin permiso por escrito, con excepción de citas breves utilizadas en reseñas críticas, artículos o difusión en redes sociales.



DESCUBIERTAS

Clasificación: **+18**

- Escenas de sexo explícito (con aviso previo por si quieres saltarte la escena)
- Lenguaje inapropiado
- Violencia entre hombres
- Uso de armas de fuego
- Homicidio

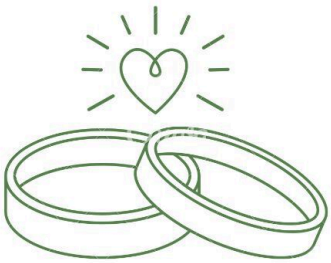


BIOGRAFÍA

Mister Z es el seudónimo de un escritor, casado y licenciado en Periodismo. Siguiendo el consejo de su esposa, comenzó a escribir novelas contemporáneas en 2023 y, desde entonces, ha conseguido millones de páginas leídas en KDP.

Su regla es sencilla e innegociable: al ser un hombre enamorado de su esposa, todos sus personajes también transmiten esa intensidad en las novelas que escribe.

Instagram: @autor.misterz



LISTA DE REPRODUCCIÓN

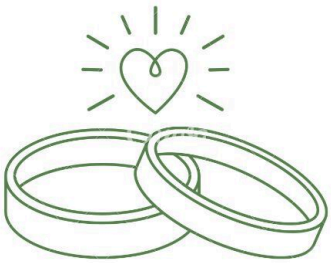
¡Escucha la lista de reproducción en Spotify!

¡He organizado una lista de canciones que escuché mientras escribía esta obra y también aquellas que expresan bien los sentimientos que envuelven a nuestros protagonistas!

Para acceder a la lista de reproducción mientras lees, solo tienes que escanear el código QR que aparece a continuación con la cámara de tu móvil:

Si lo prefieres, también puedes hacer clic aquí.

¡Que disfrutes de la lectura!



NOTA

¡Hola, querida lectora!

Si acabas de llegar aquí porque has recibido este libro en formato .pdf, .epub o .mobi por correo electrónico, Telegram, sitios web o cualquier otra red social: esta nota es para ti.

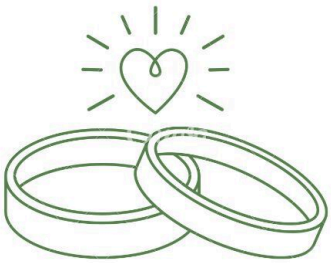
Ten en cuenta que esta obra está protegida por **la Ley n.º 9.610/98**, relativa a los derechos de autor, y que la divulgación de esta obra constituye un delito de piratería, según lo establecido en el **artículo 184 del Código Penal**, con una pena de **hasta cuatro años de prisión**, **además del pago de una multa**.

Aunque esto no te impida piratearlo, ten en cuenta que este libro está disponible en Kindle Unlimited.

Soy un escritor nacional e independiente, sin una editorial que me respalde, y además contrato servicios de lectura crítica, diseño de portada, revisión y maquetación para ofrecerte el mejor trabajo posible. Por desgracia, el amor por la literatura no paga mis facturas de luz, agua y comida… precisamente por eso estoy comercializando esta obra.

Si aun así decides leer el libro electrónico pirateado, por favor, no dejes de **apoyar mis redes sociales** dando «me gusta» a las publicaciones, comentando sobre el libro y recomendándolo a otras lectoras.

Por lo demás, ¡que disfrutes de la lectura!



AGRADECIMIENTOS

Si este libro está en tus manos, es porque he contado con buenas aliadas desde el inicio de este camino hasta el día de hoy.

Cuando decidí convertirme en escritor de novelas románticas, pensé que esto saldría muy mal. En primer lugar, porque no suelo leer este tipo de obras con frecuencia y, en segundo lugar, porque pensé que me juzgarían por ser un hombre que escribe estas historias.

Pero, afortunadamente, me equivoqué. Es extraño imaginar cuánto han cambiado las cosas (y siguen cambiando) desde que empecé a recorrer este camino. Y cuando uno se inicia en algo, es normal estar solo; en mi caso, no fue por mucho tiempo. A pesar del paso de los meses, veo que aún puedo contar con personas a las que estaré eternamente agradecido.

En el sencillo grupo de lectoras de WhatsApp que creé y pensé que no tendría ni un alma, fue donde conocí a personas fantásticas, a las que sin duda llevaré conmigo toda mi vida, ¡cada una con su singularidad y su fuerza! Y ese es el motivo del agradecimiento que aquí expreso.

¡Gracias de todo corazón a cada una de las lectoras del grupo y a las que no están! ¡Es un honor escribir para cada una de vosotras!

En especial, me gustaría dar las gracias a **algunas mujeres** que siguen conmigo hasta hoy en este arduo camino como escritor independiente en Brasil.

Por orden alfabético, son ellas:

¡Gracias, **Ana Castello**, por el simple hecho de existir! Por anteponer siempre mi salud mental a cualquier obra publicada y por recordarme que siempre puedo contar contigo. La Sra. Z y yo te estamos agradecidos cada día por tenerte en nuestras vidas.

Gracias, **Ana Carolina**, por tu apoyo de siempre y por dejar que el niño juegue bajo la lluvia. La lluvia me mejora el humor y apuesto a que al de tu hijo también. La libertad lo es todo.

Gracias, **Babi**, por enviarnos fotos de Hiverdoux y regalarnos todo tipo de figuritas en el grupo. Además, ¡recientemente descubrí que eres casi mi hermana gemela!

Gracias, **Elizabeth**, nuestra querida **Betchê**, por tenerme en tu radar y emocionarte con cada nueva aventura sobrenatural que me propongo escribir.

Gracias, **Fefe**, por ser siempre tan alocada y divertida. Aprendo mucho de ti. Sigue siendo tan alegre y radiante como solo tú sabes serlo. ¡Vrum Vrum!

Gracias, **Graci**, por tu apoyo de siempre y por las estupendas charlas que tenemos en privado. Sigue con tu excelente trabajo.

Gracias, **Jéss**, por ser una investigadora de primera y descubrir mi identidad, y además, por guardar ese secreto de las recién llegadas.

Gracias, **Kelli**, por ser no solo una lectora, sino también mi salvadora, y por devolverme la audición. ¡Y sí, estoy siendo bueno por poco tiempo!

Gracias, **Lucía**, por contribuir en este viaje. Espero que estés feliz con tu (*y solo tu*) Dominic.

Gracias, **Miriam**, por tu sensibilidad y cariño de siempre. Eres la luz de este precioso proyecto. Gracias por embarcarte en esto con nosotros.

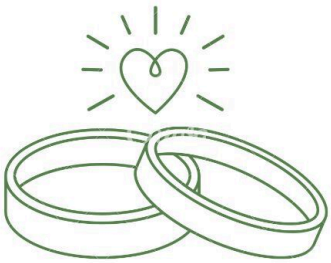
Gracias, **Regina**, por ser lo más cercano al cielo que tenemos en ese grupo. Tu actitud contenida nunca pasa desapercibida y muchas gracias por tus amables palabras.

Gracias, **Robertinha**, por la energía contagiosa que desprendes. Por ver siempre el lado bueno de las personas y por reiterar siempre que me apoyas en este viaje. Sí, la Sra. Z y yo queremos conocerte en persona.

Gracias, **Thais**, alias **Tatá Charmosa**, por ser siempre una persona increíble, inolvidable y divertida. También por defender y querer a Jason. ¡No te olvides de que eres nuestra surfista favorita! ¡El surf es poder!

Chicas y lectoras de mi vida, ¡muchísimas gracias desde lo más profundo de mi corazón! ¡Contad conmigo para siempre!

A pesar del caos de la vida de escritor, sin duda se vuelve más llevadera a vuestro lado.



SINOPSIS

MAFIA · DIFERENCIA DE EDAD · ROMANCE LENTO · MATRIMONIO POR CONTRATO · EMBARAZO · PROTECCIÓN OBSESIVA · SECRETOS · PODER Y VENGANZA · JEFE Y EMPLEADA · CONVIVENCIA FORZADA

Askanor Di Leone no es un hombre común.

Es poder. Es control. Es el nombre que hace temblar a los enemigos y que los aliados inclinen la cabeza. Frío, estratégico e implacable, construyó su imperio con disciplina y sangre. Se camufla en las sombras fingiendo ser solo un mero director ejecutivo. No se equivoca. No perdona. No ama.

Hasta que llega Valentina Rocci.

Valentina nunca imaginó que se cruzaría en su camino un hombre como él.

Inteligente, decidida y acostumbrada a hacerse un hueco por sí misma, siempre creyó que podía controlar su propio destino. Hasta que, en una sola noche, todo cambia. Un error. Un secreto. Una consecuencia imposible de ignorar.

Ahora, atrapada en una decisión que no puede deshacer, Valentina descubre que Askanor no tiene intención de dejarla salir de su vida.

Él exige matrimonio.

No por amor.

No por pasión.

Sino porque todo lo que lleva su nombre… le pertenece a él.

Obligada a aceptar un acuerdo que redefine su futuro, Valentina entra en un mundo donde el poder dicta las reglas, las miradas dicen más que las palabras y la tensión entre ellos crece cada día bajo el mismo techo.

Askanor es dominante. Controlador. Intimidante.

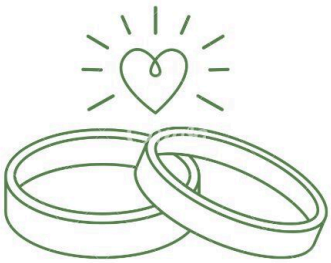
Pero también es peligrosamente protector.

Una novela intensa, emotiva y adictiva sobre un matrimonio impuesto, un embarazo inesperado y un hombre acostumbrado a controlarlo todo… menos su propio corazón.

LIBRO AUTOCONCLUYENTE

No recomendado para menores de 18 años.

No requiere haber leído previamente ningún otro libro publicado por el autor.



SOBRE LA VERSIÓN QUE ESTÁS LEYENDO

¡Hola, querida lectora!

Si estás leyendo esta obra en una versión traducida al **inglés** o al **español,** te pido un poco de paciencia y comprensión. Esas no son mis lenguas maternas.

Las versiones en inglés y español han sido traducidas con mucho cariño por mi esposa. Aun así, al no ser nuestras lenguas maternas, pueden producirse pequeños errores o matices de significado en la traducción.

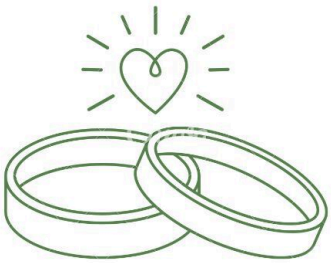
Siempre nos esforzamos por mejorar estas versiones para ofrecerte la mejor experiencia posible.

De antemano, les agradezco enormemente su comprensión y su cariño.

«En mi mundo, las promesas son escasas. Pero cuando las hago, se convierten en ley».

Askanor Di Leone

◆ ◆ ◆



PRÓLOGO

Valentina Rocci

Cerré el maletero con más fuerza de la necesaria y me quedé unos segundos parada con las manos apoyadas en la carrocería del coche, sintiendo cómo el frío de la mañana de Matera me atravesaba la piel. La antigua piedra de la ciudad aún conservaba la humedad del amanecer, y ese olor a tierra e historia parecía aferrarse a mí como una advertencia silenciosa. Me iba a marchar. De verdad.

El coche iba demasiado lleno para alguien que decía que solo estaría fuera unos meses. Cajas con libros de contabilidad, una maleta mediana, otra pequeña, bolsas improvisadas con cosas que no me atreví a dejar. Lo había hecho todo a toda prisa, como si hacer las maletas rápido pudiera impedir que el peso de la despedida se instalara en mi pecho.

Mi padre apareció detrás de mí con una caja en las manos. Reconocí su forma de ser incluso antes de mirar. El comisario Rocci nunca caminaba sin parecer que estuviera en medio de una

investigación. Hombros tensos, mirada atenta, pasos calculados. Incluso allí, en el patio de su propia casa.

—¿Estás segura de que todo esto tiene que irse ahora? —preguntó, colocando la caja en el maletero y organizando el espacio con excesivo cuidado.

—Si no es ahora, nunca lo será —respondí, intentando sonar más firme de lo que me sentía—. Mañana empezaré temprano.

Él emitió un sonido bajo, algo entre un suspiro y un murmullo, y cerró el maletero. No dijo nada de inmediato. Mi padre siempre elegía el momento exacto para decir lo que realmente importaba.

Mi madre apareció en la puerta de la casa, con dos tazas de café en la mano. El pelo recogido a toda prisa, el abrigo echado por encima de la ropa de estar por casa. Fiscal incluso en los días normales, con esa mirada que parecía medir el mundo en pruebas y argumentos.

—Valentina, bebe un poco antes de irte —dijo, tendiéndome una de las tazas—. Apenas has comido.

Cogí el café y sentí el calor subir por mis dedos. Di un pequeño sorbo. El sabor amargo me trajo al presente, como siempre hacía.

—El camino es largo —continuó ella—. Necesitarás energía.

—Voy a parar por el camino —prometí—. No haré ninguna locura.

Mi padre cruzó los brazos y me miró de esa forma que conocía desde que era niña. La misma mirada que ponía cuando llegaba más tarde de lo acordado o cuando se me ocurría hablar de justicia social en la mesa durante la cena.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —dijo—. Siempre crees que puedes resolverlo todo por ti misma.

— ¿Y desde cuándo es eso un problema? —pregunté, levantando una ceja.

Él negó con la cabeza, y una media sonrisa tensa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Desde que el mundo dejó de ser justo solo porque tú lo eres.

Mi madre puso los ojos en blanco.

—Giovanni, hablas como si estuvieras enviando a la niña a la guerra.

—No es la guerra —replicó él—. Es Calabria.

Casi me reí. Casi.

—Papá, solo es un trabajo —dije—. Una empresa grande y bien organizada que necesitaba a alguien para reorganizar la contabilidad. Es reciclaje, no contrabando de armas.

Me miró unos segundos más de lo necesario. Luego respiró hondo.

—¿Sabes quién es el dueño de esa empresa? —preguntó.

Ya me lo esperaba.

—Sé que es el director general —respondí—. Askanor Di Leone. Multimillonario. Discreto. Muy pocas apariciones públicas.

—Y peligroso —añadió él, sin dudar.

Mi madre soltó una risita.

—Ya estás otra vez.

—No estoy exagerando —insistió él, volviéndose hacia ella—. ¿Te acuerdas de Carlo? ¿El comisario de Reggio?

Ella hizo un gesto vago con la mano.

—¿El que veía mafia en todo?

—El que participó en una investigación conjunta conmigo —corrigió mi padre—. Dijo que ese hombre tiene vínculos con gente muy peligrosa. Gente que no aparece en los informes oficiales.

Sentí algo moverse dentro de mí. No era miedo. Era atención.

—¿Qué tipo de vínculos? —pregunté.

Mi padre pareció satisfecho de que no hubiera descartado el tema.

— Reuniones extrañas. Empresas ficticias. Gente que desaparece después de hacer negocios con él. Nada que se pueda

demostrar fácilmente, pero lo suficiente como para levantar sospechas.

Mi madre apoyó la taza en el alféizar de la ventana y cruzó los brazos.

—O suficiente para alimentar teorías porque es rico, poderoso y soltero —dijo ella—. ¿Desde cuándo eso es un delito?

—Desde que las coincidencias se acumulan demasiado —replicó él.

Los observé a ambos en silencio. Crecí en aquella casa escuchando discusiones como esa. La justicia nunca fue un concepto abstracto allí. Era una práctica diaria. Mi padre volvía a casa con el peso de casos sin resolver. Mi madre pasaba las noches preparando acusaciones que podían cambiar la vida de alguien. Discrepaban, debatían, pero partían del mismo punto.

Hacer lo correcto. Incluso cuando era difícil.

—No voy a trabajar directamente para él —dije, tratando de ordenar mis pensamientos—. Me encargaré de las cifras, las hojas de cálculo, los balances. Y eso sí que sé hacerlo.

—¿Y si encuentras algo que no está bien? —preguntó mi padre—. ¿Qué vas a hacer?

La pregunta quedó en el aire. Sentí cómo se enfriaba el café en mi mano.

—Haré lo que siempre he hecho —respondí—. Lo señalaré. Lo corregiré. Lo denunciaré, si es necesario.

Mi madre me observó con atención, con la mirada más seria ahora.

— ¿Aunque eso *te* ponga en peligro?

—Aun así —dije, sin pensarlo mucho—. No sé hacerlo de otra manera.

Mi padre exhaló lentamente.

—Eso es lo que me asusta —dijo—. No sabes fingir.

La frase no sonó como una crítica. Sonó como una constatación.

—Papá… —empecé a decir, pero él levantó la mano.

—Solo prométeme una cosa —me pidió—. Si algo te parece demasiado mal, aléjate. No intentes ser una heroína.

— ¿Desde cuándo pedir que se haga lo correcto es ser una heroína? —pregunté.

Él esbozó una sonrisa.

—Desde que el mundo empezó a castigar a quien hace demasiadas preguntas.

Mi madre se acercó y me tocó el brazo.

—Tu padre ve monstruos porque se enfrenta a ellos todos los días —dijo—. No dejes que eso *te* paralice.

—No lo hará —le aseguré.

Me atrajo hacia ella en un fuerte abrazo. El aroma de su perfume, ligero y familiar, me hizo hacer un nudo en la garganta por un instante. Le devolví el abrazo con fuerza.

— Lo has hecho todo bien hasta ahora —murmuró—. Has estudiado, has trabajado, no has cedido. Sigue así.

Mi padre carraspeó, claramente incómodo con el momento.

—Solo… ten cuidado —dijo—. Con ese Askanor Di Leone.

El nombre sonó diferente al salir de su boca. Más pesado. Más concreto.

—Lo haré —respondí.

Le di un beso en la mejilla a mi madre, luego a mi padre. Él me sujetó la cara un segundo más.

—*Te* quiero —dijo, serio.

—Yo también —respondí.

Me subí al coche antes de que la emoción decidiera hacerme desistir. Ajusté el espejo y arranqué el motor. El sonido familiar me proporcionó una falsa sensación de control.

Cuando arranqué, los vi a los dos por el retrovisor. Pequeños, quietos en el mismo lugar, representando todo lo que estaba dejando atrás.

La carretera se abrió ante mí, larga, sinuosa, atravesando campos y colinas. Encendí la radio, pero la apagué al poco rato. Preferí el silencio.

Conduje pensando en lo que mi padre había dicho. En demasiadas preguntas. En monstruos que no aparecían en los informes.

Askanor Di Leone.

Repasé mentalmente la escasa información que tenía. Director general de una gran empresa de reciclaje. Crecimiento demasiado rápido. Demasiado poder concentrado. Discreción excesiva para alguien de ese calibre.

Hice lo que siempre hacía cuando algo me inquietaba. Analicé. Separé los hechos de las impresiones. Ninguna prueba concreta. Ningún delito registrado oficialmente.

Aun así, algo se removía dentro de mí, como una advertencia que no sabía descifrar.

Quizá fuera solo el miedo natural a empezar de nuevo. A dejar Matera. A dejar a mis padres. A dejar la seguridad moral que siempre me había rodeado.

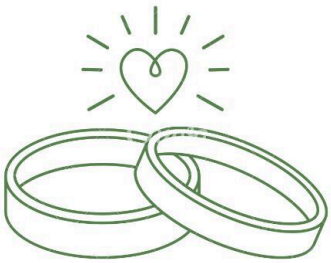
O tal vez fuera intuición.

La carretera seguía adelante, indiferente a mis dudas. Y yo hice lo que siempre he hecho en la vida. Seguí adelante.

Pero en aquel breve instante, mientras disfrutaba de la brisa de la carretera, no podía imaginar el giro que daría mi vida. Los secretos que descubriría, las personas que conocería y el hombre con el que me vería obligada a *casarme*.



PARTE I



CAPÍTULO 1: LAS CARAS DE LA BESTIA

Askanor Di Leone

El pasillo estaba lleno de puertas cerradas y promesas rotas. La luz tenue hacía que las sombras se arrastraran por las paredes, y el olor a tabaco caro mezclado con bebida fuerte me acompañaba como un rastro antiguo. Ya conocía aquel lugar. La gente como yo siempre lo conocía.

Me detuve ante una de las puertas y llamé dos veces con fuerza.

—¡*Está* ocupado! —gritó una voz masculina desde dentro, irritada, demasiado segura para alguien que debería estar asustado.

Incliné ligeramente el cuello, sentí cómo se tensaban mis hombros y empujé con todo mi cuerpo. La madera cedió como si fuera poliestireno viejo. La puerta salió volando hacia dentro.

La escena se desmoronó en silencio y conmoción.

Un hombre desnudo yacía en un sillón, con las piernas abiertas y el rostro enrojecido. Una mujer, también desnuda, lo

montaba, congelada en medio del movimiento. Los dos me miraron como si fuera un error de la realidad.

—Fuera —dije.

No tuve que repetirlo. Ella bajó tambaleándose, recogió la ropa del suelo con las manos temblorosas, me miró una vez y salió corriendo. No gritó.

La gente lista sabía cuándo no hacer preguntas.

Miré por encima del hombro. Dos de mis hombres ya habían bloqueado el pasillo, inmóviles, atentos. Nadie entraría. Nadie saldría.

Volví mi atención hacia el hombre del sillón.

Sifão.

Intentó alcanzar su propia ropa en el suelo, pero yo fui más rápido. Pisé con fuerza la tela, inmovilizándola allí. El chasquido seco resonó por la habitación. Tembló. Tragó saliva. Levantó la cara lentamente para mirarme.

—Don Askanor… —comenzó, con la voz entrecortada.

— ¿Dónde está el cargamento? — pregunté.

Parpadeó demasiado rápido.

—La policía… —tartamudeó—. Fue culpa de la policía. Aparecieron de la nada, lo juro. No tuve tiempo de hacer nada diferente…

Me agaché hasta quedar a su altura. Apoyé los codos en las rodillas y sonreí. No fue una sonrisa amable.

—Para —dije, en voz baja.

Se detuvo al instante. Se quedó con la boca abierta, sin aliento.

— ¿De verdad crees que he venido aquí para escuchar excusas? —le pregunté—. ¿O crees que me gusta la gente que me toma por tonto?

Empezó a llorar incluso antes de responder.

—Perdóname… por favor… puedo cambiar… haré lo que sea…

Le agarré por el cuello con una mano. Apreté los dedos con fuerza. Empezó a patalear, a arañarme el brazo, a suplicar sin palabras. Un puñetazo bastó. Su cuerpo se desplomó inerte en el sillón.

Lo solté.

Hice lo que había que hacer sin prisas. Agarré a Sifão por una de las piernas y empecé a sacarlo de la habitación. Su cabeza golpeó el marco de la puerta y luego el suelo del pasillo. No me importó.

Mis hombres me siguieron en silencio, como siempre hacían. Recorrimos todo el pasillo. Doblamos la esquina al final y llegamos a la escalera. Las luces púrpuras lo teñían todo de un tono irreal. Cada peldaño parecía una advertencia.

Bajé arrastrando el cuerpo inerte. Su cabeza golpeó los peldaños, una, dos, tres veces. No las conté. Nunca las conté.

Llegamos a una zona amplia. El aire allí era diferente, más frío. Crucé el espacio sin detenerme, atravesé la puerta doble y salí al exterior.

La noche me recibió con un viento helado. Altas vallas delimitaban el terreno. Un vasto césped se extendía hasta donde la luz permitía ver. Árboles centenarios lo rodeaban todo. Un lago de piedras reflejaba la luna de forma distorsionada.

Dejé a Sifón en el suelo.

Extendí la mano derecha sin mirar atrás. Uno de los soldados depositó el frasco de formalina en mi palma.

—Podéis iros —ordené.

Obedecieron.

Me agaché junto a Sifão y abrí el frasco. El olor químico se elevó con fuerza. Le eché buena parte del líquido en la cara, directamente en la nariz.

Se despertó con un grito ahogado, retorciéndose.

— ¿Qué…? ¿Dónde…?

Sus ojos se abrieron como platos cuando se dio cuenta de dónde estaba. Su rostro palideció en cuestión de segundos. El

cuerpo comenzó a temblar sin control.

—No… no… —murmuró, intentando alejarse de rodillas—. Por favor… haré lo que sea… lo juro…

Se arrastró hasta mí y se arrodilló, con las manos juntas, llorando desconsoladamente, desesperado.

—Perdóname, Don… por favor…

Me incliné y acerqué la boca a su oído.

—Corre —susurré.

Parpadeó, confundido. Por un segundo pensó que estaba bromeando. Entonces vio mi mirada.

Corrió.

Se levantó tambaleándose y salió disparado por el césped, desnudo, gritando, buscando una salida que no existía. Golpeó la valla una vez, otra, con las manos sangrando mientras intentaba trepar.

Entonces aparecieron los leones.

Dos cuerpos enormes rompieron la oscuridad, demasiado silenciosos para algo de ese tamaño. El primer salto derribó a Sifão al suelo. El segundo le desgarró la carne. La sangre brotó caliente, oscura, manchando el césped.

Los gritos atravesaron la noche.

Me quedé quieto, observando. El viento helado pasó a mi lado, indiferente. Los leones hicieron lo que sabían hacer. El sonido de los huesos rompiéndose no me molestó. El olor a sangre, sí. Siempre era intenso.

Esperé hasta que los gritos cesaron.

Cuando volvió el silencio, respiré hondo. Hice lo que siempre había hecho cuando alguien intentaba ponerme a prueba. Mostré límites. Di un ejemplo.

Miré al cielo oscuro por un instante. Pensé en los cargamentos que no llegaban. En los errores que no eran errores. En las cifras que alguien, en alguna oficina bien iluminada, tal vez se daría cuenta.

Sonreí de reojo.

Quien entrara en mi territorio tenía que aprender rápido. Y quien se equivocara conmigo no tendría una segunda oportunidad.

Le di la espalda y volví al interior, dejando atrás el frío, la sangre y las consecuencias.

◆ ◆ ◆

Regresé a la mansión cuando la noche se instaló en el silencio denso que solo las casas demasiado grandes sabían guardar. Empujé la puerta principal sin prisa y dejé caer la chaqueta sobre el aparador de la entrada, como si la tela aún cargara cosas que no quería llevar conmigo al interior.

Estaba solo. Al menos eso creía.

El vestíbulo era amplio, frío, iluminado solo por luces indirectas. Subí los primeros peldaños de la escalera de mármol sintiendo el cuerpo aún caliente de lo que había hecho horas antes. Sangre secándose en la memoria. Gritos que ya no resonaban.

Fue entonces cuando lo vi.

En lo alto de la escalera, recortada por la suave luz del pasillo, había una figura rubia, demasiado pequeña para aquel espacio. Sonreía como si el mundo fuera sencillo. Como si no hubiera nada de malo en estar despierta a esas horas.

Sonrió.

No de esa forma que solía usar para intimidar. No de esa forma que hacía que los hombres tragaran saliva. Sonreí de verdad.

—¿Qué haces despierta a la una de la madrugada? —pregunté, apoyando la mano en la barandilla.

Cruzó los brazos sobre el albornoz rosa y levantó la barbilla.

—Primero —dijo—, no soy la «hermana pequeña». Segundo, tengo veintiocho años.

—Veintiocho con zapatillas de conejito —la provoqué.

Ella se miró los pies e hizo una mueca teatral.

—Son cómodas —respondió—. Y bonitas.

Antes de que pudiera replicar, ella tosió.

Una tos breve, pero suficiente para hacerme subir el resto de los escalones de dos zancadas.

— Flora… —comencé.

—Estoy bien —dijo rápidamente, anticipándose a mi reacción —. Hoy estoy mejor. ¡Mucho mejor! No pongas esa cara.

— ¿Qué cara? —pregunté, frente a ella.

—Esta —respondió, tocándome la cara con la yema de los dedos—. La de alguien que quiere pelearse con el mundo porque respiré mal.

Ignoré el comentario y me fijé en sus ojos. Tenía las mejillas sonrosadas, una sonrisa demasiado firme para alguien débil. Aun así, yo sabía leer señales que nadie más percibía.

—Deberías estar durmiendo —le dije.

—Quería esperarte —respondió—. He hecho algo. Quería enseñártelo.

—¿Ahora?

—Ahora —confirmó—. Nunca se sabe cuándo vas a llegar demasiado cansado para prestarme atención.

Eso me dolió más de lo que debería.

—Ven aquí —le dije, inclinándome hacia ella.

Ella esbozó una sonrisa de satisfacción cuando la cogí en brazos, como si hubiera ganado alguna disputa invisible.

Su cuerpo era demasiado ligero. Siempre lo había sido. La sostuve con cuidado, ajustando el peso para no cansarla.

— Sigues exagerando —se quejó ella, pasando el brazo por mi cuello—. Puedo caminar.

—Lo sé —respondí—. Tómatelo como una disculpa por haber llegado tarde.

Ella se rió entre dientes.

—Qué caballeroso —comentó.

—Solo contigo —repliqué.

Mientras caminábamos por el pasillo hacia el estudio, ella frunció la nariz.

—Hueles a tabaco y alcohol —dijo—. Otra vez.

—Es de los demás —respondí, sin pensarlo.

—Claro que sí —murmuró ella, sin enfrentarme.

Llegué a la puerta del estudio y la empujé con el pie. El espacio era diferente a cualquier otro de la mansión. Allí no había líneas rígidas. Había lienzos apoyados contra las paredes, pinceles en recipientes improvisados, manchas de pintura por el suelo. Caos creativo.

Dejé a Flora en el suelo con cuidado.

—Entonces —dije—, ¿qué has hecho para merecer *que me* sacaras de la cama, donde debería estar?

Se acercó a un caballete cubierto por un paño y tiró de la tela con un gesto triunfal.

—Esto.

Miré.

Era un cuadro pequeño, pero denso. Los tonos oscuros se mezclaban de forma agresiva. Morados profundos, negros, grises. Las pinceladas parecían nubes pesadas chocando unas contra otras. Había sombras que no se definían, como si algo quisiera salir de allí, pero estuviera atrapado.

En el centro, casi oculto, un rostro. Distante. Tenso. Como si se estuviera ahogando.

Sentí algo moverse dentro de mí.

—¿Qué ves? —preguntó ella, animada, observando mi reacción con demasiada atención.

Incliné la cabeza, analizando el cuadro como si fuera un territorio desconocido.

—Nubes —respondí—. Nubes a punto de llover.

Ella sonrió, satisfecha.

—Interesante —dijo—. Yo pensé en un pantano. Con barro. Algo que atrapa a quien entra.

—También vale —dije metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

Flora no pareció sorprendida. Solo asintió, como si eso confirmara algo que ella ya sabía.

—Me gusta cuando miras de verdad —comentó ella—. No como todo el mundo.

—Siempre miro —respondí.

Se acercó y me cogió la mano, apretándola ligeramente.

—Este es uno de mis favoritos —dijo—. Pero quería saber si a ti te gustaba.

Volví a mirar el cuadro. Al morado oscuro. Al rostro perdido en medio del caos.

—Me gusta —dije—. Mucho.

Ella sonrió como si se hubiera ganado el día.

—Entonces ha merecido la pena quedarme despierta —dijo.

—No —la corregí—. No ha merecido la pena.

Ella arqueó una ceja.

— ¿No?

—No —repetí—. Porque ahora te vas a acostar. Y yo me voy a encargar de que eso pase.

—Siempre mandas tú —se quejó ella, pero no soltó mi mano.

—Lo hago porque eres la única por la que me preocupo, Flora —respondí, sin ironía.

Me miró fijamente durante unos segundos, de repente seria.

—Lo sé —dijo—. Lo veo, As.

Llevé a Flora a su habitación, le arreglé las almohadas y la arropé con un cuidado excesivo. Ella me agarró la mano antes de cerrar los ojos.

— ¿Asr? —me llamó.

— ¿Qué?

— No te pongas triste por las nubes, *¿vale*?

Sonreí levemente.

—Haré lo que pueda —respondí.

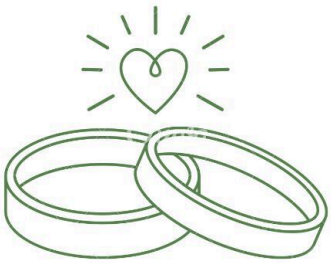
Cuando salí de la habitación, cerré la puerta en silencio. Caminé por el pasillo en silencio, sintiendo que la mansión volvía a ser demasiado grande otra vez.

Pasé por el estudio y miré el cuadro una última vez antes de apagar la luz. Las sombras parecían moverse con el cambio de ángulo. O tal vez solo fuera mi imaginación.

Bajé las escaleras solo.

El olor a tabaco y alcohol aún me rodeaba. Y también el de la sangre, aunque invisible. Hice lo que siempre había hecho para que todo siguiera funcionando.

Para proteger lo que es mío.



CAPÍTULO 2: EL CUADRO

Valentina Rocci

Me desperté antes de que sonara el despertador y me quedé unos segundos mirando el techo de mi nuevo piso de alquiler, sintiendo cómo una alegría nerviosa se extendía por mi cuerpo.

El primer día siempre me hacía sentir así. Esa sensación de nuevo comienzo, de páginas en blanco listas para recibir números, decisiones y consecuencias.

Hice lo de siempre, en los días importantes. Me di una ducha rápida, elegí un atuendo demasiado discreto para alguien que quería causar buena impresión y me recogí el pelo con cuidado. Mientras lo hacía, pensé en mis padres, en las palabras de mi padre sobre peligros invisibles, en la risa tranquila de mi madre descartando exageraciones. Respiré hondo y hice que el miedo cupiera en algún rincón silencioso.

Cuando llegué al edificio de la empresa, tuve que inclinar la cabeza para ver la parte superior. Vidrio, acero, líneas demasiado modernas para una región que aún conservaba marcas antiguas. El

letrero de la entrada mostraba el nombre de la empresa en letras firmes y nítidas. Reciclaje. Sostenibilidad. Futuro.

Entré.

El vestíbulo era amplio, luminoso, con olor a café recién hecho mezclado con producto de limpieza. Gente yendo y viniendo con carpetas, móviles, pasos apresurados. Me hicieron mi tarjeta de identificación provisional en recepción y me dirigí al ascensor, sintiendo que el corazón me latía más rápido de lo que me gustaría.

Mientras esperaba, me pregunté si aquello era ansiedad o entusiasmo. Quizás ambas cosas. Las puertas se abrieron y entré con otras personas. Pulsé el botón de la planta indicada en el correo electrónico de contratación y me agarré el bolso contra el cuerpo.

El ascensor subió suavemente. En silencio. Me miré en el reflejo del espejo para comprobar si parecía segura de mí misma. Hice una mueca mínima para mí misma y me enderecé los hombros.

Cuando se abrieron las puertas, una mujer me esperaba fuera.

—¿Valentina Rocci? —preguntó con una sonrisa ensayada.

—Soy yo —respondí.

—Soy Gibriela, secretaria del doctor Ettore Di Leone —dijo, tendiéndome la mano—. Bienvenida.

El apellido hizo que algo se moviera dentro de mí, pero le estreché la mano sin dudar.

—Gracias —dije—. Es un placer.

Ella empezó a caminar por el pasillo y yo la seguí, observándolo todo. La planta era amplia, dividida por paredes de cristal. Despachos organizados, pantallas encendidas, gente concentrada. Gibriela hablaba mientras caminaba, con un tono eficiente, casi automático.

—La señorita se encargará de la contabilidad general de la sede central —explicó—. Y también de la coordinación con las sucursales. Tenemos oficinas en otras ciudades de Calabria y dos fuera de la región.

—Es mucho trabajo —comenté.

—La empresa ha crecido rápido —respondió ella, sin bajar el ritmo—. El reciclaje ha dejado de ser una alternativa y se ha convertido en una necesidad. Plástico, metal, residuos orgánicos. Aquí nada se pierde, todo se transforma.

Me gustó la frase. Hice un comentario mental sobre cómo eso sonaba casi demasiado idealista para una corporación de ese tamaño.

Ella abrió la puerta de una sala y me hizo un gesto para que entrara.

—Este es tu espacio.

La sala era luminosa, con una mesa grande, un ordenador nuevo y estanterías vacías esperando carpetas. Una ventana enorme daba a la ciudad. Sentí un impulso infantil de sonreír.

—Es perfecto —dije.

—Me alegro —respondió ella—. Te traeré algunas carpetas para que empieces a aclimatarte.

Mientras organizaba los documentos sobre la mesa, siguió explicando.

—Aquí están los informes de los últimos meses de la sede central. En estas otras carpetas, los de las sucursales. Cada una tiene sus particularidades, pero el sistema está integrado. Si tienes alguna duda, puedes hablar conmigo o con el departamento financiero.

Asentí con la cabeza, pasando los dedos por las cubiertas de los archivos. Papel, números, gráficos. Mi territorio.

—El doctor Ettore suele ser exigente —comentó ella—. Pero valora a quien hace bien su trabajo.

—Yo lo hago —respondí, sin pensarlo mucho.

Ella sonrió, como si aprobara la respuesta.

—Voy a por un café —dijo—. La máquina está en el pasillo. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias.

Mientras ella salía, encendí el ordenador y empecé a abrir algunos archivos. Miré fechas, valores, patrones. Hice lo que siempre

había hecho: observé. Dejé que los números hablaran antes de sacar conclusiones.

Gibriela volvió con dos tazas.

—Toma —dijo, colocando una en mi mesa.

—Gracias —respondí—. Me has salvado la mañana.

Ella se rió entre dientes.

—Los primeros días siempre piden cafeína.

Mientras daba un sorbo, algo en la pared detrás de ella me llamó la atención. Un cuadro grande, enmarcado, con una fotografía formal. Varios hombres con traje, alineados, serios. Todos parecían importantes. Poderosos.

Pero uno de ellos destacaba.

Era imposible no fijarse en él. Mucho más alto, con un cuerpo ancho que llenaba el traje con facilidad, postura firme. El rostro marcado, barba bien recortada, mirada demasiado directa para ser casual. Los ojos. Un verde intenso que parecía atravesar el cristal del marco.

Sentí un ligero escalofrío subir por la nuca.

—¿Quiénes son? —pregunté, señalando con la taza.

Gibriela siguió mi gesto y sonrió, casi orgullosa.

—La familia Di Leone —explicó—. El director general, Askanor Di Leone, y sus tíos.

Mi mirada volvió al hombre de ojos verdes.

—¿Es él el director general? —pregunté—. Parece el más joven de todos.

—Sí —confirmó—. El del centro. Y tienes razón, tiene 43 años.

— ¿Y los demás?

—Ettore está ahí —señaló a un hombre de rostro severo, mayor, de postura rígida—. Y los demás son hermanos suyos.

—¿Entonces es una empresa familiar? —pregunté.

—Así empezó —respondió ella—. La fundó el padre de Askanor. Un hombre visionario.

Incliné la cabeza, analizando la imagen.

—¿Dónde está él en la foto? —pregunté.

Gibriela tardó un segundo más en responder. Se acercó al cuadro, bajando la voz como si las paredes pudieran oírla.

—Esta foto se tomó el año pasado —explicó—. El padre y la madre de Askanor fallecieron hace dos años.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Murieron? —repetí.

Ella asintió.

—Fueron asesinados —dijo en voz baja—. Un crimen brutal. Nunca se resolvió.

La palabra resonó dentro de mí. Asesinados. Pensé inmediatamente en mi padre, en investigaciones sin resolver, en expedientes cerrados a la fuerza.

— ¿La policía no descubrió nada? —pregunté.

Gibriela se encogió de hombros.

— Oficialmente, no. El caso se enfrió rápidamente.

Volví a mirar la foto. A Askanor. El hombre parecía aún más sólido ahora, como si aquella imagen cargara con un peso invisible. Intenté imaginar lo que significaba perder a los padres de esa manera. Lo que eso le hacía a una persona.

—¿Se hizo cargo de todo después de eso? —pregunté.

—Sí —respondió ella—. Con mano firme.

El silencio se instaló entre nosotros durante unos segundos. Gibriela pareció darse cuenta y volvió al tono profesional.

—Bueno, si necesita algo, estoy ahí —dijo, señalando fuera de la sala—. El doctor Ettore quizá la llame más tarde.

—Claro —respondí.

Salió, cerrando la puerta con cuidado.

Me quedé sola con los números abiertos en la pantalla y la foto observándome por la espalda. Di otro sorbo al café e intenté concentrarme en el trabajo. Tomé notas, comparé valores, analicé asientos contables. Todo parecía demasiado organizado a primera vista.

Aun así, mi atención volvía al cuadro.

Me levanté y me acerqué. Observé cada rostro. Los tíos, serios, casi severos. Ettore con expresión controlada. Y Askanor, diferente. No sonreía. No parecía intentar complacer. Parecía simplemente… presente.

Sus ojos verdes parecían preguntarme algo que yo no sabía responder.

¿Quién eres en realidad?

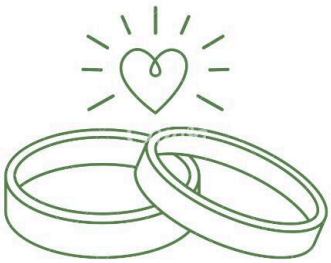
Recordé la advertencia de mi padre. Recordé las palabras «vínculos peligrosos». Negué con la cabeza, tratando de alejar pensamientos que aún no tenían fundamento.

Volví a la mesa y me senté. Abrí otro informe.

Y trabajé.

Incluso mientras los números se organizaban ante mis ojos, una parte de mí seguía atrapada en aquella imagen. En el hombre que destacaba entre sus propios tíos. En el director general cuya historia comenzaba a dibujarse ante mí con contornos más sombríos de lo que había imaginado.

Y, sin saber por qué, tuve la incómoda certeza de que aquel rostro seguiría formando parte de mi vida de una manera que yo no estaba preparada para comprender.



CAPÍTULO 3: ERROR

Valentina Rocci

Llevaba allí tres días.

Tres días sentada frente a la misma mesa, mirando por la misma ventana lateral del edificio, respirando el mismo aire excesivamente limpio, contemplando el mismo discurso institucional pegado en las paredes.

Sostenibilidad. Transparencia. Futuro.

Me llevé la taza a la boca y di un sorbo al café tibio. La porcelana blanca llevaba el logotipo verde de la empresa.

Bonito. Tranquilo. Demasiado fiable.

Suspiré y volví la atención a la pantalla.

Los números estaban organizados, alineados, dóciles. Rutas de recogida, horarios, volúmenes, destinos finales. Hice algunas anotaciones en el cuaderno junto al teclado, como es debido. Comprobando. Cruzando datos. Sintiendo cuando algo no respiraba bien.

Fue entonces cuando lo vi.

Retrocedí unas líneas. La ruta del sector este presentaba una secuencia extraña. El volumen recogido aumentaba en días específicos, pero el destino final seguía siendo idéntico. Ninguna variación en el procesamiento. Ninguna justificación logística plausible.

Me incliné en la silla.

Aquello no era un error aislado.

Retrocedí un mes. Luego dos. La misma discrepancia. Pequeña. Discreta. Fácil de ignorar. Pero demasiado constante para ser una coincidencia.

Lo anoté todo.

Abrí los archivos antiguos del sistema. Nada. Probé con otro directorio. Nada nuevo. Busqué el código de ruta. Ningún registro anterior al trimestre actual.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Las empresas de ese tamaño no perdían datos. Lo archivaban todo. Guardaban hasta lo que no querían recordar.

Cerré el sistema y me levanté.

Caminé hasta la sala de archivos físicos. El sonido de mis pasos resonaba débilmente en el pasillo silencioso. Pasé la tarjeta por el lector electrónico y entré.

El olor a papel y a limpieza reciente me envolvió de inmediato. Estanterías metálicas organizadas con una precisión casi obsesiva. Me dirigí directamente a la sección indicada en el mapa de la pared.

Y me detuve.

Las cajas no estaban allí.

Donde deberían estar los registros de años anteriores, solo había un espacio vacío. Unas marcas claras en el suelo indicaban que algo había sido retirado de allí hacía poco tiempo.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

Me quedé unos segundos parada, asimilando aquello. No era miedo. Era algo más antiguo. Una alerta silenciosa. La clara

sensación de que había topado con algo que alguien no quería que se viera.

Salí de la sala de archivos y me dirigí a la antesala de la dirección.

Gibriela estaba escribiendo algo en el ordenador. Levantó la vista cuando me acerqué.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó, educadamente.

—Gibriela, ¿podría hablar con el señor Ettore? Se trata de una ruta que estoy analizando —respondí, manteniendo un tono neutro.

Me observó un instante antes de girar la pantalla y consultar la agenda.

Sonrió.

—Está disponible ahora mismo.

Eso me pilló por sorpresa.

— Si no es molestia…

—¡En absoluto!

Caminé hasta la puerta cerrada al fondo del pasillo.

Antes de llamar, dudé. Recordé el cuadro de mi despacho. Las variaciones repartidas por todo el edificio. Siempre los mismos colores. Siempre la misma sensación incómoda.

Llamé a la puerta.

— Pase —respondió la voz grave.

La sala de Ettore era amplia, bien iluminada, calculadamente acogedora. Madera oscura, plantas impecables en las esquinas y, detrás del escritorio… el mismo cuadro.

Exactamente el mismo.

Se me oprimió el pecho por un segundo, pero seguí adelante.

Ettore me observaba con atención. Un hombre de unos sesenta y tantos años. Postura rígida. Cabello canoso bien cuidado. Los ojos, a pesar del cansancio, tenían un verde profundo, casi mineral. Verde jade.

—Valentina, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, señor.

—¿Quiere un whisky?

Sonreí, educadamente.

—No, gracias.

Me senté frente a la mesa.

— Y bien —dijo él—, ¿qué te parece la empresa?

Respiré hondo.

— ¡Es un sueño trabajar aquí! Una empresa de renombre, transparente, con un enfoque real en la preservación de la naturaleza. Es exactamente el tipo de lugar en el que quería estar.

Él sonrió, satisfecho.

—Entonces estás en el lugar adecuado.

Aproveché la oportunidad.

Saqué del bolsillo el papel con mis notas y lo dejé sobre la mesa.

— He encontrado una discrepancia en las cifras de una ruta concreta. Además, los archivos antiguos de esa ruta no están disponibles. Ni en el sistema, ni en el archivo físico. Esto puede acarrear graves problemas para la empresa.

El cambio fue inmediato.

La sonrisa se desvaneció. Su rostro se endureció. Las manos se cerraron ligeramente sobre la mesa.

—Solo tienes que hacer lo que se te ha ordenado —dijo, frío —. Nada más.

Mi corazón se aceleró.

—Lo entiendo, pero esos errores pueden comprometer informes futuros. Auditorías. Me pareció importante señalarlo antes de que…

— No le des importancia —me interrumpió, bruscamente—. Vuelve a analizar otras opciones. Céntrate solo en lo que te ordene. ¿Entendido?

El silencio se hizo pesado entre nosotros hasta que logré decir:

—Entendido…

Sentí que se me calentaba la cara. Guardé el papel en el bolsillo y me levanté lentamente.

—Claro, señor. Entendido —respondí—. Disculpe las molestias.

Salí de la sala sin mirar atrás.

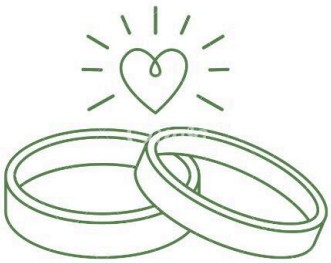
Afuera, Gibriela me miró fijamente.

— ¿Estás bien?

Esbocé una pequeña sonrisa.

—Me pondré bien.

Y volví a mi mesa con la incómoda certeza de que acababa de ver algo que no quería haber visto.



CAPÍTULO 4: EN EL CAMPO DEL LEÓN

Valentina Rocci

El día había empezado igual que los demás, pero yo no era la misma.

Llegué a la empresa más temprano de lo habitual, aparqué el coche con excesivo cuidado y me quedé unos segundos sentada, con las manos apoyadas en el volante, respirando hondo.

La fachada de cristal reflejaba el cielo despejado de la mañana, demasiado impecable para un lugar que me provocaba ese nudo en el estómago.

La brusquedad de Ettore aún resonaba en mi cabeza.

«Haz solo lo que se te ha ordenado hacer».

¿Qué tipo de empresa le decía eso a una contable?

Subí, pasé por el torniquete, saludé a algunos compañeros y me dirigí directamente a mi despacho. Dejé el bolso en la silla, encendí el ordenador e hice lo que mejor sabía hacer: trabajar.

Los números *me* esperaban, silenciosos y fríos.

Volví a abrir los archivos de las rutas problemáticas. Crucé las fechas. Comparé volúmenes. Hice cálculos a mano y luego los volví a hacer en el sistema. Cuanto más miraba, más claro tenía que algo no cuadraba.

No era un error humano. No fue un error de tecleo.

Era un patrón. Y los patrones eran decisiones.

Fruncí el ceño, sintiendo una incomodidad que no provenía de las matemáticas, sino de lo que estas insinuaban. Esa ruta específica parecía absorber recursos y devolver silencio. No había documentación antigua. No había justificación operativa.

¿Qué estaban ocultando?

¿Por qué?

Me llevé la taza a la boca, pero el café había perdido su sabor. Apoyé los codos en la mesa y respiré hondo, tratando de ordenar mis pensamientos. Quizás Ettore tenía razón. Quizás estaba viendo más de lo que había. Quizás era prudente ignorarlo.

Pero, ¿desde cuándo había aprendido a fingir que no veía nada?

El sonido seco de unos golpes en la puerta abierta *me* hizo dar un respingo en la silla.

—¡Gibriela! —exclamé, llevándome la mano al pecho.

Ella se rió entre dientes.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No pasa nada… solo estaba distraída.

Gibriela entró un poco más en la sala y cerró la puerta tras de sí, algo que no solía hacer. Eso me puso en alerta.

—Ha llegado.

Arqueé una ceja.

—¿Quién?

Gibriela se acercó y bajó la voz, como si el nombre tuviera oídos.

—El León.

Mi silencio pedía una explicación.

—Askanor Di Leone —añadió ella, casi en un susurro.

Sentí que se me aceleraba el corazón.

— ¿El director general? —pregunté.

—Él mismo.

Me quedé genuinamente sorprendida.

—Pero… en una semana trabajando aquí, es la primera vez que oigo que ha aparecido.

Gibriela apoyó la cadera en mi mesa, inclinándose ligeramente.

—Así es. Dicen que le da igual la empresa. Solo aparece cuando le da la gana. O cuando algo le molesta.

Tragué saliva.

— ¿Y qué dicen de él?

Ella puso una mueca divertida.

—Discotecas, bebidas caras, mujeres diferentes cada noche. Ah, y hay más… —se inclinó aún más—. Dicen que tiene dos leones de verdad.

— ¿Leones? —abrí mucho los ojos.

— Sí. Animales. Vivos. Grandes. En un espacio solo para él.

Solté una risa nerviosa.

—Eso es… surrealista.

—El dinero lo compra todo, ¿no? —se encogió de hombros.

Antes de que Gibriela se marchara, le pregunté:

— ¿Está Ettore por aquí hoy?

Gibriela negó con la cabeza.

—Está de viaje de trabajo.

Esa información encajó en mi mente como un engranaje peligroso.

Me quedé sola de nuevo.

Miré la pantalla. Luego, el cuadro con el mismo símbolo que ahora parecía devolverme la mirada. Mi corazón latía con fuerza, insistente.

Si no era con Ettore… entonces solo quedaba una persona.

Me levanté decidida.

Imprimí todo. Informes, gráficos, comparativas, notas. Organicé cada hoja con cuidado y lo guardé todo en una carpeta azul. Me temblaban ligeramente las manos, pero seguí adelante.

¿Era arriesgado?

Lo era.

Pero quedarme callada sería peor.

Salí de la sala y caminé hacia los ascensores. Pulsé el botón del último piso.

La planta de Askanor Di Leone.

Durante el trayecto, mi reflejo en el espejo del ascensor parecía más serio de lo que recordaba. Enderecé la postura, respiré hondo y me preparé.

Las puertas se abrieron en silencio.

La planta estaba… vacía.

Ni una sola secretaria. Ni una recepción. Ni una barrera.

Me quedé desconcertada.

Caminé despacio por el amplio pasillo hasta que divisé la puerta doble de la oficina del director general. Estaba abierta.

Dudé solo un segundo antes de entrar.

Fue entonces cuando lo vi.

Estaba de espaldas, sin camisa, vestido solo con unos pantalones oscuros a medida. Alto. Ancho. Imposible de ignorar. La musculatura se dibujaba bajo la piel como si hubiera sido esculpida a mano.

Y en el centro de su amplia espalda, un tatuaje enorme: ***la cabeza de un león***. Detallada. Amenazante. Viva.

Askanor estaba de pie frente a la pared de cristal, con las manos en los bolsillos, observando la ciudad de Calabria desde lo alto de la planta treinta, como si todo lo que había abajo *le* perteneciera.

Mi corazón dio un vuelco.

El maletín se me resbaló de los dedos y cayó al suelo con un sonido seco.

Fue suficiente.

Se dio la vuelta.

Y entonces lo vi.

Los ojos verdes eran aún más intensos que en el cuadro. El rostro estaba marcado, hermoso de una forma peligrosa. La barba bien cuidada resaltaba la mandíbula fuerte. Había cicatrices discretas en el pecho, en los brazos, historias que nadie contaba.

Me miró sin prisas.

Sin camisa. Sin pudor.

Y sonrió.

No fue una sonrisa educada. Fue lenta. Segura. Como si ya supiera exactamente quién era yo y por qué estaba allí.

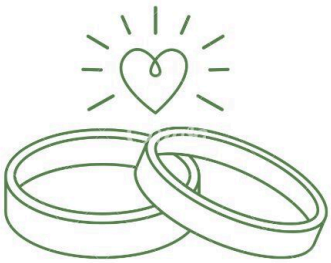
Como si yo fuera una presa en medio de la selva.

Me quedé quieta, incapaz de decir nada.

Él tampoco habló.

Solo me observó.

Y en aquel silencio sepulcral, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, supe que acababa de cruzar una línea de la que no habría vuelta atrás.



CAPÍTULO 5: UNA MUESTRA DE LAS PRESAS

Askanor Di Leone

Estaba de espaldas cuando oí el ruido.

Algo cayó al suelo. Papel. Una carpeta. El sonido seco resonó en la sala, demasiado grande para ser una oficina y demasiado pequeña para lo que solía hacer fuera de allí.

No tuve que girarme inmediatamente.

Ya había sentido la presencia.

Cuando me giré, me encontré con una mujer agachada, recogiendo hojas a toda prisa. El pelo castaño estaba recogido en un moño improvisado, con algunos mechones escapándose como si hubieran renunciado a obedecer. El cuerpo era pequeño. Frágil, para ese piso. Para ese edificio.

Y para mí.

Ella evitaba mi mirada.

La analicé con calma, como siempre hacía cuando algo nuevo cruzaba mi territorio. Menos de metro setenta. Hombros delicados. Manos finas que sostenían papeles como si fueran un escudo. Los ojos castaños eran vivos, atentos para alguien que solo hacía cálculos.

No parecía perdida.

Parecía tensa.

Y eso me interesó.

—Lo siento —dije, con voz baja y controlada—, se me ha caído el café sobre la ropa. No suelo recibir visitas así, como un depredador sexual.

Se quedó paralizada durante medio segundo antes de levantarse. El rubor le subió rápidamente por la cara. Desvió la mirada. El cuerpo se le tensó.

Me divertí.

Mucha gente se sentía incómoda conmigo sin que yo tuviera que abrir la boca.

—Pásate —le indiqué con un gesto de la cabeza, apartándome de la pared de cristal.

Ella dudó.

Tenía sentido. Las mujeres como ella aprenden pronto a evaluar los riesgos. Aun así, entró. Pasos cortos. Cautelosos. Como si cada centímetro de la sala fuera una trampa.

Observé cómo se le escapaba una sonrisa nerviosa al intentar parecer profesional.

Era bonita.

Amable, para aquel lugar.

—Usted es el director general… —comenzó, pero se detuvo al darse cuenta de que la miraba de arriba abajo.

—Lo soy —respondí—. Y tú pareces una *Dolce*.

Ella frunció el ceño.

— ¿Una… qué?

Me acerqué lo suficiente para ver cómo se le cortaba la respiración por un segundo.

—*Dolce*. Dulce. Amable. Demasiado frágil para un edificio lleno de salvajes.

Parpadeó un par de veces.

— ¿Por qué me llamas así?

Incliné ligeramente la cabeza, sopesando la pregunta.

—Porque pareces algo que se rompe fácilmente si cae en el suelo equivocado.

La mujer tragó saliva, apretó el maletín contra su cuerpo y respiró hondo.

— Señor Di Leone… me gustaría hablar con usted, si es posible. Me llamo Valentina Rocci y soy la nueva contable del departamento.

La petición fue firme, a pesar de la suavidad de su voz.

Interesante.

Miré el maletín que tenía en las manos. Grueso. Organizado. Planificado.

—Hable.

Se acercó a la mesa con cuidado y dejó la carpeta sobre la madera oscura. La abrió, esparciendo informes, gráficos y cifras. Todo organizado para parecer espontáneo.

Me senté en la gran silla detrás de la mesa. El cuero crujió bajo mi peso cuando apoyé la espalda en el respaldo. El sonido resonó por la sala como una advertencia silenciosa.

Cogí los papeles.

Hice lo que siempre hacía cuando algo amenazaba mi estructura: lo analicé en silencio.

Los números estaban mal.

No gritaban. Susurraban.

Eran traicioneros precisamente por eso.

Repasé con la mirada cada ruta, cada discrepancia, cada ausencia en los archivos. Mi mente trabajó rápido, conectando nombres, territorios y responsabilidades.

Sifón.

Ese idiota tenía esa ruta.

Alcé la vista hacia ella.

—¿Sabes quién estaba a cargo de esa ruta?

Ella asintió.

— Sí. En los pocos archivos que tengo, vi que es un tal... Sifón algo.

Se me quedó la mandíbula bloqueada por un segundo.

—¿Le había comentado esto a alguien antes de venir aquí?

—Con el señor Ettore —respondió.

— ¿Y?

Ella dudó.

— Él… se enfadó. Dijo que solo debía hacer lo que me habían contratado para hacer.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro.

Ella se dio cuenta.

— ¿Qué pasa? —preguntó, incómoda.

Apoyé los codos en la mesa y me incliné hacia ella.

— Ah, Dolce… ¿eso significa que has pasado por encima de tu jefe para hablar conmigo?

Ella bajó la cabeza de inmediato.

— Lo siento. Es solo que… me pareció importante.

Observé el gesto. No era una sumisión ensayada. Era respeto de verdad. Y eso me irritó y me gustó al mismo tiempo.

— Voy a investigar esto —dije, cerrando la carpeta—. Pero antes tengo que preguntarte algo.

Ella levantó la vista lentamente.

— ¿Quieres seguir con esto?

— ¿Qué quieres decir?

—Si te equivocas —continué—, serás despedida. Sin carta de recomendación. Sin explicación. ¿Aún quieres seguir?

El silencio entre nosotros se hizo denso.

Ella respiró hondo. No apartó la mirada.

— Sí.

— ¿Por qué?

—Porque sé hacer mi trabajo —respondió—. Y sé reconocer un error cuando lo veo.

La miré fijamente durante unos segundos.

Ella no se inmutó.

Sonreí.

— Muy bien, *Dolce*.

Ella no me devolvió la sonrisa. Solo asintió.

Recogió la carpeta con cuidado, como si fuera algo demasiado valioso para dejarlo allí. Dio un paso atrás, y luego otro.

— Gracias por su tiempo, señor Di Leone.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Observé cómo se alejaba su pequeña figura, con el moño deshecho un poco más a cada paso, y una postura firme para alguien que decía ser frágil.

Cuando se cerró la puerta, me quedé solo de nuevo.

Me recosté en la silla, mirando al techo.

Ella había hecho algo peligroso.

Y yo no solía dejar que las cosas peligrosas anduvieran sueltas por mi casa.

Pero, por primera vez en mucho tiempo, no quise aplastarlo.

Quería observar.

Porque *Dolce* tenía valor.

Y el valor, en aquel mundo, era más raro que la lealtad.

◆ ◆ ◆

Todavía estaba en mi despacho cuando apareció Marco.

La puerta se abrió sin ceremonias, como siempre. Marco entró cargando un cambio de ropa al hombro, el impecable traje azul oscuro contrastando con su cara de pocos amigos. Su mirada recorrió la sala y se detuvo en mí.

—Tienes que ponerte algo de ropa urgentemente —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Apoyé la mano en el cristal de la ventana y sonreí.

—¿Cuál prefieres, Marco? ¿El pezón izquierdo o el derecho?

Hizo una mueca.

—Algún día te arrestarán por atentar contra el sentido común.

—Pensé en ponerme un piercing —continué, alejándome del cristal—. Pero tengo un límite de metal en el cuerpo.

Marco suspiró.

— No me importa dónde estén los demás.

— Todos en la polla —completé, sin rodeos.

La risa salió alta y libre.

Marco cerró los ojos por un segundo.

—Información innecesaria, Don. Extremadamente innecesaria. Y no tengo intención de ver la polla de mi jefe.

—Qué pena —le provoqué—. No sabes lo que te estás perdiendo. ¡Es una vista preciosa!

Él tiró la muda de ropa sobre la mesa.

—Póntelo. Antes de que aparezca alguien importante.

Cogí la camisa, pero no me la puse de inmediato. Me aseguré de tardar. Marco *me* conocía lo suficiente como para saber que mi talento natural era provocar.

—¿Quién era la mujer que vi entrar en el ascensor mientras yo salía? —preguntó con curiosidad.

Me giré de lado, observando mi reflejo en el cristal mientras empezaba a abrocharme la camisa.

—La nueva contable del departamento de entregas y recogidas.

—¿Y por qué salió de tu despacho con cara de quien acaba de atravesar un campo minado?

Sonreí levemente.

—Porque lo ha atravesado.

Terminé de vestirme y señalé la mesa.

—Echa un vistazo a esto.

Marco se sentó sin protestar. Abrió la carpeta marrón, echó un vistazo a los informes, a los gráficos, a las notas escritas a mano. Su silencio duró poco.

—Esos números están mal —dijo, frunciendo el ceño. —Tan mal como para que sea un descuido.

—Eso es lo que pensé, pero al principio no vi nada fuera de lo normal.

Marco pasó algunas páginas más rápido.

—Esas rutas tienen pérdidas constantes. Menor volumen, mayor coste. Y no hay ningún archivo antiguo que lo justifique.

—No hay archivos antiguos —le corregí.

Marco levantó la vista.

— ¿Han desaparecido?

—Nunca existieron.

Él soltó un silbido bajo.

—¿Quién estaba a cargo?

—Sifón.

Marco se detuvo un instante, luego siguió leyendo.

— ¿Y Ettore?

Me senté en la silla detrás de la mesa, sintiendo cómo el cuero crujía bajo mi peso.

—Hizo la vista gorda. Le dijo a la contable que se limitara a hacer su trabajo.

Marco cerró la carpeta lentamente.

— ¿Tu tío está metido en esto? Se lleva más del veinte por ciento en estas rutas. ¿Qué gana perdiendo esos números?

—Está siendo complaciente —respondí—. O está intentando castrarme.

Se recostó en la silla, pensativo.

— La chica tiene agallas —comentó—. Poca gente se saltaría a un Di Leone para hablar directamente con otro. ¿No sabe nada sobre la «Familia»?

— Lo dudo mucho… Se disculpó por eso.

Marco arqueó una ceja.

— ¿Se disculpó?

—Lo hizo —confirmé—. Y me miró fijamente cuando le dije que la despedirían si se equivocaba.

Marco soltó una breve risa.

— Entonces es buena.

—Es una *Dolce* —murmuré, casi para mí misma.

— ¿Una qué?

—Una auténtica *Dolce*.

Marco cerró la carpeta y me la devolvió.

—¿Con quién quieres que hable de esto?

—Con los nuestros —respondí sin dudar—. Los más leales. Nada de la familia.

—Esto va a armar jaleo.

—Quiero que se haga ruido —dije—. Quiero saber quién está robando en mi casa y por qué.

Marco asintió.

— Lo haré hoy mismo.

— Hazlo rápido.

Se levantó, pero se detuvo antes de salir.

—¿Tendrás a la contable cerca?

Me recosté en el respaldo de la silla y entrelacé los dedos.

—Voy a observar.

—Si la observas demasiado, te encariñas.

Lo miré.

— No confundas la curiosidad con la debilidad.

Marco esbozó una sonrisa.

— Nunca lo he confundido. Solo te lo advertí.

Cuando se marchó, me quedé solo de nuevo.

El sol empezaba a ponerse detrás de los edificios, tiñendo la habitación de tonos dorados.

Me acerqué a la ventana y observé la ciudad allá abajo. Coches pequeños. Gente pequeña. Vidas que no tenían ni idea de lo

que ocurría treinta pisos más arriba.

Fue curioso ver su ingenuidad.

En la forma en que entró en mi despacho. En el maletín bien ordenado. En la forma en que pidió continuar a pesar de conocer el riesgo.

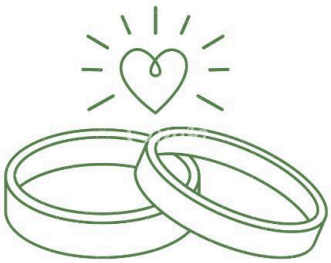
No tenía ni idea de en qué se había metido.

Y, aun así, había tomado la decisión *más* acertada.

Sonreí.

Porque, en mi mundo, quien veía el error y tenía el valor de hablarlo se merecía dos cosas: protección o destrucción.

Y yo aún no había decidido cuál de las dos se merecía aquella mujer menuda.



CAPÍTULO 6: UN GOLPE RÁPIDO

Valentina Rocci

Intenté que el día siguiera con normalidad.

Intenté sentarme en la silla, encender el ordenador, abrir los informes y fingir que mi cuerpo no había reaccionado de una forma extraña como para ignorarla. Cuando algo me sacaba de quicio, me sumergía en el trabajo.

Esta vez no funcionó.

Los números estaban ahí, obedientes, predecibles, pero mi cabeza insistía en volver al mismo punto. Al mismo piso. A la misma sala demasiado amplia, demasiado silenciosa. Al mismo hombre.

Askanor Di Leone.

Era absurdo. Había hablado con él durante unos pocos minutos. No había pasado nada más que una conversación profesional, tensa, incómoda. Y, aun así, su presencia parecía haber dejado una huella.

Algo invisible.

Algo que no me abandonaba.

Recorrí la pantalla con la mirada, tomé algunas notas, volví a hacer cálculos que ya sabía que eran correctos. El cursor parpadeaba, impaciente, como si me juzgara. Suspiré y llevé la taza de café a la boca.

Amargo.

Dejé la taza sobre la mesa con más fuerza de la que pretendía. Un bolígrafo rodó hacia el borde y cayó al suelo.

El sonido fue sencillo.

Seco.

Pero mi cuerpo reaccionó como si hubiera sido un disparo.

La carpeta.

La caída.

El ruido resonando en su habitación.

Me vi agachándome rápidamente, con el corazón acelerado, su imagen imponiéndose en mi mente con una nitidez irritante. Los ojos verdes. El tatuaje. La sonrisa lenta.

Cerré los ojos por un segundo, respirando hondo.

Ridículo.

Eso era lo que estaba siendo. Ridícula.

Me enderecé, volví a la silla e hice todo lo posible por terminar la jornada sin mirar el reloj cada cinco minutos. Cuando por fin apagué el ordenador, sentí un extraño alivio, como si estuviera escapando de un lugar que me observaba.

Era viernes.

Guardé mis cosas, me coloqué el bolso al hombro y salí de la sala. El pasillo estaba vacío y en silencio. La empresa parecía diferente a esa hora, menos formal, más vulnerable.

—¡Valentina!

Me di la vuelta y me encontré a Gibriela apoyada en la pared, sonriendo como si acabara de tener una idea genial.

— Un pub en la esquina —dijo—. Bebidas baratas, aperitivos decentes y cero hojas de cálculo. ¿Qué te parece?

Dudé.

Mi primer impulso fue negarme. Volver a casa, darme un baño caliente, intentar ordenar mis pensamientos. Pero algo en mí quería ruido. Movimiento. Gente.

— Me parece bien —respondí.

Ella esbozó una sonrisa de victoria.

Salimos, bajando por la calle mientras el cielo empezaba a oscurecerse. El aire de Calabria a esa hora tenía un aroma que mezclaba el mar lejano y la comida caliente. Las luces de los bares se iban encendiendo poco a poco.

—Hoy estás un poco ausente —comentó Gibriela—. ¿Primer día duro?

—Un poco —respondí—. Hay mucho que asimilar.

No dije nada más. Todavía no.

Entramos en el pub. El sonido de las voces, la música baja y las risas nos envolvió de inmediato. Elegimos una mesa cerca de la barra. Pedimos bebidas y una ración de aperitivos. El vaso helado en mi mano hizo que mi cuerpo se relajara un poco.

Al principio hablamos de cosas sencillas. El trabajo, los compañeros, la ciudad. Hasta que la curiosidad empezó a picarme.

—Gibriela… —comencé, intentando parecer despreocupada —, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Askanor… ¿tiene mujer? ¿Hijos?

Casi se atraganta con la bebida.

—No —respondió, limpiándose la boca—. Nunca se casó. Nunca tuvo hijos. Al menos oficialmente.

— ¿Oficialmente?

Ella se encogió de hombros.

—¡Es un canalla, Valentina! De los clásicos. Vive rodeado de mujeres, pero ninguna se queda.

— ¿Y la familia? —pregunté—. ¿Él… se ocupa bien de todo?

Gibriela ladeó la cabeza, pensativa.

—Solo le importa una persona.

— ¿Quién?

—Su hermana. Flora Di Leone. Pobrecita…

El nombre resonó en mi cabeza.

—¿Qué le pasa?

—Un problema de salud grave —explicó—. Muy grave. Dicen que apenas puede salir de casa. El jefe lo hace todo por ella.

Esa información me impactó de una manera extraña. Quizá porque humanizaba a alguien a quien yo todavía intentaba meter en una caja segura.

— ¿Él es… así con todo el mundo? —me atreví a preguntar —. ¿Frío?

Gibriela se rió.

—Con casi todo el mundo.

Bebimos un poco más. La conversación fluyó mejor. Le hablé de mis padres. De crecer en una casa donde la justicia no era un discurso, sino una práctica. Donde equivocarse tenía consecuencias, pero se esperaba que se hiciera lo correcto.

Ella me habló de su nuevo novio. Un chico que había conocido en una app. Raro, pero divertido. Nos reímos de eso. Compartimos unos aperitivos.

Durante unos minutos, me olvidé de las últimas horas de mi día.

Hasta que me levanté para ir al baño.

El pasillo era estrecho, mal iluminado. El pub estaba lleno, pero esa parte parecía aislada. Empujé la puerta del baño de mujeres distraída, todavía pensando en algo que Gibriela había dicho.

Fue entonces cuando vi al hombre.

Estaba de pie junto al lavabo. Todo de negro. Con capucha. Alto. Inmóvil.

Mi cuerpo se heló antes de que mi mente se diera cuenta.

—Tienes que decirme todo lo que sabes sobre el problema de la ruta —dijo.

No preguntó.

Lo ordenó.

—Estás en el baño de mujeres —respondí, sintiendo cómo me latía fuerte el corazón—. Sal ahora mismo.

Dio un paso hacia mí.

— No te andes con evasivas.

—No sé de qué estás hablando —mentí.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó una navaja. La hoja reflejó la tenue luz del baño.

—O hablas ahora… —dijo—, o las cosas se pondrán feas para ti.

Mi miedo se convirtió en concentración.

Mi padre había insistido. Mi madre había estado de acuerdo.

La defensa personal no era un pasatiempo, era prevención.

Le di una patada.

El movimiento salió limpio. La navaja salió volando de su mano y golpeó la pared. Él avanzó, pero yo ya estaba preparada. Giré el cuerpo, utilicé su peso en su contra y lo desequilibré.

Cayó con fuerza.

No lo pensé. Simplemente lo hice.

Corrí.

Salí del baño y casi choqué con dos personas.

—¡Hay alguien ahí dentro! —dije rápido—. ¡Un hombre armado con un cuchillo!

Dos empleados del pub corrieron conmigo. Abrimos la puerta.

El baño estaba vacío.

La ventana abierta dejaba entrar el viento frío, que movía ligeramente la cortina.

Me quedé parada, jadeando.

El hombre había desaparecido.

Volví a la mesa con Gibriela unos minutos después, intentando explicar lo inexplicable. Ella se puso pálida. Los empleados dijeron que iban a revisar las cámaras.

Pero yo ya lo sabía.

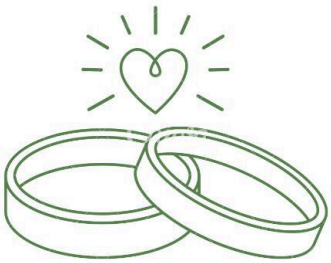
Aquello no había sido casual.

Alguien lo sabía y estaba observando.

Y, por primera vez desde que llegué a Calabria, entendí de verdad la advertencia de mi padre.

Algo no estaba bien en aquel lugar.

Y ahora… estaba en medio de ese fango.



CAPÍTULO 7: EL CERCO SE CIERRA

Askanor Di Leone

Estaba parado con el coche en marcha, el ronroneo sordo del motor blindado vibrando bajo mis manos como un animal contenido.

La estrecha calle frente al pub parecía normal, teniendo en cuenta lo que sabía que estaba a punto de pasar. Viernes por la noche. Gente riendo. El tintineo de los vasos. La cálida luz que se filtraba por las ventanas.

Y Valentina dentro.

Marco estaba en el asiento del copiloto, serio incluso para sus estándares. Traje oscuro, expresión seria, ojos fijos en los reflejos de los cristales. Ninguno de nosotros hablaba. No hacía falta.

Yo observaba la puerta del pub como quien espera un error.

El error llegó.

Un hombre vestido de negro salió rápidamente por una ventana lateral del pub. No echó a correr de inmediato. Primero miró a ambos lados. Cuerpo tenso. Mano derecha escondida bajo la chaqueta. No era un cliente. No era un borracho. No era un guardia de seguridad.

Era mi maldito problema.

—Es él —murmuró Marco.

No respondí. Solo solté el freno.

El hombre empezó a caminar, luego aceleró el paso, giró a la derecha y se adentró en una callejuela estrecha y mal iluminada. Fue entonces cuando echó a correr.

Pisé a fondo.

El coche respondió como un depredador liberado de su correa.

El impacto fue seco, brutal, casi decepcionante por lo rápido que fue. El cuerpo del hombre salió disparado hacia arriba, giró en el aire como un muñeco roto, golpeó el capó, dio otra vuelta y cayó al asfalto con un sonido que no se confunde con nada.

Carne chocando contra el suelo.

El silencio que siguió fue breve.

—Objetivo abatido —dijo Marco, colocándose la máscara negra sobre el rostro.

Yo estaba acelerando de nuevo, sacando el coche del lugar antes de que alguna ventana curiosa decidiera convertirse en testigo. Marco saltó del vehículo antes de que me detuviera por completo, corrió hasta el cuerpo caído y volvió en menos de un minuto.

—Móvil —dijo, tirándome el aparato al regazo—. Nada más.

Su rostro estaba sereno. Profesional. El de siempre. No preguntó si estaba seguro. No preguntó si era necesario.

Nunca preguntaba.

Arranqué, dejando atrás la calle, el cadáver, el error fatal de alguien que creyó que podía meterse en lo que era mi territorio.

Seguimos en silencio hasta el galpón.

El lugar parecía dormir, pero yo sabía que era una ilusión. En cuanto se abrió la puerta, los hombres se alinearon automáticamente. No por orden. Por costumbre. Por miedo. Por respeto.

Con la cabeza gacha.

Bajé del coche sin prisas. El olor a metal, aceite y pólvora se mezclaba con el aire. Era familiar. Reconfortante. Un ambiente donde nada fingía ser lo que no era.

Marco caminaba a mi lado cuando uno de los hombres se acercó.

—Extrae todo —dijo Marco, entregándole el móvil—. Mensajes, llamadas, ubicación, contactos ocultos. Todo.

El hombre asintió y desapareció en una sala lateral sin decir una palabra.

Caminé hasta el centro del hangar y me detuve.

—Dos de ustedes —señalé.

Se acercaron de inmediato.

—Vigilancia constante. Discreta. —Saqué el móvil del bolsillo y les mostré la foto—. Valentina Rocci. Quiero informes diarios. Si alguien se mueve mal cerca de ella, quiero saberlo.

Asintieron sin dudar.

Marco arqueó una ceja, pero se quedó callado. Era lo suficientemente inteligente como para saber cuándo las preguntas no eran bienvenidas.

Nos dirigimos a una sala reservada al fondo del almacén. Allí las luces eran más tenues. Marco fue directamente al aparador, cogió la botella de whisky y dos vasos. No preguntó. Simplemente sirvió.

Hielo. Ámbar. Silencio.

Brindamos sin decir nada y bebimos.

El alcohol quemó, bajó con fuerza. Como debe ser.

—Ahora me lo vas a contar —dijo Marco al fin— o vas a fingir que esto es solo control logístico?

Me reí entre dientes, apoyando el vaso en la mesa.

— ¿De verdad crees que pisotearía a alguien así por cuestiones logísticas?

— Creo que pisotearías cualquier cosa que invadiera tu espacio.

— Exacto.

Marco dio otro sorbo.

—Entonces, ¿por qué ella?

Miré el vaso. El líquido girando lentamente. Pensé en cómo Valentina se había quedado inmóvil cuando tiró esa carpeta. En cómo intentó mantener la compostura mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor. En esa mirada que mezclaba desafío y miedo.

—No es protección —dije—. Es contención.

—¿Contención?

—Está en el lugar equivocado, en el momento equivocado, con las preguntas correctas —levanté la vista hacia él—. La gente así muere rápido si no se la controla.

Marco me estudió durante unos segundos.

—Y tú prefieres controlar.

—Siempre.

Él esbozó una sonrisa.

— Qué curioso. Nunca antes habías enviado seguridad a ningún contable.

— No es solo una contable.

— No — asintió Marco. — No lo es.

Me bebí el resto del whisky de un trago.

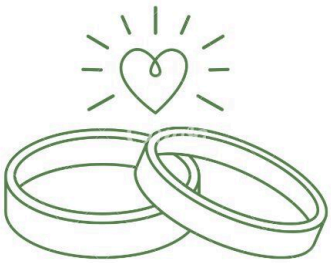
Valentina Rocci no tenía ni idea de la línea invisible que había cruzado. No tenía ni idea de cuántos ojos la seguían ahora. No tenía ni idea de que su mundo acababa de reducirse peligrosamente.

Y eso me gustaba.

Me gustaba saberlo. Me gustaba ir un paso por delante. Me gustaba la sensación de control cerrándose a su alrededor como un círculo silencioso.

Ella podía sentirlo como un ciervo acorralado por un león.

Pero yo no cazaba por hambre.
Cazaba por dominio.
Y ahora, Valentina…
Estabas en mi territorio.



CAPÍTULO 8: REFLEXIONANDO

Valentina Rocci

Llegué a mi apartamento como quien llega a un puerto tras una tormenta que casi vuelca el barco.

Las llaves temblaban en mi mano antes de encajar en la cerradura. No era puro miedo. Era lo que quedaba de él. Ese resto invisible que permanece en el cuerpo después de que el peligro pasa, pero decide no irse con él.

Cerré la puerta tras de mí y apoyé la frente contra la madera durante unos segundos.

El silencio allí dentro era denso. No acogedor. Solo muy silencioso para una cabeza que aún zumbaba con preguntas, voces, sirenas imaginarias y el sonido seco de un cuerpo siendo lanzado contra el asfalto. No había visto el atropello. Pero lo sabía. La policía se encargó de repetirlo más de una vez.

El hombre que intentó asaltarla había muerto.

Asaltarla.

Así es como lo llamaban.

Dejé el bolso en el sofá sin cuidado, me quité los zapatos con los pies y caminé hasta la cocina. Abrí la nevera, la volví a cerrar. No tenía hambre. Estaba cansada de una forma que no se soluciona con comida.

Me senté en el borde del sofá cuando vibró el móvil.

Mamá.

Respondí con una videollamada antes incluso de pensarlo.

— ¿Valentina? — Su rostro apareció de inmediato, serio, atento, la misma mirada que ponía en el tribunal cuando sabía que alguien estaba mintiendo.

—Hola, mamá.

Mi padre apareció justo a su lado, ajustándose las gafas, con la expresión severa de un comisario que nunca se quitaba el uniforme, ni siquiera en casa.

—¿Estás bien? —preguntó directamente, sin rodeos.

—Estoy bien —esforcé una sonrisa—. De verdad. Estoy bien.

Lo conté todo. Del pub. Del baño. Del hombre vestido de negro. Omití detalles que no necesitaba repetir en voz alta. No hablé de la navaja que voló. Ni de la patada certera. Ni de la forma en que mi cuerpo reaccionó incluso antes de que mi cabeza lo decidiera.

—¿Fue un intento de atraco? —preguntó mi madre.

—Eso es lo que cree la policía.

Mi padre frunció el ceño.

— ¿Y tú?

Dudé un segundo.

— Yo también lo creo.

Intercambiaron una mirada rápida. Esa mirada silenciosa de quien ya lo ha visto todo en el mundo como para creer en simples coincidencias.

— Lo importante —continué, tratando de aliviar el ambiente — es que estoy bien. Gracias a tus enseñanzas, papá. La defensa personal salva vidas. ¡Incluso la mía!

Respiró hondo, relajando un poco los hombros.

—*Te* enseñé para situaciones como esta —dijo—. Pero eso no significa que debas bajar la guardia ahora.

—Lo sé.

—Ese hombre ha muerto —dijo mi madre con cautela—. Eso llamará la atención.

—La policía está investigando quién lo atropelló —añadí—. Nadie sabe quién fue. Quizá alguien que conducía ebrio.

Mi padre apretó los labios.

—Ten cuidado, hija. ¿Quieres que le pida a un amigo policía que…

— No, papá. Te lo agradezco, pero sé cuidarme sola. Tienen que confiar en mí.

Insistieron un poco más. Me preguntaron por el apartamento. Por el barrio. Si estaba sola. Si quería volver a casa unos días.

Me negué con delicadeza. No podía huir ahora. No después de todo.

— ¿Y el trabajo? —preguntó mi madre, cambiando de tono, intentando parecer normal.

Esta vez sonreí de verdad.

— Va muy bien. De verdad. La empresa es grande, organizada. Estoy aprendiendo mucho. El sector es exigente, pero estimulante.

—Me alegro —dijo ella—. Te lo mereces.

No hablé de cifras extrañas. Ni de rutas incoherentes. Ni del peso que aquellas hojas de cálculo habían empezado a tener en mi cabeza.

—*Te* queremos —dijo mi padre al final.

— Yo también os quiero.

Colgamos el teléfono y el silencio volvió a extenderse por el apartamento como una niebla.

Fui directamente al baño.

Abrí el grifo y el agua salió demasiado caliente a propósito. Necesitaba que el agua hiciera ruido. Necesitaba que algo ahogara

mis pensamientos antes de que empezaran a dar vueltas en círculos.

Me quité la ropa despacio, como si cada prenda llevara pegado a ella todo el día. Me metí bajo el chorro y cerré los ojos cuando el agua me golpeó la cara.

Respiré hondo.

El hombre con la navaja en la mano no quería dinero. No quería el bolso. No quería el móvil.

Quería información. Información sobre las rutas.

Sobre las desvanecimientos.

Sobre algo que apenas había empezado a comprender.

Apoyé la frente contra la pared fría, dejando que el agua me resbalara por el pelo, la cara y los hombros. Mi cuerpo aún reaccionaba. Aún alerta. Aún listo para luchar si fuera necesario.

¿En qué me había metido exactamente?

Pensé en Ettore.

En su sonrisa fácil. En la forma en que se desviaba cuando le hacía preguntas directas. En esa incómoda sensación de que él siempre sabía un poco más de lo que decía.

Pensé en Askanor.

En su silencio pesado. En esa mirada que parecía medir, sopesar, decidir. En la forma en que su presencia ocupaba el espacio sin pedir permiso. No era el tipo de hombre que perdía el control por casualidad. Ni que dejara cosas importantes sin resolver.

Y eso me asustaba.

¿Hasta qué punto podía confiar en él?

¿Hasta qué punto sabía lo que estaba pasando?

¿Hasta qué punto formaba parte de todo aquello?

La familia Di Leone no era solo una familia. Era un sistema. Un nombre. Un entramado complejo en el que cada pieza parecía encajar con precisión para parecer inocente.

Y yo estaba allí. En medio.

El agua me cayó en la frente mientras respiraba hondo otra vez.

Quizá debería contarle más a la policía.

Quizá debería callarme.

Quizá confiar fuera tan peligroso como desconfiar de todo.

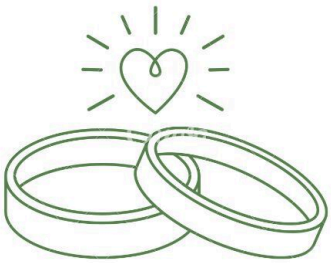
Abrí los ojos, dejando que el agua me lavara la cara como si pudiera llevarse la confusión.

Aún no sabía en quién confiar.

Pero una cosa estaba clara.

Aquello no había sido un simple asalto.

Y, me gustara o no, Askanor Di Leone formaba parte del problema…



CAPÍTULO 9: DESPERTAR NEBULOSO

Valentina Rocci

Me desperté con el corazón latiendo de forma irregular.

No fue un ruido. No fue un sueño. Fue esa sensación antigua, primitiva, que mi padre decía que nunca debía ignorar. El cuerpo lo percibe antes que la mente. Siempre.

Abrí los ojos lentamente, aún atrapada entre el sueño y la vigilia, y tardé unos segundos en reconocer el techo de mi habitación. La oscuridad era casi total, solo rota por el débil brillo de la pantalla del móvil sobre la mesita de noche.

Giré la cabeza y miré la hora.

03:00.

—Genial… —murmuré para mis adentros, en voz baja, con la voz ronca por el sueño interrumpido.

El apartamento estaba en silencio. No pasaba ningún coche. No se veía a ningún vecino paseando. Ni siquiera se oía el ruido

lejano de la ciudad que solía arrullar mis noches. Solo silencio.

Sentí que la vejiga me pedía a gritos y me senté en la cama, dejando caer las piernas al suelo. El suelo estaba frío bajo mis pies.

Di dos pasos hacia el baño cuando me quedé paralizada.

Una voz.

No alta. No agresiva.

Ronca.

Lo suficientemente baja como para parecer un susurro que venía… de la pared de enfrente.

—Hola, *Dolce*. No te asustes.

Todo mi cuerpo se paralizó.

Cada músculo. Cada hueso. Cada pensamiento.

El aire pareció volverse más denso en mis pulmones.

— La razón por la que he irrumpido en tu apartamento a estas horas de la madrugada es porque corres peligro.

No grité.

No me moví.

No respiré.

Pero reconocí esa voz al instante.

Askanor Di Leone.

Mi corazón latía tan fuerte que hasta me dolía. No solo por el susto. Por la incredulidad. Por el miedo racional. Por algo a lo que aún no sabía cómo llamar.

Tardé unos segundos en poder organizar un pensamiento completo.

—¿Cómo…? —mi voz salió baja, pero lo suficientemente firme— ¿cómo has entrado aquí?

Silencio.

Después, un leve sonido de movimiento. Sin pasos. Algo más sutil. La tela de una prenda, tal vez.

—Tengo mis trucos —respondió, y había algo casi divertido en su tono—. Y no enciendas la luz.

Fruncí el ceño, todavía sentada en el borde de la cama.

— ¿Por qué?

—Tu ventana se ve desde otro edificio. —Su voz seguía siendo demasiado tranquila—. Y, créeme, esta no es una noche en la que quieras que te vean.

Tragué saliva.

Me senté de nuevo en la cama, el colchón hundiéndose bajo mi peso. Me subí la sábana instintivamente hasta la cintura, aun sabiendo lo inútil que era.

—¿Qué está pasando? —pregunté, sintiendo cómo se me oprimía la garganta—. ¿En qué lío me he metido? ¿Y por qué el director general de la empresa está en mi habitación a las tres de la madrugada?

Un breve silencio.

Luego, habló.

—Si hasta ahora no has gritado ni has intentado huir, es porque eres tan inteligente como sospechaba.

Mi mandíbula se tensó.

—Eso no responde a nada.

—Responde más de lo que imaginas, Dolce.

El apodo sonó diferente allí. Más íntimo. Más peligroso. No había mostrador. No había mesa entre nosotros. No había luz.

Solo yo, él… y todo lo que yo no sabía.

— Tu suerte —continuó él— fue apostar por el león correcto.

Solté una risa breve, nerviosa.

— No aposté por nada. Solo hice mi trabajo.

—Exactamente.

Sentí que el colchón se movía ligeramente, como si él se hubiera apoyado en algo más cercano. Aún no lograba verlo bien, solo una silueta alta recortada por la escasa luz que entraba por la ventana.

—La ruta que encontraste manipulada —dijo— no era solo una ruta de reciclaje.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Era una vía para sustraer de la empresa algo de valor estratégico. Algo que me pertenece.

—¿Ventaja competitiva? —me arriesgué a preguntar.

Él soltó un sonido bajo, casi una risa.

— Digámoslo así.

Respiré hondo, tratando de mantener la cabeza fría.

— ¿Mi descubrimiento ha despertado sospechas? —pregunté.

—Alarmas. —Fue directo al grano—. A la gente que prefiere seguir siendo invisible no le gusta que alguien fije la mirada en las cifras adecuadas.

— Y supongo que esa persona fue la que envió a ese hombre al baño del pub, ¿verdad?

—El hombre no iba *a hacerte* daño, solo quería saber hasta dónde habías llegado. Aunque luego tuvo un accidente horrible, ¿no? Pobre hombre…

Cerré los ojos por un segundo.

¿El hombre del baño del pub con una navaja realmente murió en un accidente?

El silencio que siguió.

— Solo estaba haciendo lo que me pagaban por hacer —dije —. Analizar números. Eso es lo que sé hacer.

—Y precisamente por eso eres útil.

Volví a abrir los ojos.

— ¿Útil?

—A partir de ahora —dijo sin rodeos—, serás mis ojos y mis oídos ahí dentro.

Mi corazón se aceleró.

— No. Así no funciona.

La frase salió antes de que pudiera pensarlo demasiado.

—Es exactamente así como funciona —replicó él, tranquilo—. Para empezar, quiero que finjas que has obedecido a Ettore. Que has dejado atrás esa discrepancia. Sigue siendo una empleada ejemplar.

— ¿Y mentir? —pregunté—. ¿Fingir que no pasa nada? Mira, no puedo ser ese tipo de persona.

—Entonces haz un esfuerzo, al menos por ahora, *Dolce*. Por mí y por mis hermosos ojos verdes. ¿Qué te parece?

Negué con la cabeza, sintiendo cómo se me hacía un nudo en el pecho.

—¿Por qué debería confiar en usted?

Silencio.

Pesado.

—Quizá sea mejor que vuelva a mi ciudad —continué, sintiendo cómo el valor crecía junto con el miedo—. Esto está yendo demasiado lejos.

—Te pido que confíes en mí otra vez, Dolce —dijo, y algo en su tono cambió. Se volvió más duro. Más real—. Porque, con lo que ya sabes, los de mi clase no solemos permitir que alguien se vaya sin más.

«¿Tipo?»

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Me levanté de la cama de repente.

—Tengo que ir al baño.

Otro silencio por su parte.

Después, el director general soltó:

—Ve.

Salí de la habitación sin encender ninguna luz, guiada únicamente por el recuerdo de mi propio apartamento. En el pasillo, encendí la luz con cuidado, como si eso pudiera devolverme algo de control.

Entré en el baño y cerré la puerta con llave.

Solo entonces mis piernas empezaron a temblar.

Me senté en el inodoro y oriné con el corazón a mil por hora, las manos apoyadas en las rodillas. Pensé en llamar a la policía. Pensé en mi padre. Pensé en gritar.

Y pensé en lo que él había dicho.

Mi «tipo».

Me lavé las manos despacio, observando mi reflejo en el espejo. Parecía pálida. Pero mis ojos estaban atentos. Vivos.

Desbloqueé la puerta.

Cuando salí, él estaba al final del pasillo.

Con los brazos cruzados.

La luz lo revelaba todo ahora.

Era alto. Mucho más de lo que recordaba. Ancho. Fuerte. Una presencia que ocupaba el espacio sin ningún esfuerzo. La barba bien cuidada, la mirada verde fija en mí, evaluando cada paso.

Caminé hacia él con la cabeza alta.

—No quiero meterme en problemas —dije—. Esa gente… si usted consigue demostrar lo que están haciendo, ¿serán despedidos? ¿Podré respirar tranquila después de eso?

Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. No era amable.

—Sí. Ese es mi objetivo.

Respiré hondo.

—Entonces te ayudaré.

Le tendí la mano.

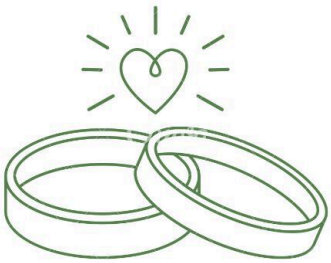
Su mano se cerró sobre la mía con facilidad. La envolvió. Fuerte. Cálida. Demasiado firme como para ignorarla.

Tragué saliva.

Porque, en ese instante, lo supe.

Aquello no era solo una empresa de reciclaje.

Y yo acababa de entrar en un juego en el que el león no aceptaba retrocesos.



CAPÍTULO 10: ESA MIRADA

Valentina Rocci

Llegué al trabajo con la incómoda sensación de que algo iba mal incluso antes de atravesar la puerta giratoria del edificio.

No es que tuviera miedo exactamente. Era ese peso sobre los hombros, como si el aire fuera más denso, más difícil de atravesar. El tipo de sensación que no surge de la nada. Ya había aprendido eso de mi padre. Cuando el instinto susurraba, era mejor escucharlo.

Pasé mi tarjeta de identificación, saludé a algunos compañeros en el pasillo y seguí hasta mi despacho. El tacón resonó suavemente en el suelo, y ya estaba repasando mentalmente todo lo que tenía que hacer ese día cuando lo vi.

Ettore Di Leone.

Apoyado en mi mesa.

Mi corazón dio un vuelco en el pecho.

No estaba sentado. No se movía. Solo me esperaba, con los brazos cruzados y el cuerpo ligeramente inclinado hacia atrás, como si ese espacio también fuera suyo. Sus ojos verdes y fríos me siguieron desde el momento en que crucé la puerta hasta detenerme frente a él.

—Buenos días, Valentina —dijo, en un tono educado.

Tragué saliva.

—Buenos días, señor Di Leone.

Señaló con la barbilla hacia la puerta que tenía detrás de mí.

—Cierra la puerta, por favor. Tenemos que hablar a solas.

Obedecí.

El clic de la cerradura sonó fuerte en el silencio que se había creado.

Me giré lentamente, sintiendo cómo su mirada recorría cada detalle de mi persona. Había algo diferente allí. No era el ceño fruncido de la última vez. Era otra cosa.

Algo más calculado.

— Siéntate —me pidió, señalando la silla frente a la mesa.

Preferí quedarme de pie.

—Prefiero así.

Sus labios se curvaron en una especie de sonrisa.

—Como quieras.

Se alejó de la mesa y empezó a caminar por la sala, con pasos lentos y meditados. Me fijé en sus ojos. Grandes. Verdes. Fríos. No se parecían en nada a los de Askanor. Mientras que su sobrino tenía intensidad, Ettore tenía vacío.

—Quiero saber —comenzó— si llegaste a indagar en esa ruta problemática después de nuestra conversación.

Respiré hondo antes de responder.

—No llegué a profundizar —dije con cautela—. Estaba analizando otros informes, tal y como usted pidió.

Dejó de caminar.

Se volvió hacia mí lentamente.

— ¿Me estás mintiendo?

—No.

Sostuve su mirada.

Hubo unos segundos de silencio. Me observaba como quien intenta decidir si vale la pena presionar más.

— Interesante —murmuró—. Entonces explícame eso.

Fruncí el ceño.

— ¿Explicar qué?

Ettore se acercó un poco más.

— Anoche —dijo—, un hombre fue atropellado y murió cerca de un pub. Un hombre que, curiosamente, tenía interés precisamente en la ruta que tú señalaste.

Se me revolvió el estómago.

—Yo… —comencé—, precisamente iba a hablar con usted sobre eso.

Entrecerró los ojos.

—Hable.

Volví a respirar hondo.

— Ayer, después del trabajo, fui a un pub con Gibriela. —Utilicé el nombre con cuidado—. En un momento dado, fui sola al baño y entró un hombre. Me exigió que le contara todo lo que sabía sobre esa ruta.

Observé cada microexpresión de Ettore mientras hablaba. No parecía sorprendido. No parpadeó. No se movió.

Sigue contando:

—Me amenazó con una navaja. Conseguí defenderme y él huyó. Después… supe que había muerto atropellado.

Ettore asintió lentamente.

— Hiciste bien en contármelo.

Sonrió.

No fue una sonrisa cálida. Fue breve. Fría. Mecánica.

—Estas cosas pasan cuando la gente se entromete donde no debe. Es una pena… —dijo—. Pero tú hiciste lo correcto. Fuiste

prudente.

Algo dentro de mí gritó.

—Tenía intención de avisarle desde ayer —añadí, esforzándome por parecer firme—. No me pareció correcto ocultárselo.

—Claro —respondió él—. La transparencia es esencial en esta empresa.

La palabra sonó mal en su boca.

Se dirigió hacia la puerta y puso la mano en el pomo.

— Tranquila, Valentina. Nos encargaremos de esto. ¡Te lo prometo!

Fue entonces cuando todo estalló.

La puerta se abrió antes de que pudiera girar el pomo por completo.

—¡Ettore Di Leone! —una voz firme resonó por el pasillo—. Queda detenido.

Se me paró el corazón.

Dos policías aparecieron en la puerta, seguidos por otros dos. La placa brillaba bajo la luz blanca de la oficina.

—Tiene derecho a permanecer en silencio —continuó uno de ellos—. Todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra.

Ettore dio un paso atrás.

Luego, otro.

—¡Esto es un absurdo! —gritó—. ¡No saben con quién están tratando!

Intentó correr.

No llegó a dar tres pasos.

Los policías lo alcanzaron rápidamente.

Uno lo empujó contra la pared, el otro lo tiró al suelo. El sonido del impacto resonó por el pasillo. Se cayeron papeles de mi mesa. Mi corazón latía tan fuerte que apenas podía oírlo.

—¡Soltadme! —gritó Ettore—. ¡Soltadme ahora mismo!

Las esposas se cerraron sobre sus muñecas con un clic metálico.

Fue entonces cuando levantó la cara.

Y me miró.

Nunca olvidaré esa mirada.

Puro odio. Crudo. Sin máscaras.

—¡Falsa vagabunda! —escupió las palabras—. ¡Te arrepentirás de lo que has hecho!

Todo mi cuerpo tembló.

Antes de que pudiera reaccionar, empezaron a oírse voces en el pasillo. Se abrieron puertas. Los empleados se levantaron de sus mesas, atraídos por el ruido.

Gibriela apareció entre ellos, con la mano en la boca y los ojos muy abiertos.

—Dios mío… —oí susurrar a alguien.

—¿Es Ettore? —murmuró otro.

—¿Lo están arrestando?

Los policías *lo* levantaron del suelo con firmeza.

Ettore aún intentó forcejear, pero era inútil. Mientras lo arrastraban por el pasillo, no me quitó los ojos de encima.

No parpadeó.

No dijo nada más.

El silencio que se hizo después fue ensordecedor.

Nadie sabía qué decir.

Nadie sabía hacia dónde mirar.

Me quedé parada en medio de mi salón, sintiendo las piernas débiles, el corazón acelerado, la mente tratando de asimilar todo lo que acababa de pasar.

Gibriela se acercó lentamente.

— Valentina… — me llamó, vacilante. — ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Creo que sí.

Mi voz sonó más firme.

Los empleados empezaron a dispersarse poco a poco, cuchicheando, intercambiando miradas nerviosas. La normalidad intentó recomponerse, pero ya era tarde. Algo se había roto allí.

Me senté en la silla y cerré los ojos por un segundo.

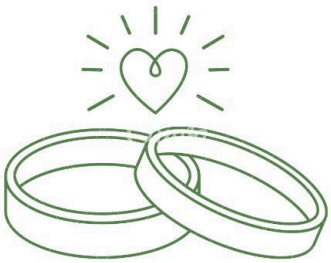
Las palabras de Askanor resonaron en mi mente.

«Apostaste por el león correcto».

Sentí un alivio en el pecho.

Parecía que ahora habría paz en mi trabajo.

Al menos eso era lo que yo creía…



CAPÍTULO 11: DIENTE DE LEÓN

Valentina Rocci

Llegué a mi apartamento esa noche sintiendo algo que no había experimentado en días.

Alivio.

Cerré la puerta tras de mí con cuidado, como si ese simple gesto fuera capaz de mantener el caos fuera. El silencio me envolvió de inmediato, roto solo por el sonido lejano de la ciudad y por mi propio suspiro cansado.

Me quité los tacones allí mismo, en la alfombra de la entrada, y dejé que el bolso se deslizara de mi hombro hasta el sofá. Mis pies me lo agradecieron. Todavía estaba de pie cuando encendí la televisión, con el mando a distancia frío en la mano.

La imagen tardó un segundo en aparecer.

Y entonces lo vi.

Askanor Di Leone ocupaba toda la pantalla.

El escenario era una rueda de prensa. Micrófonos amontonados sobre la mesa, logotipos de cadenas de televisión al fondo, cámaras apuntándole como armas silenciosas. Llevaba un traje oscuro impecable, la camisa desabrochada por el primer botón, la barba bien recortada y perfectamente alineada.

La mirada… intensa.

Reconocí esa mirada.

—¡Esto es intolerable en mi empresa! —su voz resonó por la sala.

Askanor dio un golpe en la mesa con tanta fuerza que los micrófonos se balancearon. Algunos periodistas se sobresaltaron. Otros se inclinaron hacia delante, ávidos.

—Sabotear zonas de reforestación, promover la venta ilegal de madera, desviar recursos bajo la falsa bandera de la sostenibilidad… —continuó, cada palabra medida, cortante—. Esto no es solo un delito. Es una traición a los principios que esta empresa dice defender.

Me llevé la mano al pecho sin darme cuenta.

Mi corazón latía con fuerza.

—Mi tío, Ettore Di Leone, ha sido detenido hoy —anunció—. Y se le aplicará todo el rigor de la ley. No hay sangre que esté por encima de la justicia.

Las palabras sonaron pesadas.

Sentí cómo se deshacía un nudo dentro de mí.

Sonreí.

No fue una sonrisa amplia, ni eufórica. Fue contenida. Aliviada. Como quien se da cuenta de que ha hecho lo correcto, a pesar del miedo.

Me senté en el sofá, mirando la pantalla.

Askanor respondía a las preguntas con firmeza, esquivando las trampas y dirigiendo el discurso con una habilidad que no se aprendía en las escuelas de negocios. Eso provenía de otro lugar. De alguien acostumbrado a controlar entornos hostiles.

Cuando terminó la rueda de prensa, la imagen pasó a mostrar a los comentaristas debatiendo el impacto de la detención.

Apagué la televisión.

Volvió el silencio.

Cogí el móvil casi por instinto.

La videollamada de mi madre apareció en la pantalla incluso antes de que pensara en marcar.

Contesté.

—¡Valentina! —exclamó ella, apareciendo primero su rostro. Justo después, mi padre se acercó a la cámara.

— ¿Lo habéis visto? — pregunté antes de que dijeran nada.

—Lo hemos visto todo —respondió mi madre—. Lo estamos siguiendo desde primera hora.

Mi padre me observaba con atención, como siempre hacía cuando intentaba entender algo más allá de las palabras.

—Fui yo quien encontró los problemas —dije—. En los números. En las rutas. Si no hubiera insistido…

—Hiciste lo correcto —dijo mi madre con firmeza—. Hiciste exactamente lo que te enseñamos.

Mi padre asintió lentamente.

—Sí. Lo hiciste. —Respiró hondo—. Pero ahora tienes que abrir los ojos.

Ya me lo esperaba.

—Papá…

— Valentina —me interrumpió—. Esa gente es peligrosa. No te dejes engañar por discursos bonitos o ruedas de prensa bien ensayadas. Donde hay demasiado poder, siempre hay algo oculto.

La imagen de Askanor se me vino a la mente.

La habitación a oscuras. La voz baja. El apretón de manos que se tragó el mío.

— Confía en mí —le pedí—. Sé lo que estoy haciendo.

Me miró durante unos largos segundos.

—Confío en ti, hija mía —dijo al fin—. En lo que no confío *es en ellos*. Solo quiero que no te hagan daño.

—No me haré daño.

Hablamos un rato más. Hablamos de cosas sin importancia. De su cena. Del trabajo de mi madre. Cuando colgué, me quedé mirando la pantalla apagada durante unos segundos.

Respiré hondo.

Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta.

Todo mi cuerpo se puso en alerta.

El sonido no fue agresivo. Dos golpes educados. Aun así, mi corazón se aceleró.

Me levanté despacio y caminé hasta la puerta. Miré por la mirilla.

Un hombre con uniforme de floristería esperaba fuera. Gorra verde, camisa clara con el logotipo bordado. Llevaba un ramo grande y una caja pequeña.

Abrí la puerta con cautela.

—¿Valentina Rocci? —preguntó él.

—Soy yo.

Él sonrió con profesionalidad.

—Entrega para la señora.

Primero cogí el ramo.

Rosas blancas.

Narcisos.

¿Y… dientes de león?

Flores delicadas, claras, casi etéreas. Nada exagerado. Nada vulgar. La combinación parecía… pensada.

También me entregó una cajita y una carta.

—Necesito que firmes aquí.

Firmé. El bolígrafo tembló ligeramente en mi mano.

Cuando cerré la puerta, apoyé la espalda contra ella por un instante.

Miré las flores.

Pasé los dedos por los suaves pétalos.

Abrí la caja.

Dentro había un león de peluche.

Pequeño. Tierno. Con una expresión casi amistosa que representaba al animal que me venía a la mente cuando pensaba en ese nombre.

Suspiré.

Ya sabía quién era.

Abrí la carta.

La letra era firme, inclinada, segura.

«Para mi nueva aliada y mi querida Dolce. A las nueve de la noche enviaré un coche a recogerte. Prepárate para tomar una copa en un pub excelente. De tu león, A.»

Mi corazón latía con fuerza.

Cerré los ojos por un segundo.

Aliada.

Dolce.

León.

Tres palabras. Tres promesas. Tres peligros.

Miré el reloj de la pared.

Tenía tiempo.

Tiempo para pensar. Para decidir. Para fingir que aquello no era más que una invitación inocente.

Pero lo sabía.

Sabía que nada que tuviera que ver con Askanor Di Leone era sencillo.

Apreté el león de peluche contra mi pecho.

Y, por primera vez, me pregunté si debía ir.

Pero ¿qué pasaría si dijera «no»?

Y, al fin y al cabo, ¿qué mal haría una copa?

◆ ◆ ◆

El coche se detuvo frente al pub con suavidad, como si hasta los frenos hubieran sido entrenados para no llamar la atención.

Respiré hondo antes de abrir la puerta.

El vestido amarillo se deslizaba con ligereza por mi cuerpo, marcando la cintura sin exagerar. Elegí ese color porque no era obvio. No era negro, no era rojo, no gritaba seducción. Aun así, lo sabía. Sabía que llamaba la atención. Llevaba el pelo suelto, cayéndome por la espalda, y me había puesto mi mejor perfume, ese que guardaba para ocasiones importantes para que parecieran casuales.

Quería impresionar.

Odiaba admitirlo.

Me ajusté la correa del bolso al hombro y bajé del coche. El conductor no dijo ni una palabra. Solo asintió con la cabeza y se marchó, dejándome allí, bajo la elegante iluminación de la fachada.

«*Solo es una* copa», me repetí mentalmente.

Como un mantra.

Como si eso fuera cierto.

La entrada del pub parecía más la de un hotel de cinco estrellas que la de un bar. Altas puertas de cristal, discretos marcos dorados, una iluminación ámbar diseñada para dar calidez a todo el entorno. Por las rendijas se colaba música a bajo volumen, un jazz lento que hacía vibrar el aire de forma íntima.

Antes de que pudiera dar más de dos pasos, una empleada se acercó a mi lado.

—Buenas noches —dijo ella, sonriendo—. ¿Puedo saber su nombre?

— Valentina Rocci.

Pronuncié mi nombre completo sin pensarlo. Algo en aquel lugar exigía formalidad.

Su sonrisa se amplió aún más.

—¡La estábamos esperando, señorita Rocci! Por favor, acompáñeme. El señor Askanor Di Leone ha reservado una sala especial.

Tragué saliva.

¿Qué quiere decir con «sala especial»?

Recorrimos un amplio pasillo, donde el lujo no era ostentoso, sino una presencia constante.

El suelo era de mármol claro, pulido hasta el punto de reflejar las luces suspendidas en el techo. Lámparas de cristal colgaban en delicadas cascadas, como gotas congeladas en el aire. Cada paso parecía resonar suavemente, amortiguado por gruesas alfombras de tonos cálidos.

Pasé junto a mesas ocupadas por gente elegante, conversaciones susurradas, risas contenidas. Hombres con trajes caros. Mujeres con vestidos que parecían hechos a medida para sus cuerpos. El tipo de ambiente en el que nadie alzaba la voz porque no era necesario.

El aroma era una mezcla de alcohol refinado, madera barnizada y algo floral casi imperceptible.

Todo allí rezumaba un poder silencioso.

La empleada se detuvo ante una puerta doble, más alejada, flanqueada por dos guardias de seguridad.

Uno de ellos era rubio, delgado, de postura rígida. Otro detalle que me llamó la atención fue la mujer a su lado. Pelirroja, mirada atenta, expresión neutra, como si fuera solo decorativa.

—Buenas noches —dijo el hombre rubio—. Soy Marco.

El nombre sonaba sencillo para aquel ambiente.

—Antes de entrar, necesito que nos entregue su bolso —continuó, educado, pero firme.

Arqueé una ceja.

— ¿Es realmente necesario?

—Es el procedimiento habitual para acercarse a cierto león —respondió, sin cambiar el tono.

Suspiré.

«*Solo es una* copa», repetí mentalmente, mientras le entregaba el bolso.

La pelirroja se acercó.

—Voy a tener que registrarla rápidamente.

Abrí los brazos.

—Adelante.

Mientras me registraba, con movimientos profesionales y nada invasivos más allá de lo necesario, pensé en lo absurdo que parecía todo aquello.

Un pub.

Una invitación a tomar algo. Y a mí me tratan como si estuviera a punto de entrar en una reunión de Estado y disparar a mi jefe.

O quizá él sea una fortaleza.

Cuando la pelirroja se alejó, asintiendo a Marco, él me devolvió el bolso.

—Está libre de sospecha, señorita Rocci. —Sonrió de reojo—. ¡Que pase una noche estupenda con mi jefe!

Su tono me molestó.

No era exactamente irrespetuoso. Era… *sugerente*. Como si él supiera algo que yo no sabía.

O que yo fingía no saber.

La empleada abrió la puerta.

Y yo entré.

La sala era un universo aparte.

Un bar privado ocupaba el centro, hecho de madera oscura y pulida, con detalles en metal dorado. Estantes iluminados exhibían botellas de bebidas raras como si fueran obras de arte. Sillones de cuero estaban dispuestos alrededor, cómodos, acogedores, peligrosamente íntimos.

Las paredes estaban revestidas con paneles que reflejaban la luz de forma suave, y más cristales colgaban del techo, esparciendo reflejos que bailaban por el ambiente.

Y entonces lo vi.

Askanor Di Leone estaba sentado en un taburete alto, parcialmente de espaldas a mí, apoyado en la barra. Llevaba una camisa de vestir color burdeos, lo suficientemente abierta en el pecho como para revelar la piel y el vello liso. Las mangas estaban remangadas hasta el antebrazo, dejando al descubierto músculos firmes y venas nada discretas.

Sostenía una copa en la mano.

Como si todo ese espacio fuera una extensión natural de su cuerpo.

Cuando se percató de mi presencia, se giró lentamente.

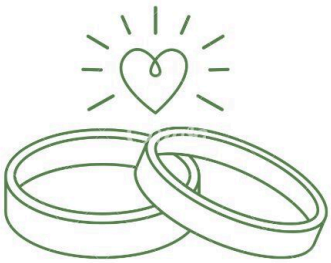
Sus ojos verdes me encontraron de inmediato.

Sentí el impacto físico de esa mirada.

Sonrió.

No fue una sonrisa amplia. Una sonrisa contenida. Segura. Depredadora.

—Bienvenida, *Dolce*.



CAPÍTULO 12: DOS COCTELES

Askanor Di Leone

Me levanté del taburete del bar despacio, sin ninguna prisa, porque algunas diferencias no necesitan anunciarse.

Se imponen por sí solas.

Mi altura sobre la suya fue una de ellas. Valentina levantó la mirada en ese mismo instante, como si su cuerpo lo hubiera sentido antes que su mente. Había atención allí. No miedo.

La atención siempre es más peligrosa.

Sostenía dos copas. Vasos bajos, cristal grueso, hielo aún entero. Le ofrecí una y vi que sus dedos dudaron una fracción de segundo antes de aceptarla. El tipo de pausa que delata una conciencia despierta.

Chocamos las copas.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó Valentina.

Su voz tenía ese tono profesional entrenado para no temblar. Pero los ojos… los ojos no mentían. Brillaban.

Atentos y cautelosos.

—Una pequeña victoria gracias a ti, *Dolce*.

Ella dio un sorbo corto, como quien tantea el terreno antes de avanzar. Sus labios se humedecieron, y me permití observarla sin disimulo.

—¿A mí? —preguntó—. Solo hice mi trabajo.

Incliné la cabeza, estudiándola.

Valentina tenía esa curiosa manía de subestimar su propio impacto. O de fingir que no se daba cuenta.

Es difícil de decir.

—Muchos a mi alrededor también hacen este trabajo —respondí—, solo que la mayoría no consigue ser tan eficiente como tú.

La comisura de su boca se movió. Una sonrisa que intentaba ser neutra, pero fallaba.

— Créame, señor, no hace falta todo eso. Pero si quiere darme un aumento de sueldo…

La risa se me escapó antes de que pudiera contenerla. Alta, abierta, sincera.

— Codiciosa… Me gusta así.

Levantó la barbilla, demasiado rápido para ser solo un reflejo.

—Ambiciosa —corrigió.

Chocé mi copa contra la suya otra vez. Bebimos.

El alcohol empezó a hacer efecto. A relajar las defensas que la razón había construido con excesivo cuidado.

Observé a Valentina mientras bebía. Había algo en ella que no encajaba con la cautela. Un exceso de intensidad. Como un animal que ha aprendido a comportarse, pero ha olvidado cómo dejar de ser salvaje. Eso me atraía más de lo que debería.

—¿Qué te han parecido las flores y el regalo? —le pregunté.

Ella dio otro sorbo antes de responder. Como si necesitara ese pequeño empujón líquido.

—No me gustan tanto los leones —dijo, sonriendo levemente —, pero las flores son preciosas. Sobre todo las rosas blancas. ¿Es una señal de paz?

Di un paso adelante. Solo uno. El espacio entre nosotros se redujo hasta convertirse en algo palpable.

Su perfume *me* llegó, cálido, limpio, peligroso.

— ¿Paz entre nosotros? —sonreí, dejando ver los dientes—. No sé si eso es posible, pequeña *Dolce*.

Vi el momento exacto en que su cuerpo reaccionó antes que su mente. Pupilas dilatadas. Respiración alterada.

Mi mano se posó en su cintura sin pedir permiso. Firme. Decidida.

El gesto no fue brusco, pero no dejó lugar a dudas. Su copa se inclinó y parte del contenido se derramó al suelo. Ninguno de los dos miró hacia abajo.

—Puede que estés cruzando una línea peligrosa —dijo ella.

La voz salió más baja. Menos control. Más verdad.

Acercé mi rostro al suyo hasta que nuestros labios casi se tocaron. Se podía sentir el calor, el aire compartido.

—Un león no cruza una línea si no está seguro de lo que quiere.

Silencio.

Uno de esos silencios intensos, que dicen más que cualquier respuesta. Sus ojos estaban clavados en los míos. Valentina no retrocedió.

— ¿Y tú? —susurré—. ¿También quieres seguir por ese camino?

Ella no respondió. Pero la ausencia de respuesta fue la respuesta más clara que podía existir.

La música cambió en el bar. Blues. Lento. El tipo de sonido que no pide permiso, simplemente se instala en el cuerpo. Me

terminé la copa de un trago. Ella hizo lo mismo, como si obedeciera a un impulso que no quería analizar.

Le tendí la mano.

Ella dudó. Un segundo. Quizás menos. Entonces aceptó.

La atraje hacia mí, dejando que la música decidiera por nosotros. No era exactamente un baile. Era un reconocimiento mutuo. Cuerpos ajustando la distancia, el ritmo, la intención.

Valentina *se* movía con una contención casi dolorosa. Cada gesto parecía calculado para no revelar demasiado. Eso solo hacía que todo fuera más evidente.

Me incliné hacia su oído.

—Deberías irte ahora —murmuré—. Antes de que se complique.

Sentí el escalofrío recorrer su cuerpo. No necesitaba verlo. Lo tenía bajo mis manos.

—Lo dices como si quisieras lo contrario —respondió.

Sonreí. Mis manos apretaron su cintura con más firmeza. Su cuerpo encajaba en el mío de una manera inquietantemente perfecta.

—Siempre quiero arriesgarme, *Dolce*.

Ella respiró hondo. Cuando dijo que creía que debía irse, la frase sonó ensayada. Como un intento tardío de mantener el control.

No le di tiempo para arrepentirse.

Mis labios se apoderaron de los suyos. Con urgencia. Con deseo.

Fue intenso desde el primer segundo. Sin pruebas, sin cuidado.

Valentina respondió con la misma fuerza, como si lo hubiera esperado durante mucho tiempo. Su mano subió hasta mi cuello, los dedos presionando, tirando. No había delicadeza allí. Había necesidad.

La sujeté con facilidad y la levanté, el movimiento fluido, seguro. Ella soltó un sonido bajo, sorprendida, mientras la sentaba

sobre la barra del bar. El mundo a nuestro alrededor se convirtió en un ruido lejano.

El beso se intensificó. Más cálido. Más urgente. Mis manos apoyadas a los lados de su cuerpo, sujetándola, delimitándola. Valentina acercó un poco más sus piernas hacia mí, como si su cuerpo hubiera decidido antes de que la razón pudiera interferir.

Aparté los labios lo justo para apoyar mi frente contra la suya.

—Mírame.

Ella obedeció.

Sus ojos estaban oscuros, brillantes. Había en ellos deseo, desafío y algo peligrosamente cercano a la rendición. Aquello *me* atravesó como una descarga.

Le pasé el pulgar por la línea de la mandíbula, lentamente.

—Tú también lo sientes —murmuré—. No intentes negarlo.

Valentina cerró los ojos por un segundo, como si el gesto hubiera sido demasiado. Cuando los volvió a abrir, la sonrisa era pequeña, pero sincera.

—Lo siento —admitió—. Y ese es el problema.

Me incliné de nuevo, acercando los labios a su oído.

—No —mi voz salió baja—. Eso es lo inevitable.

Ella se rió en voz baja, nerviosa, y me empujó ligeramente en el pecho. Un empujón que no tenía fuerza alguna.

— Eres peligroso.

Le agarré la muñeca con cuidado, no para contenerla, sino para mantenerla allí.

—No eres inocente, dulce *Valentina*.

Su nombre en mi boca cambió algo. Lo vi en su mirada. Lo sentí en su cuerpo. El beso que vino después fue más lento, más profundo. Menos urgencia. Más intención.

Cuando finalmente me aparté, el aire entre nosotros parecía cargado, hasta el punto de que me costaba respirar con facilidad.

—Si te quedas —dije—, esto no será solo una celebración.

Deslizó la pierna fuera de la barra, con los pies apoyados firmemente en el banco. Parecía que intentaba atraerme hacia ella. Estaba tan cerca que era imposible ignorarlo.

—Lo sé —respondió.

Sus ojos se encontraron con los míos. Sin desviar la mirada. Sin excusas.

Y yo nunca le he tenido miedo a los incendios.

◆ ◆ ◆

Aviso

A continuación hay una escena de sexo que contiene descripciones. Si no quieres leerla, te sugiero que pases al siguiente capítulo.

◆ ◆ ◆

Agarré a Valentina por la cintura y la mantuve sentada en la barra. Ella suspiró. Al abrirle bruscamente los muslos, me di cuenta de que llevaba unas braguitas de color burdeos. Preciosas. Hacían juego con su piel sonrojada.

La aparté hacia un lado hasta que ella dejó escapar un gemido reprimido al sentir el chasquido sobre su piel. Vi lo hermosa que era su coño, aún tímido. Creo que Valentina intentó decir algo cuando mi lengua saboreó su entrada, haciendo que mis papilas captaran su sabor con un movimiento firme.

Valentina me tiró del pelo, gimiendo de placer, sobre todo cuando la saboreé con un suave movimiento rítmico. Su clítoris se hinchaba cada vez más.

Mi barba rozaba su entrada, que goteaba de lo melosa que estaba, dejando cada pelo de mi cara empapado.

Valentina suspiró sin poder contenerse mientras me agarraba por los hombros. Cada movimiento de mi boca la excitaba

más. Podía sentir los espasmos sucediéndose uno tras otro.

—Yo… —Noté su cuerpo sudado en tan poco tiempo.

Se corrió en mi boca haciéndome saborear su delicioso sabor.

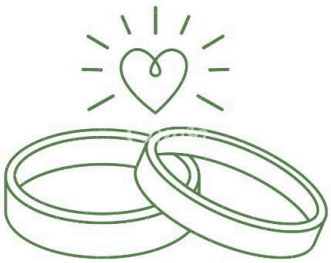
Fue entonces cuando Valentina me empujó y saltó detrás de la barra.

Se arregló el vestido a toda prisa y respiró hondo mientras se tocaba el pecho.

—¡Que le vaya bien, señor Askanor!

Valentina se dio la vuelta y caminó con pasos largos hacia la puerta.

Sus braguitas se quedaron allí. Olí la tela y sonreí hacia la puerta por la que ella salió apresuradamente.



CAPÍTULO 13: RECOMPONERSE

Valentina Rocci

Salí del pub con el corazón descoordinado, como si la música se hubiera quedado atrapada dentro de mí. Me ajusté el vestido amarillo en las caderas, un gesto automático, casi defensivo, como si la tela pudiera devolverme algún orden interno.

El aire de la noche era fresco, pero mi piel aún ardía.

El local estaba prácticamente vacío. Cristales apagados, luces tenues, un silencio que se pagaba caro. Di unos pasos hacia la salida cuando oí una voz a mis espaldas.

—Señorita Rocci.

Me giré al instante.

Marco estaba apoyado cerca de la puerta, con los brazos cruzados, en una postura demasiado erguida para alguien que estuviera allí por casualidad. Era el único, aparte de mí. Ni un empleado, ni un cliente. Solo él. Y eso me hizo fruncir el ceño.

—Me voy —dije, sin rodeos, porque en ese momento no tenía energía para juegos.

Marco asintió lentamente, como si esperara esa respuesta.

—Tengo órdenes de llevarla a casa.

Suspiré, sintiendo una ligera molestia subir por el estómago. Miré hacia un lado y luego volví a mirarlo a él.

—No hace falta. Pediré un coche por la app.

Metí la mano en el bolso y saqué el móvil. La pantalla se encendió rápidamente, revelando la hora incluso antes de que tuviera que enfocar la vista.

00:09.

Ya había pasado la medianoche. Tragué saliva.

—Aun así —dijo Marco, con voz baja pero firme—, el jefe me matará si no me aseguro de que la señorita llegue a casa sana y salva.

Levanté la vista hacia él. Había algo curioso en su mirada. No era una amenaza. No era una imposición. Sino una petición disfrazada de obligación. Como si realmente estuviera… preocupado.

—Eso es exagerado —murmuré.

—No para él —respondió Marco, sin más.

Cerré la aplicación incluso antes de pedir el coche. Eso debería haber sido una señal para insistir. Para mantener el control. Pero estaba cansada. No físicamente. Cansada de resistirme todo el tiempo.

—Está bien —cedí—. Pero solo hasta mi edificio.

Marco esbozó una rápida sonrisa, casi de alivio, e hizo un gesto para que lo acompañara.

El coche estaba aparcado justo delante. Un sedán oscuro, impecable y silencioso. Me senté en el asiento trasero sin decir nada. Marco se puso al volante y cerró la puerta con un cuidado exagerado.

El trayecto comenzó.

Ni una palabra.

El silencio no era incómodo. Era denso. Cada kilómetro parecía dar cabida a pensamientos que no quería revivir.

El olor del cuero, el reflejo de las luces de la ciudad pasando por la ventana, todo conspiraba para recordarme el calor del pub, la mano firme en mi cintura y en otros lugares, la forma en que Askanor *me* miró como si fuera algo que conquistar… *o dominar*.

Cerré los ojos por un instante. No sirvió de nada.

Cuando el coche por fin se detuvo frente a mi edificio, exhalé lentamente, como si solo entonces pudiera respirar bien.

Marco se bajó primero y me abrió la puerta. El gesto fue educado, casi ceremonial. Salí del coche con cuidado, sintiendo el suelo firme bajo mis pies como una especie de ancla.

—Gracias —dije, ajustándome el bolso al hombro.

Marco asintió, pero no se alejó de inmediato.

—Y… —vaciló un segundo— gracias por tus servicios.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Servicios? —pregunté, sin entenderlo.

— Sí.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Una repentina incomodidad.

— Mira, si es por la copa y… ¿Sabes qué? No fue nada de lo que estás imaginando. ¡Nada más que una copa!

Marco me miró fijamente por un instante. Luego esbozó una sonrisa, casi amable.

—No me refiero a eso —dijo—. Me refiero a tu trabajo. A la contabilidad.

Sentí que se me calentaba la cara.

—Ah. —Me reí sin gracia—. Vale. Entonces… de nada.

Él asintió una vez más, como si esa respuesta fuera suficiente, y finalmente dio un paso atrás.

—Buenas noches, señorita Valentina.

—Buenas noches.

Esperé a que el coche se alejara antes de entrar en el edificio.

Subí sola al ascensor, contemplando mi propio reflejo en el espejo pulido. El vestido seguía impecable. Los ojos… no tanto. Había algo en ellos. Una inquietud que no recordaba haber tenido antes.

Al entrar en el apartamento, dejé el bolso en el sofá sin cuidado. Me quité los zapatos allí mismo, dejándolos cerca de la puerta. Caminé por el pasillo como si volviera de un sueño extraño.

Me bajé la cremallera del vestido incluso antes de llegar al dormitorio. La tela se deslizó por mi cuerpo y cayó al suelo, abandonada. Seguí dejando prendas por el camino, como si cada paso fuera un intento de deshacerme de la noche.

Fue al llegar al baño cuando me di cuenta.

Fruncí el ceño. Me miré el cuerpo. Faltaba algo.

Cerré los ojos.

Las bragas.

Una imagen atravesó mi mente sin pedir permiso. La barra del bar. Las manos firmes. La prisa. El calor. Su boca.

Abrí los ojos rápidamente, como si pudiera borrar el recuerdo.

—Genial —murmuré para mí misma—. Simplemente genial.

Apoyé la frente en el espejo por un segundo, respirando hondo. No servía de nada dar marcha atrás. No servía de nada pensar. Eso ya había pasado. Y, peor aún, había dejado huellas invisibles imposibles de ignorar.

Abrí la ducha y giré el grifo directamente al agua fría.

El agua cayó como un golpe. Un castigo necesario. Un recordatorio físico de que aún tenía control sobre algo. Me metí bajo el chorro sin dudar, sintiendo cómo mi cuerpo reaccionaba con un escalofrío intenso.

Mi jefe… ¿Cómo permití algo así?

Cerré los ojos, dejando que el agua resbalara por mis hombros, por mi espalda, por mis pensamientos.

Pero no funcionó.

La forma en que Askanor *me* había sujetado volvía sin ser invitada. No había sido brusco. No había sido amable. Había sido… *abrumador*. Como si supiera exactamente dónde poner las manos. *Y la lengua*. Como si mi cuerpo hubiera reconocido algo antes de que la razón gritara en señal de alerta.

—Basta—, me susurré a mí misma, apoyando las manos en la fría pared de la ducha.

Respiré hondo. Otra vez. Y otra vez.

No servía de nada negarlo. Aquello no había sido solo una copa. No había sido solo una celebración. Y definitivamente no había sido algo que pudiera archivar como un error puntual.

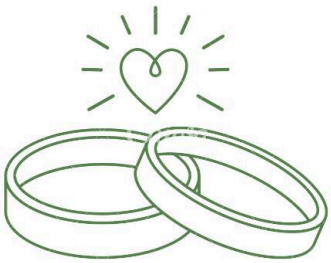
Abrí los ojos y miré fijamente el azulejo blanco que tenía delante.

Askanor Di Leone no es solo mi jefe.

Y tenía la incómoda sensación de que aquella noche había sido solo el primer paso en un camino del que no saldría ilesa.

El agua seguía cayendo, fría, insistente.

Pero el fuego… ese no se apagaba tan fácilmente.



CAPÍTULO 14: COEFICIENTE

Valentina Rocci

Llegué al trabajo antes de lo habitual, como si el edificio pudiera ofrecerme algún tipo de refugio.

El vestíbulo estaba en silencio, el aire olía a café recién hecho y a producto de limpieza industrial. Pasé mi tarjeta de identificación, subí en el ascensor y, durante unos segundos, logré fingir que la noche anterior había sido solo un sueño demasiado exagerado para ser real.

Una ilusión efímera.

En cuanto abrí la puerta de mi despacho, di un pequeño respingo.

Gibriela estaba sentada en la silla frente a mi escritorio, con las piernas cruzadas, el móvil en la mano y esa expresión que ya conocía bien. La expresión de quien tiene noticias. Muchas.

—Buenos días, dormilona —dijo, con una amplia sonrisa.

—Buenos días —respondí, intentando mantener la naturalidad mientras dejaba el bolso sobre la mesa—. Has llegado temprano.

—¿Yo? He llegado temprano porque esto se ha convertido en un hervidero —respondió, inclinándose hacia delante como si fuera a contarme un secreto prohibido—. La policía está en el edificio.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Otra vez por aquí? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—La oficina de Ettore. O mejor dicho… la antigua oficina de Ettore —corrigió, con un brillo extraño en los ojos—. Lo están registrando todo. Documentos, ordenadores, cajones. Dicen que han encontrado algo feo.

Tragué saliva y encendí el ordenador para fingir normalidad.

—Me lo imagino —murmuré.

Gibriela se levantó y empezó a recorrer la sala como si estuviera narrando un espectáculo.

—Nunca pensé que vería esto. El gran Ettore Di Leone esposado. Ese hombre siempre me ha dado escalofríos. Esos ojos… fríos. He oído que una vez le pegó a un empleado.

Sabía exactamente de qué estaba hablando.

—¿Viste la rueda de prensa de anoche? —preguntó de repente, deteniéndose justo delante de mí.

Mi corazón dio un vuelco y tuve que disimularlo tosiendo.

—¿Rueda de prensa? —puse cara de desconcierto. —¡Ah, sí!

Gibriela me analizó durante un segundo y luego esbozó una sonrisa maliciosa.

—Chica… Entonces lo viste, ¿no? Askanor estaba… —hizo un amplio gesto con la mano, como si buscara la palabra adecuada— absurdamente guapo.

Cogí la botella de agua de la mesa y di un gran trago, justo en el momento en que ella continuó:

— Un hombre así hablando en serio, dando golpes en la mesa, defendiendo la empresa… es casi injusto.

El agua se me fue por el camino equivocado.

Me atraganté de repente, tosiendo con fuerza, apoyando la mano en la mesa para no perder el equilibrio.

La imagen surgió sin pedir permiso. La barra del pub. El frío del mármol contrastando con el calor de su piel. La forma en que se me había cortado la respiración.

Cómo mis piernas habían olvidado su propia función.

—¿Valentina? —Gibriela se acercó rápidamente—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, esbozando una sonrisa forzada mientras respiraba hondo.

—Sí, todo bien. Se me atragantó la comida.

Me miró con recelo por un segundo, luego se encogió de hombros.

—Bueno, como te decía… es un hombre demasiado guapo para ser real. Esa presencia. Esa mirada. Dan ganas de cometer errores solo para llamar su atención.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi razón. Un escalofrío rápido, involuntario.

— Sí —murmuré—. Me lo imagino.

Gibriela se rió.

— En fin, te voy a dejar trabajar. Pero si fuera tú, estaría atenta. Cuando los leones se pelean, quien está cerca puede acabar mordido.

—No soy una presa.

—En este mundo, los hombres como él ven a todo el mundo como una presa fácil.

Me guiñó un ojo y salió de la habitación, dejando la puerta abierta.

Me quedé parada unos segundos, mirando al espacio vacío donde ella había estado. Mi reflejo en el cristal de la ventana parecía… diferente. Los ojos más atentos. El cuerpo más consciente de sí mismo.

Cerré la puerta, respirando hondo.

Cogí mi taza y fui a la cocina. Me preparé un café con leche, como siempre hacía cuando necesitaba pensar. El ritual calmaba mis neuronas. El aroma. El calor en las manos. El primer suave ardor en la lengua.

Volví a la mesa y empecé a trabajar.

Hojas de cálculo. Números. Rutas.

Al principio, todo parecía normal. Pero algo empezó a molestarme a medida que avanzaba. Pequeñas inconsistencias. Desviaciones sutiles. Valores que no cuadraban al cruzarlos con otros datos.

Cogí un cuaderno.

Empecé a tomar notas.

Una ruta llevaba a otra. Un punto se conectaba con tres diferentes. Era como un mapa subterráneo, demasiado ramificado para ser una coincidencia. Mi café se enfrió mientras me sumergía en los datos.

Pasaron las horas sin que me diera cuenta.

Mi bolígrafo empezó a correr más rápido por el papel. Flechas. Círculos. Nombres. Empresas subcontratadas. Coordenadas que no tenían sentido para el transporte público.

Fue entonces cuando lo vi.

Un patrón.

Mi corazón se aceleró violentamente.

Aquello no era solo malversación de fondos. Ni un simple robo de material. Era logística estratégica. Rutas alternativas. Patrones de seguridad. Horarios específicos.

Información.

Ventaja competitiva.

Algo que no debería salir de esa empresa bajo ningún concepto.

Me levanté de la silla tan rápido que esta casi se volcó hacia atrás.

—Dios mío… —murmuré.

Las manos me temblaban ligeramente mientras recogía los papeles.

No era solo la empresa la que había sido atacada.

Era él.

Askanor.

Tragué saliva, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda. Las piezas encajaban rápidamente ahora. El hombre del pub. La amenaza velada. La protección repentina.

No era solo una empleada eficiente.

Era una pieza fuera del tablero que alguien había intentado eliminar.

Caminé de un lado a otro de la habitación, tratando de ordenar mis pensamientos.

¿La policía? Quizás. Pero, ¿y si parte de la información aún estaba contaminada? ¿Y si avisar a la persona equivocada lo echara todo a perder?

Respiré hondo.

Había una sola persona que necesitaba saberlo de inmediato.

Cogí el teléfono de la mesa con mano firme, a pesar de que el corazón me latía a mil.

—Necesito hablar con el señor Askanor —dije al móvil—. Es urgente.

Marco respondió al otro lado de la línea.

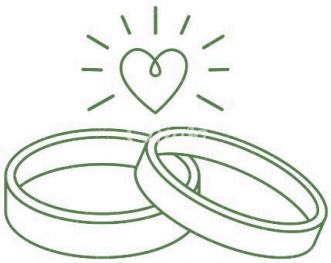
— ¡Hola, señorita Rocci! En breve tendrá una cena familiar. No hay nada más urgente que eso ahora mismo.

— No lo está entendiendo. He descubierto algo que…

— No vuelva a llamar. ¡Hasta luego!

Colgó. Solo le quedaba una cosa por hacer.

Tengo que ir a casa de Askanor.



CAPÍTULO 15: DESÁNIMO

Askanor Di Leone

La noche era silenciosa para una mansión como la mía.

Ese tipo de silencio no es paz. Es contención. Es el aire conteniendo la respiración antes del impacto.

Estaba sentado en el borde de la cama de Flora, observando el lento movimiento de su pecho subiendo y bajando.

La luz tenue bañaba la habitación con tonos suaves, casi irreales, como si aquel espacio fuera un mundo aparte del resto de la casa. El olor a medicina mezclado con lavanda aún flotaba en el aire. Siempre me aseguraba de que fuera así. Nada que recordara a un hospital. Nada que recordara al dolor.

—Hoy quería bajar… —murmuró ella, con voz débil, pero insistente—. Solo para cenar con vosotros. Nuestra familia.

Incliné un poco el cuerpo hacia delante, apoyando los codos en las piernas. Le acaricié el pelo con cuidado, como si el simple roce pudiera romperla.

—Hoy no —respondí, con suave firmeza—. Hoy no es un buen día para que finjas estar fuerte.

Hizo un puchero infantil, algo que siempre *me* desarmaba más que cualquier ataque directo.

—Están todos aquí… —dijo—. La mayor parte de nuestra familia.

Familia.

Me tragué la palabra antes de que cobrara peso.

— Lo sé —respondí—. Y precisamente por eso te vas a quedar aquí. Cuando te encuentres mejor, te prepararé una cena solo para ti. Mejor que cualquiera de estas.

Sus ojos brillaron un poco.

— ¿Lo prometes?

— No prometo cosas que no puedo cumplir.

Ella sonrió. Una sonrisa pequeña, cansada, pero sincera.

—Gracias, hermano.

Me quedé allí unos segundos más, simplemente estando a su lado. El mundo podía derrumbarse ahí fuera. Mientras Flora respirara, yo mantendría todo en pie.

Me levanté lentamente.

Marco estaba apoyado cerca de la puerta, con los brazos cruzados, en actitud atenta. No necesitaba decir nada. Confiaba en él más que en cualquier sangre que corriera por la mesa de abajo.

—Quédate con ella —le dije.

Arqueó una ceja, casi ofendido.

—Siempre fue el plan.

Sonreí levemente.

Antes de salir, Flora me llamó de nuevo.

—Las…

Me di la vuelta.

— No dejes que *te* saquen de quicio —dijo—. Te pones diferente cuando eso pasa.

Me acerqué una vez más y le besé la frente.

—Hoy estoy exactamente como tengo que estar.

Salí de la habitación con paso firme.

El pasillo parecía más largo. Quizás porque sabía exactamente lo que me esperaba al final de él.

El comedor estaba lleno cuando llegué.

Tíos. Tías. Primos mayores. Rostros muy conocidos. Sonrisas ensayadas. Copas en alto incluso antes de que yo entrara del todo en la sala.

Todos se giraron al mismo tiempo.

Claro que se giraron.

—Buenas noches —dije, con una voz lo suficientemente resonante como para llamar la atención sin tener que exigirlo.

Un murmullo general respondió.

—Siéntense —continué—. La cena se servirá ahora.

Uno de los tíos preguntó, curioso:

— ¿Qué vamos a comer hoy, Askanor?

Me acerqué a mi silla y la tiré de ella con calma.

— Cordero en salsa parda —respondí—. Una receta tradicional que les encantaba a mis difuntos padres.

Todos se sentaron.

Uno de mis tíos, hermano de Ettore, ocupaba la silla a mi lado. Se inclinó un poco y posó la mano sobre la mía, en un gesto que fingía solidaridad.

—Lo siento mucho por mi hermano Ettore —dijo en voz baja —. Debió de ser difícil descubrir que estaba intentando robarte.

Por dentro, algo se me encogió.

Odiaba a ese tipo concreto de gente. Los que se acercan después de la caída, fingiendo indignación tardía. Los que creen que las palabras amables limpian las manos sucias.

Por fuera, sonreí.

—Agradezco tus palabras —respondí—. Ha sido… esclarecedor.

Pareció satisfecho con eso.

Idiota.

Levanté la copa.

—Un brindis por la familia —dije—. ¡Que sigamos unidos! ¡Siempre!

Las copas se alzaron. El cristal tintineó. El líquido dorado bajó por gargantas despreocupadas.

Se sirvió la cena.

Platos preciosos. Presentación impecable. El aroma de la salsa se extendió por el ambiente, cálido, intenso, tentador. Observé mientras todos empezaban a comer. Generosos bocados. Comentarios de satisfacción. Risas.

Llevé el tenedor a la boca saboreando la jugosidad de la comida.

Luego me detuve a observar.

Dejé los cubiertos en el plato y empecé a mirar a todos a mi alrededor.

Siempre me ha gustado observar.

La primera señal vino del extremo de la mesa.

Un señor se llevó la mano al pecho, respirando hondo, como si el aire se hubiera vuelto pesado de repente.

—¿Estás bien? —preguntó alguien.

Intentó responder, pero solo le salió un sonido extraño.

A continuación, a la derecha, otro dejó de masticar. Tosió. El color de su rostro cambió rápidamente.

Una tía dejó caer el tenedor.

Se desmayó antes incluso de que nadie pudiera reaccionar.

El alboroto comenzó en cuestión de segundos.

Sillas que se arrastraban. Voces elevadas. Copas que se volcaban.

Sentí que el mundo se inclinaba ligeramente cuando me levanté. Un peso extraño en el cuerpo. Como si me hubieran inyectado una dosis paralizante.

Antes de que mis rodillas cedieran, sentí unas manos firmes que *me* sujetaban.

Seis de mis soldados aparecieron como sombras bien entrenadas. Brazos fuertes me sostuvieron. Uno de ellos me susurró al oído:

—Todo está bajo control, Don.

Miré la mesa por última vez.

Rostros aterrorizados. Ojos desorbitados. El caos perfecto.

Mientras *me* sacaban de la sala, esbocé una sonrisa.

◆ ◆ ◆

Había un sabor amargo que no pertenecía a ningún whisky caro.

Era químico. Estéril.

Odiaba los hospitales.

Abrí los ojos lentamente, sintiendo el cuerpo pesado para la simple tarea de respirar hondo. El techo blanco me miraba sin piedad. Luces frías. Un pitido rítmico marcaba que aún estaba allí, vivo, contradiciendo estadísticas y deseos ajenos.

Me ardía la garganta. El estómago parecía haber sido revuelto por dentro.

Lavado de estómago.

Sonreí por dentro.

Siempre pensaban que eso me debilitaba.

Giré la cara con cuidado y vi a uno de mis soldados apostado junto a la puerta. Cuerpo rígido. Ojos atentos. La mano cerca del arma, incluso en aquel ambiente limpio, preparado para contener sangre.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté, con voz ronca.

—Unas horas, jefe.

Cerré los ojos por un segundo. Hice cuentas.

Siempre lo hacía.

— ¿Los demás?

No respondió de inmediato. No hacía falta.

El silencio lo decía todo.

Volví a abrir los ojos cuando carraspeó.

—Hay una empleada que insiste en verte.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

— ¿Una empleada?

— Valentina Rocci.

Sonreí.

—Déjela pasar.

El soldado pareció dudar durante una fracción de segundo.

— Sí, señor.

Cuando se abrió la puerta, el hospital pareció encogerse.

Valentina entró despacio, como si cada paso fuera un riesgo calculado. Tenía el rostro pálido. Sus ojos castaños, normalmente atentos, ahora reflejaban un miedo contenido, de esos que intentan parecer racionales.

Me vio en la cama. Tubos. Suero. Vendajes.

Su mano se llevó automáticamente al pecho.

—Dios mío… —murmuró.

Observé cada detalle de su expresión facial.

El alivio. La confusión. La urgencia.

—Deberías estar descansando —dijo, acercándose más—. Intenté llamarte, pero nadie...

— Habla —la interrumpí, sin ganas de andarme con rodeos.

Ella tragó saliva.

—He descubierto más cosas sobre la ruta. No era solo Ettore. Es algo más grande. Mucho más grande. Intenté avisar antes, pero…

—Lo sé —dije, sencillamente.

Ella parpadeó.

— ¿Cómo es eso?

Giré ligeramente la cabeza para mirarla mejor.

—Por eso convoqué la cena.

El silencio cayó entre nosotros como una navaja.

Vi cómo la confusión crecía en sus ojos.

— ¿Cena…? —repitió, como si la palabra hubiera perdido su sentido.

—Una reunión familiar —continué—. Un ajuste necesario.

Ella dio un paso atrás.

—Señor… —mi voz al pronunciar su nombre sonó temblorosa —. Creo que no lo está entendiendo. Esas personas son activos importantes de la empresa. No se trata solo de dinero. ¡Es la estructura! Está en peligro.

Incliné la cabeza, divertido.

—Dolce… —murmuré—. El peligro siempre ha sido suyo.

Ella frunció el ceño.

— ¿Qué quiere decir con eso?

Respiré hondo. El aire entró con dificultad, pero fue suficiente.

— A estas alturas —comencé—, mis nueve parientes ya están muertos. O casi.

Las palabras quedaron suspendidas en la habitación.

Valentina parpadeó varias veces. Su cerebro intentaba claramente reorganizar la realidad.

— ¿Muerto…? —la voz le salió débil—. ¿Cómo que muertos?

—El cocinero de noche —continué—, probablemente ya esté detenido. O muerto. Aún no he recibido la confirmación.

Ella negó con la cabeza, como si aquello fuera un delirio.

—¿Tú… tú crees eso?

Solté una risa ahogada. Cruda.

— No, Valentina. Lo sé.

Ella me miró como si estuviera viendo a alguien completamente diferente. Quizás lo estaba.

— ¿Por qué? —preguntó, casi en un susurro—. ¿Por qué estás tan seguro?

Volví lentamente la cara hacia ella. Mantuve la mirada fija en la suya.

— Yo doy las órdenes. Yo dirijo cada movimiento de este tablero. Los he eliminado a todos.

Su mundo se derrumbó allí mismo.

Lo vi en ese mismo instante.

Sus ojos se abrieron como platos. Se quedó sin aliento. Su mano buscó apoyo en el borde de la cama, como si sus piernas hubieran olvidado cómo funcionaban.

—Tú… —intentó decir.

No le salió nada.

—Odio a los traidores —continué, sin levantar la voz—. A la gente que roba de su propia casa… Que debilita lo que lleva generaciones construir.

Ella empezó a temblar.

—Eso… eso es una locura… No tiene sentido —murmuró.

—No —la corregí—. Es el orden.

El pitido de la máquina a mi lado parecía más alto ahora.

—Intentaste avisarme —continué—. Intentaste ponerte en contacto conmigo. Intentaste protegerme, aunque no supieras exactamente de qué.

Ella negó con la cabeza.

—Solo estaba haciendo mi trabajo…

—La lealtad no se mide por la intención —respondí—. Sino por la acción. Y la tuya fue clara.

Ella levantó la mirada hacia mí, asustada.

—No quiero esto —dijo—. No quiero formar parte de esto. Solo puedes estar delirando…

—Ya es demasiado tarde para no saberlo —respondí.

Su rostro palideció aún más.

—¿Qué eres…? —preguntó.

Respiré hondo antes de responder. No porque tuviera dudas. Sino porque aquella era una verdad que cambiaba los destinos.

—Soy el Don —dije—. De la mafia más peligrosa de toda Europa. Opero aquí. En Calabria. Siempre he operado aquí.

Vi el momento exacto en que lo entendió todo.

La empresa. Las rutas. El miedo de los empleados. El silencio. Los hombres de negro. El pub. El atropello. Los leones.

Todo encajó.

Ella dio dos pasos atrás.

—No… —susurró.

—Nunca olvidaré lo que hiciste por mí —continué—. Ni tu valentía. Ni tu inteligencia.

—¡No me hables como si eso fuera un favor! —estalló ella, por fin—. ¡Han muerto personas! ¿Tú… las mataste a todas? ¡A tu propia familia!

—Sí —asentí—. Y habrían muerto más si no hubiera actuado.

Se dio la vuelta bruscamente.

—Tengo que irme.

— Valentina…

Ya se había puesto en marcha.

—¡No! —dije, con la voz quebrada—. ¡No te acerques a mí!

Corrió hacia la puerta. La abrió con fuerza.

Antes de salir, se giró por última vez.

Tenía los ojos llenos de miedo. Y algo más. Algo que aún no sabía cómo nombrar.

—Nunca lo olvidaré —su voz se quebró.

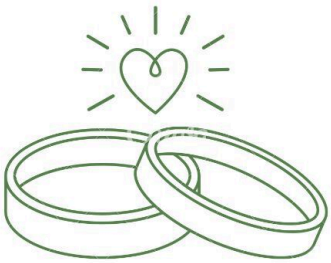
—Yo tampoco —respondí.

La puerta se cerró tras ella.

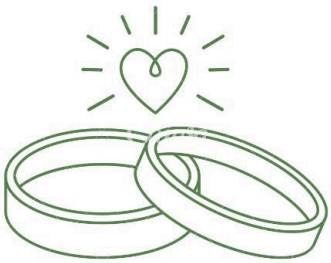
Me quedé mirando al vacío durante unos segundos.

Después, cerré los ojos.

El juego había cambiado.



PARTE II



CAPÍTULO 16: LA ILUSIÓN DEL ESCENARIO

Valentina Rocci

Entré en la empresa con la sensación de que el aire se había vuelto más pesado.

No era cansancio. No era sueño. Era algo que me oprimía el pecho y hacía que cada paso pareciera un error calculado.

El vestíbulo estaba lleno a esa hora de la mañana. La gente se reunía en pequeños grupos, cuchicheando, intercambiando miradas rápidas y manejando sus móviles con prisa.

Algo había pasado.

Pasé mi tarjeta de identificación por el torniquete y seguí por el pasillo tratando de no parecer alerta. Me esforcé por mantener el rostro impasible, los hombros rectos y el ritmo normal. Hacerlo me exigió más esfuerzo del que me gustaría admitir.

Antes incluso de llegar a mi despacho, oí sus nombres.

—Di Leone.

El apellido atravesó el pasillo como un susurro contaminado.

— ¿Lo has visto? —preguntó alguien.

—Cinco muertos, ¿no? —preguntó otro en voz alta.

—Y otros cuatro en el hospital… —afirmó un tercero.

Se me revolvió el estómago al oír los rumores.

Entré en mi despacho y dejé el bolso en la silla sin sentarme. Apenas tuve tiempo de respirar antes de que Gibriela apareciera en la puerta, con los ojos muy abiertos y el cuerpo inclinado hacia delante, como quien traía una gran noticia que guardar.

—¡Valentina! —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Te has enterado?

Asentí lentamente.

—Todavía no… ¿qué? —mentí, en cierto modo.

Se acercó a mí, como si las paredes tuvieran oídos.

—Cinco miembros de la familia Di Leone han muerto esta madrugada. ¡Cinco! —levantó la mano, abriendo los dedos—. Y otros cuatro están ingresados en estado muy grave. ¡Dicen que fue envenenamiento!

Mi corazón latía con fuerza.

Hice un esfuerzo por no reaccionar.

—¿Envenenamiento? —pregunté, fingiendo sorpresa.

—¡Sí! —continuó ella, animada para alguien que hablaba de muerte—. Parece que fue durante una cena en la mansión. Una cena familiar, ¿te lo puedes creer?

La imagen volvió con fuerza.

El hospital. El olor a esterilizado. El pitido de la máquina. Su voz, muy tranquila.

«Yo doy las órdenes. Yo orquesté cada movimiento de este tablero. Los eliminé a todos».

Tragué saliva.

— ¿Y el culpable? —pregunté, solo para mantener la farsa.

—¡El cocinero! —respondió Gibriela sin dudar—. Detuvieron al hombre aún de madrugada. Lo confesó todo. Dijo que quería

vengarse de la familia Di Leone. Que lo humillaron, lo explotaron, esas cosas.

Claro.

El cocinero perfecto. El chivo expiatorio perfecto.

Asentí, como si estuviera asimilando la información por primera vez.

—Qué horror… —murmuré.

Por dentro, lo sabía.

Lo sabía con una claridad que dolía.

Askanor lo había planeado todo. Había ejecutado cada movimiento con precisión quirúrgica. Había eliminado a los traidores y dejado a alguien con vida el tiempo suficiente para cargar con la culpa.

Y yo estaba en medio de todo eso.

—Dicen que el señor Askanor también se sintió mal —continuó Gibriela—. Pero parece que ya está mejor. Lo llevaron al hospital a tiempo.

Cerré los ojos por un segundo.

Vi su sonrisa. Maliciosa. Segura.

«Odio a los traidores».

—Me alegro —respondí, en un susurro.

Ella no se dio cuenta.

Gibriela nunca se daba cuenta.

— ¡Ah! —dijo ella, cambiando de tono—. Y hay más. Han convocado a todo el mundo al auditorio. Parece que van a presentar al nuevo jefe del departamento.

Mi cuerpo se tensó.

— ¿Nuevo jefe?

— Sí. Después del arresto de Ettore, ¿no? — se encogió de hombros. — Ya era hora.

Yo solo asentí.

Nos dirigimos al auditorio. El lugar estaba lleno. Los empleados ocupaban las sillas, murmurando, especulando, tratando

de armar el rompecabezas con las piezas que ofrecían los medios de comunicación.

Me senté al lado de Gibriela, pero me sentí completamente sola.

Mi mente no paraba.

¿Qué había hecho?

¿Había ayudado a iniciar una masacre?

¿Había sido cómplice por ignorancia?

¿O por elección?

Las luces se atenuaron ligeramente y un hombre subió al escenario.

Marco.

Lo reconocí de inmediato.

El mismo rubio delgado. El mismo traje impecable. La misma postura de quien sabía más de lo que debía.

Sostenía el micrófono con naturalidad.

—Buenos días a todos —comenzó—. Imagino que las últimas horas han sido… turbulentas.

Algunos murmullos de asentimiento.

—En nombre de la junta directiva, agradezco la presencia de todos. Como saben, el señor Ettore Di Leone ha sido apartado de sus funciones y se encuentra a disposición de la justicia.

Vi cómo se inclinaban las cabezas. Cómo la gente intercambiaba miradas.

—A partir de hoy —continuó Marco—, asumo oficialmente el cargo de jefe del departamento de entregas y recogidas, incluida la supervisión directa de la contabilidad relacionada con las rutas.

Mi corazón se aceleró.

Supervisión directa.

Sobre mí.

—También se me ha autorizado a informar —añadió—, que el señor Askanor Di Leone se está recuperando bien. Su estado de salud es estable y debería volver a casa esta misma semana. Creo

que no es tan fácil derribar a un león de ese tamaño, ¿no les parece?

El auditorio pareció respirar aliviado entre risas amistosas.

Algunos aplaudieron.

Fue entonces cuando lo sentí.

Las náuseas. La opresión en el pecho. Las ganas repentinas de salir de allí.

Me levanté bruscamente.

Gibriela me agarró del brazo.

— ¿Valentina? ¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

— No… yo… necesito aire.

Salí del auditorio sin mirar atrás.

Caminé por los pasillos a paso rápido. La empresa parecía diferente ahora. Las paredes. Las puertas. El silencio.

Todo parecía una fachada más frágil que antes.

Entré en mi despacho y cerré la puerta.

Apoyé las manos en la mesa y respiré hondo.

El reflejo en el cristal mostraba a una mujer a la que apenas reconocí.

¿Qué hacía yo allí?

Trabajando para un asesino.

Para un hombre que sonreía mientras destruía a su propia familia.

Para un mafioso.

Cerré los ojos.

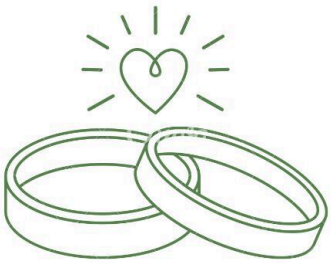
Pensé en mis padres. En la justicia. En la ética. En lo que había aprendido toda mi vida sobre lo que está bien y lo que está mal.

Pensé *en él*.

En el tacto. En la mirada. En la voz que me susurraba al oído.

Pensé en el miedo.

Y pensé, por primera vez, en rendirme.
En pedir la baja.
En marcharme antes de que fuera demasiado tarde.
Pero la pregunta seguía resonando, insistente, cruel:
¿Acaso aún habría tiempo?



CAPÍTULO 17: ÓRDENES DE ARRIBA

Askanor Di Leone

El olor del hospital aún me acompañaba cuando atravesé las puertas automáticas de cristal.

Un olor estéril, persistente, que parecía querer recordarme que, durante unas horas, había estado vulnerable. Odiaba esa sensación. Odiaba aún más la forma en que los médicos me hablaban, como si solo fuera un cuerpo más sobre una camilla.

Me subí al coche sin decir una palabra. El soldado al volante, Matteo, mantenía la mirada fija en alguien que fingía normalidad. No me preguntó cómo estaba. Sabía que no debía hacerlo. Solo arrancó el motor y seguimos por la sinuosa carretera que atravesaba Calabria como una antigua cicatriz.

Apoyé la cabeza en el asiento de cuero y cerré los ojos por un instante.

«Aún estoy vivo».

El lavado de estómago había sido una experiencia humillante. Necesaria, pero humillante. El sabor metálico aún flotaba en el fondo de la garganta, mezclado con el eco de lo que había hecho aquella noche. No me arrepentía. El arrepentimiento era un lujo que hombres como yo no podíamos permitirnos.

Cuando se abrió la verja de la mansión, sentí algo parecido al alivio. Las piedras claras, las columnas imponentes, los jardines perfectamente podados. Todo estaba donde debía estar. Bajo mi control.

El coche apenas se detuvo y se abrió la puerta. Antes incluso de que pusiera los pies en el suelo, oí pasos apresurados.

—¡As!

Flora prácticamente *se* abalanzó sobre mí. Sus delgados brazos me rodearon con una fuerza sorprendente, y yo me reí entre dientes, sujetándola con cuidado antes de que perdiera el equilibrio. La hice girar en el aire, ignorando la inmediata protesta de los soldados que nos rodeaban.

—Sigues pesando mucho —se quejó ella, riendo, cuando la volví a poner en el suelo.

—Eso es el amor fraternal intentando matarme —respondí—. Estoy bien, *piccola*.

Ella me analizó de pies a cabeza, con los ojos atentos, para alguien que fingía tranquilidad.

—¿Estás seguro?

—Absoluta. Solo echo de menos la comida de casa. La del hospital es un atentado contra la humanidad.

Algunos soldados se rieron abiertamente. Matteo llegó a bajar la cabeza, tratando de ocultar la sonrisa. Flora, sin embargo, cruzó los brazos, con el ceño fruncido.

—¿Casi te mueres y te quejas de la comida?

—Prioridades —me encogí de hombros—. Un hombre necesita comer bien para gobernar.

—Idiota —murmuró ella, pero había alivio en su voz—. He hecho un cuadro nuevo. Quería enseñártelo… pero creo que será

mejor más tarde.

—¿Por qué?

Ella ladeó la cabeza, mirando hacia atrás.

—Porque tienes visita.

Seguí su mirada y, por un segundo, el mundo pareció ralentizarse.

Estaba parada a unos metros, bajo la sombra de un olivo centenario. El pelo pelirrojo recogido con elegancia, el vestido oscuro contrastando con la piel clara. Los ojos… verdes. Intensos como cuchillas pulidas. No se movió cuando me vio. Solo esperó.

Ofelia.

Caminé hacia ella con paso firme. Le tomé la mano y deposité un beso lento sobre sus dedos, sin apartar la mirada de la suya.

—Ofelia. ¿Se te ha quedado Calabria pequeña o he tenido el honor de contar con tu presencia?

—Siempre tan teatral, Askanor —respondió ella, con una sonrisa contenida.

—Me alegro de verte de pie.

—Eso decepciona a mucha gente.

Ella arqueó ligeramente una ceja.

—No soy yo quien acumula enemigos.

—¡Yo tampoco! Sobre todo porque, gracias a Dios, mis enemigos están bajo tierra.

Ofelia soltó una risa contenida.

Flora carraspeó detrás de nosotras.

—Os voy a dejar solos —dijo—. Pero luego quiero saberlo todo.

— Lo prometo —respondí, sin apartar la mirada de Ofelia.

Caminamos codo con codo hasta el jardín trasero. La mesa de hierro forjado estaba preparada. Un camarero *se* acercó en silencio, sirviendo el té humeante en delicadas tazas.

Ofelia se llevó la taza a la nariz antes de beber.

— Manzanilla —dijo, satisfecha—. Siempre te acuerdas.

—Memoria selectiva —respondí—. Para lo que importa.

Nos sentamos. El silencio entre nosotros era antiguo, reconfortante y cargado de significados que nunca tuvieron que ser pronunciados en voz alta.

—He venido a Calabria en nombre de la Asociación —comenzó ella, posando la taza con cuidado.

Mi mandíbula se tensó ligeramente.

La Asociación. La Unión de las Casas. Los hombres que creen que mandan en el mundo porque se sientan en largas mesas y toman decisiones a distancia. Aunque, para sobrevivir, todos tenemos que bailar al son que nos tocan.

—Supongo que no se trata solo de una visita de cortesía de esas en las que tomamos una copa y hablamos de perros y gatos.

—Nunca lo es, Don Askanor.

Cruzó las piernas, elegante como siempre.

—Con la caída de una parte significativa de la Casa Di Leone… —hizo una pausa calculada— …los líderes están inquietos.

—Qué pena —respondí, secamente—. Deberían tomarse un té de manzanilla.

—No bromees con eso —dijo Ofelia, sin perder la sonrisa—. Quieren estabilidad. Continuidad.

—Yo soy la continuidad.

— Eres un hombre solo. Aunque vales por muchos.

Apoyé el codo en el brazo de la silla y hundí la cara en la mano.

—¿Me estás diciendo que la familia está preocupada por dónde están mis espermatozoides?

Ofelia soltó una risa breve y controlada.

— Creo que les preocupa el hecho de que no estén en un ovario. Si me lo permite, don Askanor, usted no vivirá para siempre. Sus parientes fueron descartados precisamente porque no lograron tomar Calabria y sus rutas. La pregunta es sencilla: ¿qué tiene de difícil tener una mujer, casarse y engendrar algunos herederos?

—¡Soy un hombre libre, Ofelia! —respondí, con más brusquedad de la que pretendía—. No esperaba casarme tan pronto.

—¿Libre? —ella ladeó la cabeza—. Tú gobiernas una de las rutas más peligrosas de Europa. La libertad es relativa.

Abrió el bolso y sacó una tableta. Tocó la pantalla con precisión y me la mostró.

—Te sugiero que elijas a una de estas. He conseguido reunir a trece. Algunas son vírgenes. Todas jóvenes, sanas, hermosas. Si lo necesitas, incluso podemos realizar procedimientos estéticos. La Asociación es… flexible.

Deslicé el dedo por la pantalla. Fotos impecables. Nombres. Edades. Antecedentes familiares. Un campo frío y clínico que indicaba virginidad.

Como ganado.

— Mujeres hermosas —admití—. Pero no quiero un mero trofeo. Si fuera así, lo encontraría fácilmente por mí mismo. Necesito a alguien inteligente. Que piense. Que cuestione. Que no sea solo una figura decorativa a mi lado.

Ofelia me observó durante unos segundos antes de guardar la tableta.

—Entonces ya sabes lo que quieres.

—Quizás.

O quizá ya sé quién.

—Creo que encontrará a la mujer adecuada, don Askanor —dijo ella, levantándose—. Solo recuerde que el tiempo no suele ser benévolo con los hombres que desafían las estructuras antiguas.

Yo también me levanté y la acompañé hasta la salida del jardín.

—Nunca he destacado precisamente por mi amabilidad.

Ella esbozó una sonrisa y se alejó.

Me quedé allí, observando el jardín en silencio, sintiendo el peso de todo lo que se había dicho… y de lo que no.

Mi mente, traicionera, no pensaba en ninguna de las mujeres del tablet.

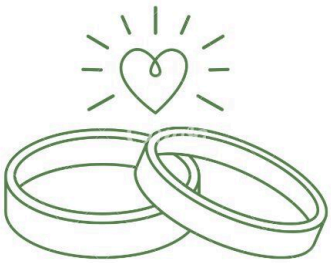
Pensaba en unos ojos marrones atentos y vivos. Con valentía disfrazada de profesionalidad. En alguien que había corrido al hospital para avisarme, aun sabiendo el riesgo.

Sonreí, lenta y peligrosamente.

Quizá la Asociación tenga razón en una cosa.

Ya lo había encontrado.

Y ella aún no tenía ni idea de hasta qué punto estaba involucrada.



CAPÍTULO 18: INMOVILIZADA

Valentina Rocci

Entré en el edificio de la empresa sabiendo exactamente lo que había venido a hacer.

No había vacilación en mis pasos, solo un peso extraño en el pecho, como si cada metro recorrido fuera una despedida silenciosa. El vestíbulo seguía impecable, frío, funcional. La gente sonreía, tecleaba, atendía llamadas, como si el mundo no se hubiera puesto patas arriba en los últimos días.

No lo saben. Y quizá sea mejor así.

Toqué ligeramente el bolsillo de la chaqueta, confirmando que la grabadora de voz seguía allí, escondida. No era paranoia. Después de lo que oí en el hospital, después de la forma en que Askanor habló de las muertes como si comentara cualquier negocio, no me permitiría volver a ser ingenua.

El ascensor subió rápido. Cuando las puertas se abrieron en la planta de finanzas, sentí un escalofrío recorriendo mi espalda.

Caminé por el pasillo ignorando los saludos, las miradas curiosas, los cuchicheos. Me detuve ante la puerta donde ahora figuraba el nombre de Marco Bellini como jefe del departamento.

Respiré hondo antes de llamar.

—Pase —respondió él.

Abrí la puerta y entré.

Marco estaba sentado detrás del escritorio, elegante, sereno, con ese aire de hombre que siempre parecía ir tres pasos por delante. Levantó la vista y sonrió como si estuviera genuinamente feliz de verme.

— Valentina, siéntate, por favor.

—Prefiero quedarme de pie —respondí.

Vi cómo arqueaba ligeramente una ceja antes de asentir.

—De acuerdo. ¿En qué puedo ayudarte?

No me andé con rodeos.

—He venido a presentar mi renuncia.

Su sonrisa se desvaneció por un segundo. Fue casi imperceptible, pero lo vi. Siempre se me ha dado bien leer números. Y personas.

— ¿Renunciar? —repitió él—. Eso es inesperado.

—Para mí no.

Marco se recostó en la silla, entrelazando los dedos.

— ¿Puedo saber el motivo?

—No —respondí con calma.

Marco me observó durante unos segundos, evaluándome.

— Eres una empleada valiosa, Valentina. Más aún ahora. La empresa ha pasado por… cambios. Necesitamos gente competente.

— No me interesa.

— Puedo mejorar mi oferta —insistió él—. Un aumento inmediato del cinco por ciento.

Negué con la cabeza.

— No.

— ¿Un diez por ciento?

— No.

Su mirada se volvió más atenta.

— El veinte por ciento. Es mi mejor oferta.

Sentí un nudo en el estómago. No por el dinero. Sino por lo que significaba.

— No es una cuestión de sueldo —dije—. Ya no quiero trabajar aquí.

Marco se levantó. Rodeó la mesa lentamente y se detuvo a mi lado. Su perfume caro se mezcló con el aire frío de la oficina.

— Lo entiendo —dijo—. Pero sabes demasiado como para irte así sin más.

Mi corazón se aceleró.

Claro que llegaría a eso.

—Ya me lo imaginaba —respondí—. Puedo firmar un acuerdo de confidencialidad. Lo que sea necesario.

Él sonrió. Una sonrisa educada.

—Siempre has sido inteligente, Valentina. —Dio un paso más —. Pero la inteligencia sin protección puede ser peligrosa.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, sin apartar la mirada.

—Quiero decir que sabemos quién eres —respondió en un tono casi amable—. Sabemos de tus padres. Dónde viven. La tranquila rutina que llevan.

Sentí cómo se me helaba la sangre.

— Incluso sabemos lo del perro que tienen —continuó—. Un golden retriever, ¿verdad?

Por un instante, todo me pareció lejano. La oficina, el ruido del aire acondicionado, mi propio cuerpo.

El miedo llegó fuerte, brutal, intentando doblegarme por dentro.

No. Ahora no.

Apreté la mano en un puño. Sentí la grabadora en el bolsillo. Sentí cómo la rabia se imponía al miedo.

Di un fuerte golpe con la mano sobre la mesa.

—No te atrevas —dije.

Marco parpadeó, sorprendido.

—No te atrevas a amenazar a mi familia —continué, sintiendo que mi voz sonaba firme, a pesar de que el corazón me latía a mil. —Ni tú, ni tu jefe.

— Valentina…

—No te tengo miedo —dije, dando un paso adelante—. Ni a Askanor Di Leone.

El nombre cayó entre nosotros como una navaja.

Marco se quedó en silencio durante unos segundos.

— Deberías tenerlo —respondió por fin.

Sonreí. Una sonrisa tensa, pero sincera.

—Quizás. Pero no me voy a quedar.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta.

—Considera esto mi renuncia formal.

—Estás cometiendo un gran error —dijo detrás de mí.

Me detuve solo para responder:

—El error fue creer que esto seguía siendo solo una empresa.

Abrí la puerta y salí, dándola un portazo con tanta fuerza que el cristal vibró.

En el pasillo, algunos empleados *me* miraron fijamente. No me importó. Caminé hacia el ascensor sintiendo que me temblaban las piernas, pero con la espalda erguida.

Cuando se cerraron las puertas, solté el aire que estaba conteniendo.

Me temblaban las manos. El miedo seguía ahí.

Pero también había algo nuevo.

No me encogí.

Y en ese instante comprendí que el peligro no estaba solo en Askanor Di Leone.

Estaba en lo que yo sabía.

Y ahora… ya no había vuelta atrás.

◆ ◆ ◆

Era de noche cuando llegué a mi apartamento.

Cerré la puerta detrás de mí con más fuerza de la que pretendía y apoyé la espalda contra ella, respirando rápido, como si hubiera corrido kilómetros. El silencio del lugar parecía amenazador. Cada sombra parecía más grande. Cada ruido del edificio parecía una advertencia.

Tienes que salir. Ahora mismo.

No encendí la luz. Caminé directamente hacia el dormitorio, me quité los zapatos a mitad de camino y me arrodillé en el suelo frente a la maleta abierta. Me temblaban las manos mientras metía la ropa dentro, sin ningún cuidado. Camisas, vestidos, vaqueros. Nada tenía sentido. Nada importaba más que desaparecer.

Me ardían los ojos, llenos de lágrimas.

Pero no lloré.

La rabia era más fuerte. Una rabia ardiente, corrosiva, que me mantenía en pie cuando el miedo quería doblegarme.

No me van a acorralar.

Cogí el portátil y dudé un segundo antes de meterlo en la maleta. Pensé en la grabadora que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Pensé en las palabras de Marco. Pensé en la sonrisa de Askanor en el hospital mientras confesaba asesinatos como quien habla del tiempo.

Se me revolvió el estómago.

Fue entonces cuando sonó el timbre.

El sonido resonó por el apartamento como un disparo.

Me quedé paralizado.

Mi corazón latía tan fuerte que estaba seguro de que se podía oír desde el pasillo. No me moví. No respiré. Solo oía mi propia sangre pulsando en los oídos.

El timbre volvió a sonar.

Más largo.

Más paciente.

No. ¡No, no, no!

Levanté la cara lentamente, como si alguien pudiera verme allí, en el suelo de la habitación. Mi mente corrió rápido. No había salida por la puerta principal. No había tiempo para cogerlo todo.

Dejé la maleta.

Solo cogí el bolso de mano, metí dentro el móvil, los documentos, la cartera y la grabadora. Me puse un abrigo encima de la ropa que llevaba puesta. Me sudaban las manos mientras cerraba la cremallera.

El timbre sonó por tercera vez.

Esta vez, alguien llamó a la puerta.

Me decidí.

Caminé de puntillas hasta el lavadero y abrí la puerta de la escalera de incendios con todo el cuidado que pude. El metal crujió ligeramente y contuve la respiración, esperando oír pasos al otro lado de la puerta del apartamento.

Nada.

Entré en la escalera y cerré la puerta detrás de mí, despacio, con el corazón a punto de salirse por la boca.

Empecé a bajar.

Un tramo. Dos. Tres.

Cada escalón parecía más alto. El eco de mis propios pasos me aterrorizaba. Me agarré a la barandilla helada y seguí bajando, piso a piso, contando mentalmente, intentando mantener el silencio.

«Solo un poco más».

Cuando llegué a la planta baja, empujé la puerta con cuidado y salí a la calle lateral del edificio.

El aire frío de la noche me golpeó la cara.

Por un segundo, sentí alivio.

Fue entonces cuando lo vi.

Un hombre enorme estaba de pie cerca de la farola, parcialmente oculto por la sombra. La luz amarillenta recortaba su

cuerpo de una forma casi irreal. Ancho. Musculoso. Inmóvil.

Dio un paso adelante.

La sonrisa surgió lenta, peligrosa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Se me revolvió el estómago.

Askanor.

Era imposible confundirlo. La postura. La presencia. La forma en que el aire a su alrededor parecía cambiar.

«*Irritantemente* guapo», pensé, odiándome a mí misma por ello.

Di media vuelta para salir corriendo.

Ni siquiera di tres pasos.

Me alcanzó con facilidad, como si yo fuera un niño intentando escapar de un adulto.

Su gran mano se cerró sobre mi brazo y me tiró hacia atrás con fuerza controlada, para mi desesperación.

—¡Suéltame! —grité, forcejeando.

No respondió.

Con un movimiento rápido, me levantó del suelo y me echó al hombro, como si no pesara nada. El mundo se puso patas arriba. Le di puñetazos en la espalda, pateé el aire, me resistí con todas mis fuerzas.

—¡Bájame al suelo! ¡Ahora mismo! —grité.

Subió los primeros peldaños de la escalera de incendios como si llevara una bolsa cualquiera.

—Deja de forcejear, *Dolce* —dijo con voz baja y firme—. Te cansarás antes que yo.

—¡Estás loco! —mi voz sonó temblorosa—. ¡Voy a gritar!

—Grita —respondió—. Estamos solos.

Cada paso suyo resonaba metálico. Mi corazón parecía querer salirse por la boca. El miedo ahora era absoluto, bruto, aplastante.

«Esto es real. Él es real. Y estoy en sus manos».

Llegamos a la planta de mi apartamento. Abrió la puerta de la escalera con una mano y cruzó el pasillo conmigo todavía al hombro, como si estuviera haciendo lo más normal del mundo.

La puerta de mi piso estaba abierta.

La maleta seguía en el suelo.

Entró y cerró la puerta con el pie.

Solo entonces me dejó en el suelo, sujetándome por los brazos, impidiendo cualquier intento de huida.

Nos quedamos cara a cara.

Yo respiraba jadeando. El pecho me subía y bajaba a trompicones. Me temblaban las manos.

Él estaba tranquilo.

Eso era lo más aterrador.

—¿Vas a huir, *Dolce*? —preguntó, inclinando ligeramente la cabeza.

— He dimitido —dije, intentando mantener la voz firme—. ¡No quiero saber nada más de ti! Ni de tu empresa.

Su sonrisa se desvaneció.

—Sabes demasiado como para desaparecer sin más —respondió.

—Me iba a marchar hoy —repliqué—. No hablaría con nadie. No vendería ninguna información.

Me observó durante unos largos segundos, como si estuviera leyendo algo invisible en mí.

—Lo sé —dijo al fin—. Por eso he venido en persona.

—¿Para secuestrarme? —pregunté, con la voz quebrada.

Esbozó una media sonrisa.

—Para impedir que cometas una estupidez.

—¡La tontería es estar cerca de ti! —estallé.

Su mano se alzó y me sujetó la barbilla con firmeza, obligándome a mirarlo a los ojos. El contacto era cálido. Fuerte. Dominante.

—La tontería —murmuró— sería intentar huir creyendo que alguien como tú pasaría desapercibida después de todo.

Tragué saliva.

—Estás en peligro, Valentina —dijo, utilizando mi nombre por primera vez de esa manera—. Y mientras respires, ese peligro me incumbe a mí.

Todo mi cuerpo tembló.

—No pedí protección —susurré.

—No —asintió él—. Pero la has conseguido de todos modos.

Aparté la cara, tratando de recuperar algo de control.

—No soy de tu propiedad.

—Todavía no —respondió sin dudar.

Se me revolvió el estómago.

Me soltó la barbilla y dio un paso atrás, dejándome espacio. Pero su presencia seguía lo ocupándolo todo.

—Hoy no vas a ir a ningún sitio —dijo—. Y mañana hablaremos con calma.

—No confío en ti —dije.

Él volvió a sonreír. Una sonrisa lenta, oscura. Sus dedos acariciaron mi cuello con una delicadeza que distaba mucho de ser sincera.

—Todavía no…

Mi mirada se posó en la maleta abandonada en el suelo. En la vida que había intentado dejar atrás.

Sus labios se abalanzaron sobre mí. Como aquella noche en el pub. Mi cuerpo intentó resistirse, pero sabía que una parte de mí no quería.

Él es el pecado. Un animal salvaje. Y aun así le devolví el beso.

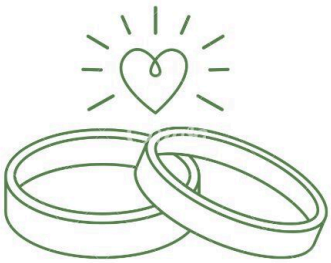
Y en ese instante comprendí, con dolorosa claridad, que ya no estaba huyendo de nada.

Me estaba viendo arrastrada hacia ese vórtice sombrío.

Un dilema que se hacía presente a cada segundo.

Pero algo me invadió al instante. Quizá el recuerdo de él en la cama del hospital diciendo que había matado a sus propios familiares.

Di un paso atrás y le propiné una bofetada bien fuerte en la cara al mafioso que tenía delante.



CAPÍTULO 19: EL LADO GRIS

Askanor Di Leone

Todavía estaba en su apartamento cuando todo se descontroló.

El beso empezó mal desde el principio. Mal porque no estaba planeado. Mal porque ocurrió en el pesado silencio tras la huida frustrada. Mal porque Valentina temblaba bajo mis manos y, aun así, me besaba como quien intenta sobrevivir.

Cuando sentí que su cuerpo se tensaba, lo supe.

Ella dio un paso atrás.

Antes de que pudiera decir nada, su mano se abalanzó con fuerza contra mi cara.

El golpe resonó en el apartamento.

Sentí el impacto, el breve ardor en la piel, pero mi cabeza ni siquiera se movió. Solo lo absorbí. Solo lo registré.

Sonreí.

—Interesante —murmuré—. Me ha gustado.

Ella abrió mucho los ojos, asustada por mi reacción, y se dio la vuelta para salir corriendo.

No se lo permití.

Le agarré la muñeca con firmeza y la tiré hacia mí. El movimiento fue rápido, pero Valentina no era tan frágil como parecía.

Su rodilla se levantó con violencia.

La patada me dio de lleno en los testículos.

El aire salió de mis pulmones en un chorro involuntario. El mundo se volvió blanco por un segundo. Me encogí y caí de rodillas, con la cabeza gacha, la mano yendo instintivamente al suelo para sostenerme.

«Maldita…»

Oí sus pasos corriendo. La puerta de la cocina se abrió de un golpe. Se abrían cajones. Metal contra metal.

Levanté la cara a tiempo para verla volver.

Sostenía un cuchillo grande. De carne. La hoja brillaba bajo la fría luz de la cocina. Le temblaban las manos, pero la mirada era firme.

—¡Fuera de mi piso ahora mismo! —gritó—. ¡O llamo a la policía!

Respiré hondo, controlando el dolor que aún me latía. Apoyé la mano en el sofá y me levanté despacio, sin movimientos bruscos.

— Baja ese cuchillo, Valentina —dije en voz baja—. No he venido aquí para *hacerte* daño.

—¡Has irrumpido en mi casa! —replicó ella—. ¡Eso ya es más que suficiente!

—He venido a decirte una cosa —continué—. Una sola cosa. Y si aceptas… te dejaré que renuncies a la empresa.

Ella dudó.

Mantuvo el cuchillo en alto, pero dio un paso atrás, manteniendo la distancia.

—Dilo desde ahí —exigió—. No te acerques más.

Asentí lentamente.

Me recosté contra el respaldo del sillón, como si estuviera relajado, aunque cada músculo estaba en alerta.

—Necesito casarme —dije sin rodeos—. Pronto.

Ella frunció el ceño.

— ¿Qué?

—Necesito engendrar un heredero para la familia Di Leone.

Ella soltó una risa breve, incrédula.

—Estás loco si crees que yo…

—Quiero que te cases conmigo —añadí.

El silencio que siguió fue ensordecedor.

Sus ojos se abrieron como platos. La boca se le abrió ligeramente, como si la mente se hubiera bloqueado antes de poder procesar las palabras.

—No —respondió, en un tono seco y definitivo—. No. ¡Nunca!

—Piénsalo antes de responder…

—¡Jamás! —me interrumpió ella—. ¡Nunca me involucraría con alguien capaz de matar a sus propios familiares!

Me metí las manos en los bolsillos del pantalón de vestir.

Empecé a caminar hacia ella.

La navaja se alzó de inmediato.

— ¡Alto! —gritó ella—. ¡Te he dicho que te quedes ahí!

No le hice caso.

Seguí caminando hasta quedarme a pocos centímetros de ella. La punta del cuchillo se apoyó en mi pecho derecho, justo encima del corazón.

Sentí la presión. El frío del metal. Su respiración entrecortada.

— Da un paso más y te juro que… — su voz se quebró.

—Hazlo —murmuré—. Si te atreves.

Ella empujó la hoja con fuerza sin darse cuenta de que mi camisa blanca ya empezaba a mancharse. Un rojo oscuro se extendió lentamente por la tela.

Vi cuando bajó la mirada.

Vi cómo se daba cuenta.

El terror se apoderó del rostro de Valentina.

—Dios mío… —susurró.

El cuchillo se le cayó de la mano.

El ruido del metal al golpear el suelo resonó demasiado fuerte.

—No quería… —comenzó a decir.

—Lo sé —dije con calma.

Di un paso atrás, creando espacio. La sangre fluía lentamente, pero la herida era superficial. Nada que me preocupara.

—Seré generoso —continué—. *Te* daré una semana para pensarlo.

Ella me miraba atónita, con los brazos caídos a los lados del cuerpo.

—Una semana —repetí—. Para decidir si aceptas casarte conmigo.

—¿Es eso una amenaza? —preguntó, con voz casi inaudible.

Me acerqué de nuevo, pero esta vez me agaché, quedando a la altura de su rostro. Ojo a ojo.

—Es una propuesta —corrigí—. Con consecuencias.

Me incliné un poco más, acortando la distancia.

—Tendrás todo lo que una mujer puede soñar —dije en voz baja—. Seguridad. Poder. Dinero. Influencia. Protección.

Ella tragó saliva.

—Mientras lo piensas —continué—, no saldrás de Calabria. No dejarás la empresa. No desaparecerás.

Acercé aún más mi rostro al suyo, y mi voz se convirtió en un susurro peligroso.

—De lo contrario… —hice una pausa calculada— tomaré medidas extremas.

Me enderecé. Me giré hacia la puerta.

Antes de salir, miré atrás por última vez.

Ella seguía de pie en el mismo lugar. Pálida. Sin reaccionar. Rodeada por una realidad que no había elegido, pero de la que ahora formaba parte.

Cerré la puerta tras de mí y me fui.

Tenía que ir a mi *discoteca*.

◆ ◆ ◆

El coche blindado se detuvo frente a la discoteca sin letrero, una fachada discreta para quienes sabían lo que funcionaba allí dentro. Cristales tintados. Puerta reforzada. Sin colas. Sin curiosos.

Bajé en cuanto el conductor abrió la puerta.

Hombres vestidos de negro me esperaban. Ni bailarinas, ni música a todo volumen, ni promesas baratas. Soldados. Postura erguida. Miradas atentas. Cada uno de ellos sabía exactamente quién era yo y lo que podía hacer si algo se salía de control.

—Buenas noches, jefe —dijo uno de ellos.

Me limité a asentir y seguí adelante.

La discoteca existía para el público. El sótano, para la *verdad*.

Bajé los escalones sin prisas, sintiendo el frío del hormigón bajo los pies, mientras el ruido del mundo se iba alejando. Al final del pasillo, la puerta correcta. Madera oscura, reforzada por dentro, con marcas de uso que nadie intentaba ocultar.

Toqué el código acordado. Dos golpes rápidos. Uno lento. Pausa. Otro más.

El cerrojo se movió.

El olor me invadió en cuanto se abrió la puerta. Puros caros, alcohol añejo, cuero y dinero antiguo. Un aroma de poder acumulado a lo largo de los años.

La mesa de póquer ocupaba el centro de la sala. Seis hombres sentados, fichas apiladas, cartas ocultas, ojos entrenados para no mostrar sorpresa. Un séptimo hombre permanecía de pie, apoyado en la barra, sonriendo al verme entrar.

—Pensé que hoy no vendrías —dijo.

—Yo también —respondí.

Tiré del taburete de cuero y me senté, sintiendo cómo el peso de mi cuerpo me cobraba el precio del día. El hombre de pie se movió, sirviéndome el whisky sin preguntar.

Dejó el vaso delante de mí.

Lo cogí y me lo bebí de un solo trago.

El alcohol me quemó al bajar, firme, directo, sin miramientos. Justo como lo necesitaba.

—¿Puedo servirte algo más? —preguntó.

No miraba la mesa. Ni las cartas. Ni a los hombres.

Me incorporé lo justo para dejar el vaso y luego me dejé caer en el sofá ancho y profundo, hecho para acomodar cómodamente a tres personas.

—Solo quiero paz —dije.

La palabra parecía fuera de lugar. Pero aun así era cierta.

El hombre que estaba de pie no mostró sorpresa. Solo enderezó los hombros y habló con autoridad:

—Se acabó por hoy. Pueden irse.

Nadie protestó. Uno a uno, los hombres recogieron las fichas, guardaron el dinero y se levantaron sin decir nada. Ninguno de ellos me miró a los ojos. Sabían que no era momento para preguntas.

La puerta se cerró tras el último.

El silencio ocupó el espacio.

Permanecí tumbado, mirando el techo bajo, sintiendo el peso de mi cuerpo hundirse en el cuero. El humo del puro aún flotaba en el aire, lento, perezoso.

«Cinco muertos».

El número surgía por sí solo.

«Cuatro ingresados».

Detalles que el mundo necesitaba para sentirse seguro.

«El cocinero detenido».

Un chivo expiatorio muy conveniente.

Cerré los ojos.

Nada de eso me traía alivio. Solo cansancio. Un cansancio que no provenía del cuerpo, sino de la mente que nunca se desconectaba.

«Los traidores aprenden tarde».

El silencio de la sala no me juzgaba. No hacía preguntas. No exigía explicaciones. Por eso estaba allí.

Solo.

Respiré hondo, sintiendo cómo el whisky empezaba a pesar en los músculos, no lo suficiente como para borrar los pensamientos, solo para ralentizarlos.

«Valentina».

El nombre surgió sin previo aviso, como siempre.

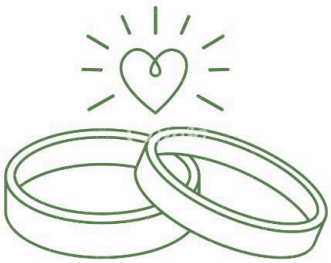
Apreté la mandíbula con fuerza.

La idea de que ella se hubiera escapado no me sorprendía. Lo que me molestaba era lo mucho que me importaba.

Me pasé la mano por la cara, quedándome allí, inmóvil, mientras el tiempo transcurría lentamente; sabía que tal vez tendría que eliminarla. Sería el camino más fácil.

No había planes en ese momento. Ni órdenes. Ni muertes.

Solo silencio en mis pensamientos.



CAPÍTULO 20: ACORRALADA

Valentina Rocci

Al final de otro día de trabajo, me quedé en mi despacho, incluso después de que los últimos empleados abandonaran la planta.

El silencio invadió el espacio con una rapidez inquietante, como si el edificio respirara aliviado ante la ausencia de personas. La luz blanca del techo seguía encendida, cruel para alguien que pensaba en desaparecer.

Apoyé los codos en la mesa y miré fijamente la pantalla apagada del ordenador.

Una semana.

Ese era el tiempo que tenía.

Una semana para decidir si entregaría mi vida a un hombre capaz de matar a su propia familia sin pestañear. Una semana para aceptar o rechazar un acuerdo que no parecía, en ningún universo posible, justo.

Respiré hondo, pero el aire no parecía suficiente.

¿Y si me tortura hasta que acepte?

El pensamiento surgió sin previo aviso, crudo, directo, imposible de ignorar.

No sabía exactamente cómo actuaba la mafia. Solo por las novelas que leía en el Kindle. Pero en los libros es ficción.

Pero mi mente, siempre eficiente cuando se trataba del miedo, llenaba los vacíos con imágenes grotescas. Habitaciones sin ventanas. Gritos ahogados. Hombres que no hacían preguntas, solo ejecutaban órdenes.

Trafican con mujeres.

Las náuseas me invadieron con fuerza, subiéndome por la garganta.

Venden cuerpos. Borran nombres. Hacen cosas peores que la muerte.

Cerré los ojos con fuerza.

La imagen de Askanor volvió con una claridad inquietante. La sonrisa tranquila. La voz baja. La sangre manchando lentamente la camisa blanca mientras él permanecía inmóvil, como si eso fuera un detalle irrelevante.

Sentí asco.

Asco hacia él.

Asco de mí misma por haber sentido deseo por alguien así.

Me levanté de la silla de repente, empujándola hacia atrás. No quería pensar más. Cogí mi bolso, caminé hasta el interruptor y extendí la mano para apagar la luz.

—¿Valentina?

Todo mi cuerpo reaccionó al oír esa voz.

Volví la cara y me encontré a Gibriela de pie en la puerta del salón.

—Ya me iba —respondí, fingiendo naturalidad.

Entró y cerró la puerta tras de sí, y el clic resonó con fuerza.

— ¿Podemos hablar? —preguntó. — Pero… fuera de aquí.

Observé su rostro durante unos segundos. Algo andaba mal. No era solo cansancio. Había tensión en sus ojos y rigidez en su postura.

—Claro —dije, agarrando el bolso con más fuerza—. Me parece una idea estupenda.

Salimos del edificio. El aire de la noche me golpeó la cara sin pedir permiso. Caminamos unas cuantas manzanas hasta un restaurante discreto, lejos de la empresa, para cualquier oído curioso.

Nos sentamos en un rincón.

En cuanto se acercó el camarero, le dije antes incluso de que abriera la boca.

—Quiero un vino. El más fuerte que tenga.

Gibriela soltó una risita nerviosa.

— Iba a pedir agua con gas… pero creo que también voy a tomar vino.

Cuando llegaron las copas, levanté la mía sin entusiasmo.

—Por el trabajo —dije.

—Por el trabajo —repitió ella, haciendo chocar su copa contra la mía.

Bebimos.

El vino bajó caliente, quemándome la garganta, pero no fue suficiente para aliviar el peso en el pecho. Aun así, bebí otro sorbo en silencio, como si eso pudiera aislarme del mundo por unos segundos.

— ¿Y tú? —pregunté, apoyando el codo en la mesa—. ¿Cómo van las cosas?

Una parte de mí quería huir de mis propios problemas. Fingir que todavía era una empleada cualquiera, preocupada solo por hojas de cálculo y rutas logísticas.

Gibriela se llevó la copa a la boca otra vez. Esta vez, no se detuvo. Se bebió el vino de un trago.

La observé en silencio.

—Estoy entre la espada y la pared —dijo, dejando la copa vacía con fuerza sobre la mesa.

Mi cuerpo se puso en alerta de inmediato.

—¿Qué ha pasado?

Ella respiró hondo, como si llevara días ensayando esa confesión.

—Ettore *me* ha llamado.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Ettore? ¿Pero no está en la cárcel?

Ella asintió.

—Sí, pero ha conseguido llamar desde un móvil privado —su voz se volvió más baja—. Dijo que me matará si no consigo unos documentos.

— ¿Documentos? —pregunté, sintiendo cómo se me aceleraba el corazón. — ¿Qué documentos?

—De tu despacho.

El mundo pareció ralentizarse.

—¿De mi despacho?

Ella bajó la cabeza, con los hombros ligeramente caídos.

—Quiere destruir la vida del señor Askanor —continuó—. Le culpa de la muerte de su hijo.

La frase quedó suspendida en el aire entre nosotros.

El hijo de Ettore.

El recuerdo surgió con violencia.

La cena.

El veneno.

La sonrisa de Askanor.

Tragué saliva.

El hijo de Ettore fue uno de los hombres presentes en aquella mesa. Uno de los nueve cuerpos descartados sin ceremonias. Un nombre tachado del árbol genealógico como si nunca hubiera importado.

Sentí un escalofrío recorrer mi espalda.

—Lo siento mucho —dije, eligiendo cada palabra con cuidado.

No le conté lo que sabía. No le conté que Askanor lo había confesado todo. No le conté que tenía sentido que Ettore quisiera vengarse, aunque eso no lo hiciera menos peligroso.

Gibriela levantó la cara. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Necesito esos documentos, Valentina —dijo con la voz entrecortada—. Si no los consigo… solo Dios sabe lo que me hará.

Se me oprimió el pecho.

Miré a aquella mujer sentada frente a mí. No era una criminal. No formaba parte de la mafia. No era más que una pieza más que se veía aplastada entre hombres poderosos, abocada al fracaso.

Me quedé en silencio unos segundos.

«Si la ayudo, me meteré aún más en el lío».

«Si no la ayudo, puede morir».

Extendí la mano y la toqué.

—Encontraré la manera —dije con firmeza—. Te lo prometo.

Ella cerró los ojos por un instante, como si esa promesa fuera lo único que la mantenía respirando.

—Gracias —susurró.

Retiré la mano lentamente.

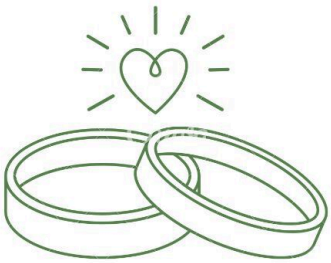
Mientras ella se secaba las lágrimas, una verdad incómoda se apoderó de mí.

Askanor no es el único monstruo de esa familia.

Y lo peor de todo era saber que, en esa guerra silenciosa, yo ya no era solo una espectadora.

Estaba en el centro del tablero.

Y ya no tenía adónde huir.



CAPÍTULO 21:
DEVOLUCIÓN DEL FAVOR

Valentina Rocci

Después de dejar a Gibriela en esa mesa alejada de la empresa, con la copa de vino aún temblando entre sus dedos, supe que no podría irme directamente a casa.

El restaurante quedó atrás, las luces difuminadas por la ventanilla del coche mientras la ciudad se alejaba. Tenía el cuerpo caliente, la cabeza pesada y el estómago revuelto, no solo por el alcohol, sino por todo lo que había oído.

«Una semana».

El plazo de Askanor martilleaba en mi mente como un reloj roto que no dejaba de sonar. Una semana para decidir si me convertiría en la esposa de un hombre capaz de envenenar a su propia familia. Una semana para seguir respirando sin saber cuándo alguien decidiría que sabía más de lo que debía.

Y ahora Gibriela.

Gibriela acorralada por Ettore, aunque estuviera preso, aunque estuviera oficialmente derrotado. Un hombre que, ahora lo sabía, había perdido a un hijo aquella noche de la cena. Un hombre con motivos suficientes para querer destruir todo lo que Askanor tocara.

«Esto no es una empresa. Nunca lo fue».

Cuando le pedí al conductor que me dejara en la empresa, me lanzó una mirada extraña por el retrovisor, pero no hizo preguntas. Quizá había aprendido que, en ese mundo, las preguntas eran peligrosas.

El edificio estaba casi vacío cuando atravesé la puerta giratoria. Las luces nocturnas daban al vestíbulo un aire frío, impersonal, como si todo allí solo fingiera normalidad. Pasé por la recepción sin mirar a nadie y me dirigí directamente a los ascensores.

Mientras el ascensor subía, observé mi reflejo en el espejo metálico. El vestido seguía impecable, el pelo suelto cayéndome sobre los hombros, pero mis ojos… mis ojos ya no parecían los mismos.

«¿Cuándo te metiste en esto, Valentina?»

Las puertas se abrieron en la planta de Marco. El silencio del pasillo era tan denso que mis pasos resonaron como disparos.

Tac. Tac. Tac.

Golpeé el suelo con fuerza con el tacón, no por necesidad, sino porque necesitaba que alguien allí sintiera que estaba llegando.

La secretaria se levantó de un salto al verme.

— Señorita Valentina, ya ha terminado la jornada laboral…

— Valentina, puede pasar.

La voz de Marco llegó desde dentro de la sala, tranquila, como si ya me estuviera esperando.

Ignoré la mirada angustiada de la secretaria y seguí adelante. En cuanto crucé la puerta, Marco la cerró. El sonido del cerrojo girando me heló la sangre.

No me senté.

Me acerqué al escritorio y me quedé allí, de pie, observando mientras él daba una vuelta completa y se acomodaba en el sillón como un rey en su trono.

Marco cruzó las piernas con una elegancia estudiada y sonrió.

—Estás alterada —dijo—. Te recomiendo que bebas un vaso de agua antes de hablar conmigo.

—No recibo órdenes tuyas —respondí, sintiendo cómo la ira empujaba el alcohol hacia el fondo de mi cabeza—. Estoy aquí porque no quiero ver la cara de Askanor.

Su sonrisa se amplió, lenta, satisfecha.

—Entiendo… —Marco se apoyó la barbilla en la mano—. Entonces, ¿qué hace aquí a estas horas, señorita Valentina? La jornada laboral terminó hace ya dos horas.

Me incliné hacia delante y apoyé las manos en la mesa, sintiendo el frío del tablero bajo la piel.

—Estoy aquí porque Askanor me debe algo.

Marco soltó una risa breve, casi divertida.

—¿*Te* debe algo? —Se inclinó en la silla—. Bueno, si *te* debe algo, imagino que te lo pagará con intereses cuando os caséis.

La palabra «casarse» fue la gota que colmó el vaso.

Di un golpe en la mesa con tanta fuerza que algunos papeles se movieron.

— ¡No me voy a casar con él! ¡Nunca!

—Vale… —Marco levantó las manos, fingiendo apaciguarme —. Entonces, ¿cuánto *te* debe?

—Me debe un favor. Y quiero cobrarlo ahora.

Marco se recostó de nuevo, cruzando los dedos sobre el brazo del sillón. Su mirada se volvió más atenta, más seria.

— Puedes decirlo. Soy su asesor. Si está a nuestro alcance…

Respiré hondo.

Pensé en Gibriela, en sus ojos llorosos, en cómo se bebió toda la copa como si quisiera apagarse por dentro.

—Ettore está amenazando a Gibriela —dije sin rodeos—. Incluso estando en la cárcel. Ella me lo ha contado hoy. Dijo que necesita documentos confidenciales de las rutas que están en mi despacho. Quiere vengarse de Askanor.

Marco no pestañeó.

—Necesito que protejáis a Gibriela —continué—. Ayudé a Askanor una vez. Fui yo quien levantó la polvareda que derrocó a Ettore. Ahora es el momento de que me devolváis ese favor.

El silencio se extendió entre nosotros como una densa niebla.

—Solo quiero una cosa —añadí—. Resuelvan esto sin hacerle daño a Gibriela.

Marco me observó durante unos largos segundos. Vi en él no solo al elegante ejecutivo, sino al soldado que llevaba el tiempo suficiente en ese mundo como para saber cuándo algo iba en serio.

Al fin, asintió.

—Lo prometo.

La palabra no sonó ligera. Sonó como una sentencia.

Mi cuerpo se relajó un centímetro. Solo uno. No más que eso.

Le di la espalda y caminé hacia la puerta, sintiendo que las piernas por fin temblaban ahora que la adrenalina empezaba a ceder.

Cuando mi mano ya estaba en el pomo, la voz de Marco sonó a mis espaldas.

—No me gustabas, Valentina.

Me detuve.

—Pero empiezo a entender por qué el jefe te tiene en el punto de mira.

Giré solo la cara, lo justo para mirarlo por encima del hombro. Levanté el dedo corazón con una calma casi elegante.

—Vete a la mierda, Marco.

Abrí la puerta y salí.

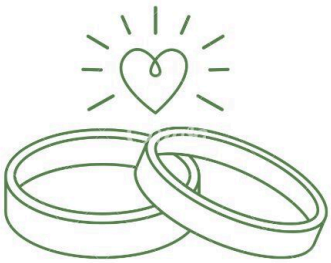
El pasillo parecía aún más silencioso ahora. Caminé hacia el ascensor con el corazón latiendo con fuerza y la mente dando vueltas.

«Acabas de provocar a otro león».

Cuando se cerraron las puertas, dejé que mi cabeza cayera ligeramente contra el espejo.

«Si esto es una guerra… no voy a morir en silencio».

El ascensor bajó, y con él la certeza de que, a partir de esa noche, ya no habría vuelta atrás.



CAPÍTULO 22:
MOVIMIENTOS PRECISOS

Askanor Di Leone

La luna llena colgaba en el cielo como un ojo antiguo, demasiado sabio como para ser ignorado.

Caminé bajo ella solo con unos pantalones, los pies hundiéndose ligeramente en la tierra fría, los músculos aún calientes del día que se negaba a morir dentro de mí.

Cada cubo de carne pesaba lo que debía. La sangre se derramaba por los bordes, goteando al suelo a un ritmo lento, casi ceremonial.

El olor era fuerte. Hierro, grasa cruda, vida interrumpida.

Me gustaba eso.

El espacio donde tenía a mis leones no era una jaula común. Nada allí era pequeño, improvisado o frágil.

Rejas altas, gruesas, reforzadas con acero importado, clavadas en el hormigón. El terreno era amplio, rodeado de árboles

altos que hacían bailar largas sombras al paso del viento. Rocas estratégicamente colocadas simulaban un territorio salvaje. Había un lago artificial al fondo, oscuro, silencioso, donde la luna se reflejaba en fragmentos rotos.

Era allí donde respiraba mejor.

Los animales entienden cosas que los humanos fingen no sentir.

Me acerqué al centro del espacio cuando oí pasos al otro lado de la verja. No tuve que mirar para saber quién era.

—¿Te vas a quedar ahí parado o quieres entrar? —pregunté, sin volver la cara.

El metal crujió ligeramente cuando Marco se apoyó en la reja, manteniendo una distancia respetuosa.

Inteligente por su parte.

—Prefiero seguir vivo —respondió—. Ver a tus leones desde lejos ya me basta.

Sonreí de reojo.

Dejé los cubos en el suelo con un golpe seco y me giré lentamente, sintiendo el aire frío golpear mi torso desnudo. Marco me observaba con una mirada atenta, por no decir que era demasiado casual.

—Dime, Marco —dije, caminando hacia la reja—. ¿Cuál es el problema esta vez? Si no recuerdo mal, evitas esta zona con bastante cautela.

Respiró hondo antes de responder.

Siempre hacía eso cuando venía a decirme algo que no quería decir en voz alta.

—Parece que tu tío Ettore está causando problemas a tu prometida.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

—¿Cómo? —pregunté, con voz baja y peligrosa.

Marco enderezó la postura.

—Han coaccionado a una empleada de Ettore. Su tío quiere documentos contables. Rutas. Cosas que son responsabilidad de

Valentina.

Sentí cómo se me tensaba la mandíbula.

Valentina.

El nombre me atravesó como una cuchilla lenta, cortándome profundamente.

—Ettore quiere librarse de la cárcel —continuó Marco—. Y, por lo que parece, quiere destruirte en el proceso. Te culpa de la muerte de su hijo.

Recordé la cena. El sabor metálico. Los cuerpos cayendo como piezas mal colocadas.

— ¿Y qué tiene que ver Valentina en todo esto? —pregunté, tocando la reja con la yema de los dedos.

—La empleada es amiga de ella. Gibriela. —Marco hizo una breve pausa—. Valentina vino a verme. Me pidió un… *favor*.

Me reí. Una risa corta, grave, sin ningún tipo de humor.

— ¿Un favor? ¿Qué mierda es esa?

Marco ladeó la cabeza, observando mi reacción.

— Dice que *te* ayudó. Que ahora quiere que le devuelvas el favor.

La carcajada que se me escapó resonó en el espacio abierto, haciendo que los pájaros nocturnos se movieran entre los árboles.

—Mi prometida es muy descarada, ¿no crees? —dije, sin dejar de reír.

—Mucho —respondió Marco, con una sonrisa discreta—. Pero es precisamente eso lo que hace que todo sea interesante.

Los leones surgieron del fondo del terreno, primero como sombras en movimiento, luego como una presencia viva. El sonido de los pesados pasos sobre la tierra hizo que Marco diera un salto hacia atrás, a pesar de estar protegido por la reja.

Los rugidos rasgaron la noche.

Sentí su impacto incluso antes de verlos por completo. Uno de ellos se abalanzó sobre mí con tanta fuerza que me tiró al suelo. Me reí al caer, abriendo los brazos, sintiendo el peso cálido de aquel poderoso cuerpo sobre el mío.

—Tranquilo —murmuré, acariciando su espesa melena—. Estoy aquí.

El segundo llegó poco después, empujando al primero con el hocico, exigiendo atención. Su olor era fuerte, animal, familiar. Vida palpitante sin máscaras.

Me senté en el suelo, apoyando el peso de mi cuerpo mientras acariciaba a los dos. Ronroneaban de una manera grave, casi amenazante para cualquiera que observara desde fuera.

Levanté la vista hacia Marco, que seguía inmóvil.

—Déjalo en mis manos —dije—. Voy a resolver esto personalmente.

Él cruzó los brazos.

—¿Por la empresa… o por Valentina?

Sonreí lentamente.

—Por mi querida prometida.

El silencio que siguió fue denso.

Y eso decía más de ella que cualquier otra cosa.

Valentina no suplicaba. No se encogía. No aceptaba que la arrinconaran. Entraba, daba un puñetazo en la mesa y exigía que la escucharan.

Mi boca se curvó en algo que no era exactamente una sonrisa.

«Ella cree que me está utilizando».

Me levanté del suelo, apartando a los leones con un gesto tranquilo. Cogí uno de los cubos y tiré la carne dentro de su recinto. Los animales se abalanzaron con fuerza, dientes, garras, vida en estado puro.

—Ettore olvidó una regla básica —continué, sin mirar a Marco—. Nadie toca lo que es mío.

—Un hombre enamorado —se burló él.

Me eché a reír.

—Mi presa —le corregí—. Mi…

Un problema delicioso.

La luna se reflejaba en la reja cuando me acerqué de nuevo. Apoyé las manos en el metal frío.

— ¿Qué harás con él?

— ¿Ettore quiere documentos? —pregunté—. Tendrá toda mi atención. Ya sabrás lo que voy a hacer.

— ¿Y esa empleada?

—Tendrá nuestra protección.

Marco asintió.

— Valentina lo pidió específicamente.

Me reí entre dientes.

—Claro que lo pidió.

Porque ella no quería sangre.

Todavía.

Pero yo sí.

—Dile que el favor será pagado —dije—. Con intereses.

— Se lo diré.

Marco se alejó, con sus pasos resonando mientras se retiraba.

Me quedé allí unos minutos más, observando a los leones devorar la carne a la luz de la luna. El sonido de los huesos rompiéndose era casi terapéutico.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo cómo el cansancio se mezclaba con algo más peligroso.

Deseo.

Ella había ido demasiado lejos para alguien que decía no querer casarse conmigo.

Y eso solo hacía que todo fuera más inevitable.

Cuando me alejé de la reja, la luna pareció sonreírme.

Y yo también sonreí.

◆ ◆ ◆

La prisión olía a óxido, sudor humano y resignación.

Un lugar donde los hombres aprenden rápido la diferencia entre el

poder real y el poder perdido.

Caminé por los pasillos con pasos tranquilos, el eco seco de las botas golpeando el suelo acompañando cada pensamiento que prefería no ordenar. Las paredes grises parecían cerrarse a medida que avanzaba, como si el propio edificio reconociera quién era yo.

«A Ettore siempre le gustaron las jaulas. Nunca imaginó que acabaría dentro de una».

El guardia que iba delante se detuvo ante la última puerta. Un hombre alto, de expresión cansada, con una mirada entrenada para fingir que no veía nada más allá del protocolo.

—Se ha negado a hablar con usted —dijo, sin mirarme.

Sonreí levemente.

—Es natural.

Deslicé el grueso sobre hacia su mano, sin prisas.

El dinero hablaba un lenguaje universal, incluso allí dentro.

—Creo que va a cambiar de opinión.

El guardia cogió el sobre con la mano, demasiado rápido para que fuera casualidad. Tosió, miró hacia el pasillo vacío y asintió.

— Cinco minutos.

—Diez —le corregí—. Y quiero que te quites las esposas.

Él dudó.

Incliné ligeramente la cabeza.

— Si pasa algo, la culpa será mía.

El guardia respiró hondo y abrió la puerta.

La sala era pequeña, fría, con una mesa de metal atornillada al suelo y dos sillas igualmente incómodas. Ettore estaba sentado a un lado, esposado, con el rostro marcado por el paso del tiempo y por el odio que nunca supo ocultar.

Cuando me vio, sus ojos se entrecerraron como cuchillas.

—No quiero hablar contigo —gruñó.

Cerré la puerta tras de mí con excesiva calma.

—Aun así, aquí estoy.

El guardia entró justo detrás, desabrochándole las esposas bajo mi atenta mirada. Ettore no apartó los ojos de mí en ningún momento.

Cuando nos quedamos a solas, el silencio se tensó como un hilo a punto de romperse.

—Si intentas algo —dijo Ettore, con voz baja y grave—, acabarás en la cárcel. Estás en territorio federal, sobrino mío.

Crucé los brazos, apoyándome contra la pared.

—Mi querido tío —comencé, riendo entre dientes—, si quisiera verte muerto, ya lo estarías. Igual que hice con tu hijo.

El impacto fue inmediato.

Ettore golpeó con fuerza la mesa de metal, y el sonido resonó por la sala como un disparo seco. Se levantó de un salto, con los puños cerrados y el rostro teñido de un rojo violento.

Me quedé exactamente donde estaba.

Inmóvil.

«El odio te ha envejecido más rápido que la cárcel».

—¿Cómo te atreves…? —espetó.

Respiró hondo, apoyó las manos en la mesa, temblando. Por un instante pensé que iba a atravesarla para alcanzarme, pero entonces retrocedió y volvió a sentarse.

Sus ojos, sin embargo, seguían llenos de muerte.

—¿Qué hace aquí, don Askanor? —preguntó, por fin.

Me aparté de la pared y caminé hasta la mesa. Dejé caer la carpeta sobre el metal con un sonido seco.

—He venido a entregarle los documentos que tanto desea.

Sus ojos brillaron por primera vez. Un brillo feo, codicioso, casi infantil. Pero no tocó el maletín.

Todavía.

Lo observé en silencio, esperando.

Nada.

Apretó los puños.

—La contable… —murmuró—. Una vez más está metida en esto.

— Efectivamente.

Me incliné ligeramente hacia delante.

—Ella no es problema tuyo.

Él soltó una risa amarga.

—Todo lo que es tuyo acaba siendo mi problema, tarde o temprano.

Sus dedos tamborileaban nerviosos sobre la mesa.

—Tengo algunos favores que pedirte —continuó—, y creo que uno de ellos será su cabeza.

Fue la primera vez que fruncí el ceño.

La temperatura de la habitación pareció bajar unos grados.

—No.

Ettore abrió mucho los ojos y se levantó de nuevo con violencia.

—¡Sangre por sangre! —gritó, golpeando la mesa—. La información corre rápido, sobrino mío. ¡Sé que esa mujer vale más de lo que tú admites!

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

Cogí el maletín de la mesa y me levanté de un tirón.

—Tócala y *te* mato.

El silencio que siguió fue absoluto.

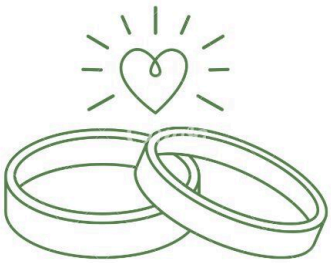
Ettore me miró fijamente durante unos largos segundos. Luego, lentamente, sonrió.

Una sonrisa torcida, venenosa.

— Ah… —murmuró, volviendo a sentarse—. Así que eso es. Creo que aposté por la ficha correcta. Quién lo diría…

No dijo nada más.

Le di la espalda y caminé hacia la puerta, sintiendo algo latir con fuerza en el pecho.



CAPÍTULO 23: AMANECER

Valentina Rocci

Percibí el ruido incluso antes de entender qué era.

Al principio, sonaba como un fallo del edificio, un viejo crujido de madera, un vecino que volvía tarde. Seguí tumbada, con las sábanas enredadas en las piernas, la habitación sumida en una penumbra azulada que entraba por la ventana. La madrugada tenía ese silencio denso que hacía que cualquier sonido pareciera más grande de lo que realmente era.

Entonces lo oí de nuevo.

Metal contra metal. Un crujido breve. La puerta de entrada.

Abrí los ojos del todo.

Mi corazón se aceleró tanto que sentí la sangre latir en los oídos. «No es nada», pensé, tratando de convencerme a mí misma. «Estás tensa. Has dormido mal. Ayer bebiste mucho vino».

Me senté en la cama de un tirón.

El sonido volvió, ahora más claro. Un clic sordo. Luego, pasos.

Me levanté de un salto, los pies tocaron el suelo frío. Mi cuerpo *se* movía antes de que mi cabeza pudiera organizar ningún plan. Abrí el cajón de la cómoda, busqué el móvil, el cargador, cualquier cosa que pudiera servir de arma, perdón, de defensa.

Nada.

Mi apartamento parecía tan pequeño. Demasiado pequeño para esconderme. Demasiado pequeño para huir.

Oí una voz masculina en el pasillo.

—Por aquí.

Otra respondió, más baja, impaciente.

— Date prisa.

Se me hizo un nudo en el estómago.

«No están perdidos», pensé. «Saben exactamente dónde están».

Mi cuerpo entró en un estado extraño, como si todo se volviera a la vez lento y rápido. Cogí el bolso de la silla, metí cosas dentro sin mirar, documentos, cartera, llaves que no servirían para nada si yo no estuviera allí.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta de la habitación.

No hubo aviso. No hubo tiempo.

La puerta se abrió con tanta fuerza que golpeó la pared. Entraron dos sombras. A pesar de la escasa iluminación, a pesar de que el corazón me latía con tanta fuerza que parecía que se me iba a salir por la boca, reconocí detalles que luego olvidaría.

Máscaras negras. Armas apuntándome directamente. El frío brillo del metal reflejando la luz de la calle.

Levanté las manos al instante.

—Por favor —mi voz sonó más débil de lo que me hubiera gustado—, haré lo que queráis.

Uno de ellos se acercó, sin decir nada. Sentí unas manos ásperas agarrándome las muñecas, retorciéndome los brazos hacia atrás. Intenté respirar, pero el aire salía en pequeños sollozos.

—Quieta.

Hicieron un nudo firme, profesional. Me ardieron las muñecas cuando la cuerda apretó. Antes de que pudiera decir nada, sentí la tela gruesa cayendo sobre mi rostro.

Oscuridad.

Una oscuridad absoluta, pesada, que parecía aplastar mis pensamientos.

El olor de la tela era fuerte, sintético, mezclado con algo metálico. Respiré por la boca, intentando no entrar en pánico. «No grites», pensé. «No reacciones. Primero sobrevive».

Me tiraron del brazo. Tropecé con la alfombra, me golpeé la rodilla con el marco de la puerta. A nadie le importó.

El aire de la madrugada me golpeó la cara cuando salimos del edificio. El frío atravesó mi camiseta fina, pero no pude disfrutarlo ni un segundo. Me empujaron dentro de un coche.

No en el asiento.

En el maletero.

La tapa se cerró con un golpe seco que resonó dentro de mí. El olor cambió de inmediato. Goma, polvo, gasolina vieja. Mi cuerpo se encogió, con las rodillas presionando el pecho y las muñecas atadas a la espalda.

Antes de que se cerrara del todo, oí una voz muy cerca.

—Vamos a dar una vuelta, contable.

La risa llegó justo después. Breve. Cruel.

El coche arrancó.

Al principio, el movimiento me mareó. Cada curva lanzaba mi cuerpo contra los duros laterales. Respiré hondo, conté hasta cinco, luego hasta diez. Necesitaba mantener la cabeza en funcionamiento.

«Cuenta el tiempo», pensé. «Cuenta todo».

El ruido del motor era constante. A veces aceleraba, a veces reducía la velocidad. El firme cambió. Las vibraciones se volvieron más irregulares. Una carretera secundaria, tal vez.

Intenté contar los minutos mentalmente, marcando cada respiración como un pequeño reloj interno. Perdí la cuenta más de una vez. Volví a empezar.

Mi mente insistía en mostrarme imágenes que no quería ver. Askanor. Marco. Ettore. La discoteca. La cárcel. Las palabras pronunciadas en el vacío de mi mente.

«Debería haber huido», pensé. «Debería haberme ido cuando tuve la oportunidad».

El coche tomó una curva larga. Luego otra. El silencio dentro del maletero solo se veía roto por el roce del asfalto y por los latidos de mi propio corazón.

El tiempo se convirtió en algo extraño. Elástico. Difícil de medir. En algún momento, sentí que ya había pasado mucho tiempo. En otro, parecía que no había pasado nada.

Empecé a sudar a pesar del frío. La máscara se me pegaba a la cara. Me dolían los brazos, me hormigueaban las muñecas.

«No te desmayes», pensé. «No te desmayes».

Volví a contar. Respiración a respiración. Obligando a la mente a mantenerse ocupada, a no perderse en el miedo.

El coche redujo la velocidad. El sonido volvió a cambiar. Grava, tal vez. Un camino de tierra.

Por fin, tras lo que calculé que fue poco más de una hora, el vehículo se detuvo.

El silencio fue tan abrupto que me mareé.

Se abrió la tapa del maletero y la luz invadió la oscuridad de forma casi dolorosa, a pesar de que la capucha aún me cubría los ojos. Unas manos fuertes me sacaron del coche. Mis pies tocaron el suelo torpemente y casi me caigo.

— Levántate.

Obedecí.

El aire allí era diferente. Más húmedo. Olía a maleza, a tierra, a algo antiguo. Oí el sonido lejano de los insectos. Ni un coche. Ni una ciudad.

«Fuera de Calabria», pensé, sin saber si tenía sentido. «O en medio de la nada».

Me guiaron unos pasos más adelante. Con cada movimiento, mi cuerpo memorizaba detalles inútiles. La inclinación del suelo. La

dirección del viento. La forma en que uno de ellos respiraba más pesadamente por el lado izquierdo.

Se detuvieron.

Uno de ellos se quitó la capucha de un tirón.

La luz me cegó por un segundo. Parpadeé varias veces hasta que pude enfocar. Estábamos frente a un cobertizo. Grande. Antiguo. Aislado. La pintura descascarillada, puertas de metal, un único poste iluminándolo todo con una luz amarillenta y cruel.

Miré a mi alrededor, tratando de no mostrar desesperación. No había casas. No se veía ninguna carretera. Solo el cobertizo, el coche y ellos.

Se me encogió el corazón.

«Así que es esto», pensé. «Aquí es donde acaba todo».

Uno de ellos *se* acercó, todavía con el arma en la mano. Inclinó la cabeza, analizándome como si fuera un objeto.

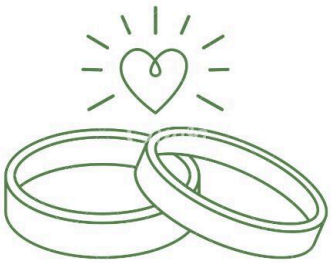
—Vamos.

Me empujó hacia la puerta.

Respiré hondo por última vez, sabiendo que, a partir de ese momento, cada segundo dependería menos de la suerte y más de mi capacidad para no derrumbarme.

«No llores», pensé. «No supliques. Observa. Guarda todo».

Porque si salía viva de allí, cada detalle me pasaría factura.



CAPÍTULO 24: EN MEDIO DE LA NADA

Valentina Rocci

El silencio me enseñaba más que cualquier grito.

Caminaba porque me lo ordenaban, porque el arma en mi espalda lo dejaba muy claro, pero mi mente funcionaba como siempre había funcionado. Mi padre decía que la desesperación era un lujo demasiado caro para quien necesitaba sobrevivir. «Cuando todo parece perdido, Valentina, es cuando piensas. Pensar es lo que *te* mantiene viva». Repetía eso ahora como un mantra retorcido, desesperado, pero aún funcional.

Si estaba viva, era porque todavía servía para algo.

Ese pensamiento se me clavaba mientras mis pies tocaban el suelo irregular, la tierra húmeda del bosque pegándose al tacón bajo que llevaba. El aire era pesado, olía a maleza espesa y a óxido. El cobertizo aparecía y desaparecía entre los árboles a medida que avanzábamos, una gran sombra que no era más que abandono.

«Aún no me han matado», pensé. «Entonces no se trata de callarme. Se trata de utilizarme».

—¿Qué van a hacer conmigo? —pregunté, rompiendo el silencio antes de que el miedo decidiera hablar por mí.

Mi voz sonó firme para alguien con las manos atadas. Eso hizo que uno de ellos mirara por encima del hombro, sorprendido.

—Vamos a esperar a que caiga el Don —respondió el que caminaba delante, sin mostrar emoción alguna.

Don.

La palabra me golpeó con fuerza por dentro.

Askanor.

Sentí un nudo en el estómago, no por miedo, sino por una confusa mezcla de rabia, tensión y algo a lo que me negaba a poner nombre. «Así que eso es», pensé. «Soy el cebo».

El segundo hombre, que venía más atrás, aminoró el paso. Oí cómo cambiaba su respiración. Se volvió entrecortada, irregular. Se detuvo de repente, y eso hizo que el primero me tirara del brazo para que yo también me detuviera.

—Mierda… —su voz se quebró—. No dijiste que esto tuviera relación directa con Don Askanor.

El silencio que siguió fue pesado.

—¿Cuál es tu problema? —gruñó el hombre de delante.

— ¿Mi problema? —se pasó la mano por la cara, nervioso—. ¿Sabes lo que le hace a la gente que se cruza en su camino? Nos va a matar. ¡Nos va a tirar *a* los leones!

Mi corazón dio un extraño salto al oír eso. No porque fuera una novedad, sino porque ahora sonaba real.

—Deja de ser un cobarde —respondió el primero, apretándome el brazo con más fuerza—. El señor Ettore va a pagar una fortuna. ¡Una fortuna! Podremos desaparecer del mapa después de eso.

—¡Debes de estar loco! —susurró el otro, mirando a su alrededor como si el bosque pudiera oírnos—. No estamos hablando

de cualquiera. Estamos hablando del hombre más peligroso que ha visto Italia.

«Así que lo saben», pensé. «Y aun así siguen adelante».

Fue entonces cuando me di cuenta de la fisura.

No estaban de acuerdo. Uno tenía miedo. El otro tenía codicia. Y entre el miedo y la codicia, siempre hay margen para el error.

Aproveché la oportunidad.

—¿Por qué no cancelan este plan? —dije, con voz calculada, sin prisas—. Cuéntenle al señor Askanor lo que ha pasado. Él recompensa la lealtad. Mucho mejor de lo que Ettore jamás haría.

El hombre que me sujetaba reaccionó al instante. Su mano se cerró con fuerza sobre mi brazo, arrancándome un gemido involuntario.

—¡Nadie te ha pedido tu opinión! —escupió las palabras.

Pero el daño ya estaba hecho.

Lo noté.

El otro no respondió. No discrepó. No se rió. Simplemente se quedó en silencio, y el silencio, en situaciones como esa, lo decía todo.

Seguimos caminando.

El cobertizo ahora se veía por completo. Un bloque de metal y hormigón metido en medio del bosque como un error abandonado. La gran puerta estaba cerrada, pero una luz amarilla se filtraba por las rendijas, creando largas sombras en el suelo.

«Piensa», me repetí a mí misma. «Observa».

Me empujaron hacia dentro.

El interior era amplio y vacío. El suelo de cemento estaba agrietado, manchado de aceite. Una gruesa columna se alzaba en el centro, sosteniendo un techo alto lleno de vigas oxidadas. La luz provenía de una lámpara industrial colgada de cables a la vista, que se balanceaba ligeramente, creando un efecto nauseabundo.

Me llevaron hasta la columna.

Sentí que la cuerda se apretaba de nuevo, ahora alrededor del torso. Nudos rápidos y eficientes. No eran aficionados. Eso me preocupó más de lo que debería.

Cuando terminaron, se alejaron unos pasos.

—Vamos a tomarnos un descanso —dijo el más seguro de sí mismo—. Necesito un cigarrillo.

—Yo también —respondió rápidamente el otro.

Se alejaron, dirigiéndose hacia la puerta, bajando la voz, con el chasquido de los mecheros.

Me quedé sola.

El cobertizo parecía respirar conmigo. Cada eco del exterior entraba como una advertencia. Miré mis muñecas. La cuerda era gruesa, áspera, pero no nueva. Ya se había usado antes. Eso significaba desgaste.

«Gracias», pensé, sin saber a quién.

Forcé los brazos hacia arriba, luego hacia los lados. El dolor llegó, pero lo ignoré. Giré las muñecas con cuidado, tratando de crear espacio. Mi padre decía que la fuerza bruta era el último recurso. La técnica venía primero.

Respiré hondo. Usé el peso de mi cuerpo, deslizándome un poco hacia abajo y luego hacia arriba. La cuerda cedió unos milímetros. Repetí el movimiento.

Me dolía. Me quemaba. Pero cedía.

El sonido de las voces de fuera me hizo ir más rápido. El tiempo no estaba de mi lado.

Después de unos minutos que se me hicieron eternos, sentí que el nudo se aflojaba lo suficiente. Un último movimiento, más firme, y mis brazos quedaron libres.

Contuve la respiración.

Esperé.

Nada.

Solté la cuerda con cuidado y me masajeé las muñecas, sintiendo cómo volvía la sangre. Estaban rojas, marcadas, pero funcionales. «Menos mal», pensé.

Ahora venía la parte más peligrosa.

Miré a mi alrededor con más atención. El cobertizo tenía cajas apiladas en una esquina, algunas abiertas, llenas de piezas metálicas oxidadas. Había un banco de trabajo antiguo contra la pared, con herramientas olvidadas allí desde hacía años. Un olor a grasa, hierro y abandono lo impregnaba todo.

La luz amarilla de la lámpara dificultaba distinguir los detalles, pero era mejor que la oscuridad.

«Algo cortante», pensé. «Algo pesado. Cualquier cosa».

Caminé despacio, intentando hacer el menor ruido posible. Cada paso sonaba fuerte en el silencio. Mis sentidos estaban en alerta máxima. El sonido de una risa ahogada desde fuera me revolvió el estómago.

En la encimera, encontré un trozo de hierro suelto, largo, lo suficientemente pesado como para hacer daño. Lo cogí con cuidado, probando su peso. No era lo ideal, pero era mejor que nada.

Mi corazón latía con fuerza, pero mi mente estaba extrañamente despejada.

«No saben que estoy suelta», pensé. «Todavía».

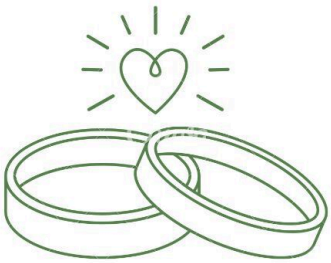
Volví junto a la columna, colocándome de manera que la sombra me cubriera un poco más. Apreté el trozo de hierro con ambas manos, sintiendo el frío del metal contra mi piel caliente.

Respiré hondo una vez más.

«Tú puedes», me dije a mí misma, recordando la voz de mi padre. «Siempre puedes».

Desde fuera, oí pasos que se acercaban.

Y me preparé.



CAPÍTULO 25: EN CUALQUIER LUGAR

Valentina Rocci

El hierro pesaba en mi mano, pero no más que la certeza de que no saldría viva de allí si dudaba.

Mi cuerpo estaba tenso, cada músculo preparado para reaccionar. Respiraba entrecortadamente, de forma controlada, tratando de no hacer ruido mientras permanecía parcialmente oculta tras la columna.

El cobertizo parecía aún más grande ahora, vacío, haciendo eco de cualquier sonido. La lámpara amarilla se balanceaba ligeramente, como si se burlara de mí.

«*Es ahora o* nunca», pensé.

La puerta crujió.

El sonido fue bajo, pero suficiente para que mi corazón se disparara. La silueta de uno de los hombres de negro apareció primero, aún distraído, probablemente esperando encontrarme exactamente donde me había dejado. Cuando me vio, sus ojos se

abrieron de par en par por la sorpresa, y su cuerpo tardó un segundo entero en reaccionar.

Fue ese segundo el que me salvó.

Me lancé con todas mis fuerzas.

El trozo de hierro impactó contra su brazo con un golpe seco, un chasquido desagradable que resonó por todo el cobertizo.

El hombre gritó, un sonido ronco y descontrolado, y salió disparado hacia un lado, chocando contra unas cajas apiladas.

No esperé a ver si se levantaba.

Corrí.

Corrí como nunca antes había corrido, con los pies resbalando sobre el cemento, el corazón latiendo tan fuerte que parecía que se me iba a salir por la garganta. Mi vestido se me pegaba al cuerpo por el sudor, el aire me quemaba los pulmones, pero no me detuve.

—¡Mierda! —Le oí gritar detrás de mí—. ¡Se *ha* escapado!

El otro respondió algo que no logré entender. El sonido de las botas resonó por el galpón.

Solo veía la salida.

La entrada del cobertizo parecía una promesa. La puerta abierta, la noche ahí fuera, el bosque, cualquier cosa era mejor que aquel lugar. Una sonrisa casi histérica se dibujó en mis labios cuando me acerqué, cuando sentí el aire más fresco rozándome la cara.

«Lo he conseguido», pensé, por un breve segundo. *«Lo he conseguido».*

—¡Alto!—, la voz sonó firme y autoritaria.

Me quedé paralizada.

La pistola que me apuntaba parecía enorme.

El hombre estaba a unos metros delante, con postura firme, brazos firmes. No estaba jadeando como el otro. No estaba en pánico. Ese era el peligroso.

Levanté las manos lentamente.

—Suelta el arma —ordenó.

Miré el trozo de hierro que tenía en la mano. Pesado, inútil ahora. Incliné el cuerpo con cuidado y lo dejé caer al suelo. El ruido metálico sonó alto, delatando mi rendición.

Volví a ponerme erguida, con las manos en alto, el corazón latiendo desordenadamente.

Fue entonces cuando sentí el impacto.

El primer hombre, al que había golpeado, apareció por un lado como un animal herido. La bofetada llegó sin previo aviso, lo suficientemente fuerte como para girarme la cara y tirarme al suelo. El sabor a sangre se extendió por mi boca mientras todo daba vueltas por un instante.

Caí sentada, aturdida, con el suelo frío robándome el aliento.

—¡Hija de puta! —gruñó él.

Antes de que pudiera reaccionar, ya estaba encima de mí, tirándome de los brazos hacia atrás. La cuerda me apretaba las muñecas con brutalidad, mucho más fuerte que antes. Cada nudo parecía hecho para asegurarse de que no tuviera otra oportunidad.

Bajé la cabeza, con el pelo cayéndome sobre la cara, intentando recuperar el aliento, intentando no llorar.

«Ahora no», pensé. «No les voy a dar esa satisfacción».

—Te dije que no le hicieras daño —dijo el hombre del arma, con voz fría—. Ettore fue claro. Quiere ocuparse de ella personalmente.

El que me ataba soltó una risa seca, sin humor.

—Me importa una mierda lo que quiera Ettore —respondió—. Ella intentó escapar.

Se me revolvió el estómago al oír su nombre. Ettore. Todo conducía a él. Todo conducía siempre a él.

Sentí un tirón brusco en el brazo cuando me levantaron a la fuerza. Mis piernas aún temblaban, pero me obligué a caminar. No les daría el placer de arrastrarme.

Me llevaron de vuelta al cobertizo, cada paso más pesado que el anterior. La luz amarilla parecía más débil ahora, las sombras más largas, más amenazantes.

Mientras me empujaban hacia la habitación del fondo, tragué saliva.

«Esto no ha terminado», me prometí a mí misma, a pesar del miedo que me oprimía el pecho. «Aún estoy viva».

La puerta se cerró detrás de mí con un chasquido seco.

Y la oscuridad me envolvió de nuevo.

◆ ◆ ◆

La soledad volvió a pesar en el cobertizo en cuanto se cerró la puerta.

Me quedé allí, sentada en el suelo frío, con las muñecas atadas a la espalda, la cuerda apretando más que antes. Intenté moverme otra vez, girar las manos, forzar los nudos contra el pilar, pero no servía de nada. Cada intento solo hacía que la fibra áspera de la cuerda me mordiera la piel.

Me ardía.

Solté un gemido bajo, más de frustración que de dolor, y paré. Me empezaban a hormiguear las manos, la muñeca izquierda me latía. Si seguía así, acabaría haciéndome daño de verdad. Apoyé la frente en las rodillas y respiré hondo.

«Piensa. Tienes que pensar».

Mi padre siempre decía que el pánico era el primer enemigo. El segundo era la prisa. Forcé el aire a entrar lentamente por la nariz, conté mentalmente, lo solté por la boca. Otra vez. Una vez más. Poco a poco, el temblor en las piernas disminuyó.

Levanté la cabeza y observé el entorno. La misma sala de atrás, paredes de hormigón desconchadas, el olor a óxido y polvo mezclado con el de cigarrillo viejo. La lámpara amarilla seguía encendida, proyectando largas sombras que se movían al entrar el viento por la ventana rota.

Fue entonces cuando oí un zumbido.

Bajo al principio, casi imperceptible. Pensé que era mi imaginación, el efecto del miedo jugándome una mala pasada. Pero

el sonido se hizo más fuerte, constante, mecánico. Mis ojos se dirigieron instintivamente hacia la ventana.

Un dron.

Apareció lentamente, flotando cerca de la abertura rota, pequeño y oscuro contra la noche. La luz discreta parpadeaba mientras la cámara se giraba… hacia mí.

Mi corazón se disparó.

—No... —murmuré, con la voz entrecortada.

El dron se quedó quieto unos segundos, como si me estuviera observando. La lente parecía un ojo sin párpados. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

«Son ellos», pensé. «Están comprobando si sigo atada».

Me levanté con dificultad, a pesar de estar atada, y me acerqué todo lo que pude a la ventana. El dron se alejó de repente, ascendiendo rápidamente y desapareciendo en el cielo oscuro.

—¡Eh! —grité en un impulso inútil.

Me quedé allí, jadeando, tratando de entender lo que acababa de pasar. Se me revolvió el estómago. Si tenían un dron, eso significaba vigilancia. Significaba que no había estado sola ni un segundo.

Fue entonces cuando oí el grito.

— ¡Joder!

Di un respingo de susto, con todo el cuerpo en alerta. El sonido venía de fuera de la habitación, más lejano, pero lo suficientemente claro como para que el corazón casi se me saliera por la boca. Miré fijamente hacia la puerta, con cada músculo tenso.

Se oyó un disparo.

Seco. Alto.

Luego otro.

Y otro más.

Uno. Dos. Tres disparos.

Me llevé la mano instintivamente al pecho, como si pudiera contener el corazón allí dentro. Mi respiración se volvió entrecortada, descoordinada.

—¡Mierda! ¡Tenemos que huir ahora mismo! —se oyó la voz de uno de los secuestradores, desesperada.

Se oyó el ruido de cosas cayendo, como si hubieran volcado una mesa, metal golpeando el suelo. Un insulto atravesó el aire, seguido de pasos apresurados.

—¡Por el amor de Dios! —suplicó alguien—. ¡Haré lo que sea!

El silencio que siguió fue peor que los disparos.

Ni un paso. Ni una voz. Solo el zumbido lejano de la noche y el sonido de mi propia sangre en los oídos.

«¿Se acabó?», pensé. «¿O es esto el comienzo de algo peor?»

Todo mi cuerpo temblaba ahora, no por el frío, sino por la descarga de adrenalina. No sabía si quería gritar o quedarme completamente quieta.

Entonces derribaron la puerta.

La patada fue tan fuerte que la madera casi se partió por la mitad. La puerta golpeó contra la pared y una enorme sombra llenó el hueco. La luz del pasillo recortó una silueta ancha, imposible de ignorar.

Debería haber sentido miedo.

Pero lo que sentí fue alivio.

—Askanor… —el nombre se me escapó de la boca como un susurro incrédulo.

Entró rápidamente, su mirada barrió la habitación en un segundo, evaluándolo todo. Su cuerpo parecía aún más grande allí dentro, ocupando espacio, imponiendo su presencia. Había algo en él que hacía que el aire cambiara.

Corrió hacia mí y se arrodilló, sus grandes manos tocando mi rostro con una delicadeza inesperada.

—¿Estás bien? —preguntó, con voz grave y urgente.

No pude responder de inmediato. La tensión que había estado conteniendo se desbordó de una vez. Las lágrimas brotaron sin pedir permiso, cálidas, silenciosas.

—Sí… —susurré, tragándome el llanto—. Estoy bien.

Él soltó un suspiro profundo, casi imperceptible, y pasó el pulgar por mi rostro, limpiando una lágrima que se deslizaba.

—Ya se acabó —dijo con firmeza—. Nadie volverá a tocarte.

Askanor se incorporó lo justo para deshacer los nudos de las cuerdas. En cuestión de segundos, mis muñecas quedaron libres. Me dolieron cuando la sangre volvió a circular, pero no le presté atención.

Antes de que pudiera decir nada, me cogió en brazos.

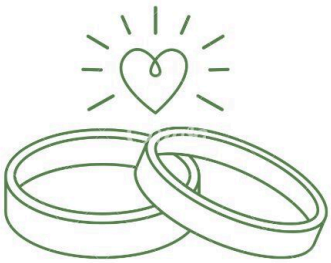
Un movimiento fácil, seguro, como si no pesara nada. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Instintivamente, me agarré a su camisa, sintiendo la tela firme bajo mis dedos.

«Debería resistirme», pensé, incapaz de actuar. «Pero ahora… solo ahora…»

Apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos. Su olor me resultaba familiar, extraño y reconfortante al mismo tiempo. Mi cuerpo finalmente cedió.

Por primera vez desde que todo empezó, me permití no luchar.

Y dejé que él me llevara.



CAPÍTULO 26: «YO ESTOY AQUÍ»

Valentina Rocci

El olor a alcohol hospitalario fue lo primero que percibí al abrir los ojos. No era fuerte, pero sí persistente, como si hubiera decidido quedarse. Parpadeé varias veces hasta que el techo blanco dejó de dar vueltas. La luz fría me hizo fruncir el ceño y tardé unos segundos en recordar dónde estaba.

Hospital.

La sábana me cubría el cuerpo hasta la cintura. Tenía los brazos libres, pero las muñecas aún me ardían, un dolor sordo que no se había ido junto con las ataduras. Giré el cuello lentamente y vi a la doctora a mi lado, una mujer con el pelo recogido y expresión serena, anotando algo en una pizarra.

—Buenos días, Valentina —dijo, al darse cuenta de que estaba despierta—. ¿Cómo te encuentras?

Abrí la boca para responder, pero ninguna palabra salió de inmediato. Lo que sentía no cabía en un simple término. Mi cuerpo

estaba allí, entero. Mi cabeza también. Aun así, algo en mí parecía fuera de lugar, como si lo hubieran dejado atrás en aquel cobertizo.

—Aturdida —respondí, al fin—. Y cansada.

Ella asintió, como si eso fuera exactamente lo que esperaba oír.

—El susto fue grande, pero las pruebas no mostraron nada grave. No hay fracturas, ni traumatismos internos. Tienes las muñecas magulladas, pero nada grave. Vamos a mantenerte en observación unas horas más.

Respiré hondo. El aire entró con dificultad, pero entró. El simple hecho de oír que mi cuerpo estaba bien me trajo un alivio, casi tímido.

—Psicológicamente… —continuó ella, eligiendo las palabras — es habitual que el impacto llegue después. Si lo desea, podemos derivarla para que hable con un psicólogo.

Negué con la cabeza.

—Estoy bien —mentí sin esfuerzo—. Solo quiero irme a casa.

La doctora me observó unos segundos más de lo necesario. No había juicio en su mirada, solo cautela.

—Lo entiendo. Aun así, le recomiendo que no se quede sola las próximas noches. Lo ideal sería que se fuera a casa de su novio.

La frase cayó como un cuerpo extraño entre nosotras.

—¿Mi… qué? —pregunté, incorporándome de repente, ignorando la inmediata protesta de mi cuerpo.

Ella sonrió, sorprendida, y volvió la cara hacia la puerta.

—Pensé que el hombre de ahí fuera era tu novio. El señor Askanor.

Tragué saliva.

—Solo es mi jefe.

La palabra salió muy rápido. Insuficiente para todo lo que había pasado.

—Lo siento —dijo ella, sin dejar de sonreír—. En ese caso, lo llamaré así de todos modos. Está bastante preocupado.

Antes de que pudiera responder, se abrió la puerta.

Askanor entró.

O mejor dicho, casi no entró.

Tuvo que agacharse ligeramente para no golpearse la cabeza con el marco de la puerta, y la escena habría sido cómica si mi estómago no se hubiera contraído en ese instante. Llevaba un traje oscuro, impecable, como si hubiera sido diseñado directamente para su cuerpo. La tela seguía cada línea ancha de sus hombros, cada movimiento contenido.

Parecía… sólido.

Firme, para aquel ambiente blanco y frágil.

Sus ojos sombríos se encontraron con los míos. No había sonrisa. No había suavidad. Sus enormes manos estaban cerradas en puños rígidos, como si aún sujetaran algo invisible. Ira. Quizás odio. No sabría decirlo.

Sentí que mi corazón se aceleraba.

La doctora intercambió unas palabras rápidas con él, le explicó que yo estaba bien físicamente y luego se apartó para dejar espacio. Askanor dio dos pasos hacia delante, pero se detuvo, como si no estuviera seguro de dónde podía quedarse.

—¿Estás bien? —preguntó.

La voz salió baja y controlada.

Asentí.

—Sí.

No era una respuesta completa. No era sincera. Pero fue lo máximo que pude ofrecer.

Antes de que se pudiera decir nada más, dos hombres aparecieron detrás de él. Investigadores. Uno de ellos sonrió al verme, una sonrisa amplia y amable para aquel lugar.

— Valentina, ¿verdad? —dijo—. Soy el investigador Marco. Conozco a tu padre.

Mi pecho se llenó de calor al instante.

— ¿Lo conoce? —pregunté, sorprendida.

—Trabajamos juntos hace años. Siempre hablaba de ti.

Sonreí sin darme cuenta. Esa conexión inesperada me proporcionó una extraña sensación de seguridad, como si el mundo hubiera encontrado una forma un tanto retorcida de recordarme que todavía formaba parte de él.

—Tenemos que hacerte algunas preguntas —continuó él—. ¿Podemos hablar a solas?

Miré a Askanor sin pensarlo. Él ya parecía dispuesto a negarse, pero se contuvo.

—Esperaré fuera —dijo, al fin.

Sus ojos se posaron en mí un segundo más antes de que saliera con la doctora. La puerta se cerró y la habitación se hizo más pequeña.

Los investigadores acercaron las sillas y comenzaron.

Preguntas objetivas. Horarios. Sonidos. Palabras pronunciadas. El cobertizo. Las cuerdas. El dron. Los disparos.

Lo conté todo.

Pero no todo.

—¿Quién te salvó? —preguntó Marco.

Respiré hondo antes de responder.

—Un hombre encapuchado. Parecía… diferente a los demás. No dijo nada. Solo entró y me sacó de allí.

— ¿Puedes describirlo?

Negué con la cabeza.

— No le vi la cara. Iba vestido como ellos.

No era exactamente mentira. Simplemente no era toda la historia.

— ¿Disparó?

Dudé.

—Oí disparos. Después, silencio. Cuando derribaron la puerta, él ya estaba allí.

Los dos intercambiaron una mirada rápida y silenciosa.

— No pasa nada —dijo Marco—. Lo hiciste muy bien. Fuiste valiente.

Valiente.

La palabra sonó extraña. No había hecho nada más que sobrevivir.

Cuando terminaron, me dieron las gracias y se marcharon. Me quedé sola unos segundos, mirando a la nada, hasta que la puerta se abrió de nuevo.

Askanor entró.

Esta vez, sin prisas.

—¿Ya has terminado? —preguntó.

—Ya.

Se acercó a la cama. Se detuvo a mi lado. Miró mis muñecas vendadas, luego mi rostro. Algo en su expresión cambió, un detalle casi imperceptible, pero que yo percibí de todos modos.

—Te vienes conmigo —dijo.

No era una pregunta.

—¿Adónde? —pregunté.

—A mi casa.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

— Puedo irme a la mía.

—No —respondió él, sin más.

Levanté la vista hacia él.

—Askanor…

—No te vas a quedar sola —añadió—. —Hoy no.

Había algo definitivo en esa frase. Algo que no admitía negociación. Por primera vez desde que me desperté, sentí ganas de no discutir.

Asentí lentamente.

Él extendió la mano, grande, abierta, a la espera. La observé un instante antes de aceptarla. Cuando mis dedos tocaron los suyos, un escalofrío me recorrió todo el brazo.

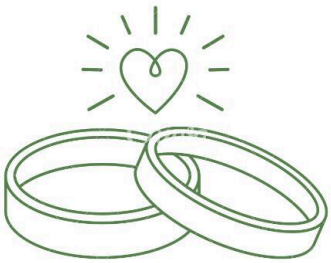
Me ayudó a levantarme con cuidado. Su tacto fue firme, como si cada movimiento hubiera sido calculado para no hacerme daño.

Cuando me puse de pie, sentí que el peso de todo lo que había pasado caía sobre mí de golpe. Mis piernas flaquearon.

Askanor me sujetó antes de que cayera.

—Estoy aquí —dijo en voz baja.

Esas palabras de Askanor se me quedaron grabadas en la mente para el resto de mi vida.



CAPÍTULO 27: SIN BRACHA

Askanor Di Leone

La mansión apareció ante nosotros como siempre lo hacía: imponente, silenciosa y falsa en la promesa de seguridad que ofrecía. La verja de hierro se cerró tras el coche con un sonido grave y definitivo. Yo bajé primero. El aire de la noche era frío, pero no lo suficiente como para calmar el fuego que aún corría por mis venas.

Valentina salió poco después.

Mantuvo la postura erguida, pero percibí cada microtensión en su cuerpo. La forma en que los hombros estaban un poco más altos de lo normal. El cuidado exagerado al apoyar los pies en el suelo. La mirada atenta, como si esperara que algo surgiera de la oscuridad en cualquier momento.

Se había mostrado fuerte. Fuerte para alguien que había pasado por lo que había pasado.

Mis hombres esperaban cerca de la entrada. Ninguno de ellos dijo nada. No era necesario. Ya sabían que aquella noche no terminaría allí. Nada había terminado.

—¿Sus cosas? —pregunté.

—Ya están en la habitación, Don —respondió uno de ellos—. Ropa, documentos, el móvil. Todo comprobado.

Asentí.

Valentina miró a su alrededor, asimilaando el tamaño de la casa. No mostró sorpresa. Solo observó, como alguien que entendía que aquel lugar no estaba hecho para impresionar, sino para controlar.

—Te quedarás en la habitación de invitados —dijo—. Es más privada.

Ella asintió con la cabeza.

Uno de los soldados se acercó y le indicó el camino. Valentina respiró hondo antes de seguirlo. Por un instante, me miró. No dijo nada. Pero había algo en esa mirada. Una pregunta silenciosa. Quizás varias.

No respondí a ninguna.

La seguí con la mirada hasta que desapareció en el pasillo lateral, tragada por la escalera que conducía al ala más aislada de la casa. Solo entonces permití que mi cuerpo se relajara un poco. Solo un poco.

Marco se quedó a mi lado.

—Vamos al salón —dijo.

Caminamos uno al lado del otro. El salón parecía más grande por la noche. Las luces indirectas creaban largas sombras en las paredes de piedra. Todo allí había sido pensado para inspirar respeto. Para recordar quién mandaba. Aun así, aquella noche, nada parecía suficiente.

Marco cerró la puerta tras nosotros.

—Tengo una pésima noticia —dijo, sin rodeos.

Me giré lentamente.

—Dilo.

—Ha habido un motín en la cárcel hace unas horas.

Se me hizo un nudo en el estómago.

— Detalles.

— Incendio en uno de los pabellones. Guardias rendidos. Traslados realizados a toda prisa. Caos suficiente para que alguien preparado pudiera escapar.

Lo sabía. Mi cuerpo ya lo sabía antes de que mi mente lo aceptara.

— Ettore se ha fugado —concluyó Marco.

El mundo no se detuvo. Las paredes no temblaron. Nada en el exterior delató el impacto de aquella frase. Pero por dentro, algo se rompió.

Apreté los puños con fuerza. Sentí cómo protestaban las articulaciones. La rabia llegó clara, directa, sin lugar a dudas.

—Hijo de puta —murmuré.

Marco respiró hondo.

—Creemos que el secuestro de Valentina se planeó precisamente para eso.

Levanté la vista.

—Explícate.

—Mientras tú movilizabas hombres, atención, contactos… mientras la policía se concentraba en el almacén, en el rescate, en el revuelo… Ettore preparaba la huida. Fue una distracción calculada.

El odio cobró forma.

—La utilizó como cebo.

—Sí.

Caminé por la sala, pasando la mano por el respaldo del sofá, sintiendo el cuero frío bajo los dedos. Mi mente empezó a moverse rápido, encajando piezas, previendo escenarios.

—Voy a encontrar a Ettore —dije, deteniéndome en medio de la sala—. Y lo voy a arrojar a los leones.

Marco no se asustó. Solo asintió.

— Lo sé. Pero antes de eso, tienes que casarte con ella.

Me giré bruscamente.

—¿Qué?

—Ettore anda suelto, Askanor. Conoce tu estructura, tus territorios, tus aliados. Valentina ahora es un blanco fijo. Si se convierte en tu esposa, todo cambia.

— ¿Cambia qué?

— El estatus. La protección legal. El posicionamiento político. Cualquier ataque contra ella se convierte en un ataque directo contra ti, sin margen para la interpretación. Las otras familias verán a Ettore como una amenaza, no importa dónde esté. Lo perseguirán.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo el peso de la decisión incluso antes de aceptarla.

— Estás diciendo que tengo que casarme ahora mismo. ¡Yo mismo iré a por ese desgraciado!

—Te estoy diciendo que tienes que cerrar esa puerta antes de que Ettore intente entrar de nuevo.

El silencio se hizo denso.

Fue entonces cuando oí unos pasos suaves en el pasillo.

— ¿Va todo bien?

Flora apareció en la puerta, vestida con una bata clara. El pelo suelto enmarcaba su rostro preocupado. Nos observó un segundo antes de entrar del todo.

—Estáis raros.

Respiré hondo y esbocé una sonrisa forzada.

—Todo está en orden.

Ella no se lo creyó. Nunca se lo creía.

Se acercó y me tocó el brazo.

— Estás tenso. Mucho.

La miré. A mi hermana. La única persona en este mundo que aún me tocaba sin pedir permiso.

—Me voy a casar —dije.

Ella parpadeó, con la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿Cómo?

— He traído a mi prometida para que se quede aquí unos días. Necesita protección.

La sorpresa duró un segundo.

Después, Flora sonrió. Una sonrisa amplia, abierta, casi luminosa para aquella casa.

— ¡Por fin! —me abrazó—. Ya pensaba que ibas a morir solo.

Solté un suspiro, algo entre una risa y un suspiro. Le devolví el abrazo, aunque mi cuerpo estaba rígido.

— ¿Dónde está ella? —preguntó Flora.

—Recuperándose —respondió Marco—. Mañana os presentaremos.

—Menos mal —dijo Flora—. El mundo es demasiado peligroso.

No tenía ni idea.

Cuando Flora se alejó, de vuelta a sus aposentos, sentí que el peso volvía a mis hombros.

Ettore estaba libre.

Valentina dormía bajo mi techo.

Y yo sabía, con fría claridad, que aquella guerra acababa de entrar en una fase mucho más personal.

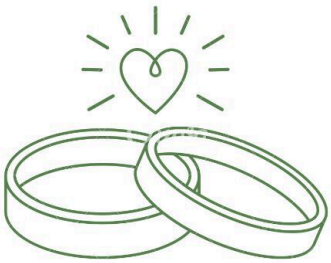
No iba a esperar.

No iba a negociar.

Mi tío había cruzado una línea de la que no había vuelta atrás.

Esta vez, no habría cautiverio.

Ettore será mi presa, igual que lo fue su hijo.



CAPÍTULO 28: TOM Y JERRY

Valentina Rocci

El agua caliente envolvía mi cuerpo como si intentara borrar lo que aún sentía por dentro. Me hundí un poco más en la bañera de la habitación de invitados, dejando solo la cara fuera. El techo sobre mí era alto, sofisticado para un momento como aquel. Nada allí encajaba con el caos que aún resonaba en mi pecho.

Cerré los ojos.

La imagen apareció sin pedir permiso.

Los ojos de Askanor, oscuros, atentos, casi… preocupados.

«¿De verdad vi eso?»

«¿O es que mi mente está mezclando el miedo con la gratitud?»

Era difícil separar las cosas. Difícil aceptar que el mismo hombre que me había sacado de un cobertizo asqueroso, atada y a merced de unos delincuentes, fuera el mismo que hablaba de

matrimonio como si estuviera firmando un contrato cualquiera. Un mafioso. Frío. Calculador. Capaz de cosas que prefería no imaginar.

Abrí los ojos con un largo suspiro.

El agua empezaba a enfriarse.

Me levanté despacio, sintiendo las piernas un poco pesadas, pero firmes. Cogí la toalla y empecé a secarme frente al gran espejo del baño. Analicé mi reflejo con atención clínica. La bofetada. Temía lo peor.

Pero no había marcas.

Ningún hematoma en la cara. Solo el discreto corte en el labio inferior, aún sensible, un incómodo recordatorio de que todo aquello no había sido una pesadilla.

—Al menos eso… —murmuré.

Fue entonces cuando sonó el móvil.

El sonido resonó en el silencioso baño, haciéndome dar un pequeño respingo de susto. Cogí el móvil con la toalla sobre los hombros. El nombre en la pantalla me oprimió el pecho de una forma extraña y agradable a la vez.

Papá.

Contesté antes de pensar demasiado.

— ¡Hija! —su voz sonaba llena de urgencia—. ¿Cómo estás?

—Papá… —tragué saliva—. Estoy bien. De verdad.

Oí un suspiro de alivio al otro lado de la línea. Justo después, la voz de mi madre se unió a la llamada.

—Estábamos muy preocupados, Valentina… —dijo ella—. Ha llamado el amigo de tu padre. El policía de Calabria.

—Me lo imaginaba —respondí—. Pero solo ha sido un susto. No ha pasado nada grave.

—¿Cómo que un susto? —preguntó mi padre, receloso—. Dijo que te habían secuestrado.

Cerré los ojos por un segundo.

—Querían información —expliqué, eligiendo bien las palabras —. Documentos de mi trabajo. Nada más.

Hubo un breve silencio.

— ¿Quieres dejar el trabajo? —preguntó entonces—. ¿Volver *a* casa? Lo arreglaremos todo.

Mi reflejo me miraba en el espejo. Ojos cansados, pero firmes.

—No —respondí sin dudar—. Usted *me* enseñó a afrontar las cosas de frente. Con valentía.

Oí su risa, orgullosa, al otro lado de la línea.

—¡Esa es mi chica!

Sonreí, sintiendo algo que se calentaba dentro de mí y que no tenía nada que ver con el agua de la bañera.

—La policía *me* mantendrá informada —continuó él—. Y voy a pedir protección policial para ti.

—No será necesario —respondí demasiado rápido.

—¿Cómo que no?

—Mi jefe ya se ha encargado de eso —dije—. Él… me ha garantizado que estaré a salvo.

Hubo un intercambio silencioso entre mis padres que casi pude oír.

—De todas formas —dijo mi madre—, si pasa algo, llama. A cualquier hora.

— Lo prometo.

—*Te* queremos —dijo mi padre.

—Mucho —añadió mi madre.

—Yo también os quiero —respondí, sintiendo cómo se me hacía un nudo en la garganta, esta vez de verdad.

Colgué con cuidado, como si ese gesto pusiera fin a algo más que una conversación.

Terminé de secarme, me puse el albornoz blanco que estaba doblado sobre la encimera y salí del baño. La habitación era grande, elegante y silenciosa. La cama era grande.

Me senté en el borde, dejando caer los hombros.

Miré a mi alrededor.

Aquello era solo una pequeña parte de la mansión de Askanor. Una habitación de invitados. Un espacio provisional. Aun

así, me sentía pequeña allí dentro. Protegida… y atrapada al mismo tiempo.

Él me salvó.

Pero también era el hombre que me acorralaba.

El hombre que hablaba de matrimonio como si fuera inevitable.

El hombre mafioso, cruel, temido.

Cerré los ojos por un instante, respirando hondo.

«La gratitud no borra el miedo».

«La protección no anula la amenaza».

Estaba a salvo aquella noche.

Pero sabía, con una claridad inquietante, que la verdadera batalla aún no había comenzado.

◆ ◆ ◆

Me había dado la vuelta tantas veces que las sábanas estaban calientes y arrugadas, como si también estuvieran cansadas de mí. Mi cuerpo estaba exhausto, pero mi mente seguía alerta, inquieta, dando vueltas en círculos peligrosos.

Cogí el móvil de la mesita de noche.

03:07.

Exhalé lentamente.

«Genial. Perfecto. Insomnio con trauma incluido».

Me levanté con cuidado, sintiendo el suelo frío bajo las plantas de los pies. La habitación estaba en silencio y resultaba elegante para alguien cuyo corazón aún latía con fuerza. Caminé hasta la ventana, pero el paisaje oscuro no ayudó. La mansión dormía. O fingía dormir.

Necesitaba caminar. Necesitaba gastar esa energía nerviosa antes de volverme loco.

Abrí la puerta de la habitación con extremo cuidado. Ni un crujido. Ni un ruido. El pasillo estaba sumido en la penumbra,

iluminado solo por pequeñas luces indirectas cerca del suelo. Di unos pasos y entonces lo oí.

Un sonido bajo.

Familiar.

¿Parecía… un dibujo animado?

Fruncí el ceño y seguí el sonido, bajando lentamente por la escalera principal. El suelo de mármol estaba helado, pero apenas lo noté. A medida que me acercaba al salón, el sonido se hizo más claro.

Tom y Jerry.

Casi me eché a reír, a pesar de todo.

La sala estaba a oscuras, salvo por la luz azulada de la gigantesca televisión, que ocupaba prácticamente toda una pared. Era la única iluminación de la estancia, proyectando sombras largas, distorsionadas e irreales.

Fue entonces cuando lo vi.

Askanor estaba tirado en el sofá de cuero como si ese cuerpo gigantesco no obedeciera a las leyes normales del espacio. Ocupaba más de la mitad del mueble. Solo llevaba unos pantalones de chándal oscuros. De cintura para arriba, completamente desnudo.

Me detuve donde estaba.

Mi corazón dio un salto inquietante.

Su espalda era ancha, fuerte, marcada por músculos que se movían lentamente al ritmo de su respiración. En el centro, el tatuaje del león destacaba, oscuro, imponente, algo vivo bajo la luz de la televisión.

«Claro que tendría un león tatuado».

Tragué saliva y di un paso más, sin darme cuenta de la mesita auxiliar perdida en la penumbra.

Mi pie chocó contra ella.

El sonido fue mínimo. Un golpe seco.

Pero fue suficiente.

Askanor saltó del sofá en una fracción de segundo, con un movimiento rápido y letal, como un depredador que despierta.

Cuando me di cuenta, ya estaba frente a mí.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

Cerré los ojos.

Mi corazón se disparó, esperando dolor, gritos, cualquier cosa.

Pero no pasó nada.

Abrí los ojos lentamente.

Se había detenido a pocos centímetros de mí.

Su mirada me atravesaba, intensa y ahora fija. La respiración pesada. Los puños cerrados. La luz de la televisión dibujaba sombras duras en su rostro.

Durante un segundo, ninguno de los dos dijo nada.

—Soy yo… —mi voz salió en un susurro—. Valentina.

La tensión de su cuerpo disminuyó imperceptiblemente.

—Lo sé, pequeña —respondió él.

Tragué saliva.

—Yo… —titubeé—. Es solo que… no podía dormir.

No respondió de inmediato. Solo me observó, como si estuviera evaluando algo invisible. Aproveché el silencio para decir lo que llevaba guardándome desde el cobertizo.

—Gracias —dije—. Por sacarme de allí.

Frunció ligeramente el ceño.

—Ya te he dicho que no tienes por qué dar las gracias.

—Aun así —insistí—. Gracias.

Apartó la mirada por un instante, como si aquello le molestara más de lo que debería. Luego cruzó los brazos.

—Mañana te probarás el vestido.

Parpadeé.

— ¿Qué? ¿Otra vez con lo de la boda?

—El vestido de novia —dijo secamente—. Nos vamos a casar este fin de semana.

El suelo pareció moverse bajo mis pies.

— No —respondí, dando un paso adelante—. ¡No es solo porque me hayas salvado por lo que estoy obligada a casarme contigo!

Me miró fijamente, con el rostro endurecido.

— No tienes elección.

— ¡Siempre hay elección! —repliqué, sintiendo cómo me invadía la ira.

Se acercó un poco más, su presencia era abrumadora.

—Es eso… —dijo en voz baja— o mato a tus padres.

Las palabras cayeron como una navaja.

Todo mi interior se congeló.

Mi cerebro se negó a procesarlo durante unos segundos. Mi cuerpo se quedó rígido. El aire pareció desaparecer de mis pulmones.

«No ha dicho eso».

«No puede haber dicho eso».

Lo miré, buscando cualquier señal de ironía, exageración, mentira.

No había nada.

Solo certeza.

Las lágrimas brotaron sin pedir permiso. Me ardían los ojos. Se me hizo un nudo en la garganta. Algo cálido y violento se extendió por mi pecho.

Odio.

Furia.

Desesperación.

—Monstruo... —susurré.

Y entonces le di un puñetazo.

Con fuerza.

Con todas mis fuerzas.

Mis puños le golpearon el pecho una, dos, tres veces. Le pegué como si eso pudiera arrancarme algo de dentro. Como si pudiera romperlo.

— ¡*Te* odio! —grité, golpeándolo de nuevo—. ¡Te odio!

Él no me lo impidió.

No me sujetó las muñecas.

No retrocedió.

Simplemente se quedó ahí, dejándome descargar toda mi ira.

Aunque golpear a Askanor era como golpear una pared de hormigón.

—¡Nunca *te* amaré! —continué, con la voz quebrada—. ¡Nunca! ¡Seré la peor esposa del mundo! *¡Te* odiaré todos los días de tu vida!

Me empezaron a doler las manos. Me temblaba el cuerpo.

Fue entonces cuando él sonrió.

No fue una sonrisa amable.

Una sonrisa fría.

—No te preocupes —dijo—. Yo tampoco *te* amaré nunca.

Eso me dolió más que cualquier amenaza.

Porque, de alguna forma cruel, lo confirmaba todo.

Dejé de golpear. Di un paso atrás, respirando con dificultad. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, negándome a llorar más allí, delante de él.

—Has ganado —murmuré—. Enhorabuena.

Le di la espalda.

Cada paso de vuelta por el pasillo parecía más pesado que el anterior. Me temblaban las piernas, pero seguí caminando. No miré atrás.

Cuando cerré la puerta de la habitación, me apoyé en ella por un segundo, sintiendo un nudo en el pecho. Me sequé la cara con rabia, tragándome el llanto que amenazaba con escapar.

«No llores».

«No aquí».

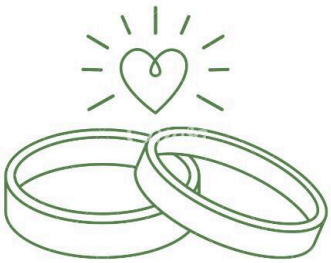
Caminé hasta la cama y me senté en el borde, respirando hondo.

Él me salvó.

Pero acababa de atarme.

Y yo sabía, con dolorosa claridad, que aquel matrimonio no sería un cuento de hadas.

Sería una guerra.



CAPÍTULO 29: LO QUE HAY QUE HACER

Valentina Rocci

No conseguí dormir.

No era ese insomnio perezoso, el que llega cuando la cabeza da vueltas en pequeños círculos y pronto se cansa. Era algo más profundo, más irritante, como si mi cuerpo estuviera tumbado mientras mi mente se negaba a obedecer. Di vueltas de un lado a otro tantas veces que perdí la cuenta. El colchón era blando, las sábanas olían a algo caro, la habitación era grande.

Todo allí parecía exagerado.

Cuando el reloj antiguo marcó las siete, llevaba mucho tiempo despierta. El sonido grave resonó en la habitación silenciosa y me arrancó un suspiro de irritación.

—Genial… —murmuré al vacío—. Ni siquiera puedo dormir.

Me senté en la cama, pasándome la mano por la cara. Me ardían los ojos, me latía la cabeza y mi estado de ánimo era un desastre total. Caminé hasta la ventana y aparté ligeramente la

pesada cortina. El jardín de fuera parecía un cuadro caro: verde impecable, flores ordenadas y fuentes silenciosas.

Bonito. Frío. Controlado.

Igual que el dueño de esa casa.

Askanor.

Solo de pensar en ese nombre, sentí un nudo en el estómago. Crucé los brazos, respirando hondo, intentando alejar su imagen de mi mente. No funcionó. Nunca funcionaba.

Su actitud distante. Su voz baja. La decisión tomada sin consultarme. Un matrimonio impuesto como si fuera un acuerdo comercial.

Odiaba aquello. Lo odiaba.

Un golpe firme en la puerta *me* hizo dar la espalda a la ventana.

—Pase —dije, seca.

La puerta se abrió con cuidado. Oí unos pasos precisos. Cuando me volví, me encontré con una mujer alta, de postura impecable. El cabello canoso recogido en un moño perfecto, el vestido oscuro sin una sola arruga fuera de lugar. Sus ojos atentos parecían analizarme hasta el más mínimo detalle.

—Buenos días, señorita Rocci —dijo.

—Buenos días —respondí, sin ningún entusiasmo—. ¿Y usted es…?

—Eleanor. La ama de llaves de esta casa.

Claro que lo era.

Asentí lentamente, sintiendo cómo se me agotaba la paciencia.

—¿Qué desea?

—He venido a informarle de que la señorita debe prepararse. A las once llegará un coche para llevarla.

—¿Llevarla adónde? —pregunté, aunque ya lo sospechaba.

—A probarse el vestido de novia y el anillo.

Se me quedó la mandíbula bloqueada por un segundo.

— Ah… entonces es hoy cuando mi vida se convierte oficialmente en un espectáculo —murmuré.

Eleanor mantuvo una expresión tranquila, casi divertida.

—El señor Askanor desea que todo se haga con tranquilidad para la señorita.

Solté una risa breve y amarga.

— ¿Tranquilidad? —Crucé los brazos—. Pues dígale que voy a elegir absolutamente todo lo más caro que haya. Quiero que se arrepienta de cada céntimo que gaste en mí.

Por un instante, pensé que me iba a regañar. En cambio, Eleanor se rió. Una risa baja, sincera, como si aquello fuera genuinamente gracioso.

—Me temo que eso no tendrá el efecto esperado.

—¿Y por qué? —entrecerré los ojos.

—Porque a mi jefe no le importa el dinero, señorita Rocci. —Su voz era tranquila, como para provocarme—. Nunca le ha importado.

Eso *me* irritó aún más.

—¿Dónde está? —pregunté—. Ya que ha decidido mi futuro, al menos podría aparecer.

—El señor Askanor salió sobre las cinco de la mañana —respondió—. Está resolviendo asuntos de trabajo. Debe de estar ocupado todo el día.

Las cinco de la mañana.

Trabajo.

—Claro —murmuré—. Siempre ocupado.

—¿Desea algo más? —preguntó Eleanor.

— No. Puede irse.

Ella asintió levemente con la cabeza y salió, cerrando la puerta con la misma delicadeza con la que la había abierto.

Me quedé sola otra vez.

Las cinco de la mañana. ¿Qué tipo de trabajo empieza antes de que salga el sol? Sabía la respuesta. No me gustaba pensar en

ella. Respiré hondo y me dirigí al baño, intentando alejar mis pensamientos.

La ducha no ayudó mucho.

Cuando por fin bajé, vestida y todavía irritada, me encontré con una casa más animada. Sonidos de cubiertos, pasos, voces bajas. Giré en uno de los pasillos y me topé con una mujer sonriente.

—Tú debes de ser Valentina —dijo, animada.

—Sí —respondí, confundida.

—Soy Flora. La hermana de Askanor.

Parpadeé.

—¿Hermana?

—¡Sí! —Su sonrisa parecía sincera—. Tenía muchas ganas de conocerte.

Algo dentro de mí se relajó, a mi pesar.

—Yo también… creo.

Se acercó, observándome con curiosidad. Fue entonces cuando me di cuenta del parecido. Los ojos. La nariz. Pero el resto era completamente diferente. Mientras que Askanor era rígido e imponente, Flora parecía delicada y frágil.

— ¿Tomamos un café en el jardín? —preguntó, agarrándome del brazo con naturalidad.

Asentí antes incluso de pensar.

Nos sentamos bajo un gran árbol. El aire era fresco y, por un momento, logré olvidar dónde estaba.

—Bueno —comenzó Flora—, ¿dónde conociste a mi hermano?

Sostuve la taza con cuidado.

—En el trabajo. Es mi jefe.

— ¿En serio? —sus ojos brillaron—. ¿Y después?

Suspiré.

—Nos fuimos a tomar algo a un pub después de un largo día. La conversación fluyó… y surgió el rollo.

Era la versión más segura de la verdad. Aun así, me sentí culpable.

— Qué romántico —suspiró Flora.

Romántico. Si ella supiera.

De repente, tosió y se llevó la mano al pecho. Una tos seca, breve y fuerte.

—¿Estás bien? —le pregunté de inmediato.

—Sí —respondió, respirando hondo—. Tengo una enfermedad pulmonar rara.

Se me oprimió el pecho.

—¿Necesitas algo?

—No —sonrió—. Estoy acostumbrada.

Seguimos tomando el café en silencio durante unos instantes. Observé a Flora riéndose de algo sencillo y pensé en lo extraño que era todo aquello. Estaba atrapada en un matrimonio forzado, pero allí, con ella, sentía algo inesperado.

Tranquilidad.

◆ ◆ ◆

Nunca había estado ni siquiera cerca de un lugar como aquel.

El coche negro se detuvo frente a una fachada que parecía más una galería de arte que una tienda. Las paredes exteriores eran de piedra clara, esculpidas con delicados detalles, y los enormes escaparates exhibían vestidos que parecían obras intocables. No había precios a la vista. No había rebajas. Solo un lujo silencioso, de esos que no necesitan anunciarse.

—Vaya… —se me escapó antes de que pudiera evitarlo.

Flora sonrió a mi lado, claramente satisfecha con mi reacción.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo, entusiasmada—. Normalmente habría que reservar con meses de antelación. Pero hoy lo han cerrado todo solo para nosotros.

Solo para nosotros.

Tragué saliva.

El guardia de seguridad abrió la puerta antes de que tocáramos el pomo. En cuanto entramos, me envolvió un suave aroma a flores blancas mezclado con algo dulce, demasiado elegante para identificarlo. El suelo de mármol reflejaba la luz dorada de las lámparas de araña, y cada uno de mis pasos resonaba en voz baja, como si el propio lugar exigiera respeto.

—Todo esto es… —busqué la palabra adecuada—. Irreal.

—Es el taller favorito de la familia Di Leone —comentó Flora, como si estuviera hablando de una panadería cualquiera—. Mi hermano confía en ellos desde hace años.

Claro que confiaba.

Nos recibieron tres mujeres impecablemente vestidas, que sonrieron con profesionalidad. Una de ellas inclinó ligeramente la cabeza.

—Señorita Rocci, señorita Di Leone. Bienvenidas.

Mi apellido sonaba extraño allí dentro. Pequeño. Sencillo.

Me condujeron por un pasillo revestido de espejos altos y cortinas de tela pesada. Cada vestido colgado parecía más impresionante que el anterior. Encajes delicados, pedrería que captaba la luz, tejidos que solo había visto en revistas.

—Siéntase como en casa —dijo una de las dependientas—. Hemos seleccionado algunos modelos basándonos en las medidas que nos envió.

Basándonos en las medidas que nos envió.

Por él.

Respiré hondo, intentando no dejar traslucir mi irritación.

—Puede empezar por este —sugirió otra dependienta, sacando un vestido de un rojo intenso.

Fruncí el ceño.

— ¿Rojo?

—Sí —sonrió ella—. El señor Askanor pidió que incluyéramos algo fuera de lo tradicional.

Eso *me* pilló desprevenida.

— ¿Lo pidió?

—Lo pidió.

Por alguna razón, eso me puso más nerviosa de lo que me gustaría admitir.

Entré en el probador mientras Flora se acomodaba en un sofá cercano, observándolo todo con una curiosidad casi infantil. Las dependientas trabajaron en silencio, ayudándome a ponerme el modelo con extremo cuidado. La tela tenía el peso justo, abrazando mi cuerpo como si hubiera sido hecha exclusivamente para mí.

Cuando por fin me giré hacia el espejo, se me cortó la respiración.

El rojo era profundo, intenso y peligroso. El elegante escote realzaba mis hombros, la cintura marcada, y la falda caía con fluidez, acompañando cada movimiento. Parecía… diferente.

No débil. No pequeña.

Poderosa.

—¿Valentina? —llamó Flora, ansiosa—. ¿Puedo verlo?

Tragué saliva antes de correr la cortina.

El sonido de los aplausos resonó de inmediato.

— ¡Dios mío! — Flora abrió mucho los ojos y se levantó del sofá. — ¡Ha quedado perfecto! ¡Perfecto!

Se acercó, dando vueltas a mi alrededor como si fuera una estatua exótica.

—¡Mira esto! —dijo, tocando ligeramente la tela—. ¡Parece que te ha quedado como un guante!

Observé mi reflejo de nuevo. Aquella no parecía la misma mujer que había sido secuestrada días antes, atada en un cobertizo oscuro. Aquella mujer del espejo parecía alguien que no aceptaba que la doblegaran fácilmente.

—Yo… —mi voz salió baja—. Nunca usaría algo así.

—Pues deberías —respondió Flora sin dudar—. Este vestido no pide permiso. Entra y domina el ambiente.

Sonreí levemente.

—Te gustan mucho los excesos, ¿verdad?

—Quizás —se rió—. Pero a ti también te gusta. Solo que aún no te has dado cuenta.

Mientras las dependientas ajustaban pequeños detalles, Flora volvió a sentarse, observándome con atención cariñosa. Y fue allí, en ese instante de distracción, cuando vi mi oportunidad.

—Flora… —comencé, cautelosa—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —respondió de inmediato.

Respiré hondo.

—¿Quién es Askanor… para ti?

Ella sonrió. Pero no era una sonrisa cualquiera. Era de esas que empiezan en los ojos.

—Es la persona más amable que conozco.

Mi rostro debió de delatarme, porque sentí cómo se me levantaban las cejas antes incluso de pensar.

—¿Amable? —repetí, incrédula.

Flora soltó una risita.

—Sabía que pondrías esa cara.

— Lo siento, pero… — sacudí la cabeza. — Es difícil de imaginar.

—Lo sé —dijo ella, sonriendo—. No es perfecto. Ni mucho menos.

Las asistentes se apartaron discretamente, dejándonos más a gusto.

—A Askanor lo moldearon —continuó Flora—. Desde niño, para controlar un imperio que mucha gente intenta usurpar.

Crucé los brazos.

—Entonces ya lo sabes.

—Lo sé —se encogió de hombros—. Todo el mundo sabe que la familia Di Leone está metida en la mafia.

Mi corazón se aceleró.

— ¿Y tú estás… de acuerdo con eso?

—No es tan sencillo —respondió con calma—. Hay reglas. Límites.

— ¿Os dedicáis al tráfico de personas? —pregunté de golpe, sintiendo un nudo en el estómago.

Flora se levantó de inmediato.

—No —dijo con firmeza—. Nunca. Jamás.

Su tono no dejaba lugar a dudas.

—Armas, apuestas ilegales, influencias —continuó—. Cosas sucias, sí. Pero no atrocidades de ese tipo. Si mi hermano hiciera algo así… —respiró hondo—. No lo respetaría.

Eso me sorprendió.

—Lo quieres mucho.

—Lo quiero —confirmó sin dudar—. Y sé que él no quería este matrimonio.

Se me oprimió el pecho.

—Entonces, ¿por qué…?

—Porque vio algo en ti —respondió Flora, mirándome a los ojos—. Si Askanor te eligió a ti, Valentina, es porque eres especial.

Sonreí.

Por fuera.

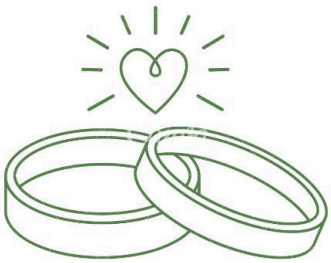
Por dentro, el recuerdo de su voz fría me atravesó la mente.

O esto, o mato a tus padres.

Mi sonrisa vaciló por un segundo, pero la mantuve.

Porque, a pesar de todo, a pesar de Flora, a pesar del vestido perfecto… yo todavía lo odiaba.

Y no sabía si algún día sería capaz de perdonarlo.



CAPÍTULO 30: NUESTRO MOMENTO TAN ESPERADO

Askanor Di Leone

El jardín de la mansión nunca había parecido tan vivo.

Normalmente, era como todo en mi vida: organizado, imponente, tranquilo. Un territorio de control. Aquella tarde, sin embargo, respiraba fiesta. Los rosales estaban en plena floración, con los pétalos claros contrastando con el verde intenso del césped recién cortado. Faroles de cristal colgaban de los árboles centenarios, reflejando la luz del sol que comenzaba a descender lentamente, dorando todo a su alrededor.

El estilo Di Leone nunca fue sutil.

En el centro del jardín, una estatua de hielo con forma de león dominaba el espacio. Las garras esculpidas con detalle, el hocico levantado en eterno desafío. Dentro del hielo, pequeñas luces blancas parpadeaban, haciendo que el animal pareciera vivo, congelado en medio de un rugido. A un lado, una fuente de

chocolate belga fluía sin cesar, el aroma dulce mezclándose con el olor de las flores y del vino caro que se servía a los invitados.

Lujo. Poder. ¡Ostentación!

Todo exactamente como esperaban de mí.

Estaba listo.

El traje a medida se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel. Negro, clásico, impecable. Los puños de la camisa alineados, el pesado reloj en la muñeca recordándome el tiempo. El peso de las decisiones. Lo que estaba a punto de sellarse allí.

Los invitados hablaban en voz baja. Risas contenidas. Miradas curiosas. A muchos de ellos no se les había avisado con antelación. Una boda Di Leone no necesitaba explicaciones. Bastaba con que sucediera.

Avancé por el jardín hasta reconocer a los padres de Valentina.

Estaban uno al lado del otro, visiblemente fuera de lugar en aquel universo que no era el suyo. Elegantes, sí. Pero aun así… humanos y reales.

—Señor Rocci —lo saludé, tendiéndole la mano.

Él me la estrechó con firmeza, con los ojos evaluando cada detalle de mi rostro.

—No esperábamos… —comenzó.

—Lo entiendo —le interrumpí con una sonrisa ensayada—. Pero el amor a veces no espera.

Valentina se habría reído de eso.

—La quiero mucho —añadí, manteniendo la voz firme.

Vi cómo se le tensaba el músculo de la mandíbula.

Se acercó un poco más, como quien invade un territorio durante unos segundos calculados. Su mano pesada se posó en mi hombro, con dedos lo suficientemente fuertes como para transmitir el mensaje.

— Si le haces algún daño a mi hija… —susurró en voz baja para que nadie lo oyera— … te mato.

Sonreí.

No fue una sonrisa de cortesía. Fue una sonrisa de aprecio.

—Me caes bien —respondí en el mismo tono.

Y de verdad me gustaba.

El mundo necesitaba hombres así. Hombres que amenazaran sin necesidad de gritar.

Me alejé y seguí adelante, sintiendo que las miradas volvían a posarse en mí. El murmullo crecía a medida que pasaba el tiempo. Todos esperaban.

A ella.

—Askanor.

Marco apareció a mi lado, discreto como siempre.

—Necesito hablar contigo.

Asentí y nos alejamos unos pasos, hasta la sombra de un árbol centenario.

—He recibido una información —dijo—. Sobre Ettore.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

—¿De dónde?

—Aún no está confirmado. Pero hay indicios sólidos. Tendré que ir personalmente a comprobarlo.

Miré hacia el altar montado en el centro del jardín. Hacia la alfombra blanca que se extendía hasta él. Hacia los invitados que esperaban.

—Ve —respondí—. Pero si lo encuentras…

Marco esbozó una sonrisa.

—Te lo dejaré vivo.

—No —le corregí, con calma—. Déjalo intacto. Quiero hacerlo con tiempo.

Marco asintió una sola vez, luego *se* alejó sin mirar atrás.

El sonido de la música instrumental comenzó a elevarse, llenando el jardín de notas suaves, conmovedoras. Subí los pocos escalones del altar y ocupé mi lugar.

Flora ya estaba allí.

Sostenía un pequeño ramo y me sonreía como si aquel fuera solo un día más.

—Todo va a salir bien —susurró.

Un parpadeo fue mi respuesta.

Entonces me di la vuelta.

La alfombra blanca parecía extenderse hasta el horizonte. El murmullo cesó por completo. La música cambió de tono.

Y ella apareció.

Valentina vestía de rojo.

No era un rojo delicado. Era intenso. Vivo. Desafiante. El vestido parecía desafiar al propio jardín, acaparando toda la atención. Ningún otro color competía con él. Ninguna otra presencia importaba.

Estaba preciosa.

Más que eso. Estaba furiosa.

Reconocí esa mirada. La había visto antes. La noche del pub. En el baile improvisado. En el beso robado. En la forma en que esa bajita conseguía irritarme y, al mismo tiempo, atraparme.

Cada paso parecía estratégico. Cada movimiento de su cuerpo decía que estaba allí por obligación, no por entrega.

Y aun así… estaba deslumbrante.

Cuando llegó al altar, levantó la barbilla. No me miró de inmediato. El cura carraspeó, iniciando el ritual con la voz solemne que había acompañado a la familia Di Leone durante generaciones.

Las palabras tradicionales sonaban vacías. Promesas genéricas. Votos que no significaban nada en ese contexto.

Cuando le tocó hablar, percibí la tensión en sus hombros. La mandíbula rígida. La rabia contenida.

—Sí —dijo, con suficiente veneno como para que solo yo lo percibiera.

Mi turno llegó con ironía.

—Sí —respondí, tranquilo.

Se acercaba el momento final.

—Valentina Rocci —dijo el sacerdote—. ¿Aceptas a Askanor Di Leone…?

Tardó en llegar.

Largos y pesados segundos. El silencio se extendió como electricidad en el aire.

Sonreí.

Ella podía posponerlo. Podía intentar resistirse. Yo sabía que, al final, lo diría.

Y lo dijo.

—Sí.

La sonrisa que vino después fue amplia. Perfecta. Falsa.

— Entonces, por el poder que se me ha concedido… —continuó el sacerdote—. Los declaro marido y mujer. Pueden besarse.

Me incliné.

El beso fue breve. Un sello político, no un gesto de amor.

Pero cuando nuestros labios se tocaron, sentí su tensión. El odio. La promesa silenciosa de guerra.

Y yo me lo estaba pasando como nunca.

◆ ◆ ◆

El jet me esperaba en la pista como una extensión natural de mi vida: discreto, caro y listo para partir.

Desde lo alto de la escalera, aún se podía ver a los invitados dispersos por el jardín de la mansión. Pequeños puntos elegantes saludando, sonriendo, brindando por una boda que nadie allí comprendía del todo. La música aún resonaba en la lejanía, ahogada por el sonido grave de las turbinas en marcha.

Subí primero.

Valentina vino justo detrás, con el vestido rojo que seguía llamando la atención incluso desde allí, rodeada de metal, cristal y

silencio. No miró atrás. No saludó. No se despidió de nadie. Aquello, lo reconocí, era un tipo raro de dignidad.

En cuanto se cerró la puerta y el interior del jet nos envolvió, el mundo exterior dejó de existir.

Valentina se sentó, rígida, mirando a su alrededor como si estuviera evaluando una trampa sofisticada para parecer real. Me acomodé al otro lado, observando cada reacción con calma.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, sin rodeos—. ¿Y por qué no nos quedamos con los invitados?

Crucé las piernas, relajado para alguien recién casado a la fuerza.

—Luna de miel.

Ella giró la cara lentamente.

—Estás bromeando.

Me reí entre dientes.

—No.

Ella frunció el ceño al instante.

— El sexo es lo último que se me pasa por la cabeza cuando pienso en ti.

Me incliné un poco hacia delante, apoyando el antebrazo en la rodilla.

—Podría acostarme contigo aquí mismo —respondí, en tono despreocupado.

La sorpresa en su rostro fue inmediata. Pura indignación.

Valentina se levantó y cambió de sitio, sentándose en la mesa de enfrente como si la distancia física pudiera crear algún tipo de protección.

Fue entonces cuando decidí decirle la verdad.

—No estamos viajando por placer —dije, sirviendo dos copas de champán—. Nos vamos porque es más seguro.

Ella permaneció en silencio, pero sus ojos atentos delataban que estaba escuchando.

—Ettore anda suelto —continué—. Y voy a darle caza.

Valentina respiró hondo.

—No quiero formar parte de esto. De este mundo. De esta… oscuridad.

Llevé la copa a los labios y sonreí por encima del cristal.

—Esposa —dije, con una ligereza cruel—, ahora no tienes elección.

Me miró como si quisiera atravesarme el pecho con la mirada.

El vuelo duró poco más de media hora. Tiempo suficiente para que el silencio se volviera reconfortante. Cuando aterrizamos, la noche se había apoderado del cielo.

El hotel se alzaba iluminado como una joya incrustada en el paisaje. Lujoso sin ser vulgar. Caro sin necesidad de demostrar nada. El ático estaba reservado a mi nombre.

Un empleado nos acompañó hasta el ascensor privado. Las puertas se abrieron revelando un espacio que parecía más bien una casa suspendida sobre la ciudad. Piscina con borde infinito, paredes de cristal, iluminación indirecta, una mesa central con una elegante cesta en la que descansaban una botella de champán absurdamente cara y frutas perfectamente seleccionadas.

Dos habitaciones.

Dos camas king size.

Valentina miró a su alrededor, sorprendida a pesar de intentar ocultarlo.

—Esto no es una habitación de hotel —murmuró—. Es una mansión en miniatura.

—Me gusta la comodidad —respondí.

Ella señaló el pasillo de la izquierda.

—Me quedo con este lado.

—Como quieras.

—Buenas noches, Askanor.

Y desapareció de mi campo de visión sin esperar respuesta.

Me encogí de hombros.

Me dirigí a la habitación de la derecha. Me quité la chaqueta, la camisa y los zapatos. Apagué la lámpara y dejé que el cansancio

finalmente *me* invadiera. Había sido un día largo. La boda, un teatro. La guerra… apenas comenzaba.

Me quedé profundamente dormido.

Fue el instinto lo que me despertó.

Abrí los ojos en el mismo instante en que sentí las manos en mi cuello.

Valentina estaba allí.

Descalza. Con el pelo suelto. Los ojos en llamas.

Me estranguló con sus dos manos desnudas, empleando toda la fuerza que aquel pequeño cuerpo podía reunir.

—*Te* voy a matar —susurró, temblando—. Para que nunca más amenaces a mi familia.

Se me escapó una risa antes de que pudiera contenerla.

No porque fuera gracioso. Sino porque era inútil.

Sus manos seguían apretándome. Su rostro cerca. El odio puro.

Se subió encima de mí, intentando usar el peso de su cuerpo. Intentando convertir la rabia en fuerza real. Pero mi cuello era demasiado grueso. Su desesperación era evidente.

No la detuve.

Todavía no.

Solo le sujeté las muñecas cuando me di cuenta de que empezaba a cansarse.

—Haz lo que quieras conmigo, esposa —murmuré, mirándola directamente a los ojos.

◆ ◆ ◆

Aviso

A continuación hay una escena de sexo que contiene descripciones. Si no quieres leerla, te sugiero que pases al siguiente capítulo.

◆ ◆ ◆

Y entonces, Valentina se inclinó y me besó.

Abrí los ojos al sentir sus labios rozar los míos, su cabello sobre mi rostro y su piel fría contra la mía, que estaba caliente. La rodeé con mis brazos y le devolví el beso intenso.

Sus ojos se abrieron como platos al verme erecto. El pene tenía tres piercings: uno en el glande y dos en el cuerpo. Valentina lo agarró con las manos.

—¿Cabrá?

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Sonreí, levantándole la camiseta, mientras Valentina se sentaba sobre mí.

Ella miró hacia arriba por un momento, respirando hondo, y dejó que su cuerpo descendiera, deslizándose sobre mi piel con el canal vaginal bien lubricado.

Volví a besarla hasta que su coño estuvo lleno de mí. Y ella cabalgó vigorosamente sobre mi cuerpo.

Cada movimiento hacía que mi pene se deslizara cada vez más profundo. Cada vez más grueso, con la sangre hinchándolo por dentro. Haciendo que las paredes internas se dilataran en una mezcla de placer para nosotros.

Valentina contuvo el gemido, pero por un momento no pudo aguantar, escapándose de mi beso húmedo y agarrándose temblorosa a mi pecho. Me incliné levantando un poco más el torso y apoyando su cabeza en mi cuello.

Ella quería el control y me empujó, haciéndome volver a tumbarme sobre la almohada, y presionó mi amplio abdomen mientras deslizaba su cuerpo arriba y abajo.

Cada vez que se sentaba, veía estrellas.

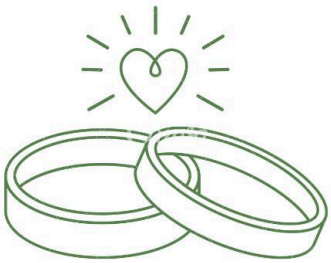
Mi glande creció más y más, y por un momento sentí que el piercing se hinchaba. Ella dio un gritito, sintiendo cómo el frío del metal se expandía, y me miró, sorprendida.

—Yo… —Le temblaba la boca.

— Sigue… —dije sudando. Mi voz, por primera vez, sonó clara. — ¿Te corres conmigo?

Valentina se sonrojó. Le agarré con fuerza las caderas para levantarla y la abracé. Hicimos el amor sentados, abrazados el uno al otro mientras mi cuerpo pedía más y más.

En esa misma posición, me corrí con tanta fuerza que el líquido salpicó entre nosotros.



INTERLUDIO: SEGUEDU SEQUETU

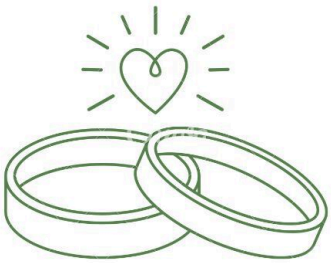
Mister Z

¡Hola, querida lectora! ¡Este interludio está pensado para que dejes de leer este libro en este preciso instante y vayas a beber agua!

¡Hidrátate! Después puedes volver a leer.
Tu salud es importante para mí.
¡Que tengas un día estupendo!



PARTE III



CAPÍTULO 31:
OFICIALMENTE SUYO

Valentina Rocci

Me desperté con un rayo de luz atravesando la pesada cortina y dándome en el ojo izquierdo como un dedo insistente. Solté un leve gemido de protesta y me di la vuelta, buscando refugio en el otro lado de la cama.

Fue entonces cuando sentí el vacío.

La sábana aún estaba caliente, arrugada, con ese olor que no era solo de jabón caro o de hotel de cinco estrellas. Era un olor a piel. A noche. A exceso.

Me senté lentamente, con el cuerpo quejándose de formas que no dolían exactamente. Mi corazón latía un poco más lento cuando el recuerdo llegó de golpe, sin pedir permiso.

Sus manos. La forma en que no pedía, sino que tomaba. Los labios sobre mi piel, descendiendo sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo. La absurda sensación de sentirme viva, deseada,

presente en mi propio cuerpo después de tanto tiempo viviendo a la defensiva.

«Maldita sea».

Me pasé la mano por la cara y respiré hondo. No quería pensar en eso de esa manera. No quería admitir lo intenso que había sido. Lo real que había sido.

Me levanté de la cama todavía desnuda, con la sábana resbalando por mis caderas, y miré a mi alrededor. ¡Lujosa! ¡Enorme! ¡Silenciosa!

—¿Askanor? —llamé, con voz ronca.

Nada.

Atravesé la habitación y abrí la puerta del baño. Vacío. Volví, caminé hasta la zona de la piscina de la azotea, donde el cristal revelaba un cielo demasiado despejado para mi gusto. Ni rastro de él.

Fue entonces cuando vi la mesa.

Una cesta de desayuno ocupaba casi toda la superficie. Fruta cortada milimétricamente, panes aún calientes, mermeladas en tarros de cristal, quesos caros, cruasanes perfectos. Al lado, una jarra grande de agua.

No lo pensé. Simplemente cogí el vaso y bebí. Uno tras otro. Cuando me di cuenta, me había bebido casi un litro entero de una sola vez.

—Estaba realmente deshidratada —murmuré, más para mí misma que para la habitación vacía.

Fue entonces cuando vi la nota.

Doblado con cuidado, apoyado sobre un platillo.

Lo cogí y lo leí.

Vuelvo enseguida.
De tu marido,
Askanor Di Leone.

Puse los ojos en blanco con tanta fuerza que casi pude verme el cerebro. «Mi marido».

Todavía parecía una broma de dudoso gusto. Una de esas de las que uno se ríe por nerviosismo porque no hay forma de devolverla.

Me senté en el borde de la cama, con la nota aún en la mano, y dejé que el silencio se hiciera pesado. Se había ido temprano. Probablemente antes de que me despertara. No sabía si eso me molestaba o me aliviaba.

Quizá las dos cosas.

El móvil vibró sobre la mesa, sacándome del letargo. El nombre de Gibriela apareció en la pantalla.

Contesté.

—¡Valentina! —dijo animada, para ser tan temprano. —Por fin *te* pillo. ¿Qué tal la luna de miel con el jefe?

Cerré los ojos por un segundo.

—Viva —respondí—. Y eso ya es todo un logro.

Ella se rió.

— La boda fue preciosa. De verdad. Y ese vestido… estabas increíblemente guapa.

—Gracias —dije, caminando hasta el borde de la piscina y mirando el agua azul—. ¿Y tú, estás bien?

Hubo una pequeña pausa antes de que respondiera.

—Más o menos. —Su voz bajó un tono—. Con Ettore fugado… confieso que tengo miedo.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Askanor no dejará que te pase nada —dije, con más firmeza de la que sentía—. Confía en mí.

—Quiero confiar —respondió ella—. Y confío en ti.

Respiré hondo.

—Él sabe que eres importante para mí.

Gibriela suspiró al otro lado de la línea.

—Gracias. De verdad. —Luego, el tono cambió, volviéndose más ligero—. Pero dime… ¿por qué nunca me dijiste que tenías algo

con el director general?

Volví a mirar la nota, que aún tenía en la mano.

—Preferimos mantenerlo en secreto por el trabajo —mentí, sin esfuerzo—. Ya sabes cómo son estas cosas.

—Lo sé —se rió—. Bueno, no voy a molestar más en la luna de miel. Después tenemos que hablar con calma. Sin secretos.

—Es necesario —asentí—. Volveré esta misma semana.

Nos despedimos y el silencio volvió a ocupar el espacio.

Me quedé quieta unos segundos, solo escuchando mi propia respiración. Después, el hambre finalmente se impuso.

Volví a la mesa y empecé a prepararme un plato, con movimientos automáticos, casi cuidadosos. Me senté, le di un mordisco a un trozo de pan y mis ojos volvieron, inevitablemente, a la nota.

Podía odiarlo.

Y lo odiaba.

Podía recordar la amenaza.

Y la recordaba.

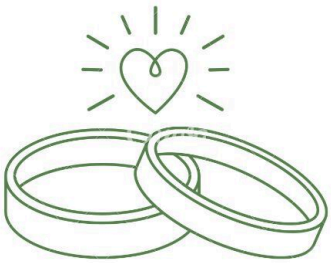
Pero mi cuerpo también recordaba otras cosas. La noche. El calor. La forma en que él me hizo olvidar, aunque fuera por unas horas, quién era él y quién debía ser yo.

Apreté la nota entre los dedos.

«Esto no cambia nada», pensé.

Pero una parte inquietante de mí, pequeña y obstinada, respondió en silencio:

Quizá cambie más de lo que te gustaría.



CAPÍTULO 32: EL RESTO

Askanor Di Leone

El sótano de la discoteca parecía una caverna excavada a la fuerza, como si alguien hubiera arrancado ese espacio de la tierra. Las paredes eran irregulares, sudorosas, manchadas por antiguas filtraciones que nunca se repararían. La humedad se pegaba a la piel, se colaba por los poros, se alojaba en los pulmones. Cada respiración allí dentro exigía voluntad. No de vivir, sino de continuar.

El sonido de las goteras no cesaba.

Ploc.

Ploc.

Ploc.

Era fino, insistente, burlón. Goteaba del techo agrietado, caía al suelo de hormigón y se extendía en charcos que reflejaban las luces débiles y enfermizas. Algunos eran solo agua sucia. Otras estaban mezcladas con sangre, formando un tono oscuro que parecía aceite viejo. A cada paso, la suela de mi zapato se pegaba y se despegaba del suelo con un sonido sordo y viscoso.

El olor era peor que la vista. Orina vieja, sangre oxidada, óxido, sudor humano y algo que recordaba a carne expuesta al aire. Un olor que no pedía perdón por existir. Aun así, respiraba hondo. Nunca me gustó la idea de mostrar debilidad en lugares como aquel.

Marco caminaba a mi lado, con las manos relajadas y el rostro impasible. No miraba a su alrededor. No le hacía falta. Conocía aquel sótano mejor de lo que muchos conocían su propia casa. Fue él quien lo organizó todo. El aislamiento, el tiempo, los métodos. Nada allí era improvisado.

En el centro de la sala, bajo la luz directa de una lámpara que colgaba de cables a la vista, estaba el primer hombre. Atado a una silla reforzada con barras de metal soldadas al suelo, como si alguien hubiera decidido que nunca debía caerse, ni siquiera desmayarse con dignidad.

El rostro estaba irreconocible.

No había simetría. No había orden. Un lado parecía hinchado y el otro hundido. La nariz estaba torcida, desplazada. La boca apenas se cerraba. Le faltaban dientes, varios de ellos, arrancados de formas diferentes, dejando las encías desgarradas, inflamadas. Sangre seca le goteaba por las comisuras de la boca y manchaba el pecho de la camisa rasgada.

Temblaba. No de frío. De miedo.

—Perdón… —susurró, con la voz entrecortada, como si cada sílaba le costara un esfuerzo. —Perdón…

La palabra resonó en la caverna y murió allí mismo. No respondí. «Perdón» no significaba nada en aquel lugar. Nunca lo había significado.

Me acerqué, observando los detalles con atención clínica. El ojo izquierdo estaba tan hinchado que apenas se veía la pupila. El derecho se movía de forma errática, vidrioso, perdido. Me miraba como si fuera lo último que vería en su vida.

Levanté la vista lentamente.

Por encima de nosotros, atado con gruesas cadenas fijadas al techo, estaba el segundo hombre.

Desnudo.

Totalmente desnudo.

El cuerpo colgaba de forma antinatural, con los brazos en alto y los hombros dislocados. Las piernas apenas tocaban el suelo. La piel estaba marcada por hematomas de todos los tonos posibles, como si alguien hubiera pintado un mapa de dolor sobre él. Morados profundos se mezclaban con amarillos antiguos. Los cortes recientes aún sangraban.

La sangre fluía lentamente, en hilos perezosos, cayendo al suelo en gotas espaciadas.

Ploc.

Ploc.

Por un instante, el sonido de la sangre se confundió con el goteo. Un ritmo cruel, ritualístico.

Intentó moverse cuando percibió mi presencia. Solo un espasmo. Un gemido sordo se le escapó de la garganta. No tenía fuerzas suficientes para suplicar. El cuerpo ya había comprendido lo que la mente aún intentaba negar.

Marco rompió el silencio.

—No he conseguido sacarle el paradero de Ettore.

Volví la cara hacia él con calma. Sin sorpresa. Sin irritación. Simplemente acepté la información como quien recibe algo esperado.

—No pasa nada —respondí, encogiéndome de hombros—. De todos modos, no era eso lo que quería.

Marco esbozó una sonrisa. Lo sabía. Siempre lo había sabido.

Volví la mirada hacia los dos hombres.

— La han tocado —continué, con voz firme y controlada—. Ahora quizá los arroje a los leones.

El hombre de la silla empezó a temblar con más intensidad. Las manos sujetas a los barrotes se contrajeron, los dedos intentaron cerrarse, pero no había fuerza. Lloraba, un sonido bajo, animal, sin lágrimas suficientes para acompañarlo.

Marco se acercó a él y se agachó hasta quedar a la altura de su rostro destrozado.

—Solo pueden estar locos —dijo, en tono pedagógico—. Locos de verdad cuando decidieron meterse con la mujer del jefe.

El hombre intentó hablar. Abrió la boca, pero lo único que salió fue un sonido informe, un silbido húmedo. La cabeza se ladeó hacia un lado, vencida por su propio peso.

Observé la escena durante unos segundos más. Ya no había nada allí que me interesara. La ira ya se había consumido. El mensaje, entregado. Aquello ya no tenía que ver con ellos.

Se trataba de mí.

Le di la espalda y empecé a caminar hacia las escaleras. Marco me acompañó en silencio. Subimos peldaño a peldaño, dejando atrás el olor, el sonido, la caverna. A cada paso, el aire se volvía menos pesado. La música de la discoteca empezó a atravesar las paredes, un ritmo grave, constante, que vibraba en los huesos.

Cuando salimos al salón principal, la escena era casi ofensiva.

Cuerpos bailando. Luces de colores cortando el aire. Risas estruendosas. Vasos en alto. Gente viviendo como si el mundo fuera sencillo, limpio y seguro. Como si el infierno no estuviera a pocos metros bajo sus pies.

La discoteca seguía funcionando a la perfección.

—Me voy —dije, arreglándome la chaqueta—. He dejado sola a Valentina.

Marco caminó a mi lado hasta la salida reservada.

—No tienes por qué preocuparte —respondió—. Todos los soldados están buscando a Ettore. No tiene adónde huir.

Asentí, pero el gesto fue automático.

—Aun así.

Porque no se trataba solo de seguridad. Se trataba de control. De la incómoda sensación de saber que ella estaba fuera de mi alcance, aunque fuera solo por unas horas. Valentina no encajaba en el caos que me rodeaba. Y, aun así, la había arrastrado hacia él.

Marco me abrió la puerta.

—Buenas noches, jefe.

—Buenas noches.

Me subí al coche y cerré la puerta. El cristal tintado aisló el ruido de la discoteca y, por fin, se impuso el silencio. Apoyé la cabeza en el asiento por un instante y cerré los ojos.

Su imagen me vino como un flash...

Valentina en la cama. La luz de la mañana acariciando su desnudez. El recuerdo del calor, de cómo me atrajo hacia ella, como si quisiera olvidar todo lo que existía antes de mí. Sus uñas marcando mi espalda. El sonido de la respiración entrecortada. La forma en que me miró después, confundida, viva, enfadada consigo misma.

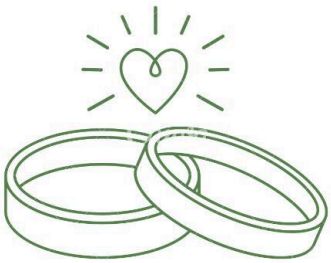
Exhalé lentamente.

Ettore aún respiraba en algún lugar de aquella ciudad. Por ahora.

Pero cuando lo encontrara, no habría gotera, ni silla, ni cadenas suficientes para limpiar lo que había hecho.

Esta vez, no se trataría solo de enviar un mensaje.

Nunca lo era.



CAPÍTULO 33: A NUESTRA MANERA

Askanor Di Leone

Regresé al hotel a última hora de la tarde, cuando el sol empezaba a inclinarse, pintando el cielo con tonos dorados que se reflejaban en los cristales espejados de la fachada. El lugar desprendía dinero y un silencio caro. Nada allí era casualidad. Cada detalle parecía existir para recordar quién mandaba y quién obedecía.

En cuanto crucé el vestíbulo, vi a Valentina.

Estaba de espaldas a mí, de pie junto a una columna de mármol, mirando algo en el móvil. El vestido negro ceñía su cuerpo de una forma indecente. No provocativa. No vulgar. Simplemente perfecta. La tela se ceñía a la cintura y descendía por las curvas con una elegancia que hacía desaparecer a cualquier otra mujer en aquel ambiente. El contraste de la piel clara con el negro profundo hacía que mi mirada se quedara clavada en ella.

Me acerqué en silencio.

Mis manos encontraron su cintura antes de que pudiera pensarlo mejor. Un gesto automático. Familiar, para alguien que aún fingía estar distante. Sentí cómo su cuerpo se tensaba bajo mis dedos y, al segundo siguiente, me empujó.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —espetó ella, volviéndose con los ojos chispeantes.

Sonreí. No pude evitarlo.

—Pensé que, ya que nos acostamos, podría…

Ella se llevó una mano a la cintura, con una postura firme y la barbilla levantada. Pequeña. Desafiante. Irritante.

—Eso fue un desliz por mi parte —dijo, con voz cortante—. No volverá a repetirse. Y si quieres un heredero, búscate a otra mujer.

Me quedé observando por un segundo la forma en que respiraba. Rápida y controlada, para alguien que decía eso con tanta convicción.

—Entiendo —respondí, encogiéndome de hombros—. Entonces, ¿adónde vas vestida así?

—Voy a conocer el spa del hotel.

Asentí lentamente.

—Genial. Yo voy contigo.

Puso los ojos en blanco con tanta fuerza que casi pude oír el movimiento.

—Claro que vas.

Se dio la vuelta y se marchó sin esperar respuesta. Yo la seguí de cerca, como si eso ya estuviera decidido desde el momento en que nos conocimos. Quizás lo estaba.

El spa ocupaba un ala entera del hotel, aislada del resto por puertas de cristal esmerilado y pasillos silenciosos. El aire allí era diferente. Más cálido. Más húmedo. Cargado de aromas de aceites esenciales, hierbas y algo ligeramente dulce que no logré identificar.

El sonido del agua era constante. Fuentes interiores, pequeñas cascadas artificiales, piscinas termales que burbujeaban hipnóticamente. Había salas de masaje alineadas, puertas de

madera clara, iluminación indirecta. A la derecha, una zona de sauna con paredes de cristal ahumado. A la izquierda, un amplio espacio donde algunas personas practicaban yoga, concentradas, con movimientos lentos y reverentes.

Valentina aminoró el paso, observándolo todo con atención. No parecía intimidada. Solo curiosa.

Una empleada se acercó de inmediato, impecable en su uniforme claro, con una sonrisa ensayada.

—Buenas tardes, señor Di Leone, señora Di Leone —dijo, con una ligera inclinación de cabeza.

Valentina hizo una mueca, imperceptible, al oír el apellido.

—¿Desean algún servicio en concreto?

—Un masaje —respondió Valentina antes que yo.

—Excelente elección.

—Yo también —añadí.

La mujer asintió y nos condujo por un pasillo más apartado. Pasamos por delante de puertas cerradas hasta llegar a una amplia sala, dividida únicamente por una ligera cortina en el centro. Había dos camillas de masaje colocadas una al lado de la otra, con cierta distancia para garantizar la privacidad. Luz tenue. Velas aromáticas. Música ambiental suave...

Dos empleadas nos esperaban.

—Pueden quedarse solo en ropa interior y tumbarse boca abajo —explicó una de ellas, con naturalidad.

Valentina entró detrás de la cortina del lado izquierdo. Yo me quedé en el lado derecho. Me quité la chaqueta, la camisa y luego el resto, sin prisas. Me tumbé en la camilla sintiendo el cuero frío bajo el pecho.

Pocos segundos después, sentí cómo me untaban la espalda con aceite caliente. Las manos eran firmes, expertas. La tensión acumulada empezó a ceder, músculo a músculo.

Al otro lado de la cortina, oí un leve suspiro de Valentina al sentir el primer contacto.

Me quedé en silencio durante unos minutos, limitándome a escuchar su respiración, el sonido de la música, el agua a lo lejos. Hasta que decidí romper la calma.

—Bueno —dije en voz baja—, ¿qué quieres para darme pronto un heredero?

El movimiento de las manos en mi espalda no se detuvo, pero oí cómo cambiaba su respiración. Se le escapó una breve risa.

— Algunas cosas.

—¿Como qué?

—Condiciones.

Giré la cara hacia un lado, mirando la cortina como si pudiera verla a través de ella.

— ¿De verdad crees que voy a negociar eso contigo?

Solté un sonido grave, un gruñido, sin poder contener la irritación que me invadió rápidamente.

—No voy a negociar —añadí.

Al otro lado, Valentina se rió. Una risa genuina. Provocadora.

—Ya lo veremos.

Las manos de la masajista presionaron un punto de mi espalda, provocándome un suspiro involuntario. Cerré los ojos por un instante, tratando de reorganizar mis pensamientos.

Valentina no lo entendía. O lo entendía demasiado.

Ella pensaba que aquello era simplemente un juego de poder. Que bastaba con decir que no, imponer reglas, crear exigencias. Poco sabía ella que el verdadero juego comenzaba precisamente ahí.

Volví a abrir los ojos.

—Estás jugando con fuego —le advertí.

—No —respondió ella, sin dudar—. Estoy aprendiendo a sobrevivir al incendio.

Sonreí para mis adentros.

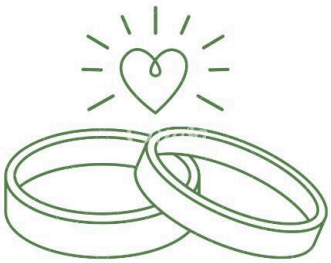
Ella no tenía ni idea de lo mucho que *me* había gustado esa respuesta.

El masaje continuó, el silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero ahora era diferente. Cargado. Vivo. Cada segundo parecía estirar el hilo invisible que nos unía, a punto de romperse o de tensarse aún más.

Volví a cerrar los ojos, dejando que las manos trabajaran, pero sabiendo ya una cosa con absoluta certeza.

Valentina Rocci no sería fácil.

Y, precisamente por eso, no tenía la menor intención de soltarla.



CAPÍTULO 34: LEONA

Valentina Rocci

La transición del spa al restaurante parecía un ritual. Como si el hotel hubiera sido diseñado para conducir cuerpos cansados y mentes en conflicto hacia un escenario donde todo parecía más bonito de lo que debería ser.

Caminé junto a Askanor por amplios pasillos, con alfombras gruesas que amortiguaban nuestros pasos. Las paredes estaban revestidas de madera oscura y detalles en dorado mate, nada llamativo, pero absurdamente caro. El aroma de los aceites esenciales aún permanecía en mi piel, mezclado con el discreto perfume que exhalaba el propio ambiente.

Cuando cruzamos la entrada del restaurante, tuve que contener el impulso de detenerme.

El lugar era deslumbrante.

El techo alto tenía lámparas de cristal que colgaban como constelaciones ordenadas. La luz era tenue, ámbar, pensada para ocultar imperfecciones y crear intimidad. Las mesas estaban espaciadas, cubiertas por manteles de lino impecables. Había

arreglos florales minimalistas, orquídeas blancas y verdes, y un cuarteto de cuerdas tocaba de fondo, tan suavemente que parecía formar parte de la respiración del ambiente.

Las paredes de cristal revelaban una vista nocturna de la ciudad. Puntos de luz se esparcían en la lejanía, como estrellas caídas.

Lujo. Control. Poder.

Todo aquello era el mundo de Askanor.

Y ahora, de alguna forma absurda, también era el mío.

Nos sentamos. El camarero apareció de inmediato. Pedí un entrante ligero, una ensalada de hojas verdes, cítricos y algo que sonaba refinado, para mi vocabulario cotidiano. Askanor pidió marisco, sin siquiera mirar el menú.

Observé sus manos descansando sobre la mesa. Grandes. Firmes. Las mismas manos que horas antes habían recorrido mi cuerpo con una intensidad que aún intentaba comprender.

Respiré hondo.

—El posible heredero… —comencé, eligiendo las palabras con cuidado— ¿tendrá que hacerse cargo de los negocios de la familia Di Leone?

Askanor no pareció sorprendido por la pregunta. Solo inclinó ligeramente la cabeza.

—Es inevitable.

Tragué saliva.

— ¿Aunque él no quiera?

—Puede elegir hasta qué punto quiere involucrarse —respondió—. No tiene por qué llegar tan lejos como yo.

Eso no me tranquilizó. Ni un poco.

Lo miré, tratando de ver más allá del hombre arrogante, del mafioso frío, del marido impuesto.

—Si pudieras volver atrás en el tiempo —le pregunté— y tuvieras la oportunidad de elegir… ¿elegirías no involucrarte en ese mundo?

Askanor se rió.

No fue una risa ligera. Fue breve, ronca y sin humor.

—Nací para vivir en la oscuridad, Valentina.

La frase cayó pesada entre nosotros.

En ese instante, llegaron los platos. El mío era delicado, colorido y artístico. El suyo desprendía aromas intensos, marisco bien dispuesto, algo primitivo en esa elección.

Lo observé un segundo más de lo que debía.

Monstruoso.

Era la palabra que atravesó mi mente sin pedir permiso.

Él lo aceptaba. Abrazaba ese mundo. No había culpa ni arrepentimiento.

El camarero se alejó, dejándonos solos de nuevo.

—Nunca fue mi intención hacer daño a tus padres —dijo Askanor de repente.

Levanté la vista bruscamente.

—¿Qué?

—La amenaza a tus padres —continuó, en voz baja—. Fue un medio. No un fin.

Mi corazón se aceleró.

—Tú… —me detuve, respirando hondo—. Amenazaste con matar a mis padres.

—Sí —dijo él, sin vacilar—. Porque quería que fueras mi esposa.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Aunque no me quisieras?

—A pesar de eso.

Su franqueza fue cruel.

—Entonces, ¿por qué? —pregunté, sintiendo cómo se mezclaban la ira y la confusión—. ¿Por qué yo?

Askanor me observó en silencio durante unos segundos. Sus ojos oscuros analizaban cada detalle de mi rostro, como si buscaran algo que solo él veía.

—Porque eres una leona.

Fruncí el ceño.

— ¿Qué significa eso?

Él se rió a carcajadas. Un sonido grave y profundo, que hizo que algunas personas de las mesas cercanas miraran discretamente.

—No te lo voy a explicar.

Cruze los brazos de inmediato.

—Claro que no lo vas a hacer.

Me quedé en silencio unos segundos, masticando algo más que comida. Ideas. Límites. Miedos.

— Voy a redactar un contrato —anuncié, por fin—. Con condiciones para que este matrimonio funcione.

Él arqueó una ceja.

— ¿Un contrato?

— Sí. Reglas. Límites. Expectativas.

Askanor se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa.

— Leeré ese contrato si me prometes una cosa.

Suspiré.

— ¿Qué?

—Más sexo.

Puse los ojos en blanco automáticamente.

— Eres imposible.

Pero mi mente traicionó a mi cuerpo.

El recuerdo de la madrugada anterior volvió con fuerza. El calor. La intensidad. La forma en que me hizo olvidar, aunque fuera por unas horas, quién era él.

Me encogí de hombros.

— Puede ser.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Askanor fue lenta, satisfecha y depredadora.

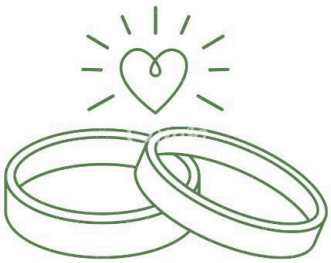
—Genial.

Continuamos la cena sin volver a tocar el tema, pero el ambiente había cambiado. No era solo hostilidad. Era algo más

complejo. Un juego silencioso en el que ninguno de los dos pretendía ceder primero.

Mientras comía, observaba a aquel hombre que tenía delante y pensaba, con una peligrosa mezcla de miedo y curiosidad, que quizá casarme con Askanor Di Leone fuera el error más grave de mi vida.

O el comienzo de algo que aún no me atrevía a nombrar.



CAPÍTULO 35: GUERRA FRÍA

Valentina Rocci

Regresé a Calabria con un diamante en el dedo y una guerra declarada en mi pecho.

Dos días. Eso fue todo lo que duró nuestra supuesta luna de miel. Dos días suficientes para confundir mi mente, incendiar mi cuerpo y reafirmarme en que necesitaba el control. Hasta hablar con mi abogada, hasta entender exactamente en qué me estaba metiendo, no volvería a compartir la cama con Askanor.

Guerra fría.

Así fue como bautizamos aquella tregua venenosa antes de embarcar de vuelta. Él lo aceptó con una sonrisa irritante, como si se estuviera divirtiendo.

«Haz lo que quieras, mi dulce esposa», dijo.

Odiaba que me llamara así.

Caminé por el pasillo de la empresa tratando de mantener la postura erguida, los pasos firmes. El tacón resonaba en el suelo pulido, cada golpe recordándome que ahora era oficialmente Valentina Rocci Di Leone.

La gente dejaba de hablar cuando pasaba.

Miradas. Susurros. Suspiros.

Sobre todo hacia mi mano izquierda.

Era imposible ignorar el anillo de boda. Un diamante, demasiado grande para parecer discreto, tallado para captar cada rayo de luz del ambiente. Brillaba como un foco apuntando directamente hacia mí.

Fingí no verlo. Fingí no oírlo.

Pero lo sentí todo.

Empujé la puerta de mi despacho y entré rápido, como si estuviera huyendo de una lluvia de preguntas. El olor familiar a papel, café y aire acondicionado me envolvió. Mi mesa. Mis archivos. Mi territorio.

Exhalé.

Sobreviví al pasillo.

— ¡VALENTINA!

La voz de Gibriela resonó antes incluso de que pudiera sentarme. Apareció corriendo, equilibrando su curiosidad con los tacones altos.

—Entra —murmuré, sabiendo que entraría de todos modos.

Esperé a que cruzara la puerta y la cerré, girando la llave. Solo entonces me apoyé en la madera y cerré los ojos por un segundo.

—Uf… —murmuré—. Casi necesito un chaleco a prueba de chismes ahí fuera.

Gibriela abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la boca.

— ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Buenos días a ti también —respondí, caminando hacia mi mesa.

Ella se sentó en la silla frente a mí sin que yo la invitara.

—¡Toda la empresa está hablando de ello! —susurró, inclinándose hacia delante—. ¿Te vas a casar DE LA NADA con Askanor Di Leone? ¿El director general? ¿El hombre más inaccesible de Calabria?

Respiré hondo, ordenando unos papeles, solo para mantener las manos ocupadas.

Pensé por un segundo en contarlo todo.

Que me habían amenazado. Que mis padres habían estado en peligro. Que el matrimonio no había tenido nada de cuento de hadas.

Pero veía el miedo en sus ojos cada vez que surgía el nombre de Ettore. No podía involucrarla aún más.

—El matrimonio es una fachada —dije, al fin.

Gibriela parpadeó, confundida.

—¿Una fachada?

—Él necesitaba casarse —continué, manteniendo la voz firme—. Acepté un acuerdo. Solo eso.

El silencio que se instaló fue cómico.

—Tú… —abrió y cerró la boca dos veces—. ¿Estás diciendo que te casaste por un acuerdo corporativo?

— Básicamente.

— ¡Eso es cosa de novela!

—Mi vida se ha convertido en uno —respondí, encogiéndome de hombros.

Ella se recostó en la silla, todavía asimilando la información.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué tendría que casarse tan deprisa?

Buena pregunta.

Fingí ordenar un bloc de notas mientras respondía.

—No lo sé con certeza.

Era mentira, claro. Sabía que tenía algo que ver con la familia, la sucesión, el poder. Pero hasta que lo entendiera del todo, prefería guardar silencio.

Observé a Gibriela más de cerca.

— ¿Se ha puesto Ettore en contacto contigo?

El cambio fue inmediato.

Sus hombros se tensaron. Los dedos, que antes jugaban con un bolígrafo, se quedaron inmóviles. Bajó la mirada por un segundo.

Se me encogió el corazón.

—¿Gibriela?

—No —respondió demasiado rápido—. No ha entrado.

— ¿Estás segura?

Ella asintió, pero el gesto fue leve.

—Es solo que… tengo miedo.

Me levanté sin pensarlo y me acerqué a ella. Le toqué el brazo, apretándolo ligeramente.

—No te va a hacer nada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

No podía.

Pero tenía que aparentar que sí.

—Porque ahora estoy casada con el hombre que también quiere encontrar a ese maldito —dije, intentando sonar segura—. Y nadie se mete con sus empleados.

Las palabras salieron antes de que pudiera analizarlas.

Lo que es suyo.

Eso me produjo un escalofrío extraño.

Gibriela tragó saliva.

—A veces se me olvida quién es en realidad —murmuró.

Yo también.

A veces me acordaba de él en la madrugada, con los ojos cerrados, respirando con dificultad a mi lado. A veces recordaba la amenaza contra mis padres.

Dos hombres en un solo cuerpo.

— Oye —la llamé, haciendo que me mirara de nuevo—. No voy a dejar que te pase nada. ¿Entiendes?

Ella asintió.

— ¿Lo prometes?

Promesas. Otra cosa que estaba acumulando últimamente.

—Lo prometo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. El ambiente de la habitación parecía más denso, cargado de cosas no dichas.

—Bueno… —Gibriela intentó cambiar de tono—. ¿La luna de miel también fue totalmente de empresa?

Puse los ojos en blanco.

—Dos días de reuniones intensas —respondí con ironía.

Ella entrecerró los ojos.

— Valentina Rocci…

— ¿Qué?

—Te estás sonrojando.

—No es verdad.

— ¡Sí que lo estás!

Crucé los brazos.

— No importa.

Ella sonrió, pero no insistió. Quizás se dio cuenta de que había límites.

—De todos modos —dijo ella, levantándose—, puedes decir que es una fachada, pero con ese vestido… parecías una reina.

Sentí un calor extraño subirme por el pecho.

— Gracias.

— ¿Y el anillo? —señaló mi mano—. ¿Te das cuenta de lo que cuesta?

—Prefiero no saberlo.

Ella se rió.

— Bueno… a la empresa le llevará semanas recuperarse de esto.

—Genial —respondí, caminando hacia la puerta para abrirla —. Así se olvidarán de mis informes atrasados.

Ella abrió la puerta y, antes de salir, se dio la vuelta.

— Solo ten cuidado, ¿vale?

La forma en que lo dijo me hizo sentir un nudo en el estómago.

—Siempre lo hago.

Ella salió, y el murmullo del pasillo volvió a invadir mis oídos por un segundo antes de que volviera a cerrar la puerta.

Sola.

Me acerqué a la ventana del salón y observé la ciudad desde allí. Calabria parecía igual. El sol brillaba, los coches pasaban, la gente vivía.

Pero mi vida se había convertido en otra cosa.

Llevé la mano hasta el anillo de boda y lo giré lentamente.

Guerra fría.

Sin sexo. Sin concesiones. Hasta que entendiera exactamente qué tipo de contrato estaba dispuesta a firmar.

Pero, en el fondo, una pregunta *me* perseguía.

¿Acaso Askanor aceptó esa guerra porque realmente respetó mi decisión?

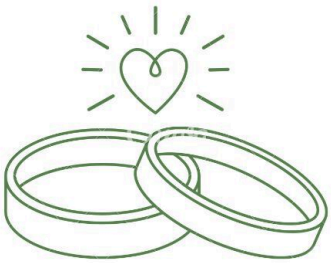
¿O porque estaba esperando el momento adecuado para ganar?

Enderecé los hombros.

Si pensaba que yo sería una pieza pasiva en ese tablero, se equivocaba.

Yo era una Rocci.

Y, por lo que parecía, también una leona.



CAPÍTULO 36: UN CUADRO EN EL JARDÍN

Askanor Di Leone

El sol de Calabria me calentaba la espalda, pero yo permanecía inmóvil.

Flora había decidido que aquel era el día perfecto para pintarme.

—Quédate quieto —ordenó con esa sonrisa dulce que ocultaba una terquedad irritante.

Estaba de pie en la parte más alejada del jardín de la mansión, donde los rosales formaban un semicírculo natural y las estatuas antiguas lo observaban todo con indiferencia de piedra. Al fondo, la fuente central lanzaba agua hacia arriba, centelleando bajo la luz dorada de la mañana.

A mis espaldas, la fachada de la mansión se alzaba imponente, de mármol claro y con ventanas altas como ojos atentos.

Flora estaba frente al caballete, pincel en mano, concentrada… o fingiendo estarlo. Porque de vez en cuando

levantaba los ojos hacia mí y sonreía sola, como si supiera algo que yo no sabía.

—Has bajado el brazo izquierdo —comentó, inclinando la cabeza.

Corregí la postura.

—¿Así?

—Mejor. No estropees mi obra, As.

Solté un suspiro bajo.

Quedarme quieto era más difícil que torturar a un hombre en el sótano de la discoteca.

Mi mente no se quedaba quieta.

Siempre volvía a la misma pregunta.

¿Qué quiere incluir Valentina en ese contrato?

Condiciones.

Exigencias.

Reglas.

Se había cruzado de brazos sobre esa camilla de masaje, con el rostro iluminado por el desafío, y había dicho que solo pensaría en darme un heredero si aceptaba todas sus condiciones.

Casi gruñí.

Podría simplemente obligarla.

Era lo que hacía con el mundo. Con proveedores, con rivales, con hombres que se atrevían a cruzarse en mi camino. Doblaba voluntades. Imponía decisiones.

El poder era un idioma que hablaba con fluidez.

Pero con ella…

Estaba fingiendo ceder el poder.

Y me parecía extrañamente divertido.

Dejar que ella creyera que estaba negociando conmigo. Que tenía algún control.

La pequeña leona mostrando los dientes.

La comisura de mi boca se levantó sola.

—Estás sonriendo —comentó Flora, sin apartar la vista de la pantalla.

— ¿Lo estoy?

— Sí.

Volvió a mojar el pincel en la pintura.

—¿En qué estás pensando?

—En negocios.

Ella se rió.

—Claro.

Sopló una suave brisa, trayendo el aroma de las flores y del césped recién cortado. Un curioso contraste con los ambientes que había frecuentado la noche anterior.

—¿Te encuentras mejor hoy? —pregunté, cambiando de tema.

Flora levantó la vista, sorprendida.

—Me siento mucho mejor. Este sol ayuda. —Respiró hondo —. Los días así hacen que mis pulmones parezcan menos pesados.

La miré un segundo más de lo que debía.

Mi hermana era la luz en una familia construida en las sombras.

—Me alegro.

Ella hizo un trazo más largo en el lienzo y luego dejó el pincel por un instante.

— ¿Quieres a Valentina?

La pregunta atravesó el jardín como un disparo.

— ¿De dónde has sacado eso?

Flora apareció junto al lienzo, limpiándose las manos con un paño.

—Es una pregunta básica.

Me reí.

— No seas tan dramática. Solo necesito un heredero.

Ella negó lentamente con la cabeza.

— Eres un pésimo mentiroso.

— No miento.

— Estás fingiendo que no te gusta.

Esta vez solté una carcajada sincera.

— Flora…

— Se te nota que sientes algo.

— ¿Sentimiento? —repetí, como si la palabra fuera extranjera. — Me casé por estrategia.

Cruzó los brazos, imitando un gesto que me recordaba peligrosamente a otra persona.

— La estrategia no te hace mirar a alguien de esa manera.

— ¿De qué manera?

— Como si estuvieras calculando y admirando al mismo tiempo.

Me quedé en silencio.

Las imágenes vinieron a mi mente sin que yo las pidiera.

Valentina vestida de rojo en el altar, destacando como el fuego en medio del jardín.

Valentina intentando estrangularme en el hotel, con los ojos llenos de furia.

Valentina en la cama, jadeando, tirando de mí para acercarme más, como si estuviera tratando de decidir si me odiaba o me devoraba.

Me reí de nuevo, pero esta vez fue más bajo.

—Te estás imaginando cosas.

— ¿Ah, sí? —ella arqueó una ceja.

Antes de que pudiera responder, unos pasos firmes atravesaron el césped.

Uno de mis soldados se acercaba.

No corría. Nunca corrían. Pero había urgencia en la forma en que mantenía los hombros tensos.

Flora se dio cuenta antes que yo.

—¿Algún problema? —preguntó, en voz baja.

El hombre se detuvo a unos metros.

—Don.

Volví la cabeza.

—Hable.

—Hemos encontrado algo que querrá ver.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Un escalofrío de alerta me recorrió la espalda.

— ¿Y qué es eso?

— Información reciente. No es algo que podamos discutir aquí.

Silencio.

El sonido de la fuente pareció más fuerte de repente.

Miré a Flora.

Ella se encogió de hombros, pero había comprensión en sus ojos.

—Puedes irte —dijo ella—. Yo terminaré más tarde.

Me acerqué a ella y le toqué suavemente el hombro.

—No te quedes mucho tiempo al sol.

Ella sonrió.

—No me trates como si fuera a romperme.

No respondí.

Me volví hacia el soldado.

— Muéstrame.

Caminamos por el jardín hacia la entrada lateral de la mansión. El contraste de temperatura fue inmediato al atravesar las puertas de cristal. El aire interior era fresco, climatizado y silencioso.

Los pasillos de mármol resonaban con nuestros pasos.

— ¿Dónde? — pregunté.

— En la sala de seguridad.

Claro.

Bajé dos tramos de escaleras hasta el ala interior donde se supervisaban las cámaras de la propiedad y de la ciudad. La puerta se abrió incluso antes de que la tocara.

Dentro, tres hombres estaban frente a las pantallas.

Cuando entré, todos se apartaron.

— Don.

— Muéstrenlo.

Uno de ellos amplió una imagen en la pantalla central.

Una grabación de la calle.

Granulada. Nocturna.

Un coche negro aparcado en un lugar apartado de la ciudad. Un hombre saliendo.

Capucha. Pasos firmes.

A pesar de la mala calidad, reconocería esa postura en cualquier parte.

Se me tensió la mandíbula.

— ¿Cuándo?

—Hace dos horas.

— ¿Dónde está ahora?

— Perdimos su rastro tras tres manzanas. Creemos que cambió de vehículo.

Ettore.

Suelto. Cerca.

Un juego de provocación.

Quería que lo supiera.

—Está poniendo a prueba los límites —murmuré.

—Sí, Don.

Me quedé mirando la pantalla unos segundos más.

Mi mente empezó a dar vueltas.

Si estaba en la ciudad, era porque quería algo. O a alguien.

Valentina.

La idea me cayó como un jarro de agua fría.

La había dejado en la empresa. Rodeada, sí. Protegida, sí.

Pero aún así, expuesta.

—Reforcen la seguridad en Rocci & Asociados —ordené—. — Sin hacer ruido.

—Ya está hecho.

—Quiero hombres de civil en los alrededores de la casa de sus padres también.

— Sí, Don.

Aparté la mirada de la pantalla.

Flora seguía ahí fuera, pintando un retrato mío como si el mundo fuera sencillo.

Valentina estaba en la empresa, creyendo que estaba librando una guerra fría conmigo.

Ettore estaba en la ciudad.

Una lenta sonrisa se dibujó en mi rostro.

Si él quería jugar, yo también sabía jugar.

—Preparen el coche —dije.

— ¿Va a salir, señor?

—No. —Me ajusté la chaqueta—. Primero voy a terminar lo que empecé en el jardín.

Me miraron, desconcertados.

—Ettore quiere que reaccione rápido. Que pierda los estribos. —Incliné ligeramente el cuello—. No le voy a dar ese placer.

Salí de la sala de seguridad con paso firme.

Subí las escaleras.

Atravesé el pasillo principal.

Cuando las puertas de cristal se abrieron de nuevo y el sol me rozó la cara, Flora seguía allí, pintando con dedicación.

Levantó la vista al verme.

— ¿Ya lo has resuelto?

—En parte.

— ¿Es un problema grave?

— Nada que no pueda controlar.

Me miró fijamente durante un segundo.

— Tienes esa expresión.

— ¿Cuál?

— La que se te pone cuando alguien comete un error grave.

Esbocé una media sonrisa.

—Quizá alguien lo haya cometido.

Volví a la posición inicial.

— Sigue.

Ella reanudó los trazos en la pantalla.

—No has respondido a mi pregunta —dijo ella, con naturalidad.

— ¿Cuál de ellas?

—Si ama a su esposa.

Miré hacia el horizonte más allá de los rosales.

Pensé en la amenaza que les había hecho a sus padres.

Pensé en la forma en que ella me desafiaba.

Pensé en la sensación de sus manos intentando estrangularme.

Pensé en cómo había dicho «puede ser» cuando negocié sexo a cambio de un contrato.

Solté una risa ahogada.

—El amor es irrelevante.

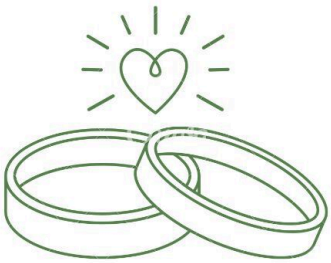
Flora suspiró.

— Descubrirás que no lo es.

Me quedé en silencio.

Quizá tenía razón.

Pero lo más probable era que «no».



CAPÍTULO 37: AROMA DELICIOSO

Valentina Rocci

El coche se detuvo frente a la mansión poco antes de que el sol desapareciera por completo tras las colinas de Calabria. La luz dorada de la tarde teñía el mármol de la fachada con un brillo casi acogedor, como si el lugar quisiera parecer menos imponente de lo que realmente era.

Respiré hondo antes de abrir la puerta.

—Gracias —le dije al conductor.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—Siempre a su disposición, señora Di Leone.

Todavía me causaba una pequeña sorpresa escuchar ese apellido asociado a mí. Hice un breve gesto con la mano y salí.

El jardín delantero se extendía vasto e impecable ante mis ojos. Senderos de piedra blanca serpenteaban entre parterres de flores meticulosamente cuidadas. Rosas rojas, lirios blancos, lavanda

que se mecía suavemente con la brisa de la tarde. Pequeñas linternas comenzaban a encenderse a lo largo del camino, preparando la propiedad para la noche.

Era precioso.

Irreprochable.

Y, sin embargo, allí dentro vivía un hombre que dirigía el tráfico de armas, las apuestas ilegales y a hombres capaces de matar sin dudarlo.

Suspiré.

A veces me sentía como dentro de un cuadro bonito para estar a salvo.

Subí los pocos escalones hasta la puerta principal y entré. El interior de la mansión estaba en silencio, pero no vacío. Había una energía constante allí, como si las paredes supieran todo lo que sucedía.

Fue entonces cuando lo sentí.

El aroma.

Hierbas frescas. Albahaca. Orégano. Tomate cocinándose a fuego lento. Algo cálido, envolvente, casi doméstico, a juego con aquel lugar.

Seguí el olor como si me arrastrara un hilo invisible.

Me llevó hasta la cocina.

Y lo que vi me hizo detenerme en la puerta.

Askanor me daba la espalda.

Llevaba solo unos pantalones oscuros y un delantal atado a la cintura. Nada más.

Tenía la espalda ancha al descubierto, con el tatuaje de la cabeza de león ocupando casi toda la parte superior. El dibujo parecía cobrar vida bajo la cálida luz de la cocina. La piel estaba ligeramente sudada, y los músculos definidos se movían con naturalidad con cada gesto.

Era alto para ese espacio. La cabeza casi tocaba el estante superior mientras se inclinaba sobre la encimera.

Parpadeé.

—¿Estás… cocinando?

Me vio por el reflejo en el cristal de la ventana sobre el fregadero. Se giró lentamente, esbozando una sonrisa despreocupada.

—¡Buenas noches, pequeña esposa!

Ignoré el comentario.

—Estás cocinando —repetí.

—Estoy haciendo lasaña.

Como si fuera lo más normal del mundo.

Se giró hacia la encimera y cogió una máquina manual para extender la masa. Giraba la manivela con firmeza, transformando la masa en tiras finas y perfectas. El movimiento era correcto. Tranquilo y seguro.

Me quedé parada, observando.

La destreza.

La paciencia.

La concentración.

Era difícil conciliar esa imagen con el hombre que mandaba y orquestaba planes brutales.

— Dudo que hayas hecho todo eso tú solo —lo provoqué.

Él soltó una carcajada ahogada.

—Aprendí de mi *madre*.

El tono cambió sutilmente cuando dijo eso.

—Era la típica italiana de pura cepa. Una cocinera de primera. Decía que un hombre que no sabe alimentar a su familia no merece mandarla.

Había algo casi respetuoso en la forma en que mencionó a su difunta madre.

Mi estómago eligió ese momento para rugir con fuerza.

Llevé la mano automáticamente al vientre, sintiendo cómo se me sonrojaba el rostro.

Askanor miró por encima del hombro, divertido.

—Por lo que parece, has llegado justo a tiempo.

Se acercó al horno y abrió la puerta.

El olor que se escapó era casi indecente de tan delicioso. Queso burbujeante, salsa espesa, masa dorada en los bordes.

No pude contener un suspiro.

La lasaña era… preciosa. Capas estructuradas, como una construcción arquitectónica comestible.

—Esta es para mis soldados —comentó él—. La de ellos ya está lista. Solo estoy calentándola.

—¿Cocinas para tus soldados?

—A veces sí. Trabajan mejor cuando están bien alimentados.

La respuesta fue sencilla, pero había algo ahí.

Lealtad construida a base de pequeños gestos.

Cogió otra fuente, más pequeña, la sacó del horno y empezó a montar un plato. Cortó un trozo generoso y lo colocó con cuidado en el centro.

Me encontré sentada a la mesa de la cocina antes incluso de darme cuenta. La mesa era larga, de madera maciza, rústica y elegante a la vez.

—¿Dónde están Flora y Marco? —pregunté, intentando parecer despreocupada.

—Han ido a una exposición de piezas raras en el centro de la ciudad.

Asentí.

Entonces solo estamos nosotros…

Él puso el plato delante de mí y, por un instante, nos quedamos cara a cara. De cerca, podía ver las pequeñas marcas en su piel. Cicatrices discretas. Historia escrita en relieve.

Askanor se llevó entonces la mano a la cintura y se desató el delantal.

Mi mirada se posó allí sin que pudiera evitarlo.

El pecho desnudo, ancho, ligeramente sudoroso bajo la luz cálida. Abdomen firme. Hombros que parecían esculpidos a mano. Se pasó la mano por el pelo, un gesto casual que no hizo más que empeorar mi situación.

El recuerdo de la noche en el hotel surgió sin previo aviso.

Su peso sobre mí. El calor. La intensidad.

Aparté la mirada de inmediato, fijándome en el plato como si fuera lo más interesante del mundo.

—¿Vino? —preguntó él.

—Sí.

Cogió una botella que estaba abierta y sirvió dos copas. El líquido rubí brilló bajo la luz.

Askanor levantó la copa.

—Por una noche agradable.

Dudé medio segundo.

Luego levanté la mía también.

—Por una tregua momentánea.

Nuestras copas chocaron con un suave tintineo.

Di el primer bocado.

Y cerré los ojos.

Era tan bueno que resultaba absurdo.

—Estás sorprendida —comentó él, observando mi reacción.

—No me lo esperaba de ti.

—¿Qué exactamente?

—Que supieras hacer algo… tan normal.

Él ladeó la cabeza.

—¿Todavía crees que solo soy lo que viste entre las sombras?

Mastiqué lentamente.

— ¿Y no lo soy?

No respondió de inmediato. Solo dio un sorbo de vino.

—Todos estamos formados por capas, mi dulce esposa. Algunas más difíciles de tragar que otras.

Miré el plato.

Capas.

Casi me reí de la ironía.

Seguimos comiendo en silencio durante unos minutos. El sonido de los cubiertos, el ligero crujir de la madera bajo nuestros movimientos, el viento nocturno que empezaba a rozar las ventanas.

No era una escena que encajara con la historia que me había inventado sobre él.

Y quizá eso era lo que más me molestaba.

Porque cuanto más mostraba esos fragmentos inesperados, más difícil resultaba mantenerlo en el papel de villano absoluto.

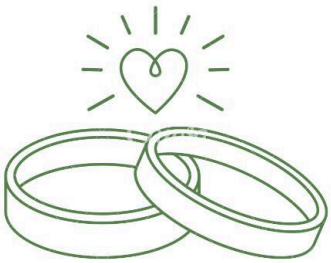
Me terminé el vino y respiré hondo.

La guerra fría aún existía.

Había que redactar el contrato.

Pero en aquella cocina, con olor a tomate fresco y queso fundido, parecía que simplemente estábamos… viviendo.

Y eso, de alguna manera, era lo más peligroso de todo.



CAPÍTULO 38: CLÁUSULAS Y MÁS CLÁUSULAS

Valentina Rocci

Después de cenar, aún sentía el sabor del vino en la lengua cuando Askanor subió al dormitorio unos minutos. Me quedé en el comedor ordenando mis pensamientos como quien apila las piezas de ajedrez antes de una partida importante.

Cuando volvió, necesité un segundo más para disimular mi reacción.

Llevaba una camisa de vestir roja.

La tela se ajustaba a sus anchos hombros, caía alineada sobre su torso firme y parecía hecha a medida para ese cuerpo increíble. El color resaltaba el tono de su piel, contrastaba con su cabello oscuro y le daba un aire provocador.

Odio admitirlo, pero le quedaba perfecta.

—Tenemos compañía —dijo, ajustándose los puños con naturalidad.

—Los abogados no son precisamente una compañía agradable —respondí, cogiendo mi copa de vino.

Él arqueó ligeramente una ceja.

—Depende de lo que esté en juego.

Caminamos hasta la sala de estar. Allí estaban tres abogados de la familia Di Leone. Dos hombres con trajes oscuros impecables y una mujer elegante, de postura firme y mirada analítica. Todos con sus MacBooks abiertos sobre la mesa de centro como armas silenciosas.

Los saludé con cordialidad.

—Señora Di Leone —dijeron casi al unísono.

Todavía no me he acostumbrado a eso.

Askanor hizo un gesto con la mano.

—Vamos al despacho.

Seguimos por el pasillo. El aire parecía más denso allí, como si las paredes conocieran cada decisión tomada en aquel espacio.

Cuando todos entraron, Askanor cerró la puerta.

El sonido seco de la madera resonó como el inicio oficial de una negociación.

Mientras los abogados se acomodaban alrededor de la gran mesa de madera oscura, mis ojos se sintieron atraídos por un cuadro en la pared lateral.

Una fotografía antigua.

Askanor estaba en el centro. Quizás diez años más joven, pero ya imponente. El padre a la derecha, serio e imponente. La madre a la izquierda, con una sonrisa suave. Flora sentada en una silla al frente, más joven, pero con esa mirada inteligente.

Él abrazaba a sus padres por los hombros.

No había arrogancia en su expresión. Solo algo… sólido.

Estabilidad.

Me sorprendí imaginando cómo era él con ellos. Si sonreía más. Si se reía a carcajadas en la mesa del comedor. Si aún cargaba sobre sus hombros las expectativas de su padre.

Tengo que preguntarle a Flora sobre eso.

Volví a la realidad cuando todos ya estaban sentados.

Askanor tomó la palabra.

—Mi esposa desea formalizar un contrato posmatrimonial.

Dijo «mi esposa» como quien reclama la posesión de un territorio recién conquistado.

Mantuve la postura erguida.

—Mi objetivo —comencé, cruzando las piernas con calma— es protegerme no solo a mí, sino también a cualquier hijo que pueda tener.

Los tres abogados asintieron y comenzaron a teclear.

El sonido de las teclas llenó el silencio como una llovizna.

La abogada fue la primera en hablar.

—Teniendo en cuenta que el matrimonio no fue precedido por un acuerdo prenupcial, el régimen aplicable actualmente es el de la comunidad legal de bienes, de conformidad con el artículo 159 del Código Civil. ¿Desea mantener este régimen o modificarlo mediante un acuerdo posterior?

Miré a Askanor antes de responder.

— Quiero establecer la separación patrimonial total para los bienes futuros adquiridos exclusivamente por mí, manteniendo bajo mi titularidad todos los activos e ingresos procedentes de mi empresa y de mis inversiones personales.

Uno de los abogados tomó nota.

El otro preguntó:

— ¿Y en cuanto a la participación social?

Respiré hondo.

— En caso de que tenga un hijo biológico de Askanor Di Leone, deseo que el 30 % de las participaciones sociales actuales del holding familiar se transfieran, en usufructo inmediato, a dicho hijo, con administración fiduciaria hasta su mayoría de edad.

Silencio.

El vino se deslizó por la garganta de Askanor con una lentitud calculada.

Me observaba.

No con sorpresa.

Con interés.

—Un treinta por ciento es ambicioso —comentó.

—Estoy pensando en el futuro de su heredero —respondí, manteniendo un tono suave.

La abogada tecleaba rápidamente.

—¿Desea usted una cláusula de reversión en caso de disolución matrimonial?

—Sí —respondí—. En caso de que el divorcio se produzca tras el nacimiento de un hijo, mantendré la tutela exclusiva de los activos que me pertenecen y el hijo conservará intacta su participación social.

Uno de los abogados se ajustó las gafas.

— ¿Y en caso de disolución sin descendencia?

Antes de que pudiera responder, Askanor intervino.

— Incluyan una cláusula penal.

Lo miré fijamente.

Él hizo girar la copa entre los dedos.

— En caso de que la iniciativa del divorcio parta exclusivamente de la señora Valentina, sin causa justificada prevista en el artículo 151 del Código Civil, se impondrá una multa compensatoria equivalente a cinco millones de euros, en concepto de daño moral e institucional a la familia Di Leone.

Los abogados teclearon sin vacilar.

Mi corazón no se aceleró.

Ya me esperaba algo así.

—Cinco millones —repetí—. Eso me parece… exagerado.

Él ladeó la cabeza.

— No me gustan los incumplimientos contractuales.

—A mí tampoco.

Di un sorbo de vino.

— Incluyan también una cláusula de autonomía residencial.

La abogada levantó la vista.

— Especifique, por favor.

— No compartiré la misma habitación ni la misma cama con el señor Askanor Di Leone mientras el presente contrato esté en vigor. La convivencia será meramente formal y pública.

El silencio se hizo más denso.

Uno de los abogados carraspeó discretamente.

Askanor apoyó los codos en la mesa.

— ¿Es eso parte de su estrategia?

—Es parte de mi dignidad.

Sonrió.

No era una sonrisa leve.

Era el tipo de sonrisa que precede a una batalla elegante.

—Añadan también —dijo, sin apartar la mirada de mí— que cualquier concepción deberá producirse mediante acuerdo previo formal entre las partes.

—Por supuesto —respondí.

La abogada tecleaba como si estuviera redactando un tratado internacional.

Empezaron a leer en voz alta los puntos principales, estructurándolos jurídicamente:

Cláusula 1 – Régimen patrimonial

Establecimiento de la separación convencional de bienes para los activos personales futuros de la esposa, de conformidad con los artículos 162 y siguientes del Código Civil.

Cláusula 2 – Protección empresarial

Mantenimiento íntegro de la titularidad de la empresa de la esposa, sin injerencia directa del marido, salvo autorización expresa.

Cláusula 3 – Participación societaria del descendiente

Transferencia del 30 % de las participaciones de la sociedad holding familiar al hijo biológico de la pareja, bajo régimen de usufructo fiduciario hasta la mayoría de edad.

Cláusula 4 – Cláusula penal por iniciativa unilateral de divorcio

Multa compensatoria de 5 000 000 € en caso de que la demanda sea presentada exclusivamente por la esposa, sin causa justificada.

Cláusula 5 – Autonomía de lecho

Reconocimiento de la no obligatoriedad de compartir la habitación conyugal.

El vino estaba a punto de acabarse.

La rivalidad flotaba en el aire como la electricidad antes de una tormenta.

— ¿Estás satisfecho? —le pregunté.

—Tengo curiosidad —respondió él.

—¿Sobre qué?

—Sobre cuánto tiempo crees que podrás mantener esta… guerra fría.

Le sostuve la mirada.

—El tiempo que sea necesario.

Los abogados terminaron la lectura preliminar.

—Enviaremos el borrador oficial para su firma en un plazo de cuarenta y ocho horas —dijo la abogada.

Askanor se levantó el primero.

—Gracias a todos.

Cerraron los ordenadores, recogieron los documentos y salieron en fila ordenada. La puerta se cerró de nuevo.

Silencio.

Nos quedamos solos...

La luz de la oficina era cálida en ese momento.

Él caminó lentamente hacia mí.

Me quedé sentada.

—Eres más estratégica de lo que imaginaba —dijo él.

—Y tú eres más predecible de lo que me gustaría.

Apoyó las manos en la mesa, inclinándose ligeramente.

—Cinco millones no son nada para mí.

—Entonces espero que nunca tengas que pagarlos.

Se le escapó una pequeña risa.

— ¿Sabes que podrías simplemente exigir lo que quieres?

—Lo sé.

— Y aun así eliges negociar.

Me levanté lentamente, quedándome a pocos centímetros de él.

—Porque quiero que sientas que estoy eligiendo quedarme.

Sus ojos se oscurecieron un poco.

— ¿Y te quedas?

Di un paso atrás.

—Buenas noches, Askanor.

Me di la vuelta y caminé hacia la puerta.

Antes de salir, miré por encima del hombro.

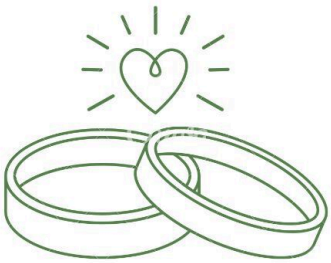
— Ah… y no intentes entrar en mi habitación.

La sonrisa que me dedicó no era la de alguien que había perdido una batalla.

Era la de alguien a quien le encantaba el juego.

Subí las escaleras sintiendo el peso del anillo en el dedo y la extraña sensación de que, aquella noche, nadie había ganado.

Y quizá eso era precisamente lo que hacía que todo fuera tan peligroso.



CAPÍTULO 39: EL BOSQUE DENS

Valentina Rocci

Me desperté con la sensación de que alguien estaba martilleando suavemente el interior de mi cráneo.

No era un dolor lo suficientemente fuerte como para derribarme, pero era persistente. Me latía detrás de los ojos, como un discreto recordatorio de las dos copas de vino que se convirtieron en tres… quizá cuatro.

Cerré los ojos por un instante, tratando de ordenar los recuerdos de la noche anterior. El contrato. Los abogados. La camisa roja. La forma en que él sonreía como si se estuviera divirtiendo con cada cláusula que yo imponía.

Suspiré y me senté en la cama.

La habitación de invitados estaba iluminada por una suave luz matutina. Caminé hasta la ventana y corrí las cortinas. El día parecía recién lavado. El cielo azul claro, sin una sola nube, y el jardín trasero extendiéndose como una alfombra viva.

Fue entonces cuando la vi.

Flora estaba bajo un árbol frondoso, sentada frente a un caballete. El vestido claro contrastaba con el verde intenso del césped. El pelo le caía suelto por la espalda mientras inclinaba la cabeza para observar lo que pintaba.

Había algo etéreo en aquella escena.

Me cambié rápidamente, me recogí el pelo a toda prisa y salí de la habitación. Bajé las escaleras en silencio y atravesé la casa, aún tranquila a esa hora. El aroma del café llegaba desde la cocina, pero seguí hacia la parte trasera.

El camino de piedras que atravesaba el jardín estaba ligeramente húmedo por el rocío. El aire olía a tierra calentada por el sol naciente. A medida que me acercaba, pude oír el suave sonido del pincel deslizándose sobre el lienzo.

—Buenos días —dije.

Flora volvió la cara y sonrió.

—Buenos días, Valentina.

Dejó el pincel delicadamente sobre la paleta y se apartó un poco del caballete.

Solo cuando llegué a su lado pude ver el cuadro con claridad.

Era un bosque.

Pero no un bosque cualquiera.

Los árboles se disolvían en formas alargadas, casi líquidas. Tonos de verde intenso se mezclaban con manchas doradas y sombras azuladas. No había contornos rígidos, solo sensación. Como si el bosque respirara.

—Es… precioso —murmuré, sincera.

Flora ladeó la cabeza, observando mi reacción.

— ¿Siempre dices lo que piensas?

—No siempre. Pero ahora sí.

Ella se rió entre dientes.

—Estoy intentando plasmar la idea de protección y amenaza en el mismo espacio.

La miré fijamente.

— Tú puedes.

Ella me miró de reojo.

— ¿Cómo estás hoy?

— Con dolor de cabeza. Demasiado vino.

—Mi hermano tiene esa tendencia.

Puse los ojos en blanco ligeramente.

—Ya me he dado cuenta.

Flora limpió el pincel con cuidado.

— Y bueno… ¿ya te has enamorado de él?

Solté una risita.

— Vaya, qué directa.

— Así soy yo.

Crucé los brazos.

—Estamos intentando llevarnos bien.

Ella levantó una ceja, divertida.

—¿Intentando?

—Es un proceso.

Volví a mirar el cuadro antes de añadir:

—Me sorprendió descubrir que él cocina. Y muy bien.

La sonrisa de Flora cambió. Se volvió más suave.

— Nuestra madre le enseñó a cocinar.

Hubo una breve pausa.

—Y nuestro padre le enseñó a matar.

Las palabras flotaron en el aire como una fina hoja.

Volví el rostro hacia ella.

El tono no fue dramático. Fue seco y ácido.

Flora pareció darse cuenta.

— Lo siento —dijo, dejando el pincel en el caballete—. A veces no me mido.

—No tienes por qué disculparte.

Pero, de hecho, me había sorprendido.

Se levantó lentamente.

— ¿Damos un paseo?

Asentí con la cabeza.

Caminamos por el jardín trasero. La hierba suave bajo nuestros pies. Ella descalza y yo con sandalias.

— Ayer vi un cuadro en la oficina —comenté—. Vosotros cuatro. Tu padre, tu madre… tú y Askanor.

Flora miró al frente, no a mí.

— Hace diez años.

—Parecían… unidos.

Ella soltó un pequeño sonido que no era exactamente una risa.

—Nací enferma, Valentina. Frágil. Siempre en hospitales. Siempre necesitando cuidados.

La escuchaba con atención.

—Mis padres nunca supieron cómo lidar conmigo. El amor exige energía. Y ellos estaban demasiado ocupados tratando de mantener un imperio en pie.

Se detuvo un instante, acariciando la punta de una flor blanca.

—Pero Askanor… él siempre me cuidó. Siempre.

Había peso en esa palabra.

— Esas son palabras muy fuertes —dije con cautela.

Ella volvió el rostro hacia mí. La mirada seria y penetrante.

Luego sonrió, pero la sonrisa no llegó a alcanzar del todo sus ojos.

—Son palabras sinceras. Tú, Valentina, parece que siempre has sido querida por tus padres. Nunca entenderás lo que yo siento.

Me quedé en silencio.

No porque estuviera en desacuerdo.

Sino porque quizá ella tenía razón.

Caminamos unos pasos más antes de que yo reuniera el valor.

— ¿Cómo se convirtió él en el cabeza de familia?

Flora se detuvo.

Miró sus propios pies descalzos hundiéndose ligeramente en la hierba.

Sonrió.

Pero era una sonrisa diferente.

—A nuestro padre lo mató uno de nuestros tíos.

Se me hizo un nudo en el estómago.

— ¿Una disputa interna?

—Siempre lo es.

Ella alzó la vista hacia el horizonte.

—Marco ejecutó al tío poco después. Siempre fue leal a mi hermano.

Absorbía cada palabra.

— Nuestra madre… — Flora respiró hondo. — Cayó en una profunda depresión. Dejó de comer. Dejó de salir de su habitación. Dejó de existir, poco a poco.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Murió de inanición.

El viento pareció más frío en ese momento.

—Askanor aún era joven. Muy joven. Y, de repente, tuvo que hacerse cargo de todo. Negocios. Lealtades. Enemigos.

Ella volvió a caminar, más despacio.

—Vivíamos con armas apuntándonos a la cabeza. Dormíamos sabiendo que cualquier ruido podía ser la venganza llamando a la puerta.

Me imaginaba al chico de la foto, alto para su edad, intentando ocupar un espacio que no estaba hecho para adolescentes.

—Fue entonces cuando se convirtió en lo que es hoy —continuó Flora—. Cruel para proteger a los pocos a los que ama.

Me miró con una intensidad silenciosa.

—Soy frágil. Si no fuera por mi hermano, ya estaría muerta en esta selva.

La palabra «selva» resonó en mi mente.

De repente, tosió.

No fue una tos leve.

Fue profunda. Forzada.

—¿Flora? —Di un paso adelante—. ¿Estás bien?

Ella esbozó una sonrisa forzada.

—Sí.

Pero el color de su rostro se volvió un poco más pálido.

Antes de que pudiera insistir, una empleada de la casa apareció corriendo por el camino.

—Señorita Flora, ha llamado el médico… —comenzó a decir, jadeando.

Flora levantó la mano con delicadeza.

—Ya voy.

Se volvió hacia mí.

—Ahora necesito descansar.

Se notaba un cansancio real en su voz.

— Seguiremos más tarde —añadí.

Ella asintió.

— ¿Valentina?

— ¿Sí?

— Él no está hecho solo de sombras.

La miré a los ojos.

—Lo sé.

Ella esbozó una sonrisa tímida y discreta.

Y luego se alejó acompañada de la criada, caminando lentamente hacia la mansión.

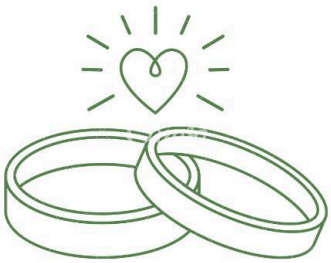
Me quedé allí, sola en el jardín, con el sol saliendo y la historia de Askanor dando vueltas en mi cabeza.

Cruel para proteger a los pocos a quienes ama.

Miré la inmensa casa que tenía delante.

Quizá estaba intentando aprender a lidiar con ese león.

Pero ahora empezaba a comprender que, antes de eso, no había sido más que un niño que soportaba el peso del mundo mientras aprendía a no mostrar miedo.



CAPÍTULO 40: HASTA QUE SALGA SANGRE

Askanor Di Leone

El sonido del impacto fue seco.

Ritmo.

Respiración.

Impacto de nuevo.

El ring ocupaba el centro del hangar como una isla iluminada en medio de la penumbra industrial. Las lámparas que colgaban del techo creaban círculos de luz amarillenta sobre las cuerdas rojas. El resto era hormigón, hierro y silencio.

Solo nosotros dos allí.

El profesor y yo.

Avanzaba con una velocidad sorprendente para la edad que tenía. Hombros compactos, postura firme, ojos atentos como los de un depredador paciente. Yo me apartaba, giraba el cuerpo, dejaba que el golpe pasara rozando el aire.

Contraataque.

Mi directo golpeaba su protector con la fuerza suficiente para hacerle dar dos pasos atrás.

—Mejorando—, murmuraba, recuperando la guardia.

Lo observé con mayor concentración.

Avancé.

Dos jabs más. Un cruzado. Un gancho a las costillas.

El cuero de los guantes rojos chasqueaba con cada impacto. El sudor ya me resbalaba por la sien. El aire entraba y salía con dificultad.

No era un principiante.

Luchaba desde que aprendí a levantar los puños.

Él fingía una apertura. No caí en la trampa. Cambiaba el ángulo, atacaba por abajo, le daba en el abdomen. Él lo aguantaba bien, pero lo notaba.

—¡Otra vez! —me provocaba.

Yo avanzaba.

Era intenso. Era limpio. Era terapéutico.

Durante unos minutos, no existían los contratos. No existían los herederos. No existía Valentina con esa mirada desafiante que me hacía querer reír y apretarle la cintura al mismo tiempo.

Solo impacto.

Hasta que, en un rápido giro, vi movimiento fuera del ring.

Marco.

Postura erguida. Traje oscuro impecable, como si el hormigón y el sudor no se atrevieran a tocarlo. Las manos a la espalda. Observando.

Levanté la mano.

— Tiempo.

El profesor asintió, respirando hondo.

Me acerqué al borde del ring mientras me quitaba los guantes. El velcro se desprendía con un sonido áspero. Los tiré al suelo, dentro del ring. Me limpié la frente con el dorso de la mano.

Salté fuera de las cuerdas.

— ¿Qué hay de nuevo?

Marco no se andaba con rodeos.

— El investigador policial Oswaldo Rocci está investigando la empresa de reciclaje de los Di Leone.

Sonreí.

No fue una gran sonrisa. Una casi imperceptible.

— Oswaldo es un buen padre.

Crucé los brazos.

— Solo quiere cuidar de su hija. Solo se le ha olvidado el detalle de que ahora es mi esposa. Mi Valentina.

Marco ladeó ligeramente la cabeza.

— Si indaga demasiado, puede acabar con la boca llena de hormigas. Y no por culpa de los Di Leone.

Le sostuve la mirada.

Sabíamos de lo que hablaba.

Hay depredadores dispuestos a protegerme para mantener todo en orden.

Asentí con la cabeza.

— Yo me encargaré de eso.

Mi voz sonó baja y firme.

— Sé que lo harás, Don.

— No permitiré que nadie le haga daño a la familia de Valentina.

Marco me miró a la cara un segundo más de lo habitual.

Luego cambió de tema.

—Me ha contactado el hampa.

El ambiente pareció volverse más denso.

Volví a cruzar los brazos.

— Vaya… Vaya…

— Todavía no me han dicho el motivo. Pero están inquietos. La ausencia de Ettore ha dado pie a movimientos.

Claro que lo ha hecho.

Cuando un tiburón desaparece, los más pequeños empiezan a poner a prueba los límites.

Me quedé en silencio unos segundos.

Calculando.

Reflexionando.

El profesor, dentro del ring, observaba, respetuosamente apartado.

—Adelante —dije al fin.

Marco asintió una sola vez.

Se giró hacia la puerta metálica del almacén.

Antes de que tocara el pomo, mi voz le alcanzó.

— ¿Por qué aceptaste ser mi consejero, Marco?

Se detuvo.

Con la mano a pocos centímetros del pomo.

Volvió la cara lentamente.

Había algo en su mirada que rara vez se veía. Algo que no era ironía ni cálculo.

Una sonrisa contenida.

—No tengo por qué responder a esa pregunta.

Y entonces salió.

La puerta se cerró con un sonido grave.

El galpón volvió a quedar casi en silencio.

El profesor carraspeó.

— ¿Seguimos?

No respondí.

Caminé hasta la esquina donde estaba el maniquí de entrenamiento. Un cilindro pesado, recubierto de cuero grueso, sujeto al techo con cadenas.

Pasé junto a él lentamente.

El hormigón bajo mis pies aún tenía marcas de antiguas salpicaduras de sudor y quizá algo más.

Respiré hondo.

Sin guantes.

Apreté los puños.

El primer golpe fue seco.

El dolor subió inmediatamente por los nudillos de los dedos.

El segundo fue más fuerte.

El tercero, aún más.

El sonido cambió.

Sin la amortiguación de los guantes, mis huesos encontraban resistencia directa. El impacto resonaba por el brazo hasta el hombro.

No bajaba el ritmo.

Atacaba.

Directo. Gancho. Cruzado.

El muñeco se balanceaba violentamente.

Las cadenas chirriaban.

Pensaba en Oswaldo Rocci investigando mi empresa.

Pensaba en Ettore, que aún respiraba en algún lugar.

Pensaba en Valentina diciendo que aquello había sido un lapsus.

Que nunca se repetiría.

Sonreí para mis adentros.

Golpe.

Ella quería un contrato.

Quería negociar como si estuviera ante un empresario cualquiera.

Golpe.

No entendía que yo siempre le daba la ilusión de poder elegir.

Trampa.

Pero, aun así, sentí curiosidad.

¿Qué exigiría ella?

Protección económica.

Independencia.

Distancia en la cama.

Podría obligarla a todo.

Como hacía con todas.

Pero era divertido dejar que creyera que tenía poder.

Golpe.

El cuero empezó a ceder.

Apareció una fina línea en la superficie del muñeco.

Aumenté la fuerza.

El dolor en las manos era real. La piel empezaba a abrirse en los nudillos. El calor de la sangre se mezclaba con el sudor.

Otro golpe.

La grieta se agrandó.

Otro más.

El cuero se rasgó en un punto. El relleno interior empezó a asomar.

No paré.

Había algo casi hipnótico en el ritmo de la violencia.

El mundo se simplificaba cuando todo se reducía a impacto y resistencia.

Mi respiración se hacía más pesada.

La sangre ahora resbalaba por mis dedos, dibujando líneas rojas sobre el cuero oscuro.

No sentía la necesidad de parar.

Pensé en Flora bajo el árbol.

Pensé en lo que diría si me viera ahora.

Cruel para proteger a los pocos a quienes ama.

El profesor dio un paso al frente.

— Ya basta.

No le hice caso.

Otro golpe.

El muñeco se balanceó violentamente.

El desgarro se agrandó.

Sentí cómo la piel se abría del todo sobre el dedo índice de la mano derecha.

La sangre cayó en gotas más densas.

Una.

Dos.

Tres.

Respiré hondo.

Me detuve.

El muñeco seguía balanceándose lentamente, como si estuviera mareado.

Miré mis manos.

Heridas abiertas.

Un rojo vivo que contrastaba con el tono de mi piel.

El profesor me tendió una toalla.

No la cogí.

Dejé caer los brazos a los lados del cuerpo.

El cobertizo volvió a quedar en silencio.

Una gota resbaló por la punta de mi dedo y cayó al suelo de hormigón oscuro.

Luego otra.

El sonido era imperceptible.

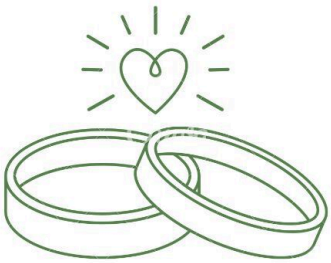
Pero yo lo oí.

Cada gota marcaba el suelo como una firma.

Protegería lo que era mío.

Aunque, para ello, tuviera que romperlo todo a mi alrededor.

Incluso a mí mismo.



CAPÍTULO 41: EL INTERROGATORIO DE MI PADRE

Valentina Rocci

Salí de la empresa con los hombros tensos y la cabeza llena de pensamientos.

Había sido un día largo. Demasiadas miradas y cuchicheos. El anillo brillaba en mi dedo como si tuviera vida propia, llamando la atención incluso de quienes fingían no darse cuenta.

—¿Has visto cómo los de finanzas casi se caen de la silla al verte? —comentó Gibriela a mi lado, riendo en voz baja mientras caminábamos hacia la salida.

—Yo también casi me caigo —respondí, ajustándome el bolso al hombro—. Casarme de la noche a la mañana quizá no haya sido… discreto.

Ella me lanzó una mirada de reojo.

—¿Quizás?

Iba a responder cuando lo vi.

Él estaba allí.

Con los brazos abiertos.

Postura firme, el pelo ligeramente canoso al viento de la tarde de Calabria, la misma sonrisa que conocía desde niño.

— ¿Papá?

No lo pensé y corrí.

Prácticamente me lancé a sus brazos, sintiendo ese abrazo fuerte, seguro, el olor familiar a café y colonia discreta. Le di un beso en la mejilla, abrazándolo con fuerza como si volviera a tener ocho años.

—¿Qué hace usted aquí? —le pregunté, sin soltar su rostro entre mis manos.

Oswaldo Rocci sonrió con esa tranquilidad que siempre me derretía.

—He venido a ver a la única hija que tengo.

Mi corazón hizo algo extraño dentro de mi pecho.

Gibriela se acercó, sonriendo educadamente.

—Señor Rocci, es un placer conocerlo por fin.

—El placer es mío —respondió él, estrechándole la mano con firmeza—. Usted debe de ser la famosa Gibriela.

Ella abrió mucho los ojos.

— ¿Famosa?

—¡Mi hija siempre habla de usted!

Puse los ojos en blanco.

—No exageres, papá.

Gibriela se rió.

— Os voy a dejar a los dos para que ponáis al día la charla. Luego me lo cuentas todo —me susurró, guiñándome un ojo antes de despedirse.

Me quedé a solas con mi padre.

Él me observó con atención. No solo como padre.

Como policía.

Como un hombre acostumbrado a fijarse en los detalles.

— ¿Va todo bien? —preguntó.

Esbocé una leve sonrisa.

—Sí. Solo ha sido un día ajetreado.

— Me lo imagino.

Señaló con la cabeza la calle que teníamos delante.

— ¿Tomamos un café?

Asentí con la cabeza.

Caminamos uno al lado del otro hasta una cafetería cercana. El local tenía mesas al aire libre, sombrillas blancas y ese aroma irresistible a granos recién molidos.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana.

— ¿Y mamá? —pregunté, apoyando los codos sobre la mesa. — ¿Cómo está?

Su rostro se suavizó.

—Ha empezado clases de repostería.

Sonreí de verdad.

— ¿En serio?

— Sí. Dice que siempre quiso aprender a hacer pasteles de alta repostería. Ahora se pasa toda la noche cubierta de harina y feliz.

Me imaginé a mi madre con un delantal, concentrada en decorar un pastel.

—Por fin está haciendo algo por ella —murmuré.

Una camarera se acercó con una libreta.

— Un capuchino, por favor —pedí.

— Café solo. Sin azúcar —dijo mi padre.

Cuando ella se alejó, se hizo el silencio durante unos segundos.

Él me observaba.

Lo sabía.

—Bueno —comenzó él—. La vida de casada.

Respiré hondo.

—Papá…

—Me sorprendió —continuó, con calma—. Nunca me dijiste que estabas saliendo con él.

Me miré las manos.

El anillo brilló bajo la luz de la tarde.

—Todo fue muy rápido —respondí—. Nosotros… apenas nos conocemos, en realidad.

Levantó ligeramente una ceja.

—¿Apenas se conocen?

—Estamos conociéndonos.

Cruzó los brazos.

— ¿A gustarnos?

Las bebidas llegaron en ese momento. La camarera puso mi capuchino delante, con la espuma dibujada en forma de hoja. Su café solo desprendía un vapor discreto.

Esperamos a que se alejara.

— Sí —dije, cogiendo la taza con cuidado—. Estoy aprendiendo a que me guste.

Mi padre no tocó el café.

— El matrimonio se basa en el amor, Valentina. El gusto suele llegar mucho antes del altar.

Sentí el peso de la frase.

Le toqué la mano sobre la mesa.

—Confía en mí.

Él me devolvió el gesto y me tomó la mano.

—Confío en ti.

Hubo una pausa.

— Pero no confío en él.

Sentí un nudo en el estómago.

Vi, como un incómodo destello, a Askanor diciendo con frialdad que mataría a mis padres si no aceptaba.

Sentí una punzada de repulsión atravesarme el pecho.

Pero, junto a ella, vino otra imagen.

Flora descalza sobre la hierba.

La historia del padre muerto.

La madre consumida por la enfermedad.

Un joven obligado a sostener un imperio mientras apuntaban armas a la cabeza de su propia hermana.

—Si quieres —continuó mi padre—, nos vamos ahora mismo. Te subes al coche conmigo. Olvídate de todo eso de la boda. El resto lo resolvemos después.

Levanté la vista.

Hablaba en serio.

Siempre hablaba en serio cuando se trataba de mi seguridad.

Negué con la cabeza lentamente.

— Siento que tengo que quedarme.

Él frunció el ceño.

— ¿Por qué?

Buena pregunta.

¿Por qué?

¿Porque me amenazaron?

¿Porque me obligaron?

¿Porque mi orgullo no acepta huir?

¿O porque, en medio de toda esa oscuridad, hay algo que aún no he comprendido del todo?

—Porque quiero entenderlo —respondí, al fin—. Quiero darle una oportunidad a mis propios sentimientos.

Él ladeó ligeramente la cabeza.

— ¿Sentimientos?

Pensé en la noche en el hotel.

En la forma en que me tocó, no con brutalidad, sino con intensidad. Como si quisiera marcarme y, al mismo tiempo, protegerme.

Pensé en la lasaña.

En el cuidado del hogar.

En cómo me dijo que no era su intención hacer daño a mis padres.

Aunque los hubiera herido.

—No es sencillo —murmuré.

—Sé exactamente lo que es —replicó mi padre, con voz más firme.

El investigador estaba allí ahora.

No solo mi padre.

— ¿Está investigando su empresa de reciclaje? —pregunté, tratando de mantener un tono despreocupado.

No apartó la mirada.

—Estoy investigando todo lo que parece sospechoso en la región.

Mi corazón se aceleró.

—Papá…

— Hago mi trabajo.

— Y necesito que no hagas nada precipitado.

Él entrecerró los ojos.

— ¿De qué tienes miedo?

De todo.

De ti.

De él.

De que Ettore siga en libertad.

Pero yo solo respiré hondo.

—Me da miedo que esta guerra no sea tuya.

Él se recostó en la silla.

— ¿Y de quién es?

Silencio.

No podía decir que ya existía una guerra.

Que había nombres que se susurraban en los bajos fondos.

Que Askanor había prometido proteger a la familia Rocci.

—Sé cuidarme sola —dije.

Él soltó un suspiro.

—Siempre has sido terca.

Sonreí levemente.

—¿De quién lo he aprendido?

Él también sonrió.

Pero la tensión seguía ahí.

—Ese hombre —dijo él, en voz más baja—, ¿te pisotearía si le conviniera?

La pregunta quedó suspendida entre nosotros.

Pensé en la amenaza.

Pensé en la sonrisa sarcástica.

Pensé en la forma en que había dicho que yo era una leona.

—No lo sé —respondí, sincera.

Mi padre cerró los ojos por un segundo.

—Eso ya es una respuesta preocupante.

Volví a tocarle la mano.

—No soy frágil. Lo sabes, papá. No me criaste para ser frágil.

—Nunca he dicho que lo seas.

— Entonces confía en que estoy eligiendo quedarme.

Me miró fijamente durante un buen rato.

Luego asintió, lentamente.

—Confío en mi hija.

Hubo una pausa.

— Pero seguiré vigilando a tu marido.

No pude evitar sonreír.

—De eso no tengo ninguna duda.

Finalmente cogió el café solo y le dio un sorbo.

— ¿Y él sabe que estoy aquí?

—No —respondí.

—Genial.

Tragué saliva.

— Papá…

— Tranquila. No he venido a buscar pelea. Solo… quería verte.

Se me oprimió el pecho.

Me levanté y rodeé la mesa, abrazándolo por un lado.

Me atrajo hacia él y me besó en la coronilla, como solía hacer cuando era pequeña.

—Siempre serás mi chica —murmuró.

Cerré los ojos por un instante.

Pero, cuando me aparté, algo dentro de mí había cambiado.

No quería huir.

Quería entender.

Quería conocer al hombre que se escondía tras las sombras.

El niño que había aprendido a cocinar con su madre y a matar con su padre.

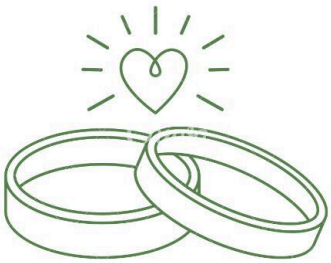
El jefe que amenazaba con frialdad.

El marido que me llamaba leona.

Todavía lo odiaba por ciertas cosas.

Pero también quería descubrir si había algo ahí que valiera la pena salvar.

Y tal vez, solo tal vez, esa fuera la decisión más peligrosa que había tomado nunca.



CAPÍTULO 42: UNA PROMESA

Askanor Di Leone

La noche envolvía la mansión como un manto espeso, silencioso y cómplice.

Las luces exteriores dibujaban largas sombras sobre el jardín, y el viento que venía del mar traía el aroma salado que siempre me recordaba que Calabria era tan hermosa como peligrosa.

Entré por la puerta principal quitándome los guantes de cuero. El eco de mis pasos atravesó el amplio vestíbulo, subió por las escaleras curvas y se extendió por los pasillos.

—¿Dónde está Flora? —pregunté, entregándole el abrigo a Carmela.

La ama de llaves se ajustó las gafas con delicadeza.

—Ya está acostada, señor. Se pasó toda la tarde pintando en el jardín trasero. Quedó exhausta.

Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de mis labios.

Flora tenía esa capacidad de transformar la guerra en acuarela.

—Asegúrese de que descanse.

Subí las escaleras sin prisa. Cada escalón parecía absorber el peso del día. Las decisiones. Los movimientos en los bajos fondos. Las piezas se movían en tableros invisibles.

Y, entre todos esos pensamientos, ella.

Valentina.

Abrí la puerta del dormitorio. El amplio espacio, revestido en tonos oscuros, parecía aún más grande bajo la suave iluminación de las lámparas de pared.

Entré en el baño. Dejé mi ropa sobre el cesto.

La ducha caliente comenzó a caer sobre mí como una lluvia disciplinada. El agua resbalaba por mis hombros, bajaba por mi pecho y se llevaba el olor a pólvora imaginaria y contratos silenciosos.

El vapor subía rápidamente, cubriendo el espejo de niebla.

Cerré los ojos por un instante.

El recuerdo de la noche en el hotel volvió como una llama discreta, pero persistente.

La forma en que me miraba, desafiante y, sin embargo, vulnerable.

La forma en que su cuerpo respondía al mío.

No fue solo deseo.

Fue reconocimiento.

Abrí los ojos.

El agua seguía caliente.

Me pasé la mano por el pelo, dejando que los mechones castaños cayeran hacia atrás.

Fue entonces cuando lo oí.

Un sonido.

Sutil.

La puerta de la habitación abriéndose.

Cerré el grifo de inmediato.

El silencio que siguió fue intenso.

Cogí la toalla azul oscuro y me la enrollé en la cintura, saliendo del plato de ducha mojada. Mis pies golpearon con firmeza el mármol del baño.

Atravesé el vapor y llegué al dormitorio.

La puerta estaba cerrada.

Apreté los puños.

Había alguien allí.

Caminé despacio, atento al más mínimo movimiento.

Fue entonces cuando sentí una presencia a mi derecha.

Sin dudar, avancé y agarré el brazo de quien estaba allí, con la mano aún húmeda rodeando la delicada piel.

Ella se sobresaltó.

Valentina.

Tenía los ojos muy abiertos, el pelo cayéndole sobre los hombros como una cascada oscura.

La solté de inmediato.

—¿Qué haces aquí?

Respiraba con dificultad.

— Lo siento… no debería haber entrado sin avisar.

Bajó la mirada por un segundo.

Se detuvieron.

En el bulto oculto bajo la toalla.

Sus mejillas adquirieron un tono rosado que no pasó desapercibido.

Ella apartó la mirada, claramente avergonzada.

Sonreí.

— ¿Has venido a hablar de contratos o… de algo más interesante?

Me lanzó una mirada que mezclaba indignación y valentía.

— Hice lo que querías. Me casé contigo.

La firmeza de su voz contrastaba con el rubor que aún marcaba su rostro.

—Estoy dispuesta a cumplir con mi papel. A darte un heredero.

Mi sonrisa se desvaneció lentamente.

Ella continuó:

— Pero quiero que me prometas una cosa.

Di un paso hacia ella.

— ¿Qué más?

—Que nunca harás daño a mis padres. Aunque mi padre siga investigándote.

Hubo un breve silencio.

Podría haber hecho preguntas.

Podría haber exigido algo a cambio.

Pero no lo hice.

Asentí con la cabeza.

— Te lo prometo.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Así?

—En mi mundo, las promesas son poco frecuentes. Pero cuando hago una, se convierte en ley.

— ¿De verdad?

—Nunca rompo una promesa, mi *dulce* esposa. Jamás.

— O… Gracias…

Mantuve la mirada fija en la suya.

—Tu familia ahora es también la mía. Los protegeré. Como te protejo a ti. Como protejo a Flora.

Sus ojos se suavizaron.

La sonrisa que se dibujó en su rostro fue sincera.

No fue estratégica.

No forzada.

Parecía aliviada.

Y eso me conmovió de una forma inesperada.

Aproveché la cercanía.

Le sostuve la cara con una de mis manos, aún húmeda, y la besé.

No hubo resistencia.

Ella no se echó atrás.

Sus dedos tocaron mi rostro mojado, se deslizaron por mi mandíbula.

El beso comenzó firme, decidido.

Luego se intensificó.

Los cuerpos se acercaron casi instintivamente, como si ya supieran el camino.

Ella me sujetó por los hombros.

Yo la atraje por la cintura.

El calor de su piel contrastaba con la humedad de la mía.

Caminamos a ciegas por la habitación, sin interrumpir el beso.

Mis manos exploraban el contorno de su espalda, sintiendo su respiración agitada.

Ella murmuró mi nombre entre un beso y otro.

La firmeza que conocía en ella empezaba a disolverse en algo más vulnerable.

La levanté con facilidad y la coloqué sobre la mesa alta junto a la ventana.

El movimiento hizo que se cayera una maceta de plástico.

El objeto cayó al suelo y se partió en dos pedazos.

Ninguno de los dos miró.

El sonido no fue más que un detalle irrelevante.

Mis manos la sujetaron por la cintura con más firmeza.

Sus labios bajaron por mi cuello.

Sentí un escalofrío recorrer mi piel.

Había algo diferente aquella noche.

No era solo atracción.

No era solo un deber.

Era una elección.

Ella eligió quedarse.

Decidió confiar.

Y eso tenía su peso.

Aparté mis labios de los suyos lo justo para mirarla a los ojos.

—¿Estás segura de lo que quieres?

Ella no dudó.

—Quiero conocer al hombre que se esconde tras las sombras.

Sus palabras me golpearon como ningún golpe lo había hecho jamás.

La mayoría de la gente quería alejarse de mis sombras.

Ella quería atravesarlas.

Mis manos se deslizaron por sus muslos, sin prisa.

La besé de nuevo, esta vez más despacio, como si cada segundo fuera una firma silenciosa de algo más grande que el deseo.

La toalla empezó a aflojarse en mi cintura.

Ella se dio cuenta.

Sus ojos brillaron con una mezcla de nerviosismo y curiosidad.

Pero no hubo huida.

Solo acercamiento.

La sujeté con firmeza y la volví a atraer contra mi cuerpo.

El mundo exterior podía seguir conspirando.

El inframundo podía susurrar amenazas.

Nada más importaba ahora.

—¡Estás todo mojado! —dijo ella sonriendo.

Y fue la sonrisa más hermosa que vi en ese hermoso rostro.

—Espero que tú también te mojes —le susurré al oído, mientras sentía cómo mi miembro se endurecía cada vez más.

◆ ◆ ◆

Aviso

A continuación hay una escena de sexo que contiene descripciones. Si no quieres leerla, te sugiero que pases al siguiente capítulo.

◆ ◆ ◆

Mesmo con la entrada de Valentina empapada, la penetración no fue tan fácil. Ella arqueó el cuerpo hacia delante y puso las manos en mis muslos como si intentara detenerme por un momento. Su mirada era una mezcla de confusión y deseo.

Le agarré el cuello y dejé escapar una sonrisa, obligando a mis piernas a seguir adelante.

Valentina clavó las uñas en mi pierna mientras yo seguía avanzando y sentía cómo mi polla se dilataba dentro de ella. Su boca se abría y se cerraba como un pez fuera del agua. Parecía una mezcla de dolor y placer.

Apretó los dientes y maldijo, levantando los brazos y agarrándose a mi pecho, con los dedos abriéndose camino entre el escaso vello. Sentía cómo los piercings avanzaban cada vez más.

Parecía que el metal dentro de su coño lubricado le causaba molestias, porque con cada centímetro que penetraba, mi mujer temblaba.

Con un movimiento brusco, saboreando su rostro temeroso, la penetré con más fuerza y Valentina gimió alto, golpeando mi pecho con fuerza. Sonreí y ella me agarró las mejillas.

—¡Oye! ¡Ten cuidado, león!

La cogí en brazos y la llevé a mi enorme cama. Estaba limpia y ordenada, pero necesitaba un buen desorden.

Valentina se dejó caer sobre la cama y me miró jadeando mientras nuestros labios quedaban a pocos centímetros de distancia. Le tiré de las piernas con fuerza y le di una palmada en el trasero.

Ella se retorció, sintiendo cómo parte de mi pene se le escapaba y volvía con ímpetu. Esta vez ni siquiera esperé a que se acostumbrara a los piercings.

—¡Joder! —maldijo, abrazándome mientras la penetraba frenéticamente.

Valentina suspiraba, sus pechos se balanceaban bajo mi cuerpo. Su cuerpo intentaba acostumbrarse al tamaño y al grosor, mientras su coño no podía dejar escapar el aire por la presión.

Me miró con la boca aún abierta y seca, gimiendo o intentando entender lo que estaba pasando. Mi recién casada estaba cada vez más mojada.

Seguramente nunca había sentido un pene como el mío. Estaba demasiado apretada.

Le temblaban las manos mientras tiraba de la sábana. Gimió de nuevo al intentar girar la cara y la besé. Por un instante salí de dentro de ella, y Valentina dejó de besarme. Me miró fijamente y nos quedamos allí… En silencio.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con los labios temblorosos de placer.

Parecía confundida, sintiendo el vacío que dejé en su estrecha vagina.

Esbocé una sonrisa pícara y suspiré en su oído, erizándole el vello.

—Prepárate…

Sin perder ni un segundo más, la penetré con fuerza y ella gritó, clavando las uñas. Un grito de dolor, lo sé. Pero sus espasmos demostraban más que eso.

Valentina estaba empezando a entenderlo.

La giré de lado en la cama y la follé sujetándole el pezón derecho. Ella giró la cabeza hacia un lado mientras su coño se empapaba cada vez más.

Estiré una de mis manos y bajé hasta su clítoris mientras la penetraba de espaldas a mí. Valentina pasó los brazos por detrás de

mi cuello, acariciándome el pelo mientras la masturbaba y la penetraba.

Los pezones rosados y endurecidos se balanceaban con vehemencia, y su gemido llenaba todo el ambiente.

Cada vez más, nuestro sudor se fundía y resbalaba, mezclándose con la sábana blanca y limpia. Con cada roce en el clítoris, Valentina se estremecía corriéndose sobre mi polla. Sentía que iba a explotar. Bueno, y yo también.

Me deslicé hacia fuera y su cuerpo se arqueó. Salté de la cama y eché el pelo hacia atrás. Cuando intentó acercarse, incliné mi cara sobre su coño y se lo chupé.

Valentina gimió, dejando que sus piernas se doblaran sobre mi cara. Mi lengua se deslizó sobre su culito virgen y saboreé el coño meloso. El lubricante me chorreó por toda la barba.

Y cuando ella pensó que había terminado, le di una palmada en el culo, haciendo que se inclinara hacia delante. Antes de que pudiera escapar, tiré de sus piernas con fuerza, llevándola al borde de la cama.

—¡Oye! —protestó ella, girando la cara—. ¡Sigue!

Le di otra palmada en el culo hasta que vi la primera marca. Enderecé el pene, sujetándolo con las dos manos, y la penetré por detrás.

Valentina sintió el impacto e intentó quejarse, pero antes de que pudiera decir nada, la penetré hasta el fondo. Su espalda se arqueó hacia adelante y el grito quedó ahogado por su cara hundida en el colchón.

Le agarré con fuerza el culo y le metí un pulgar en ese ojete mientras me follaba ese delicioso coño.

—¡Askanor! —balbuceó mi nombre.

Valentina dijo algo más, pero no entendí nada porque empecé a sentir un enorme deseo de correrme dentro de ella. Le di otra palmada en el culo y ella dejó caer las piernas, incapaz de mantenerse de rodillas.

Y entonces mis testículos se endurecieron y mi cuerpo se estremeció, sintiendo cómo el primer chorro invadía el cuerpo de mi recién casada.

Le agarré el culo con más fuerza, hasta ver la marca de cada uno de mis diez dedos grabada en la blancura de su suave piel. Entonces me corrí con más fuerza, apoyándome sobre ella.

Cuando terminé, el sudor me chorreaba por la frente y goteaba desde la punta de mi cabello hasta la espalda desnuda de Valentina.

Di dos pasos hacia atrás, jadeando y saliendo de dentro de ella. Sin embargo, Valentina me agarró de la mano antes de que diera un paso más.

—Por favor, ¿puedes quedarte un rato más dentro de mí?

—preguntó, sin mirarme a los ojos.

Me acerqué a ella y ella gimió, con la frente apoyada en el colchón.

—Nada me daría más placer que eso, Valentina…

Nos tumbamos en la cama y permanecí dentro de ella. Su pelo estaba tan empapado como el mío.

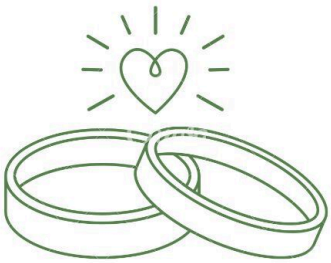
Valentina respiraba por la boca cuando preguntó:

— ¿Cómo podemos hacer que nuestra relación funcione como pareja?

Una sonrisa se dibujó en mis labios antes de responder:

— Creo que ya lo estamos haciendo, mi *dulce* esposa.

Después nos duchamos y dormí a su lado en mi cama.



CAPÍTULO 43: DESPERTAR

Valentina Rocci

Me desperté envuelta en sábanas que conservaban el calor de la noche.

Por un segundo, me quedé inmóvil, mirando el alto techo de la habitación de Askanor, donde la luz de la mañana entraba filtrada por las pesadas cortinas, dibujando franjas doradas sobre las paredes oscuras.

Me giré hacia un lado.

El espacio a mi lado estaba vacío.

La almohada estaba arrugada, pero lo suficientemente fría como para provocarme una extraña punzada.

Resoplé.

Le di un golpecito a su almohada con la palma de la mano.

—Genial. Se ha ido.

Una risa grave atravesó la habitación.

— ¿Dramática nada más despertarte?

Giré la cabeza rápidamente.

Ahí estaba él.

A pocos metros de la cama.

Solo con unos calzoncillos rojos, el pelo ligeramente despeinado, caminando hacia mí con una bandeja de plata en las manos.

Me quedé unos segundos sin decir nada.

Parecía… peligrosamente hogareño.

—Pensé que te habías ido —murmuré.

Levantó una ceja.

— ¿Y perder la oportunidad de verte desnuda y enfadada a las ocho de la mañana? Ni hablar.

Me acerqué un poco, tirando de la sábana para cubrir mi cuerpo desnudo bajo la suave tela.

— Lo siento. No debería haber dado nada por sentado.

Dejó la bandeja sobre la cama con un cuidado exagerado.

—Te perdonaré —dijo con falsa solemnidad—. Soy un hombre bondadoso.

Puse los ojos en blanco, pero me reí.

La bandeja era generosa.

Había una tetera de café humeante, cuyo fuerte aroma se extendía por la habitación como una invitación indecente. Una jarra de zumo de naranja recién exprimido, con pequeñas burbujas aún en la superficie. Croissants dorados y hojaldrados, que se abrían en delicadas capas. Tostadas crujientes dispuestas en abanico junto a pequeñas porciones de mantequilla y mermelada de frutos rojos. Un cuenco con fresas, frambuesas y rodajas de kiwi brillando bajo la luz de la mañana. Huevos revueltos cremosos salpicados de hierbas frescas. Finas lonchas de jamón y queso, ordenadas. —¿Esto es un desayuno o un intento de sobornarme? —pregunté.

—Quizás las dos cosas.

Nos sentamos uno al lado del otro en la cama, con los hombros juntos. Me sirvió el capuchino a mí primero. Observé el cuidado con el que inclinó la tetera.

— ¿No hay café en la bandeja? —le provoqué.

— Nunca te he visto tomar café. Vas a tener que tomar capuchino.

— Qué autoritario tan a primera hora.

Askanor se limitó a sonreír.

Cogí una fresa y me la llevé a la boca. Dulce. Fresca. Viva.

Partió un croissant por la mitad y untó mantequilla con gestos teatrales. Observé sus largos dedos sujetando el cuchillo con firmeza.

—El otro día estabas viendo Tom y Jerry solo en el salón —comenté, intentando parecer despreocupada.

No respondió de inmediato. Solo dio un sorbo a su café solo.

—Sufro de insomnio —dijo por fin—. Los dibujos animados me ayudan a acallar el cerebro.

Incliné la cabeza.

—¿Tom y Jerry?

—No hay que pensar. Solo persecución y caos.

Sonreí.

—Así que el gran Askanor duerme al son de un ratón que provoca a un gato.

Se encogió de hombros.

— Funciona muy bien.

Cogí una tostada, le unté mermelada y le di un mordisco antes de preguntar:

— ¿Y esta noche? ¿Has dormido bien?

Me miró.

Lentamente.

La sonrisa que se le dibujó fue amplia.

— Has derribado al león.

Sentí que se me calentaba la cara.

— Qué creído.

Le di un golpecito en el pecho con la yema de los dedos.

Me agarró del brazo antes de que pudiera apartarlo y me atrajo ligeramente hacia él, acercando nuestros rostros.

— No fue por presunción. Fue una constatación.

Me besó.

Un beso ligero, pero cargado de algo que iba más allá de la broma.

Me aparté primero.

— Eres bueno cuando quieres.

Él ladeó la cabeza, como si estuviera sopesando la frase.

—Soy aún peor cuando quiero.

Arqueé una ceja.

— ¿Eso era una amenaza?

—Una promesa.

Nos reímos.

Seguimos comiendo, ahora más tranquilos. Compartimos los huevos, él me robó una fresa de mi plato, yo me bebí la mitad de su zumo.

Había algo indescifrable en aquella escena.

Los dos, sentados en la cama, compartiendo el desayuno como si no existieran investigaciones, contratos ni sombras acechando nuestra historia.

Terminé el café y volví a dejar la taza en la bandeja.

—Tengo que arreglarme. Tengo que ir a la empresa.

Me levanté, envolviéndome la sábana alrededor del cuerpo mientras caminaba hacia el baño.

Él me observaba.

Lo notaba.

Minutos después, ya vestida, me ajustaba los pendientes frente al espejo cuando él apareció detrás de mí, también arreglado, con el traje oscuro moldeando su cuerpo como una elegante armadura.

Cogí mi bolso.

— Yo voy delante.

Apenas di dos pasos.

Me agarró con ese brazo enorme y me tiró hacia atrás como si estuviera hecha de tela.

Caí contra su pecho, sintiendo el impecable tejido del traje bajo mis manos.

— No vas.

— ¿Y por qué?

—Porque te vienes conmigo.

— Yo tengo coche.

—Yo también. Solo que el mío es blindado y mucho más potente.

Su mirada era firme, pero había un brillo divertido en ella.

— Askanor…

Me rodeó la cintura con los brazos.

— Eres mi esposa. Llegaremos juntos.

Sentí que mi corazón se aceleraba.

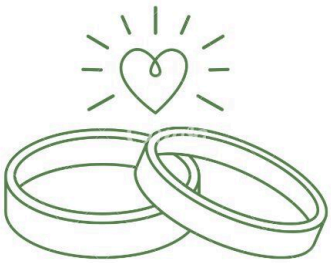
No era posesión.

Era una elección.

Respiré hondo.

— Está bien.

Me besó en la frente, un beso breve y protector.



CAPÍTULO 44: INTERRUMPIDAS

Valentina Rocci

Dieciséis días.

Los conté. Cada día que pasaba, lo contaba.

No porque estuviera ansiosa, sino porque, de alguna manera, cada día junto a Askanor parecía un pequeño hito invisible. Dieciséis días desde aquella mañana en que me desperté en su cama y descubrí que los leones también comen croissants.

Nuestra relación… va bien.

Me costó admitirlo incluso ante mí misma.

Recibí flores en el trabajo un miércoles infernal. Lirios blancos. Elegantes. Sin exageraciones. La tarjeta solo decía: «No dejes que te roben la calma».

Casi me enfado conmigo misma por sonreír de esa manera tan tonta delante de los empleados.

Dos días después, cuando estaba a punto de perder la paciencia con un contrato mal redactado, apareció una caja de bombones en mi mesa. Amargos. Tal y como me gustan. Sin nota esta vez. No hacía falta.

Y la semana pasada se le quemó.

Askanor.

Cocinando.

Me quedé parada en la puerta de la cocina observando mientras removía un risotto con concentración religiosa.

—Creo que se me da bien esto —dijo, sin mirarme.

Había algo diferente en la forma en que habló de ella. No era dolor. Era recuerdo.

Quizás me esté acostumbrando a él más rápido de lo que pensaba.

Esta mañana he descubierto otra cosa.

Es su cumpleaños.

No lo ha mencionado. Claro que no lo ha mencionado. Askanor no parece el tipo de hombre que espera felicitaciones y un pastel con velas. Pero quería hacer algo. Quizás comprarle un regalo discreto. Algo que no pudiera ignorar.

Antes de ir al centro comercial, decidí pasar por el médico para hacerme unas pruebas de rutina. Nada del otro mundo. Solo comprobar que todo estaba bien.

No estaba preparada para lo que oí.

Me senté frente al médico distraída, pensando en qué tipo de regalo se le hace a un hombre que ya lo tiene prácticamente todo.

Él analizó los papeles durante unos segundos y luego me llamó por mi apellido.

— Señora Di Leone.

Levanté la vista.

— ¿Sí?

Él sonrió de una manera diferente. Nada formal ni distante.

—Sus pruebas están bien. Pero hay algo que debe saber.

Mi corazón se ralentizó. Luego se aceleró.

— ¿Qué?

Él dio la vuelta al papel en la mesa.

— Está embarazada.

Lo oí.

Pero tardé unos segundos en entenderlo.

— ¿Embarazada? ¿De verdad?

Mi voz parecía venir de lejos.

— Sí. Es muy reciente. Le recomiendo que pida cita con una ginecóloga. Puedo recomendarle una profesional excelente.

Solo asentí con la cabeza.

Embarazada.

Salí de la clínica como si estuviera caminando dentro de un sueño muy nítido. El cielo estaba azul. La gente cruzaba la calle. Una pareja discutía por teléfono. Todo normal.

Y yo… diferente.

Puse la mano sobre mi vientre, aún plano.

Hay alguien aquí.

Volví a la empresa en piloto automático. El coche de Askanor no estaba en la plaza. Me extrañó. Quería que estuviera allí. Quería no estar sola con esa noticia.

Entré en mi despacho y, antes de cerrar la puerta, oí:

—¿Valentina?

Era Gibriela.

Me miró con atención.

—¿Estás bien? Estás pálida.

Intenté sonreír.

—Estoy... creo.

Entró y cerró la puerta tras de sí. Cogió una botella de agua y me la dio.

Me senté en la silla porque mis piernas parecían no confiar en mí.

Se quedó frente a mí.

— ¿Qué ha pasado?

Respiré hondo.

Y dije:

— Estoy embarazada.

Al decirlo, se hizo realidad.

Ella esbozó una sonrisa inmediata.

— ¡Eso es maravilloso!

La miré fijamente.

— ¿De verdad?

Mi voz sonó más baja de lo que quería.

Me llevé las manos a la cara.

— No sé si estoy preparada. Apenas estoy entendiendo mi matrimonio. Todavía estoy intentando entender a Askanor. Y ahora… ¿voy a ser madre?

La palabra pesó.

— ¿Y si no sé cómo hacerlo? ¿Y si me equivoco? ¿Y si no soy suficiente? — Tragué saliva. — ¿Y si él no es un buen padre?

Era eso.

El miedo.

No del embarazo.

Sino de la responsabilidad de moldear una vida.

Gibriela me tocó el hombro.

— Solo lo sabrás cuando llegue el momento.

Me reí, nerviosa.

—Eso no ayuda mucho.

—Sí que ayuda —dijo con firmeza—. Porque ninguna mujer se siente preparada antes. Ninguna.

La miré en silencio.

—Ser madre no es tener todas las respuestas —continuó ella —. Es estar presente. Es aprender juntas. Es acoger a la niña cuando llora, incluso cuando tú también tienes miedo.

Pensé en mi madre.

En las veces que me caí y ella solo me abrazó antes de decir nada.

Quizá sea eso.

Acoger.

— Tengo miedo —confesé.

— Seguirás teniendo miedo. Y amarás de todos modos.

Cerré los ojos por un instante.

Pensé en Askanor.

En el niño que perdió a sus padres muy pronto. En el hombre que aprendió a ser duro para proteger a quienes ama. En el marido que me envió flores para que pudiera respirar.

Quizá no tuvo un padre cariñoso.

Pero eso no significa que no pueda serlo.

Volví a deslizar la mano sobre mi vientre.

No necesito ser perfecta.

No necesito saberlo todo hoy.

Solo tengo que decidir una cosa.

Y lo he decidido.

Mi hijo será amado.

No importa el miedo que sienta. No importan las dudas que aún me asaltan. El amor no exige perfección. Exige presencia.

Miré a Gibriela y respiré hondo.

— Creo que… quiero decírselo hoy.

Ella sonrió.

— Creo que pensará que ha recibido el mejor regalo de cumpleaños de su vida.

No sé cómo va a reaccionar.

No sé cómo seremos.

Pero esto sí lo sé:

Si hay miedo, lo superaremos juntos.

Y cuando llegue ese niño, encontrará unos brazos.

Los míos.

Y los suyos.

Y eso… eso es lo que realmente importa.

◆ ◆ ◆

Llegué a la mansión sintiendo el suave peso de la noticia dentro de mí.

No era un peso malo.

Era como llevar un secreto luminoso.

En cuanto crucé la puerta principal, me recibió una explosión dorada.

Globos.

Por todas partes.

Doradas, brillando bajo las lámparas de araña como pequeñas lunas sujetas con cintas. La ama de llaves recorría el vestíbulo dando órdenes con eficiencia militar.

—¡Más a la derecha! ¡No, no tan alto! ¡Cuidado con el arreglo!

Me detuve un segundo, observando la escena.

El cumpleaños de Askanor.

Seguramente fingirá indiferencia. Quizás incluso refunfuñe. Pero nadie allí parecía dispuesto a permitir que la fecha pasara en silencio.

—¡Valentina!

La voz de Flora surgió ligera como un pincel sobre el lienzo.

Apareció en el pasillo con una amplia sonrisa, el rostro iluminado por algo que iba más allá de las pompas de jabón.

—¡Ya has llegado!

Le devolví la sonrisa.

—Veo que la revolución dorada ya ha comenzado.

Ella se rió.

— A él le va a horrorizar lo de los globos. Así que, obviamente, los hemos conservado todos. Pero el dorado es un color que le queda bien a mi hermano, ¿no crees?

— Estoy totalmente de acuerdo.

Ella sonrió.

Me acerqué a ella y, por un instante, sentí ganas de contárselo allí mismo. Pero quise esperar el momento adecuado.

— ¿Puedo ayudarte?

— ¡Claro! Ven.

Pasamos la siguiente media hora colocando los pequeños adornos que Flora había preparado. Eran discretos. Nada infantil. Tonos de dorado envejecido, negro y pequeños detalles en madera oscura. Todo con una elegancia que le sentaba bien.

—He hecho algo especial —comentó, sosteniendo un paquete rectangular apoyado contra la pared—. Es un cuadro para el despacho.

Abrí mucho los ojos.

—¿Lo has pintado tú?

Ella puso una mueca divertida.

—No exactamente el rostro. Es más… simbólico. Una figura fuerte en el centro, con sus leones. Quiero que él lo vea como yo lo veo.

La observé por un momento.

Flora quería a su hermano de una manera comedida, pero intensa.

—Le va a encantar —dije.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y tú? Has traído algo, ¿verdad?

Respiré hondo.

Era el momento.

—Sí.

Flora me miró con curiosidad.

— ¿Qué?

Metí la mano en el bolso, pero aún no saqué el sobre.

—Es un regalo… inusual.

—Ahora sí que me has intrigado.

La miré a los ojos.

—Es la prueba que confirma que estoy embarazada.

El silencio duró medio segundo.

Entonces sus ojos se abrieron de una forma que nunca había visto antes.

— ¿Qué?

Sonreí, nerviosa.

—Estoy embarazada, Flora.

Ella no dijo nada.

Solo *me* atrajo hacia ella en un abrazo fuerte y torpe.

— ¡Eso es maravilloso! —su voz se quebró—. Voy a mimar tanto a ese niño que los dos me echarán de la mansión.

Me reí, sintiendo cómo se me humedecían los ojos.

—¿Vas a ser la tía más orgullosa del mundo?

—La más feliz —me corrigió—. Le enseñaré a pintar, le contaré historias absurdas, la defenderé de cualquier cosa.

Me puso las manos en los hombros.

— ¿Él lo sabe?

Negué con la cabeza.

— Todavía no. Quiero decírselo hoy. En su cumpleaños.

Flora se llevó las manos a la cara, emocionada.

—Es el mejor regalo que podría recibir.

Me toqué el vientre instintivamente.

Era extraño pensar que ahí dentro había una vida que lo cambiaría todo.

—¿Estás bien? —preguntó de repente, más seria.

—Tengo… miedo. Pero también estoy feliz.

Ella sonrió con dulzura.

—El miedo forma parte de ello. El amor también.

Antes de que pudiera responder, oí pasos firmes en el pasillo.

Marco.

Entró ajustándose la corbata como si saliera de una reunión y no entrara en una fiesta decorada con globos dorados.

Sus ojos se posaron directamente en mí.

Firmes.

Calculadas.

—Señora Di Leone.

Algo en su tono me hizo sentir un nudo en el estómago.

—Marco —respondí.

Flora percibió el cambio en el ambiente.

—¿Ha pasado algo?

Él no me quitaba los ojos de encima.

—Tengo que llevarla a un sitio.

Sentí que se me aceleraba el corazón.

— ¿Ahora?

—Ahora.

Flora frunció el ceño.

— ¿Adónde va contigo, Marco?

Marco finalmente la miró.

—Órdenes de arriba.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire.

Órdenes de arriba.

Mi primer impulso fue preguntar si se trataba de Askanor.

Pero no quería mostrar ansiedad.

Respiré hondo.

Abrí el bolso discretamente y toqué el sobre con las pruebas. La prueba de la vida que crecía dentro de mí.

Lo guardé mejor, asegurándome de que estuviera protegido.

Flora me cogió la mano por un instante.

— ¿Va todo bien?

No estaba segura.

Pero asentí.

—Volveré antes de que sirvan el pastel —intenté bromear.

Ella no sonrió.

Marco ya se dirigía hacia la puerta.

Lo seguí.

La mansión quedó atrás con sus luces doradas, sus globos flotando como pequeños soles artificiales.

El aire de la noche era más frío de lo que esperaba.

Bajé los escalones de la entrada principal con la sensación de que el día aún no había terminado de sorprenderme.

Marco abrió la puerta del coche.

—Solo te pido que confíes en mí.

— ¿Qué quieres decir, Marco?

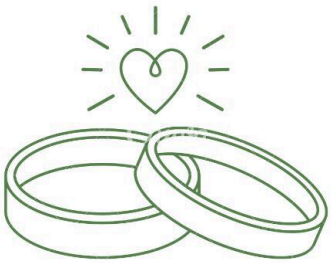
—Quiero lo mejor para Askanor.

Asentí con la cabeza y me subí al coche.

Y, mientras la mansión desaparecía por el retrovisor, me llevé la mano al vientre una vez más.

Sea lo que sea.

No estoy sola.



INTERLUDIO: UNA NUEVA ERA

Askanor Di Leone

Hace 10 años

Hace diez años, yo solo era el hijo del Don.

No el León que todos conocen.

No el hombre que hoy lleva el apellido como un escudo fluorescente.

Regresé de la selva con cicatrices nuevas e ilusiones antiguas.

Mi padre *me* había enviado allí como quien envía acero en bruto a la forja. El entrenamiento no había sido simbólico. Fue hambre, barro, noches despierto con el dedo en el gatillo y hombres poniendo a prueba mis límites, como los depredadores evalúan a un animal joven para sobrevivir.

Victório Di Leone llamaba a eso preparación.

Yo lo llamaba supervivencia.

Cuando crucé las puertas de la finca aquella noche, llevaba el olor del bosque pegado a la piel. Tierra húmeda, sudor seco, pólvora vieja.

Llevaba una maleta pequeña. Todo lo que quedaba del aislamiento cabía allí.

La mansión estaba iluminada, pero en silencio.

Subía los primeros escalones de la escalera principal cuando oí voces que venían del despacho de mi padre. La puerta estaba entreabierta.

No pretendía escuchar.

Pero escuché.

—El lote llega el viernes —dijo un hombre al que no reconocí.

—¿Cuántos? —respondió la voz de Victório.

—Doce.

— ¿Buenos?

—Jóvenes.

Hubo un breve silencio.

— ¿Y los órganos?

— Ya tenemos comprador.

Mi corazón no se aceleró.

Se me heló.

Me quedé quieto, agarrando el asa de la maleta. Parecía como si me hubieran drenado la sangre del cuerpo y la hubieran sustituido por algo denso.

Tráfico de mujeres.

Tráfico de órganos.

No era un rumor callejero. No era una exageración de la competencia.

Era real.

Era la voz de mi padre confirmándolo.

— Discreción absoluta —continuó Victório—. El dinero tiene que pasar por tres cuentas antes de llegar a las nuestras.

— ¿Y si algún familiar se queja?

Una breve risa llegó desde el despacho.

—¿Quién echa de menos a alguien a quien el mundo ya ha olvidado?

No entré.

No grité.

Subí.

Cada escalón era ahora diferente.

Cuando llegué al pasillo del segundo piso, me detuve frente a la puerta de la habitación de Flora.

Mi hermana siempre dejaba la puerta entreabierta. Como si tuviera miedo de quedarse completamente aislada en aquel palacio de sombras.

Empujé la puerta lentamente.

Estaba sentada en la cama, abrazándose las rodillas. La televisión apagada. La lámpara encendida.

Sola.

Sus ojos se llenaron de lágrimas en el instante en que me vio.

—Las…

Dejé la maleta en el suelo.

Ella corrió hacia mí.

El abrazo fue fuerte, urgente. Como si estuviera sujetando algo que pudiera desaparecer si lo soltara.

Noté cómo le temblaban los hombros.

—Está diferente —susurró ella.

Cerré los ojos un segundo.

—Lo sé.

Se apartó lo suficiente para mirarme.

—He oído cosas.

No le pregunté cuáles.

Ya lo sabía.

Le di un golpecito en la cabeza con los dedos.

— No tienes que escuchar nada. Yo estoy aquí.

Ella respiró hondo.

Durante unos segundos, nos quedamos allí, como dos niños intentando fingir que el mundo aún era sencillo.

Un ligero golpe en la puerta interrumpió el momento.

Marco entró sin ceremonias.

Siempre había formado parte de la casa como si hubiera nacido en ella. No por sangre, sino por elección.

—Has sobrevivido a la selva —dijo, examinándome los hombros—. Pensé que solo te devolverían los huesos.

—Lo intentaron.

Se rió levemente, pero percibió algo en mi rostro.

—¿Ha pasado algo?

Miré a Flora.

— ¿Nos das un minuto?

Ella asintió.

Marco hizo un gesto con la cabeza y salió conmigo al pasillo.

Nos apoyamos contra la pared opuesta a la puerta.

— Escuché una conversación de mi padre —dije, sin rodeos.

Marco no hizo preguntas precipitadas.

— ¿Sobre qué?

—Mujeres. Órganos.

Se le quedó la mandíbula bloqueada.

— ¿Estás seguro?

— Escuché cada palabra.

El silencio que siguió no dejaba lugar a dudas.

—Siempre supe que hacía cosas sucias —murmuró Marco—. Pero esto… Quiere expandir el territorio.

— Eso no es un negocio. Es podredumbre.

Me miró durante unos segundos.

— ¿Qué vas a hacer?

Sostuve su mirada.

— Si quisiera matar al Don… ¿me serías leal?

La pregunta no tenía doble sentido.

Marco no dudó.

—Siempre he sido tuyo.

Me quedé inmóvil.

— ¿Incluso si quisiera matar a mi propio padre?

Se encogió de hombros.

— Si ya no es digno del trono, ya no se trata de que sea tu padre.

Sus ojos se volvieron firmes.

—Te ayudaré.

No hubo ningún juramento dramático.

No hubo un apretón de manos que sellara un acuerdo.

Hubo verdad.

Y eso me bastaba.

◆ ◆ ◆

La oficina estaba a oscuras cuando volví.

Victório estaba solo, sentado detrás del escritorio, revisando documentos. La luz de la lámpara recortaba su rostro en sombras marcadas.

Levantó la vista cuando entré.

—Pensé que habías muerto en la selva.

—Todavía no.

Me hizo un gesto para que me sentara.

Me quedé de pie.

—Tengo que preguntarte algo.

Se recostó en la silla.

— Pregunta.

— Tráfico de mujeres.

Una leve sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

— ¿Están escuchando detrás de las puertas?

— ¿Es cierto?

Él no lo negó.

— ¿Y tráfico de órganos?

Entrelazó los dedos sobre la mesa.

— Pasaste meses en la selva aprendiendo que el mundo es brutal. ¿Y aún te sorprende eso?

— Aprendí a luchar contra enemigos. No a vender a inocentes.

Él soltó una risa ahogada.

— Los inocentes son un concepto romántico. El dinero es real. El poder es real.

—¿Vale la pena?

—Todo vale —respondió él—. Todo por el dinero. Todo por el poder. Lo aprenderás a medida que crezcas, Askanor.

Sentí que algo encajaba dentro de mí en ese instante.

La pieza final.

—Tendré el poder —dije—, sin necesidad de esas mierdas.

Me miró con desdén.

— Idealismo juvenil.

Di un paso adelante.

Marco entró en silencio detrás de mí y cerró la puerta.

Victório se dio cuenta demasiado tarde.

— ¿Qué crees que estás haciendo?

Cogí el arma que había sobre la mesa antes de que pudiera reaccionar.

Le apunté con ella.

Mi mano no temblaba.

—Estoy corrigiendo un error.

Él se rió.

— No tienes valor para eso, apenas has empezado a…

Apreté el gatillo.

El sonido fue seco.

Marco se acercó de inmediato. Juntos, preparamos la escena. Le volvimos a colocar el arma en la mano. Ajustamos el ángulo. La silla volcada.

Suicidio.

El gran Don aplastado por su propio peso.

Cuando terminé, miré el cuerpo del hombre que me enseñó a disparar, a mandar, a no pestañear.

No sentí triunfo.

Sentí un comienzo.

A la mañana siguiente, la casa estaba en estado de shock. Los consejeros murmuraban. Los soldados esperaban instrucciones.

Me mantuve firme ante el caos que vendría a continuación.

Don Askanor Di Leone.

Quien se atrevió a preguntar, murió.

Nadie sospechó nada. Pero si lo hubieran hecho, también habrían corrido la misma suerte.

El hijo que había sobrevivido a la selva ahora gobernaría el imperio.

Lo siento por mi madre, pero yo no seguiría un camino como el de mi padre.

Pero aquella noche, hace diez años, nació algo más que un nuevo líder.

Nació un límite.

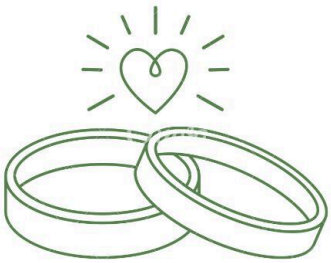
Pisaría la oscuridad.

Pero no me alimentaría de ella.

Y si algún día lo olvidara…

Esperaba que alguien tuviera el valor de hacerme lo que yo le hice a mi padre.

Fue aquella noche cuando el Sol comenzó a arder.



CAPÍTULO 45: LAS APUESTAS DEL LEÓN

Askanor Di Leone

Bajé solo.

No era bravuconería. No era orgullo. Era cálculo.

Los escalones del sótano eran estrechos, de hormigón sin pulir, y el sonido de mis pasos resonaba como un metrónomo marcando el ritmo de algo inevitable. Cada paso se hundía más en el frío de la mansión. Arriba, alfombras persas, risas falsas, copas tintineando. Abajo, la verdad desnuda, cruda y armada.

El aire olía a metal y a vino.

Cuando llegué al último escalón, un guardia *me* esperaba en la penumbra. No dijo nada. Solo inclinó la cabeza, exigiéndome que abriera los brazos.

Obedecí.

Sus manos recorrieron mi pecho, mi espalda, mis piernas, mis tobillos. Buscaba acero, pólvora, cualquier indicio de resistencia.

Solo encontró tela y carne.

Totalmente desarmado.

Asintió a otro hombre en el pasillo. Se abrieron unas puertas.

Caminé escoltado por un estrecho túnel hasta que la oscuridad se abrió de repente en un amplio salón, iluminado por intensas luces blancas. No era iluminación doméstica. Era de interrogatorio o de una exposición.

En el centro, una mesa de madera maciza, lo suficientemente pesada como para resistir décadas de odio. Sobre ella, una botella de vino blanco abierta y una copa servida.

Detrás de la mesa, de pie, estaba mi tío.

Ettore.

Sostenía la copa con una elegancia ensayada. Sus ojos, fríos como una hoja recién afilada, se entrecerraron al verme.

Dos guardias se colocaban detrás de él.

Pero no fue eso lo que me hizo detenerme.

A la izquierda de la mesa, atado a una silla metálica, estaba Oswaldo Rocci.

Investigador policial.

Padre de Valentina.

Unas gruesas cintas le sujetaban los brazos y el pecho al respaldo de la silla. Otras le envolvían las piernas. Tenía la boca tapada, pero los ojos estaban libres.

Y estaban vivos.

Me miraba con una mezcla de odio y amarga comprensión.

La silla a su lado estaba vacía.

Mi corazón dio un solo latido, pesado.

Antes de que pudiera formular el pensamiento que amenazaba con nacer, se abrió una puerta detrás de Ettore.

Marco entró.

Y con él, Valentina.

Tenía las manos atadas. La boca, sellada como la de su padre. El pelo suelto le caía sobre los hombros y, aun bajo aquella luz cruel, parecía firme. Asustada, sí. Pero firme.

Mi cuerpo se movió antes de que mi mente lo aprobara.

Un paso brusco.

Cuatro pistolas se alzaron en la misma fracción de segundo.

Los cañones negros apuntaban hacia mí.

Me detuve.

Respiré.

Ettore sonrió.

—Sigues siendo impulsivo.

Marco condujo a Valentina hasta la silla vacía y comenzó a atarla. Sus movimientos eran metódicos y clínicos. Ni una sola mirada hacia mí.

Sus ojos se encontraron con los míos.

Allí había miedo.

Pero también confianza.

—¿Qué quieres, tío? —pregunté, con voz baja y controlada.

Ettore hizo girar el vino en la copa, observando cómo bailaba el líquido.

—Mataste a mi hijo.

—Él intentó matarme primero.

—Aun así, yo lo enterré.

Se llevó la copa a los labios y bebió despacio.

—La justicia exige equilibrio.

No respondí.

Dejó la copa sobre la mesa.

—Hoy, tú vas a elegir.

—¿Elegir qué?

Su sonrisa se amplió, pero no llegó a sus ojos.

—Una de las tres vidas que hay aquí.

Tres.

Mi mirada recorrió la sala. Oswaldo. Valentina.

— ¿Tres? —repetí.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia Valentina.

— ¿No lo sabías?

El silencio duró medio segundo.

—Está embarazada.

El mundo no se quedó en silencio.

Explotó.

Un puñetazo invisible me golpeó en el pecho. Mi corazón se aceleró con una violencia que nunca había sentido. No tenía miedo.

Era una revelación.

Valentina… embarazada.

Mi hijo.

Mi sangre.

Yo no lo sabía.

Ettore saboreó la información como quien disfruta de un plato exquisito.

— ¿Ahora entiendes lo del tres?

Desenfundó el arma con naturalidad y apuntó primero a Oswaldo. Luego a Valentina. Por último, bajó ligeramente el cañón, como si apuntara a lo invisible que había dentro de ella.

— Decídete. Ahora. O mato a los tres.

Valentina se retorció en la silla. Oswaldo cerró los ojos por un segundo.

Tragué saliva.

— ¿No prefieres negociar? —pregunté—. Quedarte conmigo. Con el trono de los Di Leone.

Él soltó una risa seca.

—Después de que mi hijo muriera, solo una persona se quedó a mi lado. Mi amante.

Su mirada se endureció.

—Ya acabé con ella también. No necesito recuerdos cuando concluyo una venganza.

Volvió a apuntar con el arma a Oswaldo.

—Además, este hombre estaba investigando nuestras rutas de armas. Es un problema que se resuelve con un solo disparo.

Empecé a reírme.

Primero en voz baja.

Luego más fuerte.

La carcajada resonó en el salón blanco como algo fuera de lugar y demencial.

Ettore entrecerró los ojos.

— ¿Estás loco?

Levanté lentamente mi brazo derecho.

Al instante, todas las armas volvieron a apuntarme.

— Un paso más —advirtió—, y disparo.

Di el paso.

Dos guardias se adelantaron, presionándome las armas contra el pecho.

Podía sentir el frío del metal a través de la tela de la camisa.

Miré directamente a mi tío.

—Tu error —dije— fue creer que podías vencer al Sol.

Apretó el gatillo ligeramente, a modo de prueba.

—Último aviso.

Levanté la barbilla.

Sonreí.

Y dije:

— Lánzame a los leones.

Por un segundo, no lo entendió.

Al instante siguiente, su expresión cambió.

Marco estaba detrás de él.

El arma apuntándole a la nuca.

El disparo fue seco.

El cuerpo de Ettore se desplomó hacia delante, salpicando sangre y vino sobre la madera.

Los cuatro guardias reaccionaron instintivamente.

Los disparos rasgaron el aire.

Agarré el brazo del hombre más cercano, lo giré con fuerza y oí el crujido del hueso. Le arranqué el arma de la mano y disparé dos veces. Uno cayó. El segundo intentó ponerse en posición, pero no fue lo suficientemente rápido.

Marco derribó la mesa con una patada violenta, creando una barricada improvisada frente a Valentina y Oswaldo.

La madera absorbió parte de los disparos.

Un impacto alcanzó a Marco en el pecho.

Cayó hacia atrás.

Sentí un ardor agudo en el antebrazo. Una bala me rozó, abriéndome la carne.

No le presté atención.

Abatí al tercer guardia de un disparo.

El cuarto intentó escapar por la puerta lateral.

Marco, aún en el suelo, levantó el arma con esfuerzo.

Disparó.

El hombre cayó antes de llegar a la salida.

Volvió el silencio.

Pero ahora estaba cargado de pólvora, sangre y fin.

Corrí hacia Valentina.

Le quité la cinta de la boca.

—¿Estás bien?

Ella respiró con dificultad.

—Estoy… estoy bien.

— ¿El bebé?

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero asintió con la cabeza.

—Está todo bien.

Cerré los ojos un segundo.

Luego me volví hacia Marco.

Estaba pálido, respirando con dificultad.

—Le han disparado.

Hizo una mueca.

—Me rompí unas costillas cuando se cayó la mesa.

Se dio un golpecito en el pecho.

—El chaleco.

Exhalé.

Corté las ataduras de Valentina y luego las de Oswaldo.

El investigador se levantó con dificultad, con la mirada fija en mí.

No había gratitud en su mirada.

Había cálculo.

Y desconfianza.

—Todavía estamos en guerra —murmuró con voz ronca.

—Siempre lo hemos estado —respondí.

Miré el cuerpo de Ettore tendido sobre la mesa.

Su venganza terminó allí.

La mía había comenzado mucho antes.

Acaricié el vientre de Valentina con delicadeza.

Allí había vida.

Mi heredero.

Mi futuro.

Y en aquella sala manchada de sangre, comprendí algo con absoluta claridad:

Ya no podía plantearme renunciar.

No después de eso.

No después de haberlo perdido casi todo.

El sol no se inclina.

Arde.

Y me aseguré de que seguiría brillando.

◆ ◆ ◆

El hospital no tenía nombre.

No figuraba en ningún registro.

Era un sótano dentro de otro sótano, hormigón sobre hormigón, un corazón clandestino latiendo lejos de los ojos del mundo. Lo mandé construir hace años, cuando aprendí que quien vive rodeado de pólvora también necesita almacenar esperanza en bolsas de sangre etiquetadas.

Unas neveras alineadas ocupaban la pared del fondo. Cada una marcada con códigos. Dentro de ellas, bolsas identificadas con nuestros grupos sanguíneos. Mi nombre estaba allí. El de Marco. El de hombres que ya han muerto. El de hombres que aún pueden morir.

La prevención es una forma de poder.

Estaba sentado en una camilla metálica, con la camisa abierta y el antebrazo vendado. La bala me rozó, dejando un surco ardiente y punzante. Nada que me derribara.

Marco estaba en la camilla de enfrente, tumbado, respirando con cuidado. El chaleco había cumplido su función, pero el golpe contra la mesa y el impacto habían dejado las costillas quejándose como puertas viejas.

—La próxima vez —murmuró—, elige una palabra menos teatral que «leones».

Casi sonreí.

—Funcionó.

—Funcionó rompiéndome la mitad del tórax.

Al otro lado de la sala, Oswaldo Rocci estaba sentado mientras un médico le cosía un corte cerca de la ceja. Le estaban inmovilizando el hombro tras el disparo que había recibido. La sangre seca aún manchaba el cuello de la camisa.

No se quejaba.

Solo observaba.

Valentina permanecía junto a su padre, ilesa. Iluminada por aquella luz blanca e implacable, parecía un contraste vivo en medio de aquel escenario de hombres destrozados. Sus dedos descansaban sobre el brazo sano de Oswaldo.

En un momento dado, levantó la vista.

Buscó los míos.

Y susurró, casi sin mover los labios:

—Gracias.

Leí cada sílaba.

Incliné la cabeza una vez.

No hacía falta más.

El médico terminó de vendarle la cara a Oswaldo y empezó a ajustarle el cabestrillo en el hombro herido. Marco estaba recibiendo analgésicos por vía intravenosa y se quejaba en un silencio dramático.

El olor allí dentro era una mezcla de antiséptico, hierro y supervivencia.

Cuando el médico finalmente dijo que Oswaldo podía levantarse con cuidado, algo cambió en el ambiente.

Se puso de pie lentamente.

Enderezó la postura.

Y caminó hacia mí.

Valentina se dio cuenta antes que yo. Su cuerpo se tensó.

Oswaldo se detuvo a unos pasos de mi camilla.

—Tengo que ir a la comisaría —dijo.

Su voz sonaba firme.

—Tengo que arrestarte.

El silencio cayó pesado como una sentencia.

Valentina tocó el brazo de su padre.

—Por favor, no.

Él no me quitaba los ojos de encima.

—Es peligroso.

—Nos ha salvado la vida —respondió ella.

—Él creó la situación que te puso en peligro.

Las palabras fueron duras, pero no hubo gritos.

Me bajé de la camilla lentamente, haciendo caso omiso de la protesta del médico.

Me quedé de pie frente a él.

—Nunca le haría daño a Valentina. Porque la amo.

Los ojos de Oswaldo se entrecerraron ligeramente.

Valentina dio un paso adelante, interponiéndose entre nosotros dos.

Miró primero a su padre.

— Sé quién es él.

Después, a mí.

—Y sé quién soy yo.

Respiró hondo.

— Lo sé todo. Sé lo que hace. Sé a qué mundo pertenece.

Su mano bajó instintivamente hasta su propio vientre.

— Y aun así… estoy esperando un hijo suyo.

La revelación aún tenía un sabor nuevo en el aire.

Oswaldo cerró los ojos por un instante. Cuando los abrió, había dolor allí y no era físico.

Levantó la mano sana y acarició con cuidado el rostro de su hija.

—Tú no formas parte de este mundo.

Su voz sonó más baja.

—Te crié lejos de todo eso.

Valentina sonrió, con dulzura.

—Y me enseñaste a ser justa. Leal. Fuerte.

Sus ojos brillaron.

— Justo por eso puedo elegir.

Volvió la cabeza hacia atrás, mirándome por encima del hombro.

— Te quiero.

El aire pareció expandirse dentro de mi pecho.

— Y es por amarlo por lo que quiero caminar a su lado. No dentro de este mundo. Sino a su lado.

Las palabras no eran ingenuas.

Tenían determinación.

— No voy a entrar en la mafia —continuó ella, volviéndose hacia su padre—. Nunca. Pero tampoco voy a fingir que puedo amar a alguien a medias.

Marco, al otro lado, soltó un gruñido.

—A esa familia le gustan los discursos dramáticos.

Nadie *le* prestó atención.

Oswaldo suspiró.

El peso de ese sonido parecía cargar con años de intentos por proteger algo que ahora había decidido seguir su propio camino.

Atrajo a Valentina hacia sí en un abrazo tierno. Al abrazarla, soltó un gruñido de dolor en el hombro.

—Ay, maldita sea.

Ella se rió entre lágrimas.

—Te dije que no te movieras tanto.

Él intentó mantener la seriedad, pero acabó sonriendo también.

Por un instante, el hospital clandestino pareció menos sombrío.

Cuando se alejaron, Oswaldo me miró de nuevo.

Diferente a como antes.

Aún serio.

Pero menos exaltado.

—La investigación no ha terminado —dijo—. Ettore no era el único nombre.

Asentí.

—Nunca lo es.

— Pero, por ahora, voy a cambiar el enfoque. Voy a centrarme en él. En las cuentas. En los contactos. En las rutas.

Respiró hondo.

—Voy a quitar a mis hombres de tu pista.

Marco levantó la cabeza en la camilla.

—Milagro registrado a las tres de la madrugada.

Ignoré el comentario.

— Te lo agradezco —dije.

Oswaldo negó con la cabeza.

—No lo hagas.

Señaló discretamente el vientre de su hija.

—No es por ti.

Sus ojos se suavizaron un poco.

—Es por ella. Y por ese niño.

Sentí algo diferente atravesarme el pecho. No era orgullo. Ni victoria.

Era responsabilidad.

—Es justo —respondí.

Me miró fijamente durante unos segundos.

— Si descubro que has vuelto a poner en peligro a mi hija...

—No va a pasar.

No era una promesa vacía.

Era una decisión.

Valentina volvió a mi lado y me tomó la mano con cuidado, evitando el brazo herido.

— ¿Te duele? —preguntó.

— He sentido cosas peores.

Ella esbozó una sonrisa.

—Lo sé.

Marco levantó ligeramente la mano, pidiendo atención.

—Solo para que conste, yo también estoy aquí casi muerto.

Valentina puso los ojos en blanco.

— Llevas un chaleco.

— Pero emocionalmente afectado.

Asentí con la cabeza.

El médico se acercó de nuevo y me pidió que volviera a sentarme para terminar el vendaje. Obedecí.

Mientras me ajustaban la gasa, observé a Oswaldo caminar lentamente hacia la salida, apoyado en Valentina.

Antes de cruzar la puerta, se detuvo.

Me miró por última vez.

No había perdón en esa mirada.

Pero sí un acuerdo tácito.

Él protegería a su hija.

Yo protegería el futuro.

Cuando se cerró la puerta, el hospital volvió a su ritmo de máquinas discretas.

Marco giró la cabeza hacia mí.

—Así que ahora vas a ser padre.

Miré hacia los refrigeradores al fondo.

Bolsas de sangre etiquetadas con nuestros nombres.

La supervivencia almacenada en plástico transparente.

—Sí —respondí.

Él sonrió, a pesar del dolor.

—Eso lo cambia todo.

Sabía que lo cambiaba.

El poder ya no era solo territorio.

Ni solo mando.

Ahora tenía un nombre incluso antes de nacer.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no pensaba en tronos.

Pensaba en el legado.

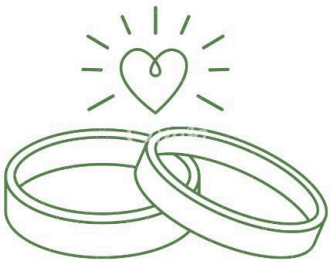
En el frío silencio de aquel hospital secreto, comprendí que proteger no es lo contrario de gobernar.

Es la razón.

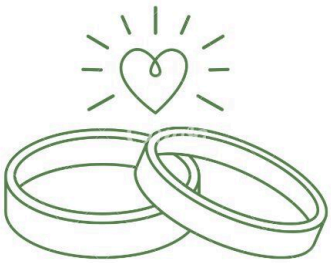
Y, si el mundo exterior insistía en ser sombrío, aprendería a ser sombra cuando fuera necesario.

Pero en casa…

Sería luz suficiente para que mi hijo nunca tuviera que bajar las escaleras solo.



PARTE FINAL



CAPÍTULO 46: UN DÍA DE SOL

Valentina Rocci

Y así, han pasado dos semanas desde que descubrí que estaba embarazada y que Ettore había muerto.

Dos semanas que parecieron dos años. Dos semanas en las que aprendí que la vida puede crecer en el mismo instante en que la muerte acecha a la puerta.

Mi padre regresó a nuestra ciudad natal. Aceptó la jubilación que llevaba años posponiendo. Cuando me llamó para contármelo, percibí algo diferente en su voz. No era frustración, sino determinación. Dijo que ya había cumplido con su parte y que ahora quería estar vivo para ver crecer a su nieto.

Lloré cuando colgué.

Askanor seguía recuperándose del disparo en el antebrazo. Se quejaba del cabestrillo, discutía con el médico, intentaba fingir que no necesitaba reposo. Aun así, obedeció. A su manera, siempre controlándolo todo, pero obedeciendo cuando era necesario.

Marco, aunque vendado y con algunas costillas rotas, volvió al trabajo antes de que nadie se lo permitiera. Lo vi caminando por la casa como si el disparo que había recibido no fuera más que un contratiempo. Exageró el dolor, pero no abandonó el puesto.

Aquel sábado por la mañana, me desperté temprano.

El sol se coló por las rendijas de la cortina e iluminó toda la habitación. Me quedé tumbada unos minutos, sintiendo el silencio de la casa. Me llevé la mano al vientre y respiré hondo.

Sonreí.

—Ahora todo está bien —dije en voz baja.

Sentí que necesitaba escuchar mi propia voz afirmando eso.

Me levanté despacio, caminé hasta la ventana y observé el jardín de fuera. El cielo estaba despejado. La luz era clara y vibrante. Me toqué la barriga otra vez e imaginé el futuro como algo posible.

Bajé las escaleras sonriendo.

Cuando llegué a los últimos escalones, lo vi.

Askanor estaba de pie en medio del salón con un enorme ramo de rosas rojas mezcladas con dientes de león. En la otra mano, llevaba una elegante caja de bombones belgas.

Me detuve un segundo.

Lo observé como si lo viera por primera vez.

Era alto, corpulento, imponente incluso con el brazo inmovilizado en un cabestrillo. La camisa clara resaltaba sus anchos hombros. Los ojos marrones, casi dorados bajo la luz de la mañana, estaban fijos en mí con una intensidad suave. Había algo diferente allí. No era la mirada del Don. Era la mirada del hombre.

—Buenos días —dijo.

Bajé rápidamente los últimos escalones y lo abracé.

Me rodeó con su brazo sano, pero se quejó ligeramente del dolor.

—Despacio —murmuró.

Me aparté un poco.

—Lo siento.

Inclinó la cabeza y me besó.

Suspiré.

El beso fue tranquilo, firme, lleno de promesas.

— ¿Esto es para mí? —pregunté, mirando las flores.

—Para ti —respondió. Luego me acarició la barriga con cuidado. —Y para él.

Mi corazón se aceleró.

—Rosas para ti. Dientes de león para él. Para que aprenda a resistir al viento.

Sentí que se me humedecían los ojos.

— ¿Y los bombones?

—Para asegurarme de que sigas queriéndome cuando empiece a ser un padre exagerado.

Me reí.

En ese momento, Flora apareció en el pasillo.

— Ahora estáis más unidos que el día de la boda —comentó.

La miré.

— ¿Eso es bueno?

—Es bonito —respondió ella—. Es bonito de ver.

Askanor se echó a reír.

—He pillado a Valentina en la trampa.

Le di un golpe en el brazo por impulso.

Puso una cara dramática.

—¡Mi brazo!

—Te lo merecías —le dije.

—Nadie respeta al hombre de esta casa —se quejó.

—Aquí mandan las mujeres —repliqué.

Flora sugirió que desayunáramos en el jardín. Dijo que Marco ya nos estaba esperando.

Caminamos hasta la parte exterior de la casa.

El aire era fresco. La mesa estaba puesta a la sombra de un árbol centenario. Pan, fruta, café, todo dispuesto con esmero.

Marco estaba sentado, fingiendo impaciencia.

—Por fin —dijo—. Pensé que la novela os había retenido en el salón.

Askanor se sentó a mi lado. Yo ocupé la silla junto a él. Flora se sentó enfrente.

Durante unos minutos, hablamos de temas sencillos. Nada de disparos. Nada de conspiraciones. Solo trivialidades que, después de todo, parecían demasiado preciosas.

Observé a cada uno de ellos.

Flora sonrió con delicadeza. Marco bromeaba con todos, pero parecía satisfecho. Askanor relajó los hombros como si se estuviera permitiendo un raro momento de paz.

Volví a llevarme la mano al vientre.

Pensé en mi padre, ya alejado de ese mundo. Pensé en lo que me dijo sobre no pertenecer a esa realidad. Tenía razón.

Yo no pertenecía a la mafia.

Pero sí pertenecía al amor que había elegido.

Miré a Askanor.

Él se dio cuenta y me tomó la mano bajo la mesa.

Respiré hondo.

—¿Todo está bien, verdad? —pregunté.

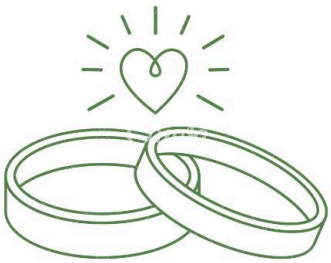
Él volvió la cara hacia mí.

—Sí —confirmó.

Le creí.

El sol me calentaba la piel. El perfume de las rosas se mezclaba con el aroma del café. La risa de Flora resonó por el jardín. Marco se quejó de algo sin importancia. Askanor me apretó la mano con firmeza.

Y todo estaba bien.



CAPÍTULO 47: SIN CABOS SUELTOS

Askanor Di Leone

Me quedé mirando hacia arriba.

El sótano de mi discoteca no tenía música, ni luces de colores, ni risas falsas. Allí solo había hormigón, olor a óxido y el sonido metálico de una cadena que sostenía a un hombre desnudo, suspendido por las muñecas.

Temblaba.

No por el frío.

Por el miedo.

La lámpara que colgaba del techo se balanceaba ligeramente, proyectando sombras irregulares sobre su cuerpo. Médico. Respetado. Discreto. Útil.

Hasta que dejó de serlo.

Mantuve las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras lo miraba fijamente.

—Te lo voy a preguntar por última vez.

Mi voz sonó baja, pero firme.

Intentó levantar la cabeza, con el sudor resbalándole por la frente.

—¿Cuánto *te* pagó Ettore para que contaras lo del embarazo de mi mujer?

Empezó a negar con la cabeza frenéticamente.

— ¡No dije nada! ¡Lo juro! ¡No se lo dije a nadie!

Su voz sonó temblorosa, quebrada.

Me quedé inmóvil.

Dos semanas.

Dos semanas desde que Ettore se enteró del embarazo antes que yo.

Eso no fue una coincidencia.

Alguien habló.

Y en aquel sótano solo había un hombre que tenía acceso a esa información.

—Tú eras el único, aparte de mí —continué—. El único que vio los resultados antes de que ella se lo contara a su padre.

Él lloró.

— ¡No vendí nada! ¡No vendí nada! Nunca haría algo así con usted, señor.

Se oyeron pasos detrás de mí.

No tuve que darme la vuelta para saber quién era.

Marco salió de entre las sombras, como siempre hacía. Demasiado elegante para aquel ambiente. Traje oscuro impecable, corbata bien ajustada, como si acabara de salir de una reunión corporativa y no de un velatorio.

Uno de mis soldados tiró de la cadena y empezó a bajar al médico lentamente. Su cuerpo descendió hasta que sus rodillas tocaron el suelo de hormigón.

El hombre se desplomó allí, jadeando.

El soldado le colocó una cinta gruesa en la boca, silenciando sus súplicas de piedad.

Finalmente me volví hacia Marco.

— ¿Y bien?

Se ajustó el puño de la chaqueta antes de responder.

—Acabo de volver del velatorio.

— ¿Qué tal el espectáculo?

— Emocionante. — Sonrió levemente. — Los medios han confirmado el suicidio. Arma en la mano. Puerta cerrada por dentro. Sin ninguna inconsistencia.

Mantuve su mirada.

— ¿Todo en orden?

— Limpio. Hice todo lo que tenía que hacer. No hay cabos sueltos.

Asentí una vez.

— ¿Y las llamadas?

Marco dio unos pasos por el sótano, esquivando al médico arrodillado como si fuera un mueble más del que deshacerse.

— Ettore intentó usurpar el trono de los Di Leone. Estableció contactos. Intentó reunir apoyos.

— ¿Lo consiguió?

—Ningún nombre relevante respondió. Estaba solo.

Sentí una fría satisfacción instalarse en mi pecho.

Solo.

— ¿Y el dinero?

Marco respiró hondo.

— Ha movido algunas cantidades en las últimas semanas. Pequeños pagos. Nada significativo.

— ¿Nada?

— Casi nada.

Arqueé una ceja.

—Se ha rastreado una transacción. Se realizó horas antes de su muerte. Se destinó a una cuenta en el Caribe.

El silencio se prolongó.

— ¿Importe?

—Lo suficiente como para comprar silencio. O lealtad.

Volví la mirada hacia el médico.

Estaba de rodillas, respirando con dificultad por la cinta que le tapaba la boca.

Si Ettore había pagado a alguien, tenía que haber sido alguien cercano.

— ¿Has comprobado las fechas? —pregunté.

—Sí.

— ¿Y?

—La transferencia se hizo después de que él ya supiera del embarazo.

Me se tensó la mandíbula.

Di unos pasos hacia el médico y me agaché ante él.

Levantó los ojos suplicantes.

Le arranqué la cinta de la boca de un tirón seco.

Él gritó de dolor.

—Última oportunidad —dije—. ¿Recibiste dinero de Ettore?

—¡No! —casi se atragantó—. ¡No he recibido nada! ¡No he dicho nada! ¡Lo juro por mi familia!

—Tu familia no está aquí.

Empezó a llorar.

Me quedé mirándole a los ojos, tratando de encontrar alguna mentira.

Marco carraspeó a mis espaldas.

— Deberías preguntarle otra cosa.

Me levanté lentamente.

— ¿Qué?

—¿Quién más tuvo acceso a los resultados antes que tú?

Me quedé en silencio.

Yo mismo recogí las pruebas.

Yo mismo los guardé.

Pero antes de eso…

El laboratorio.

La clínica.

Me pasé la mano por la cara.

—¿Le has contado algo a alguien del hospital? —le pregunté.

—¡No! —respondió inmediatamente—. ¡Mantuve absoluto secreto!

Observé su cuerpo. Temblores involuntarios. Pupilas dilatadas. Sudor excesivo.

Miedo auténtico.

No había culpa.

Me volví hacia Marco.

—Puede que esté diciendo la verdad.

—Puede —respondió Marco—. O puede ser un excelente mentiroso.

Me acerqué a la mesa metálica que había en la esquina del sótano. Cogí un arma. Sentí el peso familiar acomodarse en mi mano.

Volví a mirar al médico.

—Te voy a matar.

Las palabras salieron sin elevar el tono.

Él volvió a suplicar.

Antes de que levantara el brazo, Marco me tocó el hombro sano.

—Askanor.

No aparté la mirada del hombre que yacía en el suelo.

— ¿Qué pasa?

—Cesare quiere verte.

El nombre atravesó el aire como un disparo.

Volví la cara de inmediato.

— ¿Qué?

Marco me miró fijamente.

— Te ha mandado un mensaje. Ahora mismo.

Se me hizo un nudo en el estómago.

Cesare no era un nombre que saliera a la ligera. Él no pedía. Convocaba.

Solté un largo suspiro.

Me pasé la mano por el pelo, sintiendo cómo la tensión latía junto con el dolor en el brazo.

— ¿Lo sabe?

—No le dije el motivo.

Miré una vez más al médico arrodillado.

Si él fuera el culpable, lo descubriría.

Si no, alguien mucho más cercano estaba jugando un juego peligroso.

Le entregué el arma a uno de los soldados.

—No lo maten. Todavía no.

El médico se desplomó, aliviado.

— Dejenlo encadenado. Lo quiero vivo hasta que vuelva.

Los soldados asintieron.

Marco ya se dirigía hacia la salida.

Eché un último vistazo al hombre que yacía en el suelo.

— Si descubro que has mentido…

No terminé la frase.

No hacía falta.

Me di la vuelta y seguí a Marco por el estrecho pasillo.

Los escalones que llevaban de vuelta al mundo de la música y las luces parecían más largos de lo normal.

—¿Tus costillas? —pregunté mientras subíamos.

Él se rió entre dientes.

—Mejor que tu brazo, Don.

Me eché a reír.

El sonido resonó en las paredes.

—Insolente.

—Solo lo justo —me corrigió.

Cuando llegamos a la puerta que separaba el sótano de la discoteca, respiré hondo.

Cesare.

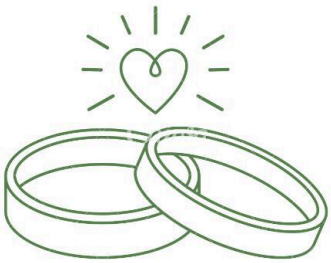
Si él estaba *en* movimiento, había algo más en juego.

Y yo tenía que estar preparado.

Dejé atrás al médico encadenado, el frío hormigón y la promesa de sangre.

Porque algunas guerras no empiezan con un disparo.

Empiezan con un nombre.



CAPÍTULO 48: EL HALCÓN

Askanor Di Leone

Llegué al club cuando el sol aún brillaba en lo alto, dorando cada centímetro de césped como si ese pedazo de tierra se hubiera comprado directamente al paraíso.

La verja se abrió sin que tuviera que pedirlo. El coche avanzó por la avenida flanqueada de cipreses podados. A la izquierda, el campo de golf se extendía como una alfombra verde impecable, donde hombres ricos se ensuciaban las manos calculando golpes con la misma seriedad con la que otros calculan guerras.

Bajé del coche sin prisas.

Marco hizo lo mismo, ajustándose la chaqueta con un movimiento discreto. Todavía llevaba vendajes debajo del traje. Me di cuenta por la forma contenida en que respiró.

Caminamos uno al lado del otro por el sendero de piedras claras. El aire olía a hierba recién cortada y a dinero antiguo.

Cuando atravesamos la zona exterior y nos acercamos al interior del club, dos hombres aparecieron ante las puertas dobles blancas.

Altos.

Anchos.

Casi de mi estatura.

No me miraron a mí primero.

Miraron a Marco.

Uno de ellos levantó la mano, bloqueando el paso.

—Solo él.

No hizo falta que lo repitieran.

Miré a Marco.

—Puedes irte.

Él sostuvo mi mirada durante un segundo, sopesando si debía insistir.

No insistió.

Solo asintió con la cabeza.

—Estaré por aquí.

Se alejó con pasos firmes sobre el mármol claro del vestíbulo exterior.

Me quedé inmóvil hasta que desapareció por el pasillo lateral.

Entonces empujé las puertas.

Se abrieron en silencio.

El bar resultó ser amplio y luminoso, pero sin exageraciones. La elegancia allí no gritaba. Susurraba.

El techo alto sostenía lámparas de cristal que reflejaban la luz natural procedente de los enormes ventanales arqueados. El suelo de mármol pulido reflejaba cada uno de mis pasos. La barra estaba tallada en madera oscura y lustrosa, con discretos detalles dorados. Botellas exóticas ocupaban las estanterías detrás de la barra como trofeos líquidos.

Y solo tres personas en la sala.

Una camarera.

Un hombre frente a la barra.

Y yo.

Desde lejos, reconocí la silueta incluso antes de ver el rostro.

Alto.

Fuerte.

Un traje blanco impecable que contrastaba violentamente con los ojos oscuros y la barba bien recortada.

Cesare.

Cesare era conocido como un halcón.

No se giró cuando entré.

La camarera sirvió las bebidas con refinamiento y solemnidad.

Yo observé.

Hizo girar la copa baja de cristal grueso, depositando un gran cubito de hielo translúcido en el centro. El líquido ámbar se deslizó por encima con elegante viscosidad, captando la luz como oro fundido. Una fina lámina de piel de naranja se retorció sobre la superficie, liberando un aroma cítrico que cortó el aroma del alcohol añejo. En el otro vaso, un coñac profundo y oscuro reposaba puro, sin hielo, servido en una copa abombada que parecía contener un antiguo secreto.

Bebidas caras.

Refinadas.

Fuertes.

Cuando ella dejó las dos copas en la barra, Cesare habló.

Su voz sonó firme y ronca, con ese timbre que nunca necesitaba elevarse.

—Puedes irte.

La mujer no dudó.

Solo asintió y se alejó rápidamente, con los tacones resonando en el mármol hasta desaparecer por la puerta lateral.

El bar quedó vacío.

Solo él y yo.

Cesare finalmente *se* volvió.

Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, evaluando cada detalle, cada marca, cada signo de debilidad.

Yo hice lo mismo.

Abrió los brazos.

Me acerqué.

Cesare *me* abrazó con verdadera fuerza y me besó en la mejilla como lo haría un hermano.

Le toqué el hombro, sintiendo el impecable tejido del traje bajo mis dedos.

— Sigues siendo guapo.

Él sonrió.

Casi.

—Y tú tampoco estás nada mal.

Me di cuenta de que su mirada se deslizaba discretamente hacia mi brazo, que aún estaba enyesado.

No dijo nada.

Nunca comentaba lo obvio.

Cesare cogió las dos copas. Me entregó la de whisky y se quedó con la de coñac.

Levantó el suyo.

—Por el heredero Di Leone.

Yo levanté el mío.

El cristal chocó contra el cristal con un sonido seco.

—Por el heredero.

El líquido me quemó con elegancia al bajar por mi garganta.

Fuerte.

Preciso.

Como debía ser.

Cesare apoyó el codo en la barra y me observó mientras terminaba el primer trago.

No perdió el tiempo.

— ¿Hay problemas con las rutas?

Directo.

Siempre.

Mantuve el vaso entre los dedos.

— No.

— ¿Estás seguro?

—Absoluta.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Ettore hizo gestos.

— Sí.

— Movimientos peligrosos.

—Lo intentó.

Cesare hizo girar el coñac en la copa.

—Podría haber perjudicado a las familias.

Sostuve su mirada.

—Nunca lo habría conseguido. No tenía suficiente fuerza.

El silencio se prolongó durante unos segundos.

Respiré hondo.

—Si en algún momento parecí débil… —comencé.

Cesare negó con la cabeza antes de que terminara.

—Nunca te imaginé como alguien débil.

La respuesta llegó sin vacilar.

—Pero —continuó— tienes que recordar que no estás solo.

Me quedé en silencio.

—Las otras familias existen por una razón —añadió—. Puedes contar con nosotros.

Me terminé la bebida de un trago.

El hielo giró en el fondo del vaso cuando lo dejé sobre la barra.

— No lo olvidaré.

Cesare me miró fijamente.

— Algunos de mis socios comentaron algo antes de la muerte de Ettore.

Me quedé inmóvil.

—Estaba trabajando con alguien.

Mi mandíbula se tensó.

— ¿Nombre?

— Ninguno confirmado.

— ¿Algún sospechoso?

—Sombras.

Inspiré lentamente.

— Voy a investigar esto personalmente.

Cesare no apartó la mirada.

—Me imaginaba que dirías eso.

—Las familias pueden estar tranquilas —continué—. No habrá inestabilidad.

Se llevó el coñac a los labios y se bebió el resto con calma.

— No dudo de ti.

Su confianza no era infundada. Se había forjado a lo largo de años de sangre, pactos y lealtad.

—Solo no dejes que el orgullo te ciegue —añadió.

Arqueé una ceja.

—El orgullo nunca ha sido mi problema.

Esbozó una sonrisa.

— Todos tenemos uno.

El silencio volvió a llenar el espacio entre nosotros.

Afuera, el mundo seguía elegante y soleado.

Allí dentro, dos familias se enfrentaban sin levantar la voz.

Cesare dejó la copa vacía en la barra.

— Buena suerte, Askanor.

Asentí con la cabeza.

—Gracias.

Se acercó una vez más y me tocó el hombro con firmeza.

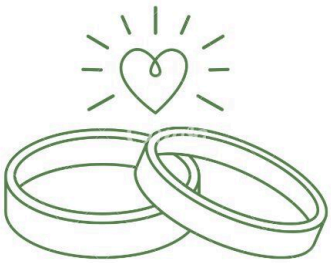
No como advertencia.

Como confirmación.

Me di la vuelta y caminé hacia las puertas dobles blancas.

Cuando las empujé y la luz exterior invadió mi campo de visión, ya sabía una cosa.

Ettore no actuó solo.
Y si había otro jugador en ese tablero, lo encontraría.
En persona.
Porque nadie tocaba a mi familia.
Y seguiría respirando.



CAPÍTULO 49: UNA PAUSA

Valentina Rocci

Llegué al trabajo intentando convencerme de que aquel sería solo un día más como cualquier otro.

El edificio brillaba bajo el sol de la mañana. El cristal de la fachada reflejaba un cielo despejado, de un azul exagerado, como si el mundo hubiera decidido colaborar conmigo. Respiré hondo antes de atravesar las puertas giratorias.

Me prometí a mí misma que viviría un día a la vez.

El ascensor me llevó hasta nuestra planta con un suave zumbido. Cuando se abrieron las puertas, la busqué automáticamente con la mirada.

Gibriela.

Estaba sentada a la mesa, pero algo andaba mal incluso antes de que pudiera verla bien.

Tenía la cara hinchada. Los ojos enrojecidos, pesados, como si se los hubieran frotado tras toda una noche de llanto.

Me acerqué a ella sin quitarme el bolso del hombro.

—¿Qué ha pasado?

Levantó la mirada hacia mí.

Y se derrumbó.

El llanto llegó primero como un sollozo ahogado, luego como un torrente sin presa.

Dejé el bolso en la silla y me agaché a su lado.

— Gibriela… háblame.

Ella intentó respirar, pero las palabras salieron entrecortadas.

—Mi padre… —se llevó la mano a la cara—. Ha fallecido.

El mundo pareció quedarse en silencio por un segundo.

Sentí el peso de esas palabras flotando en el aire entre nosotras.

No le pregunté cómo.

No en ese momento.

Solo *la* abracé.

Ella lloró copiosamente contra mi hombro, con los dedos agarrando la tela de mi blusa como si necesitara algo firme para no caer en un abismo invisible.

—Era un hombre increíble —dijo entre lágrimas—. No tienes ni idea… lo era todo para mí.

Cerré los ojos por un instante.

Sabía lo que era perder a alguien.

Sabía lo que era sentir que el suelo se desmoronaba bajo tus pies.

—Sé que lo era —respondí en voz baja—. Siempre has hablado de él con tanto orgullo.

Ella asintió, sollozando.

Nos quedamos así unos minutos. La oficina a nuestro alrededor parecía lejana, irrelevante.

Cuando sus llantos amainaron un poco, le sostuve el rostro con cuidado.

— Vete a casa a descansar. Después irás al velatorio y…

Ella negó con la cabeza de inmediato.

— No. No quiero quedarme sola. La casa me parecerá vacía… me sentiré peor.

Lo pensé unos segundos.

Hacía un día precioso para desperdiciarlo entre cuatro paredes y recuerdos.

— Entonces nada de ir a casa. Tengo una idea mejor.

Ella me miró, confundida.

— Subamos a la azotea. Hace un tiempo precioso ahí arriba. Estaremos un rato al aire libre.

Ella dudó.

Luego asintió.

Cogí mi bolso, ella cogió el suyo y entramos en el ascensor.

Mientras subíamos, observé su reflejo en el espejo. Todavía tenía lágrimas acumuladas en las pestañas.

Las puertas se abrieron en la última planta.

La azotea era un refugio discreto del edificio. Un espacio con un jardín colgante, algunas mesas de hierro blanco, sillones de mimbre y plantas que se mecían suavemente con el viento.

El cielo parecía aún más grande desde allí arriba.

El sol calentaba sin agredir.

Acerqué dos sillas a una zona donde la sombra de una pérgola *nos* protegía parcialmente.

Nos sentamos.

Durante unos segundos, solo respiramos.

—Él me enseñó a montar en bicicleta —comenzó Gibriela, mirando hacia el horizonte—. Incluso cuando me caía y decía que quería rendirme.

Sonreí levemente.

—Los padres tienen esa manía de creer en nosotros cuando ya nos hemos rendido.

Ella soltó una risita, sorprendida de ser aún capaz de reír.

—Era terco.

—Tú también lo eres —dije.

Me lanzó una mirada de reojo.

—Es verdad.

El viento sopló con más fuerza por un instante, trayendo el aroma lejano del café de alguna cafetería allá abajo.

—Cuando era pequeña —comencé—, yo también era terca.

Ella me miró con curiosidad.

— ¿Qué hiciste?

Me reí al recordarlo.

— Encontré un cachorro en la calle. Un perrito diminuto, todo sucio, temblando.

— ¿Lo trajiste a casa?

—Lo escondí dentro de mi abrigo.

Ella abrió mucho los ojos.

— ¡Valentina!

— Mis padres nunca me dejarían tener una mascota. Así que pensé que, si no se enteraban, no podrían decir que no.

Ella se echó a reír de verdad.

— ¿Y cómo escondiste a un perro?

—Lo tuve tres días en mi habitación. Guardaba un poco de la comida que comía para llevársela. Compartía mi merienda con él todo el tiempo. Le ponía agua en una taza. Me sentía como una delincuente profesional.

— ¿Tres días? —Se llevó la mano a la boca, tratando de contener la risa.

— Hasta que decidió ladrar. Y no fue un ladrido discreto. Se hizo cada vez más fuerte, como si hubiera decidido anunciar su propia existencia al mundo entero.

Gibriela ya se reía abiertamente.

—¿Tu madre se enteró?

—Se enteró. Abrió la puerta del dormitorio con esa expresión que yo conocía bien.

—¿Y qué pasó?

— Lloré. Le dije que él me necesitaba. Solté un discurso dramático digno de una telenovela.

— ¿Funcionó?

Sonreí.

—Funcionó.

Ella asintió con la cabeza.

— Me la imagino de pequeña, defendiendo a un perro como si fuera una causa mundial.

—Siempre he sido intensa.

Su risa se fue apagando hasta convertirse en una simple sonrisa tranquila.

—Gracias —dijo, más tranquila—. Lo necesitaba.

Le toqué la mano.

—No tienes que enfrentarte a nada sola.

El silencio que siguió no fue pesado.

Fue reconfortante.

Al cabo de unos minutos, miró discretamente mi barriga.

— ¿Y el bebé?

Automáticamente pasé la mano por encima.

Aún no se notaba ningún cambio, pero yo lo sentía.

Una presencia silenciosa.

— Todavía es un grano de frijol —dije, sonriendo—. Minúsculo.

— ¿Pero?

—Pero creo que está creciendo. Cada día se hace más fuerte.

Gibriela ladeó la cabeza.

—Si hereda la estatura de su padre, será enorme.

Me reí.

La imagen de Askanor ocupando cualquier espacio siempre fue inevitable.

— Quizás lo sea.

— ¿Te lo imaginas?

Miré al cielo por un instante antes de responder.

— Solo quiero que sea lo que quiera ser.

Las palabras salieron sencillas.

Sin grandes expectativas.

Sin peso.

— ¿Fuerte? —preguntó ella.

—Si quiere.

— ¿Líder?

—Si lo deseas.

—¿Alto?

Me reí de nuevo.

— Probablemente eso no lo puedas elegir.

Gibriela sonrió, y esta vez su sonrisa le llegó hasta los ojos.

El viento me despeinó ligeramente el pelo. Cerré los ojos por un segundo, sintiendo el calor del sol en la cara y la mano apoyada sobre mi barriga.

El mundo aún tenía pérdidas.

Todavía había despedidas.

Pero allí, en aquel ático bañado de luz, sentí que también había continuidad.

Crecimiento.

Promesa.

Apreté suavemente los dedos de Gibriela.

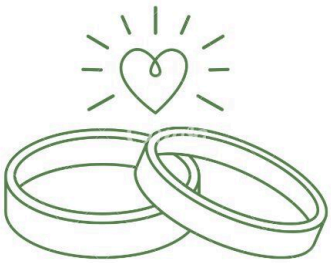
—Te va a doler —le dije con sinceridad—. Pero llevas contigo todo lo que él *te* enseñó. Eso nadie te lo quita.

Ella asintió, respirando con más firmeza.

Y allí, entre el cielo abierto y los recuerdos, nos quedamos.

Una sosteniendo a la otra.

Mientras la vida, aunque con grietas, continuaba.



CAPÍTULO 50: ATENCIÓN

Valentina Rocci

Salí del trabajo más temprano ese día.

El cielo empezaba a cambiar de tono, abandonando el azul intenso de la tarde y sumergiéndose en un dorado más suave. Me apreté el bolso contra el cuerpo mientras cruzaba la acera hacia la clínica. Mi cita estaba programada para el final de la jornada laboral, como un secreto encajado en medio de la rutina.

Un mes.

Cuatro semanas.

Un grano de alubia, como le dije a Gibriela.

Pero aun así… vida.

La clínica ocupaba la segunda planta de un edificio discreto, con fachada clara y amplios ventanales. El olor a alcohol y lavanda me recibió nada más cruzar la puerta. La recepción tenía paredes en tonos beige, sillones tapizados en verde claro y cuadros con fotografías de recién nacidos sonrientes. Pequeños letreros con frases sobre la maternidad decoraban el ambiente con delicadeza.

Me acerqué al mostrador para anunciar mi llegada.

—Buenas tardes, Valentina —dijo la recepcionista, amablemente—. Espere un momento. La doctora la llamará enseguida.

Me senté.

Hojeé distraídamente una revista que no leí.

Mi corazón latía más rápido de lo que me gustaría admitir. No por miedo. Por expectación.

Todavía me estaba acostumbrando a la idea de que mi cuerpo ahora trabajaba por dos.

— Valentina Di Leone.

Me levanté inmediatamente al oír mi nombre.

Y me detuve.

¿Por qué está él ahí?

De pie junto a la puerta de la consulta, alto para aquel pasillo luminoso, con un traje oscuro impecable que contrastaba con el delicado ambiente de la clínica.

Askanor.

—Llegas tarde —dijo con voz tranquila.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

Se acercó, recorriendo mi rostro con la mirada como si comprobara que estuviera bien.

—He venido a ver cómo está mi hijo.

Mi corazón hizo algo extraño dentro del pecho.

Mi hijo.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Tenías compromisos.

— Los cancelé.

Así de sencillo.

Observé al hombre que tenía delante. El Don. El estratega. El hombre que hacía temblar a los demás con una sola mirada.

Y allí estaba, esperando en una clínica ginecológica.

Por nosotros.

La doctora abrió la puerta del consultorio.

— Pueden pasar.

Entramos.

El consultorio era amplio, iluminado por la luz natural que entraba por una ventana lateral cubierta por persianas blancas. Había una mesa ordenada con un ordenador, diplomas enmarcados en la pared, una camilla con una sábana desechable impecablemente extendida, un biombo al lado y el ecógrafo situado cerca de la camilla.

La doctora Helena me saludó con una sonrisa tranquila.

—¿Qué tal estamos?

—Bien —respondí, sintiendo la presencia de Askanor detrás de mí como un muro.

Me hizo las preguntas de rutina mientras tecleaba en el ordenador.

— ¿Náuseas?

— Leves por la mañana.

— ¿Mareos?

— Un poco.

— ¿Sangrado?

— No.

Ella lo anotó todo con atención.

—A las cuatro semanas, es habitual sentir cansancio y sensibilidad en los senos —explicó—. El cuerpo se está adaptando a un gran cambio hormonal.

Askanor escuchó cada palabra como si estuviera recibiendo instrucciones estratégicas para una operación delicada.

— Vamos a examinarla.

Me acerqué al biombo para cambiarme y ponerme la bata desechable. Cuando me tumbé en la camilla, sentí ese frío típico de la consulta que siempre me parecía exagerado.

Y entonces él me tomó de la mano.

Sin ceremonias.

Sin preguntar.

Su mano envolvió la mía con firmeza y cuidado al mismo tiempo.

Lo miré.

Sus ojos marrones dorados estaban atentos, concentrados en mí.

—Estoy aquí —dijo, lo suficientemente bajo como para que solo yo lo oyera.

Sabía exactamente quién era.

Lo sabía desde el sótano.

De las decisiones difíciles.

Del peso que llevaba a cuestas.

Pero allí, sosteniéndome la mano, no era más que el padre de mi hijo.

La doctora comenzó el examen clínico. Le tomó la tensión arterial.

— Presión normal.

Lo pesó y anotó discretamente el ligero aumento de peso esperado.

Luego explicó:

— Como aún estamos al principio del embarazo, la ecografía será transvaginal. Es la más indicada para visualizar el saco gestacional en esta fase.

Asentí con la cabeza.

Ella preparó el transductor con el condón desechable y el gel.

Respiré hondo.

Apreté un poco más la mano de Askanor.

Él respondió apretándola también.

Comenzó el examen.

La pantalla del aparato cobró vida con tonos de negro y gris, imágenes que parecían abstractas para cualquier persona sin

preparación.

Intenté entenderlo.

Intenté descifrarlo.

La doctora ajustó el ángulo, midió con el cursor.

—Aquí —señaló la pantalla— está el saco gestacional.

Contuve la respiración.

Era pequeño.

Pero estaba ahí.

De verdad.

—El tamaño es compatible con unas cuatro semanas y unos días.

— ¿Va todo bien? —preguntó Askanor, con una voz más contenida de lo que jamás le había oído.

—Todo va de maravilla —respondió ella—. No veo ninguna alteración. Endometrio adecuado, implantación correcta.

Sentí que me ardían los ojos.

Ella volvió a ajustar el aparato.

— Todavía es muy pronto para ver claramente el embrión o escuchar los latidos. Eso suele ocurrir alrededor de la sexta semana.

Miré a Askanor.

Él no apartó la vista de la pantalla.

—Entonces… ¿todavía no sabemos el sexo? —pregunté, riéndome de mi propia impaciencia.

La doctora sonrió.

—No. Para saber el sexo mediante la ecografía, tenemos que esperar al menos hasta la duodécima o decimocuarta semana. Existe un análisis de sangre más específico que puede identificarlo antes, pero aún no es el momento ideal.

Asentí con la cabeza.

No pasa nada.

Nuestro pequeño misterio seguiría guardado por un tiempo más.

La doctora terminó la exploración con cuidado.

— Estás sana, Valentina. El inicio del embarazo está evolucionando según lo previsto.

Se quitó el equipo y me ofreció un pañuelo para limpiar el exceso de gel.

— Evita los esfuerzos intensos, mantén una alimentación equilibrada y sigue tomando ácido fólico.

Me senté en la camilla lentamente.

Askanor permaneció a mi lado todo el tiempo.

Cuando bajé de la camilla, me puso la mano en la cintura instintivamente, como si pudiera perder el equilibrio.

Me cambié de ropa detrás del biombo y, al salir, los encontré a los dos hablando.

—Si tienes algún dolor intenso o sangrado, ponte en contacto inmediatamente —decía la doctora.

—Lo haré —respondió él.

Nos despedimos.

En el pasillo, antes incluso de llegar al ascensor, me detuve.

—Has cancelado tus compromisos por esto.

Me miró como si la respuesta fuera obvia.

—No hay nada más importante.

Sentí una oleada de calor invadirme el pecho.

Sabía cómo era él.

Sabía lo que hacía para proteger lo que era nuestro.

Pero allí, en ese instante, sentí algo que superaba cualquier sombra.

Seguridad.

Cuidado.

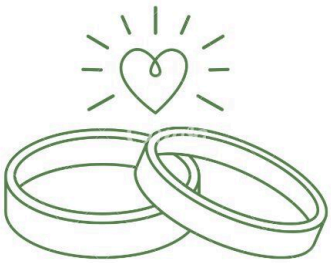
Amor.

Pasé la mano por mi barriga, aún discreta.

—Está bien —susurré.

Askanor puso su mano sobre la mía.

—Estamos bien.



CAPÍTULO 51: EN UNA MESA CON ELLA

Askanor Di Leone

Valentina caminó a mi lado en silencio, con la mano discretamente posada sobre su propio vientre, como si ya supiera exactamente dónde protegerlo. Le abrí la puerta del coche para que entrara. Me miró de esa forma que mezcla ternura con terquedad.

Cerré la puerta y di la vuelta.

No dije nada durante el trayecto. Solo conduje.

Necesitaba respirar después de ver esa pequeña imagen en la pantalla. Pequeña y frágil. Y, sin embargo, ya capaz de alterar todas las prioridades de mi vida.

Aparqué frente al restaurante sin decirle adónde íbamos.

El edificio ocupaba la parte superior de una torre acristalada. Elegante, discreto, frecuentado por quienes entendían el valor del silencio.

El maître esbozó una sonrisa al vernos cruzar la entrada.

—Señor y señora Di Leone. Es un placer recibirlos.

Yo solo asentí.

Valentina sonrió cortésmente, aún con ese brillo reciente en la mirada.

—Su mesa está lista.

Nos condujeron por un salón iluminado por lámparas de cristal minimalistas, con mesas vestidas con manteles blancos impecables y arreglos de flores frescas. El aroma a pan recién horneado y finas hierbas flotaba en el aire.

Nuestra mesa estaba en un rincón estratégico, cerca de la enorme pared de cristal.

Las vistas.

La ciudad se extendía bajo nosotros como un organismo vivo. Edificios, avenidas, coches minúsculos, el cielo empezando a teñirse de tonos anaranjados. Era el tipo de escenario que hacía que cualquier problema pareciera menor.

Le aparté la silla.

Ella se sentó.

Me senté frente a ella.

El camarero nos trajo la carta, pero apenas la abrí.

Empecé a pedir.

Entrante de burrata fresca con tomates confitados.

Risotto de azafrán con gambas.

Filete mignon con salsa de vino tinto.

Verduras a la parrilla.

Salmón al horno.

Una selección de panes artesanales.

Zumo natural para ella.

Tónica para mí.

Valentina abrió mucho los ojos mientras hacía el pedido.

—Askanor.

No le hice caso.

— Y el postre de la casa.

El camarero lo anotó todo con eficiencia y se alejó.

Ella cruzó los brazos, conteniendo la risa.

— Ni siquiera tengo tanta hambre.

— No vas a comer nada por ahora.

La miré con seriedad.

—Come por dos.

Ella ladeó la cabeza.

— Yo sigo siendo un frijol con piernas.

— Un frijol Di Leone.

Vi cómo se le levantaba la comisura de los labios.

Ella suspiró y luego se puso más seria.

—Gracias por haber venido conmigo.

La miré fijamente.

— Te dije que iría.

—Lo sé. Pero… —titubeó—. Tenía miedo.

—¿De qué?

—Nunca había hecho esto antes. Nunca he estado embarazada.

La vulnerabilidad en su voz fue sutil, pero la percibí.

Extendí la mano sobre la mesa.

— Yo tampoco he sido padre nunca.

Ella esbozó una pequeña sonrisa.

—Y, aun así, estabas ahí, sosteniendo mi mano como si supieras exactamente qué hacer.

Llevé su mano a mis labios y besé sus dedos con calma.

— No hice más que cumplir con mi deber.

Me miró de una forma que hizo que todo el restaurante desapareciera por un instante.

La comida empezó a llegar poco después.

Platos dispuestos como obras de arte. El risotto cremoso desprendiendo aroma a azafrán. El filete perfectamente sellado. El

salmón brillando bajo la luz suave. Las verduras con marcas de la parrilla.

Cuando los camareros *se* alejaron, dejándonos solos, Valentina se sirvió un poco de risotto en el plato.

Se quedó en silencio durante unos segundos.

—Gibriela ha perdido a su padre.

Levanté la vista.

— ¿Cuándo?

—Ayer.

Ella removió el tenedor en el plato...

—Está destrozada. Nunca la había visto así.

Mastiqué despacio antes de responder.

— ¿Fue algo repentino?

— Sí. Y ella estaba muy unida a él.

Observé cómo se le caían ligeramente los hombros.

—¿Quieres que haga algo?

Levantó la vista.

— ¿Por ella?

—Es tu amiga. Trabaja para ti. Si necesitas ayuda con cualquier cosa… el velatorio, los gastos, la seguridad.

Valentina negó con la cabeza con delicadeza.

—Lo que ella necesita no es dinero. Es apoyo. Atención. Alguien a su lado.

Asentí.

—Estoy pensando en invitarla a pasar el fin de semana en la piscina de mi casa. Para que se distraiga.

Me imaginé la escena por un instante. El sol reflejándose en el agua, la casa más llena y menos silenciosa.

—Es una idea estupenda.

Pareció aliviada de que yo estuviera de acuerdo sin poner pegas.

Comimos durante unos minutos en un silencio agradable.

Entonces me miró de nuevo.

— ¿Y la investigación?

Mantuve una expresión neutra.

— No quiero meterte en esto.

—Estamos casados, Askanor —respondió con calma firme—. Eso ya es estar involucrada.

Respiré hondo.

Tenía razón.

Cogí el vaso de tónica y di un sorbo antes de hablar.

— El fondo más grande que Ettore ha movido es imposible de rastrear.

Ella se quedó inmóvil.

— ¿Cómo es eso?

—Una transferencia a una cuenta en el Caribe. Marco lo está siguiendo de cerca.

— ¿Estaba trabajando con alguien?

Mantuve su mirada durante unos segundos.

—Hay indicios de que sí.

Ella bajó la cabeza lentamente, asimilando la información.

Extendí la mano y toqué la suya sobre la mesa.

—Mírame.

Levantó la cara.

—Tú y nuestro hijo estáis a salvo.

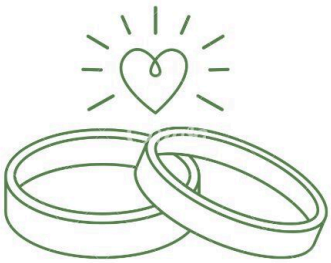
Dije cada palabra con absoluta certeza.

Ella me miró fijamente, como si buscara algún atisbo de vacilación.

No la encontró.

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

— Lo sé.



CAPÍTULO 52: HIJO

Askanor Di Leone

La noche cayó densa sobre la ciudad, y conduje sin encender la radio.

Marco estaba a mi lado, su silueta recortada por la luz intermitente de las farolas que atravesaban el parabrisas. El silencio dentro del coche no resultaba incómodo.

—La exmujer —comenzó él, hojeando mentalmente los informes que nunca llevaba en papel—. La tía Milene sigue viviendo en la casa de la colina. Aislada. Sin movimientos sospechosos.

Mantuve la vista fija en la sinuosa carretera.

—Siempre prefirió la distancia.

—Tras la muerte de su hijo, aún más.

Respiré por la nariz.

—Va a ser una conversación difícil.

Marco volvió ligeramente la cara hacia mí.

—Porque tú mataste a su hijo.

No se anduvo con rodeos. Nunca lo hacía...

— Sí.

Las palabras no me pesaron en la lengua. Me pesaron en otro lugar.

— Puedo hablar con ella a solas —sugirió Marco—. Quizá le resulte más fácil hablar sin ti.

Asentí con la cabeza.

— No.

— Podría ser mejor desde el punto de vista estratégico.

—No mando a otro hombre a hacer algo que yo mismo puedo hacer.

Marco se quedó en silencio unos segundos.

— Puede que ella no lo tome bien.

—Tiene derecho a no reaccionar bien.

La carretera empezó a subir.

La casa apareció en lo alto de la colina como un recuerdo de otros tiempos. Pequeña, pero elegante. Fachada clara, ventanas amplias, porche con delicadas columnas. Las luces del jardín estaban encendidas, difundiendo un resplandor amarillento sobre las flores.

Aparqué frente a la verja de hierro forjado.

Al otro lado, el jardín parecía un cuadro viviente.

Rosas rojas y blancas alineadas en parterres curvos. Lavanda meciéndose suavemente con la brisa nocturna. Hortensias voluminosas en tonos de azul intenso. Pequeñas linternas de suelo iluminando el camino de piedras que conducía hasta la puerta principal.

Milene estaba allí.

Con un vestido sencillo, el pelo recogido en un moño suelto. Una regadera metálica en las manos, inclinándola sobre las plantas con un cuidado casi devocional.

Oyó el sonido de la verja al abrirse.

Se giró.

Sus ojos se encontraron con los míos y se abrieron como platos.

La regadera cayó al suelo con un sonido sordo.

Por un segundo, nos quedamos mirándonos fijamente.

Entonces ella echó a correr.

Marco no lo dudó.

Abrió la puerta de par en par y salió corriendo tras ella.

Yo caminé.

Sin prisa.

Sin levantar la voz.

Los gritos comenzaron incluso antes de que llegara a la puerta de la casa.

—¡No! ¡No! ¡Por favor!

Crucé la entrada abierta y me encontré a Marco sujetando a Milene en el suelo del salón. Ella se debatía, con el pelo suelto ahora, las lágrimas resbalándole por las mejillas.

— ¡No he hecho nada! ¡No he hecho nada!

—Milene —dije, con firmeza.

Ella se quedó paralizada al oír su nombre en mi voz.

Marco la mantenía inmovilizada por las muñecas, pero sin brutalidad.

Me acerqué lentamente.

—Solo quiero hacerte unas preguntas.

Respiraba con dificultad.

—Después me iré.

Me miró como si intentara decidir si eso era cierto.

Le hice un gesto discreto a Marco.

Él la soltó.

Y, para mi sorpresa, le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Ella dudó.

Pero aceptó.

Marco la acompañó hasta un sillón lateral y se sentó en el otro, manteniendo la distancia para no parecer amenazante.

Milene permaneció de pie unos segundos, temblando.

Solo entonces se sentó en el sillón de enfrente.

Me acomodé en el sofá frente a ella.

El salón era sencillo. Muebles antiguos, bien cuidados. Fotografías antiguas sobre la chimenea. Una de ellas mostraba a su hijo, aún de niño.

La miré a los ojos.

—¿Qué sabías de los planes de Ettore?

Ella bajó la mirada de inmediato.

—Desde la muerte de mi hijo… no he querido saber nada más de Ettore.

La voz se le quebró.

—Nunca más quise saber dónde estaba, con quién hablaba, qué planeaba.

Levantó la cara, y allí había algo más que miedo.

Repulsión.

—Sentía asco por él.

El silencio se hizo denso.

—Asco por haber metido a mi hijo en esa vida de mierda.

Las lágrimas comenzaron a caer de nuevo.

Entonces su mirada cambió.

Furia.

Dirigida hacia mí.

— ¡Y tú mataste a mi niño!

La acusación cortó el aire.

Me incliné hacia delante, apoyando los antebrazos en las rodillas.

— Tu hijo y Ettore intentaron apuñalarme.

Mi voz se mantuvo firme.

— Solo me defendí.

Ella cerró los ojos con fuerza, como si no quisiera escuchar.

Marco intervino con frialdad.

— Si quieres seguir viva, Milene, tienes que cooperar.

Ella respiró hondo, tratando de recuperar el control.

Marco continuó:

— ¿Sabías de alguna amante?

Su rostro se contorsionó con desprecio.

—Estaba saliendo con una zorra.

La palabra salió cargada de veneno.

—No sé quién es. No quiero saberlo.

—¿Dónde se veían? —pregunté.

Ella miró hacia la mesita auxiliar, evitando mi mirada.

—En un hotel de por aquí.

—¿Cuál?

—Ese de cinco estrellas. El único de esa zona.

Intercambié una mirada rápida con Marco.

Información concreta.

Me levanté.

— Con eso basta.

Marco, sin embargo, hizo una pregunta más antes de terminar.

— ¿Sabes si guardó dinero en una cuenta en Suiza?

Milene soltó una risa amarga.

— Si tuviera acceso a ese dinero, ¿crees que estaría viviendo aquí? ¿Por caridad?

Abrió los brazos, señalando la modesta casa.

—Estoy en la ruina.

La observé durante unos segundos.

No mentía al respecto.

Me dirigí hacia la puerta.

Marco se levantó y me acompañó.

Antes de salir, me detuve.

—No he venido aquí para matarla.

Ella no respondió.

Me fui.

El aire de la noche era más frío.

Las flores del jardín seguían intactas, como si nada hubiera pasado.

Nos subimos al coche en silencio.

Cuando arranqué el motor, miré por última vez la casa iluminada en la colina.

Hotel de cinco estrellas.

Amante desconocida.

Dinero desaparecido.

Ettore dejó más rastros de los que imaginaba.

◆ ◆ ◆

Llegué tarde a casa.

La mansión estaba en silencio, las luces del jardín apagadas, solo unos pocos puntos iluminaban el camino hasta la entrada principal. Entré sin hacer ruido. Me quité la chaqueta en el pasillo. El peso del día parecía impregnado en la tela.

Subí las escaleras despacio.

Cuando empujé la puerta de nuestro dormitorio, me encontré a Valentina sentada en el borde de la cama, con un camisón ligero. Las piernas extendidas sobre el colchón, un frasco de crema abierto a su lado. Se untaba el producto con movimientos lentos.

La escena era doméstica.

Íntima.

Sencilla.

Me detuve un instante solo para observar.

Ella aún no me había visto.

Cerré la puerta detrás de mí.

El suave clic hizo que ella levantara la vista.

—Llegas tarde.

Me acerqué.

—Tenía cosas que hacer.

Me incliné y besé sus labios con calma. El aroma de la crema se mezclaba con su perfume.

—Voy a darme un baño —le dije contra su boca.

Antes de que me alejara, me agarró del brazo.

—¿Qué tal ha ido?

La miré fijamente.

—La investigación sobre Ettore.

Exhalé lentamente.

—Tenemos nuevas pistas.

Volvió a untarse la crema en la pierna, pero sus ojos seguían fijos en mí.

— ¿Qué tipo de pistas?

— Una posible amante. Un hotel de cinco estrellas en los alrededores. Y el dinero… aún no se ha podido rastrear.

Ella se quedó en silencio durante unos segundos.

Observé cómo sus manos se deslizaban por su piel, cuidadosas y protectoras.

— ¿Y tú? —pregunté de repente.

Ella parpadeó.

— ¿Yo?

— ¿Qué esperas para nuestro hijo?

Ella detuvo el movimiento.

Levantó la cara lentamente hasta encontrar la mía.

— Espero que sea feliz.

Simple.

— Libre.

Dejó a un lado el frasco de crema.

—Que no tenga que seguir un camino oscuro.

Solté una breve carcajada.

No porque me pareciera gracioso.

Sino por reconocer la peligrosa ingenuidad de esa esperanza.

— Si es un hijo varón, llevará el apellido Di Leone.

Di unos pasos hacia él.

—Tendrá que ser fuerte. Lo suficientemente fuerte como para que nadie lo apuñale.

Valentina se levantó de inmediato.

— No.

La palabra sonó firme.

— No voy a permitir que mi hijo se vea obligado a seguir ese camino.

Sentí cómo la tensión subía como una corriente eléctrica.

— Aprenderá todo lo que yo he aprendido.

Mi voz se volvió más baja.

Más dura.

—Será entrenado para ser el Don.

Ella dio un paso hacia mí.

— No nacerá para ser un arma.

— Nacerá como Di Leone.

— ¿Y qué?

—No es un apellido cualquiera.

La miré fijamente.

— O estará preparado para asumir el cargo. O fracasará.

Ella frunció el ceño con indignación.

—Ni por encima de mi cadáver permitiré eso.

Sus palabras me golpearon como un desafío directo.

—No lo entiendes —dije, controlando el tono—. Si no es fuerte, correrá la misma suerte que el hijo de Ettore.

El dolor se reflejó en su rostro al oír esa referencia.

—Será un hombre débil.

— ¡No digas eso! —gritó ella.

La habitación pareció encogerse.

—Nunca te perdonaré si obligas a nuestro hijo a pasar por esa tortura.

Abrí mucho los ojos.

Tortura.

¿Así era como ella veía lo que yo era?

¿Qué había construido?

Le di la espalda y me dirigí hacia la puerta.

Mis pasos resonaban pesados sobre el suelo de madera.

Antes de cruzar el umbral, me detuve.

Sin mirar atrás, dije:

—Mi casa. Mi hijo. Mis reglas.

El silencio se hizo cortante.

— Yo soy Don.

Mi voz no titubeó.

—Y yo soy quien manda aquí y en todo lo que me rodea.

Su respuesta fue inmediata.

— ¡Sal de mi habitación!

Sentí el impacto de sus palabras sin siquiera darme la vuelta.

— Y no vuelvas mientras creas que puedes decidir el destino de nuestro hijo por tu cuenta.

Cerré los ojos por un segundo.

—Está dentro de mí —continuó ella, con voz firme a pesar de la emoción—. No dentro de ti.

Cada palabra era como una navaja.

—Todo ser humano tiene derecho a decidir su propio destino.

No respondí.

Abrí la puerta.

Y la cerré de un portazo al salir.

El sonido resonó en el pasillo vacío.

Caminé hasta el final del pasillo sin mirar atrás.

El eco de la discusión aún resonaba en mis oídos.

En la habitación, tras la puerta cerrada, estaba la mujer a la que amaba.

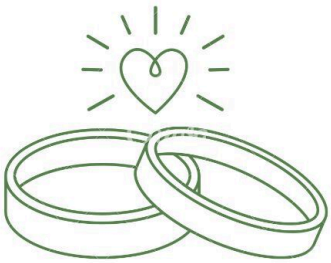
Y dentro de ella, el futuro.

Pero el futuro no era un territorio neutral.

Era un campo de batalla.

Y yo no sabía, aquella noche, si estábamos luchando contra el mundo.

O uno contra el otro.



CAPÍTULO 53: ERRORES O ACERTOS

Valentina Rocci

No hablé con Askanor como es debido en esos dos días.

Dos días pueden parecer pocos para quien lo ve desde fuera. Para mí, parecieron semanas comprimidas en largas horas. Él empezó a dormir en la habitación de invitados al final del pasillo. Oí cerrarse la puerta la primera noche. Oí los pasos pesados cruzando el mármol. Oí el silencio después.

El silencio también hace ruido.

Me quedé frente al espejo de mi habitación ajustándome un vestido ligero de verano. La tela clara marcaba discretamente la cintura, que seguía igual, pero yo sabía que había algo diferente. Me toqué el vientre por un instante, como si pudiera recordarme a mí misma que había más en juego que una discusión.

Me eché un poco de perfume. Me recogí el pelo, dejando algunos mechones sueltos. Respiré hondo.

Hoy se trataba de Gibriela.

Salí de la habitación y bajé las escaleras lentamente. La casa estaba iluminada por el sol de la mañana que atravesaba las altas ventanas del vestíbulo principal. El brillo dorado rozaba las barandillas de madera oscura, los cuadros antiguos, el suelo impecable.

La ama de llaves salió del pasillo lateral en cuanto me vio.

—Señora.

—Buenos días. ¿Dónde está Askanor?

Ella mantuvo una postura impecable.

—El señor se ha ido temprano.

Asentí con la cabeza.

Claro que se ha ido.

— ¿Y Flora?

—Hoy se ha levantado muy débil. Ha preferido quedarse en la habitación. Ya he llamado al médico para que la examine.

Sentí una punzada de preocupación, pero mantuve la calma.

— Está bien. Gracias.

La ama de llaves hizo un ligero gesto con la cabeza.

— Ha llegado su invitada. Está esperando en el salón.

Sonreí.

— Gracias.

Crucé el pasillo hasta el salón principal. Gibriela estaba de pie junto a la ventana, contemplando el jardín. Llevaba un vestido azul que resaltaba el tono de su piel. La tela caía con delicadeza hasta las rodillas.

Se giró al oír mis pasos.

Sus ojos aún guardaban restos de tristeza, pero estaban menos hinchados que el día anterior.

—Estás preciosa —le dije.

Ella esbozó una tímida sonrisa.

—Casi no vengo.

—Menos mal que has venido.

Nos abrazamos con fuerza...

—Vamos al jardín —sugerí—. He pedido que preparen el desayuno ahí fuera.

Ella asintió.

Pasamos por la puerta de cristal que daba al jardín. La piscina reflejaba el cielo despejado. La mesa estaba puesta bajo la pérgola con fruta fresca, panes, quesos, café y zumo natural.

El aroma de las flores se mezclaba con el aroma del café recién hecho.

Nos sentamos.

Gibriela sujetó la taza con ambas manos.

—¿Dónde está Askanor?

Cogí una rodaja de papaya antes de responder.

—Se ha ido temprano.

Ella ladeó ligeramente la cabeza.

— Trabaja demasiado.

Respiré lentamente.

—Nos hemos peleado.

La cucharilla se detuvo dentro de la taza.

—¿Vosotros?

Asentí con la cabeza.

— Fue… intensa.

Ella removió el café lentamente, pensativa.

— ¿Puedo preguntarte de qué?

Miré el agua de la piscina antes de responder.

—Sobre el futuro de nuestro hijo.

Ella abrió ligeramente los ojos.

—¿Ya?

—Ya.

El viento sopló entre las hojas de los árboles.

— Él quiere que el niño esté preparado para asumir lo que es —dije—. Yo quiero que sea libre de elegir.

Gibriela se quedó en silencio unos segundos.

—Tengo que confesarte algo.

La miré fijamente.

—¿Qué?

Se mordió el labio inferior antes de hablar.

—Me da un poco de miedo.

Fruncí el ceño.

—¿Miedo? ¿Por qué?

Ella bajó la mirada hacia el café.

— He oído cosas.

Sentí un ligero nudo en el estómago.

— ¿Qué cosas?

—Que es demasiado estricto con los empleados. Que no tolera los errores. Que puede ser… cruel.

La palabra quedó suspendida en el aire.

Me quedé en silencio.

—Hubo un empleado —continuó ella— que se enfrentó a él. Cuestionó una decisión. El hombre tenía un doctorado en administración, era brillante.

Yo conocía la historia.

O al menos parte de ella.

— ¿Y?

—Hoy no consigue trabajo ni siquiera en una cadena de comida rápida.

Ella volvió a remover con la cuchara, nerviosa.

— Dicen que perdió a su mujer y a sus hijos. Que llegó a pasar hambre.

Exhalé lentamente.

— No dudo de esa historia.

Ella levantó la vista hacia mí.

— ¿Eso no *te* asusta?

Pensé en el sótano de la discoteca. Pensé en el hotel de cinco estrellas. Pensé en la cuenta imposible de rastrear. Pensé en la mirada de Askanor cuando dijo que nuestro hijo tenía que ser fuerte.

—Me asusta.

No mentí.

Pero el miedo que sentía era más complejo que eso.

Pensé en el hecho de que me obligó a casarme. Pensé en la forma en que declaró mis reglas como si fueran leyes absolutas. Pensé en la puerta de par en par.

Y, al mismo tiempo, pensé en su mano sosteniendo la mía en la clínica.

Dos caras.

El mismo hombre.

Pasé la mano por mi barriga discretamente.

No permitiría que él controlara la vida de nuestro hijo.

Pero también sabía que salir de ese mundo no era fácil.

—No voy a dejar que controle nuestras vidas así —dije más para mí misma que para ella.

Gibriela se inclinó hacia delante y me tocó la mano.

—Si necesitas algo… lo que sea… aquí estoy.

Sentí un nudo en la garganta.

—Gracias.

Me apretó los dedos.

—No estás sola.

Sonreí, aunque una parte de mí seguía sumida en pensamientos pesados.

—Hoy no es día para eso —dije, enderezando la postura—. Hoy es día de piscina, sol y de hacerte olvidar el mundo por unas horas.

Ella intentó sonreír.

—Siempre haces eso.

—¿Hacer qué?

— Finges que el mundo es más ligero de lo que realmente es.

Levanté el vaso de zumo.

— A veces, fingir es el primer paso para conseguirlo.

Ella se rió levemente.

— ¡Totalmente de acuerdo!

◆ ◆ ◆

Gibriela se marchó cuando el cielo empezaba a perder el brillo dorado del atardecer.

La acompañé hasta la puerta principal. Me abrazó con más fuerza de lo habitual, como si aquella enorme casa pudiera intimidarla un poco ahora que el sol se despedía.

—Gracias por hoy —dijo.

—Vuelve cuando quieras.

Observé cómo su coche desaparecía por la avenida rodeada de cipreses y solo entonces volví al interior.

El reloj del vestíbulo marcaba las seis y media.

La mansión volvía a estar en silencio.

Me quité las sandalias, sintiendo el mármol frío bajo los pies, y me encontré con una de las empleadas en el pasillo lateral.

— ¿Cómo está Flora?

—Sigue en su habitación, señora. Se ha tomado la medicina y está durmiendo.

Asentí con la cabeza.

—Si hay algún cambio, avísame.

— Sí, señora.

Subí las escaleras despacio. No quería ir directamente a la habitación. No quería encontrarme con el vacío que los últimos dos días habían dejado allí.

Mis pasos me llevaron hasta la parte superior de la casa, donde estaba la sauna. El vapor caliente siempre me ayudaba a ordenar los pensamientos.

Empujé la puerta de cristal esmerilado.

Y me detuve.

El aire caliente me envolvió de inmediato, húmedo y denso.

Y él ya estaba allí.

De espaldas a mí.

Imponente.

Imponente.

La piel brillaba por el sudor bajo la luz amarillenta. La toalla atada por debajo de la cintura. El tatuaje del león ocupaba casi toda la extensión de la espalda, y los trazos oscuros parecían cobrar vida bajo el vapor.

Askanor.

Había vuelto y ni siquiera me di cuenta.

Sentí que se me aceleraba el corazón incluso antes de decidir qué hacer.

Abrí la puerta del todo.

El crujido hizo que se girara.

Nuestras miradas se cruzaron.

Por un segundo, no hubo pelea. No hubo palabras duras. No hubo portazos.

Solo dos días de silencio condensados en esa mirada.

Yo no dije nada.

Ni él.

Yo aparté la mirada primero.

Entré solo lo justo para cerrar la puerta detrás de mí, pero no avancé. El calor parecía más intenso de lo normal.

Me di la vuelta para salir.

No quería hablar.

Todavía no.

Pero fue entonces cuando sentí su mano rodeando mi muñeca.

Firme.

Cálida.

Me atrajo suavemente hacia él antes de que alcanzara el pomo.

—Valentina.

Su voz no sonaba dura.

Sonaba cansada.

No me di la vuelta de inmediato.

— Suéltame.

Me soltó.

Pero dio la vuelta y se quedó frente a mí.

El vapor se elevaba entre nosotros como una fina cortina.

— Fui un idiota.

La palabra salió sin esfuerzo.

Levanté la vista.

Él nunca pedía perdón.

Nunca.

—No debería haber hablado así —continuó—. No contigo.

Me quedé en silencio, tratando de decidir si eso era suficiente.

—*Te* quiero demasiado como para que sigamos enfadados —dijo, ahora con voz más baja—. ¡Demasiado!

El calor de la sauna parecía invadirme los pulmones.

—No voy a renunciar a la libertad de nuestro hijo —respondí por fin—. No importa lo que digas.

Él me miró fijamente.

Por un instante, vi al Don allí.

Calculando.

Pensando.

Entonces algo cedió.

— Tienes razón.

Parpadeé.

— ¿Qué?

— Se merece tomar sus propias decisiones.

Las palabras no me salieron con facilidad, pero salieron.

— Puedo prepararlo para el mundo —continuó—, sin decidir en qué se convertirá.

Sentí que algo dentro de mí se relajaba.

—Es solo que… —se pasó la mano por el pelo húmedo—. Sé lo que les pasa a los hombres débiles.

Di un paso adelante.

—Nuestro hijo no será débil solo porque haya elegido otro camino. Un camino más seguro.

Me miró como si estuviera asimilando aquello por primera vez.

El vapor dibujaba suaves líneas alrededor de su cuerpo. El tatuaje del león parecía menos amenazador en ese momento, más un símbolo que una sentencia.

Me acerqué.

Él no retrocedió.

Le toqué el pecho con la yema de los dedos. La piel caliente, el corazón latiendo con fuerza bajo la palma de mi mano.

—Vamos a enseñarte fuerza —dije—. Pero también, a tomar decisiones.

Cerró los ojos por un segundo.

Cuando los abrió, había menos rigidez allí.

No esperé más.

Me incliné y lo besé.

El beso no fue apresurado.

Fue reconfortante.

Él me sujetó la cara con cuidado, como si estuviera hecha de algo frágil. La otra mano me rodeó la cintura, acercándome más a él.

El calor de la sauna, el vapor, el silencio… todo parecía disolver lo que quedaba de la pelea.

Cuando nos separamos, nuestras frentes permanecieron unidas.

—Todavía voy a meter la pata —murmuró él.

—Yo también.

Esbozó una sonrisa.

—Pero no vamos a equivocarnos por separado.

Respiré hondo.

—No.

Su tacto sudoroso *me* atrajo hacia él y esta vez ni siquiera pensé en resistirme.

◆ ◆ ◆

Aviso

A continuación hay una escena de sexo que contiene descripciones. Si no quieres leerla, te sugiero que pases al siguiente capítulo.

◆ ◆ ◆

Askanor me apretó los pezones y los chupó con deseo, succionándolos entre los dientes frontales y endureciendo las areolas entre sus labios. Mi cuerpo estaba sudoroso, pero a él no le importó.

Mi marido me agarró por el cuello y tiró de mis labios hasta que se pegaron a los suyos de nuevo. Con urgencia. Con lujuria. Sentí un firme golpe de su mano en mi trasero mientras me abría las piernas y su pene me penetraba bruscamente.

Me ardió un poco, sintiendo una presión abrupta, obligando a mis paredes internas a amoldarse a su tamaño junto a los piercings.

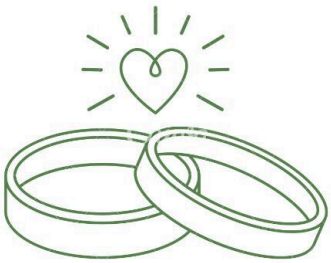
Lo agarré hasta que mis uñas se clavaron en su piel húmeda, y gemí alto con una mezcla de dolor. El pene forzó mi coño aún más y mordí el hombro del Don con fuerza.

Allí nos quedamos un buen rato entre besos y más besos, el sexo cada vez más intenso. Nuestras pelvis chocaban con intensidad. Con la mano de Askanor en mi cuello, y la otra dándome palmadas cada vez más fuertes en el culo.

La sauna era un ambiente más perfecto de lo que había imaginado.

Sentía que cada vez estábamos más unidos. Y nuestro hijo podía sentir el amor que sentíamos el uno por el otro.

Y ya no me veía sin ese hombre.



CAPÍTULO 54: CASA LLENA

Askanor Di Leone

La mesa de póquer estaba montada en la parte trasera de la discoteca, lejos de la música, lejos de las luces que hipnotizaban a los clientes. Allí, el aire era denso, cargado de humo y risas.

Marco sostenía las cartas con esa calma irritante de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

Observé mientras revelaba la combinación final.

Full.

Uno de los soldados soltó un taco y dio un golpe en la mesa con la mano.

El otro tiró las cartas al centro con irritación teatral.

—¿Otra vez? —se quejó.

Me reí, tirando mis cartas boca arriba sobre el tapete verde.

—Está haciendo trampa.

Marco recogió las fichas con tranquila indiferencia.

—He ganado limpiamente.

—¿De verdad? —murmuró uno de los hombres.

La mesa estalló en carcajadas. El ambiente era distendido y peculiar. Durante unos minutos, no hubo investigaciones, ni traiciones, ni hoteles de cinco estrellas que ocultaran secretos.

Solo cartas.

—Segunda ronda —anunció Marco, barajando.

Fue entonces cuando mi móvil vibró en el bolsillo de la chaqueta.

No suelo contestar mientras juego.

Pero cuando vi el nombre en la pantalla, me levanté sin pedir permiso.

Valentina.

Marco se dio cuenta enseguida. Siempre se daba cuenta.

Me alejé de la mesa, le di la espalda al grupo y contesté.

—¿Qué pasa?

No pregunté si todo iba bien.

Le pregunté qué había pasado.

Su respiración al otro lado de la línea no era regular.

—Flora ha empeorado.

Todo mi cuerpo se puso en alerta.

— ¿Dónde estás?

— En el hospital. La traje hace una hora.

Ya me dirigía hacia la salida.

— ¿Qué hospital?

Ella dijo el nombre. Colgué sin hacer más preguntas.

Volví a la mesa solo lo suficiente para coger mi chaqueta de cuero de la silla.

—Flora está en el hospital —dije.

Marco se puso de pie antes de que terminara.

—Vamos.

Se volvió hacia los dos soldados.

—Quedaos aquí. En alerta.

Ninguno de ellos preguntó nada.

Salimos por la puerta lateral de la discoteca y nos metimos en el coche. Conduje más rápido de lo recomendado.

El hospital se veía muy iluminado para esa hora de la noche.

Marco se puso al volante en cuanto entramos.

— Yo me encargo del papeleo.

Se dirigió directamente al mostrador de recepción, hablando con la eficiencia de quien resuelve los problemas antes de que surjan.

Una enfermera se acercó a mí.

— ¿Señor Di Leone?

— Sí.

— Su hermana está en la habitación 312.

No esperé al ascensor. Subí por las escaleras.

Los pasillos parecían largos y luminosos. El olor a desinfectante era tan fuerte que me escocían los ojos.

Cuando llegué a la habitación, empujé la puerta sin llamar.

Valentina estaba de pie junto a la cama.

Tenía los ojos cansados.

Flora estaba tumbada, más pálida de lo que me gustaría admitir. Un fino tubo de oxígeno le pasaba por debajo de la nariz. El monitor junto a la cama emitía sonidos rítmicos.

Un médico estaba junto a la cama, analizando los resultados de las pruebas en una tableta.

—Señor Di Leone —dijo al reconocerme—. Soy el doctor Henry.

—¿Qué ha pasado?

Habló con calma, pero sin suavizar el tono.

—Su hermana tiene antecedentes de problemas pulmonares desde la infancia. Sus pulmones nunca se desarrollaron plenamente. Existe una fragilidad estructural en los bronquiolos.

Fruncí el ceño.

—Explíqueme esto de forma que lo entienda.

Él asintió.

— Piensa en los pulmones como un árbol. Los bronquios son las ramas más grandes. Los bronquiolos son las ramas más pequeñas, encargadas de llevar el aire hasta los alvéolos, donde el oxígeno pasa a la sangre.

Me quedé en silencio, atento.

—En su caso, esas «ramas más pequeñas» son más estrechas y sensibles. Cualquier infección respiratoria simple puede causar una inflamación intensa, dificultando el paso del aire.

Miré a Flora.

— ¿Ha contraído una infección?

— Sí. Una infección viral que, para la mayoría de las personas, sería solo una gripe fuerte. Pero en su caso, le causó una inflamación significativa en los pulmones. El oxígeno no se estaba absorbiendo adecuadamente.

Apreté la mandíbula.

—¿Corre peligro?

—Ahora no. Hemos conseguido estabilizarla con medicación intravenosa, antibióticos preventivos y oxígeno. Pero tenemos que vigilarla de cerca durante las próximas veinticuatro horas.

Asentí con la cabeza.

Valentina me tocó el brazo discretamente.

—Llegó con mucha dificultad para respirar —explicó—. No quise esperar.

Solo le cogí la mano un segundo.

El médico guardó la tableta.

— Los voy a dejar solos. Si hay algún cambio, llamen a enfermería.

Salió.

Valentina me miró.

— Voy a por un café.

Lo entendí.

Ella salió, cerrando la puerta suavemente.

Acerqué la silla que había junto a la cama y me senté.

Flora parecía más pequeña en esa cama tan grande.

Durante unos minutos, me limité a observar el lento subir y bajar de su pecho.

Entonces abrió los ojos lentamente.

—¿Las?

Sonreí.

—Ahora estoy aquí.

Ella intentó devolverme la sonrisa, pero el movimiento fue débil.

Le cogí la mano con cuidado.

— Lo siento.

La palabra salió antes de que pudiera evitarlo.

— ¿Por qué? —murmuró ella, con dificultad.

—Por vivir ausente.

Ella hizo un esfuerzo por apretarme los dedos.

— Eres… el mejor hermano del mundo.

Solté una risa breve, casi incrédula.

—Ni de lejos soy una buena persona, Flora. Y tú lo sabes.

Ella respiró con dificultad, pero mantuvo la mirada fija en mí.

— En mi opinión… eres la mejor persona que existe.

Asentí con la cabeza.

— No tienes ni idea de las cosas que hago.

—Sí que las tengo —respondió ella, casi en un susurro—. Y aun así… estoy orgullosa de ti.

Eso me desarmó más que cualquier arma apuntándome.

— Proteges a todo el mundo —continuó ella—. Incluso a mí.

Llevé su mano a mis labios y besé sus dedos fríos.

— Descansa.

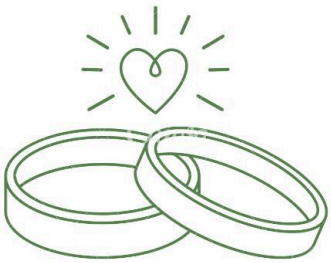
Ella cerró los ojos lentamente.

—*Te* quiero —murmuró antes de volver a quedarse dormida.

—Yo también *te* quiero…

Me quedé allí, sosteniendo su mano.

El monitor seguía emitiendo su sonido constante.



CAPÍTULO 55: CHISPA

Askanor Di Leone

La luz de la mañana se colaba tímidamente por las rendijas de la persiana, dibujando líneas claras sobre el suelo encerado de la habitación.

No dormí.

La silla junto a la cama de Flora se convirtió en mi puesto de vigilia. El hospital tenía ese silencio artificial, interrumpido solo por pasos apresurados en el pasillo y el pitido constante del monitor cardíaco. Un sonido pequeño, pero poderoso. Cada latido electrónico era una confirmación de que ella todavía estaba allí.

Flora dormía profundamente, con el oxígeno aún apoyado bajo la nariz, el pecho subiendo con más regularidad que la noche anterior. La palidez parecía menos acusada. Había suficiente color para darme un respiro mental.

Estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, cuando vi un reflejo en el cristal de la puerta.

Marco.

No entró. Solo hizo un breve gesto con la cabeza.

Me levanté despacio, ajustando la silla para que no rayara el suelo. Miré a Flora por última vez antes de salir.

En el pasillo, el aire parecía más frío.

—¿Se ha despertado? —preguntó Marco en voz baja.

—Sí. Habló un poco. Luego se volvió a dormir.

Marco asintió.

Parecía fuera de lugar en aquel ambiente luminoso. Los hospitales no pegan con hombres como nosotros. No hay suficientes sombras.

—Puedo dejar aquí a un soldado —se ofreció—. O me quedo yo mismo. Necesitas descansar.

Me pasé la mano por la cara.

— Solo quiero esperar a que se despierte de nuevo. Saber si está mejor.

Marco *me* miró un segundo más de lo habitual.

—Valentina está bien —dijo, anticipándose a mi pregunta—. Está en su casa. Durmiendo. He dejado a dos hombres fuera.

Asentí, sintiendo que el peso se aliviaba un poco en mi pecho.

—Necesita descansar —murmuré.

Marco cruzó los brazos.

—Lo necesita.

El silencio se hizo entre nosotros durante unos segundos.

Entonces cambió de tono.

—He recibido información de la policía.

Le miré directamente a los ojos.

— ¿Qué tipo de información?

Marco dio un paso hacia mí, manteniendo la voz baja.

— Milene fue asesinada esta madrugada.

El pasillo pareció encogerse.

— ¿Qué?

—Cuatro disparos —continuó—. Uno en plena frente. Tres en el abdomen.

Me quedé inmóvil.

Milene.

La exmujer de Ettore.

— ¿Dónde? — pregunté.

—En la casa que visitamos estos días.

Me pasé la mano por la barbilla, sintiendo cómo la barba incipiente me arañaba la palma.

— ¿La policía?

—Está investigando. Escena violenta. Una clara ejecución.

Se me revolvió el estómago.

Un disparo en la frente.

Eso no es un acto descontrolado.

Es un mensaje.

—¿Quién haría algo así? —murmuré más para mí misma que para él.

Marco ladeó ligeramente la cabeza.

—Ettore estaba metido con gente peligrosa. Quizá más de lo que imaginábamos.

Me quedé mirando al suelo un momento, encajando piezas invisibles.

Ettore muerto.

Una gran suma de dinero desaparecida.

Ahora Milene ha sido asesinada.

Eso no parecía una coincidencia.

— ¿Crees que ella sabía algo? —pregunté.

—Es posible. Las exmujeres suelen saber dónde están enterrados los esqueletos.

Dejé escapar un suspiro lento.

—O quizá alguien quiso borrar cualquier vínculo que le quedara con él. ¿Alguna idea sobre esa amante? Por si acaso…

Marco negó con la cabeza.

—De momento, nada. Ahora mismo estamos revisando las cámaras por donde pasó Ettore. Pero hasta ahora nada.

El hospital parecía tranquilo, para una conversación como aquella.

—Quiero que investigues esto a fondo —dije—. Averigua con quién estaba realmente involucrado Ettore. Contactos recientes. Transferencias. Llamadas.

—Ya estoy moviendo algunas piezas —respondió Marco—. Pero voy a profundizar y centrarme en este asesinato.

Le miré fijamente a los ojos.

—No quiero suposiciones. Quiero nombres.

Marco lo entendió.

Siempre lo entendía.

— ¿Crees que esto puede llegar hasta ti? Creo que es algo más relacionado con tu tío —preguntó.

Lo pensé un segundo.

— Si Milene fue ejecutada de esa manera, quien lo hizo no tiene miedo de llamar la atención.

Marco se quedó en silencio.

—Entonces tenemos que considerar todas las posibilidades —concluyó.

Asentí con la cabeza.

Mi mente iba a mil por hora, pero mi cuerpo estaba demasiado cansado para seguir el ritmo de mis pensamientos.

—Ve —dije—. Manténme informado de cualquier cosa.

Marco me puso la mano en el hombro por un segundo, un gesto poco habitual.

—Por supuesto que *te* mantendré informado, Don.

Se alejó por el pasillo con paso firme, desapareciendo en la curva.

Me quedé quieto unos segundos antes de volver a la habitación.

Empujé la puerta lentamente.

Flora aún dormía.

El monitor seguía con su ritmo constante.

Me senté de nuevo en la silla.

Asesinatos, investigaciones, mensajes escritos con pólvora y sangre.

Y allí, en esa cama, mi hermana respiraba con la ayuda de un fino tubo de plástico.

La diferencia entre los dos mundos era brutal.

Volví a apoyar los codos en las rodillas, con la mirada fija en el suelo claro.

Si alguien estaba eliminando piezas del tablero de Ettore, necesitaba saber hasta dónde llegaría eso.

Porque si aquello era una purga…

Tenía que asegurarme de que mi familia no estuviera en la lista.

El pitido constante resonaba como un metrónomo.

Vida.

Vida.

Vida.

Alcé la vista al oír un ligero movimiento.

Flora movió la cabeza y respiró hondo.

Me acerqué a la cama de inmediato.

—Estoy aquí —dije en voz baja.

Sus ojos se abrieron lentamente.

—Todavía estás… —murmuró ella. —Siempre estás aquí.

—Te dije que me quedaría.

Intentó sonreír.

—Me encuentro mejor.

Observé su respiración, más firme que la noche anterior.

—Parece que sí.

Ella parpadeó lentamente.

— No has dormido, As…

— Dormir está sobrevalorado.

Flora puso una leve expresión de reprobación.

Incluso allí, tan frágil, seguía intentando cuidar de mí.

Le acaricié el pelo con cuidado.

— Puedes volver a descansar. Yo estoy aquí.

◆ ◆ ◆

La puerta de la habitación se abrió lentamente.

Alcé la vista de inmediato, preparado para cualquier cosa.

Pero era mi esposa. Valentina.

La luz del pasillo dibujó su silueta antes de que pudiera ver su rostro. Entró en silencio, cerrando la puerta con cuidado para no despertar a Flora.

Mi hermana dormía, con la respiración más estable, y el monitor marcaba un ritmo que ya no parecía una amenaza.

Me levanté.

Valentina caminó hacia mí con pasos suaves, pero decididos. Cuando se detuvo frente a mí, la abracé sin decir nada primero. Solo la abracé.

Su cuerpo encajó en el mío, como si ese gesto fuera una necesidad física.

Le besé los labios, luego la frente.

—Me alegro de que estés aquí —dije.

Ella sonrió levemente.

Deslicé la mano hasta su vientre, aún discreto bajo el vestido.

—Me alegro de que tú y nuestro hijo estéis aquí.

Su sonrisa se amplió con esa corrección.

—Podría haberme quedado ayer —dijo en voz baja—. Podría haber dormido en la habitación.

Negué con la cabeza.

—No.

— No soy de cristal, Askanor.

—Lo sé.

Le sostuve el rostro entre las manos.

— Pero llevas contigo algo que es más importante que cualquier otra cosa. Quería que descansaras. En un lugar cómodo. Seguro.

Ella me miró por un instante, tratando de averiguar si se trataba de control o de cariño.

—Gracias —murmuró.

Estaba a punto de responder cuando sentí que me vibraba el bolsillo de la chaqueta.

El mundo nunca espera.

Cogí el móvil, sabiendo quién era antes de mirar.

Marco.

—Tengo que contestar —dije.

Valentina se inclinó y me besó en la mejilla.

—Me quedo con Flora.

Asentí con la cabeza y salí de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Contesté desde el pasillo.

—¿Quién es?

La voz de Marco era baja, pero se notaba tensión en ella.

—Estoy en la parte trasera de la casa de Milene.

Dejé de caminar.

— ¿Y?

—Te va a interesar ver esto.

Su tono no era dramático. Era objetivo.

Lo que lo hacía aún peor.

—Voy para allá.

Colgué.

Me quedé parado un segundo en el pasillo vacío del hospital. El olor a desinfectante me pareció de repente más fuerte.

Entonces volví a la habitación.

Abrí la puerta despacio.

Flora seguía durmiendo, con el rostro más tranquilo.

Valentina estaba sentada en el sillón frente a la cama, con las manos apoyadas sobre su regazo.

Levantó la vista cuando me vio.

Me acerqué a ellas.

Por un instante, me limité a observar.

A mi hermana en la cama.

Mi esposa en la silla.

—Tengo que salir —dije.

Valentina no me preguntó adónde.

Solo asintió.

—Ten cuidado.

—Lo haré.

La sencillez de la frase lo decía todo sin decirlo.

—No te preocupes —añadió ella—. Me quedo con Flora.

Me acerqué a ella y me agaché, besándole la frente con calma.

— Lo sé.

Ella me cogió la mano un segundo antes de soltarla.

Miré a Flora una vez más.

Respiración estable.

Monitor estable.

Entonces me di la vuelta y salí.

Los pasillos del hospital parecían aún más largos esta vez.

Afuera, el aire estaba frío.

Mientras caminaba hacia el coche, sentí con claridad la división que gobernaba mi vida.

Dentro de aquella habitación había fragilidad, amor, promesas de futuro.

Afuera, había sangre, ejecuciones y secretos enterrados en los fondos de una casa.

Me subí al coche.

Giré la llave.

◆ ◆ ◆

Los fondos de la casa de Milene eran diferentes de los de la parte de delante.

No había flores cuidadas ni farolillos delicados.

Allí había un callejón estrecho, amurallado con ladrillos antiguos ennegrecidos por la humedad. A pesar de que el sol brillaba alto en el cielo, la luz apenas llegaba al suelo. El lugar parecía estar permanentemente sumido en una penumbra sucia.

Aparqué unos metros antes.

Dos de mis soldados estaban apostados cerca de la entrada lateral. Cuando me acerqué, uno de ellos hizo un discreto gesto con la cabeza.

—Don.

El otro simplemente me hizo un hueco para que pasara.

No respondí con palabras.

La puerta trasera estaba entreabierta.

Marco estaba apoyado contra la pared de ladrillos, fumando. El cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos, el humo subía perezosamente y contrastaba con el fuerte olor a productos forenses que se escapaba de la casa.

Me vio y se quitó el cigarrillo de la boca.

—Has tardado.

Me detuve frente a él.

—El hospital.

Él asintió, como si eso lo explicara todo.

Marco apagó el cigarrillo presionando la punta contra el ladrillo, aplastándolo hasta que solo quedó una mancha oscura en la pared.

— ¿Siguen ahí los forenses? —pregunté.

—Sí. Pero lo que quiero enseñarte no les interesa.

Empujó la puerta y entró.

Yo lo seguí.

La casa estaba patas arriba. Cintas de precinto acordonaban la sala principal. Un técnico fotografiaba la pared desde donde probablemente se había disparado el tiro en la frente. El olor metálico de la sangre aún flotaba en el aire, a pesar de que las ventanas estaban abiertas.

Marco no aminoró el paso.

Cruzó el pasillo y abrió una puerta lateral que daba a una estrecha escalera.

—Por aquí.

Bajamos.

La madera de los peldaños crujía bajo nuestro peso.

Cuanto más bajábamos, más cambiaba el olor.

No era moho.

Era perfume.

Floral.

Dulce, para aquel ambiente.

Fruncí el ceño.

— ¿Lo estás oliendo? — pregunté.

—Desde que bajé —respondió Marco.

El sótano no era lo que esperaba.

No era un depósito. No era un almacén.

Era una habitación improvisada.

Había una mesa con un ordenador de última generación. Dos monitores. Los cables bien ordenados. Un gran cuadro que ocupaba casi toda la pared frontal.

Me detuve.

En el tablero, había fotografías sujetas con alfileres. Líneas rojas conectaban una imagen con otra, cruzándose como venas al descubierto.

Mi rostro estaba allí.

Una foto reciente.

Al lado, Marco.

Valentina.

Flora.

Otros miembros de la familia Di Leone.

Allí, ordenados como piezas de un juego.

Me acerqué más.

—Falta alguien —murmuré.

Marco cruzó los brazos.

—Ettore.

Volví a mirar.

Era cierto.

No había ninguna foto suya.

—Probablemente fue él quien montó todo esto —dijo Marco —. No tendría sentido poner su propia imagen en el centro del tablero.

Observé las conexiones.

Había pequeñas anotaciones, casi ilegibles desde la distancia. Fechas. Lugares. Interrogantes.

Valentina tenía tres líneas que la unían a otros puntos.

Flora, dos.

Me se tensó la mandíbula.

—Nos estaba estudiando —dije.

—O alguien os estaba estudiando a los dos.

Marco señaló el ordenador.

—Traje a un hacker. Analizó los registros rápidamente antes de que la policía precintara el equipo.

— ¿Y?

—La última vez que se encendió fue de madrugada.

Mantuve la mirada fija en la pantalla apagada.

—Horas antes de que Milene fuera asesinada.

El perfume floral parecía más intenso allí abajo, como si alguien hubiera intentado enmascarar otro olor.

—Entonces, quienquiera que lo estuviera usando… estuvo activo anoche —concluí.

Marco asintió.

— No parece un trabajo improvisado. Esto llevó tiempo.

Observé una línea roja que unía mi foto con la de Valentina.

Otra que iba hacia Flora.

Después se dividía.

—Ettore no tenía los medios para montar algo así por su cuenta —dije.

— Yo también lo creo.

El silencio en el sótano era opresivo.

Alguien estaba observando a mi familia.

Organizando.

Conectando.

Y Milene fue ejecutada pocas horas después de que ese ordenador fuera utilizado por última vez.

Me pasé la mano por la barbilla, sintiendo cómo las piezas del rompecabezas encajaban una a una.

—¿Con quién estabas involucrado, Ettore? —murmuré.

No era una pregunta para Marco.

Era para un hombre muerto.

Marco se acercó al cuadro.

— Si esto es más grande que él, tenemos que averiguarlo rápido.

Di un paso atrás, analizando el conjunto completo.

Fotos.

Líneas.

Fechas.

Aroma floral en el aire.

Milene muerta.

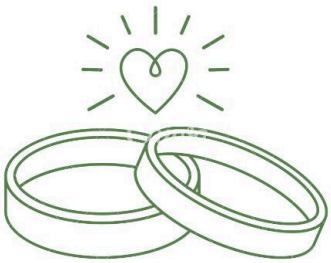
Ettore ausente del propio mapa.

—Quiero un nombre —dije en voz baja—. Quiero ver su cara. Quiero saber quién es el desgraciado que ha montado todo esto.

Marco asintió.

—Voy a hacer una copia de todo antes de que llegue la policía.

Seguí mirando fijamente el cuadro.



CAPÍTULO 56: BUENAS NOTICIAS

Valentina Rocci

El tiempo pasó de otra manera después del hospital.

Las semanas no pasaron volando. Maduraron.

Cada consulta traía un detalle nuevo. Un latido más firme. Una ecografía más clara. La barriga empezó a asomar bajo los vestidos, discreta, pero imposible de ignorar para mí. Sentía cambios que nadie más percibía. Pequeños tirones en la piel. Un cansancio diferente. Una conciencia constante de que ya no caminaba sola.

Aquella mañana, la consulta estaba en silencio cuando el médico deslizó el aparato sobre mi barriga.

El gel estaba frío, como siempre.

Contuve la respiración mientras la imagen tomaba forma en la pantalla. Esa pequeña silueta, ahora más definida. El sonido del corazón llenando la habitación como un delicado tambor.

Esta vez, Askanor no estaba conmigo, pero por insistencia mía, ya que Flora recibiría el alta en cualquier momento. Quería que él estuviera con ella.

La doctora inclinó ligeramente la cabeza, ajustando el ángulo.

—¿Quieres saber el sexo? —preguntó.

Mi corazón se aceleró.

—Sí.

Ella sonrió con naturalidad profesional.

— ¡Enhorabuena! Es un niño.

La palabra quedó suspendida en el aire durante un segundo antes de calar en mi interior.

Un niño.

Sentí una oleada de calor recorrerme el pecho. No fue exactamente una sorpresa. Fue una confirmación. Como si una pieza hubiera encajado en silencio.

Salí de la consulta con el resultado impreso en el bolso y una sonrisa que se negaba a desaparecer.

El cielo parecía más azul de lo habitual mientras volvía al trabajo.

Un niño.

La palabra resonaba de forma diferente en mi interior.

Cuando entré en la oficina, Gibriela me vio incluso antes de que llegara a mi despacho. Estaba ordenando unos documentos en recepción, pero su mirada captó mi sonrisa de inmediato.

—Esa cara no es la de alguien que acaba de salir de una consulta rutinaria —dijo, cruzando la sala hacia mí—. ¿De qué sexo es?

Me reí.

—No pierdes el tiempo.

—Ni un segundo.

Sostuve el bolso con ambas manos.

—Vamos a mi despacho.

Ella me acompañó hasta allí, cerrando la puerta detrás de nosotros con expectación infantil.

—Dilo ya —insistió.

Dejé el examen sobre la mesa y respiré hondo, disfrutando del momento.

—Es un niño.

Gibriela se llevó las manos a la boca por un segundo y luego aplaudió, emocionada.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Me reí ante su emoción.

— No tenías forma de saberlo.

—Tenía un presentimiento.

Empezó a dar vueltas por la habitación, como si estuviera tramando algo.

—Voy a comprar un regalo precioso. No, varios. Un ajuar completo si me dejas.

— Tranquila —dije, sonriendo.

Se detuvo frente a mí.

—Askanor se va a sentir muy orgulloso.

Pensé en él por un instante.

En su mirada firme. En la promesa en la sauna. En la antigua tensión que ahora parecía lejana.

—Sí —asentí—. Se lo contaré esta noche.

Gibriela esbozó una sonrisa cómplice.

— Esa cena va a ser interesante.

— Me lo imagino.

Se acomodó en la silla frente a mí.

— ¿Y Flora? ¿Cómo está?

—Volverá a casa hoy.

El alivio aún era demasiado reciente para parecer trivial.

— La infección está controlada. Está mucho mejor.

Gibriela suspiró.

— Menuda racha de buenas noticias.

Asentí con la cabeza.

— Son buenas noticias.

Por un momento, nos quedamos en silencio, simplemente disfrutando de la rara tranquilidad de aquel día.

Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y noté el móvil.

— Voy a avisar a mis padres.

Gibriela se levantó de inmediato.

—Te dejo disfrutar de este momento.

Se inclinó y me besó en la mejilla antes de salir, cerrando la puerta con cuidado.

Me senté en la silla, con el corazón acelerándose de nuevo.

Toqué el nombre de mi madre en la pantalla y seleccioné videollamada.

Tardó dos tonos.

La imagen apareció borrosa durante un segundo antes de estabilizarse.

Estaban en la piscina.

Mi madre llevaba un sombrero grande para ella sola. Mi padre tenía los pies en el agua, con las gafas de sol torcidas en la cara.

—¡Hija! —dijo mi madre, animada—. Llamas a una hora inusual.

—Estamos disfrutando del sol —añadió mi padre, acercándose a la cámara.

Sonreí.

—Tengo una noticia.

Mi madre abrió mucho los ojos.

— ¿Va todo bien?

— Todo va genial.

Respiré hondo, saboreando el momento.

— Estoy esperando un niño.

El grito de mi madre fue explosivo.

Se llevó las manos a la cara, a punto de dejar caer el móvil.

— ¡¿Un niño?!

Mi padre se quedó en silencio un segundo, mientras una sonrisa se dibujaba lentamente en su rostro. Sus ojos brillaban, llenos de emoción.

Acercó la cara a la cámara.

—Mi nieto.

Su voz sonó más baja de lo normal.

Sentí cómo las lágrimas me subían sin pedir permiso.

—Tu nieto —repetí, riendo mientras me secaba el rabillo de los ojos.

Mi madre ya hablaba de ropa azul, de juguetes, de cómo lo mimaría hasta el límite de lo tolerable.

Mi padre solo me observaba, con esa amplia y orgullosa sonrisa que conocía desde siempre.

—Tiene suerte —dijo mi padre—. Te tiene a ti como madre.

Respiré hondo.

—Quiero organizar una fiesta —dije de repente—. Para celebrar la vida. No solo el sexo. La vida.

Mi madre asintió de inmediato.

—¡Estaremos allí! Estoy deseando darte un abrazo bien fuerte. ¡De esos que valen por dos!

—Por supuesto —añadió mi padre.

Hablamos unos minutos más. Surgieron planes. Fechas posibles. Risas.

Cuando colgué, me quedé unos segundos mirando la pantalla negra del móvil.

Un niño.

Mi hijo.

Apoyé la mano sobre mi barriga, aún pequeña, pero que ahora tenía un nuevo significado.

Afuera, oí el ajetreo de la oficina. Teléfonos sonando. Pasos apresurados. La vida en marcha.

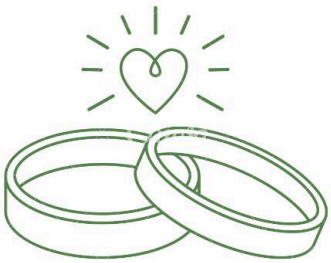
Dentro de mí, otra vida crecía.

Flora volvería a casa pronto.

Mis padres estaban felices.

Estaba embarazada. De un niño.

Y aquella tarde luminosa, antes de que ninguna sombra se atreviera a acercarse, decidí creer que el futuro podría ser bondadoso.



CAPÍTULO 57: UN BRINDIS POR LA VIDA

Askanor Di Leone

La mansión de los Di Leone estaba iluminada como si hubiera decidido rivalizar con las estrellas.

En el jardín, pequeñas luces serpenteaban entre los árboles. En el salón principal, se habían dispuesto con maestría hermosos arreglos florales. Tonos neutros mezclados con dorado. Flores claras. Velas altas en candelabros de cristal.

Era una fiesta para celebrar la vida.

Y, en ese breve instante, aquella casa parecía respirar algo que no fuera tensión.

Yo estaba al teléfono cerca de las altas ventanas del salón, observando el ajetreo mientras hablaba en voz baja.

—Sí.

Pausa.

—De acuerdo.

Unos segundos más escuchando.

—Buen trabajo.

Colgué.

Guardé el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y volví la mirada hacia el centro del salón.

Valentina me daba la espalda, hablando con Flora mientras analizaban la disposición de los adornos sobre una mesa lateral.

El vestido dorado que llevaba parecía hecho para ese momento.

No era solo el color.

Era la forma en que la tela caía sobre su cuerpo, acompañando cada movimiento con ligereza. La luz de las lámparas se reflejaba en la tela como si ella misma emitiera claridad.

El cabello le caía suelto sobre los hombros, ondulado con naturalidad. La piel parecía más viva, más luminosa.

No solo parecía embarazada.

Parecía una soberana. Mi esposa.

Solo mía.

Una leona en el centro de su propio territorio, irradiando una fuerza tranquila que no necesitaba anunciarse.

Me acerqué a ella.

Flora se dio cuenta de que me acercaba y esbozó una sonrisa discreta antes de alejarse unos pasos, fingiendo interés por las flores.

—Valentina—, la llamé.

Se dio la vuelta.

La sonrisa que se dibujó en su rostro al verme fue sincera.

— ¿Está todo listo? —preguntó.

—Está quedando perfecto.

Me acerqué un poco más.

—Tengo una sorpresa para ti.

Ella arqueó ligeramente una ceja.

— ¿Ahora?

—Ahora.

Ella miró a su alrededor, curiosa, pero segura de sí misma.

— Me estás poniendo nerviosa.

—No hace falta.

Le tendí la mano.

Ella la tomó.

Subimos las escaleras mientras seguían terminando de arreglar el salón. El sonido de las risas y los pasos se fue alejando a medida que llegábamos al pasillo superior.

Me detuve ante una puerta que antes siempre permanecía cerrada.

Saqué una llave del bolsillo y la puse en la palma de su mano.

— Abre.

Valentina me miró por un segundo, con los ojos llenos de expectación.

Giró la llave.

La puerta se abrió lentamente.

La luz se encendió automáticamente.

Y la habitación quedó al descubierto.

No era solo una habitación.

Era todo un mundo preparado para alguien que aún no había llegado.

Las paredes tenían un tono suave entre arena y crema, acogedor, cálido, pero ligero. Un delicado mural ocupaba la pared principal: una sabana estilizada al atardecer, con árboles delgados dibujados en siluetas y un cielo en tonos dorados suaves.

En el centro del mural, un pequeño cachorro de león caminaba junto a una leona más grande. No eran agresivos. No eran salvajes. Solo estaban juntos.

La cuna era de madera clara, de líneas redondeadas, con ropa de cama de algodón suave. Pequeños cojines con un discreto bordado de la inicial del nombre que solo nosotros dos conocíamos.

Junto a la cuna, un sillón de tela beige, con una manta doblada sobre el respaldo. Junto al sillón, una pequeña mesa redonda con una lámpara de luz cálida y una delicada caja de música.

Una estantería ocupaba la pared lateral. Libros infantiles alineados. Algunos clásicos. Otros elegidos por mí, tras horas leyendo reseñas en silencio.

Había una alfombra mullida en el centro de la habitación, de un tono neutro, cómoda para cuando empezara a gatear.

En la esquina opuesta, una cómoda ordenada con ropa doblada. Pequeños peleles. Calcetines diminutos. Un conjunto azul marino separado con cuidado.

Y sobre la cuna, sentado como un guardián silencioso, un león de peluche de melena abundante y expresión amable.

Valentina se llevó la mano a la boca.

—Askanor…

La voz le falló.

Entró despacio, como si temiera romper algo invisible.

Pasó los dedos por la madera de la cuna.

Miró el mural.

Tocó el león de peluche.

—¿Lo has hecho todo tú?

—Sí.

Se volvió hacia mí, con los ojos llorosos.

— ¿Cómo sabes que es un niño?

Me encogí de hombros.

—Nadie puede ocultarme nada.

Ella entrecerró los ojos, tratando de decidir si estaba bromeando.

—No se lo he contado a nadie.

—No hacía falta.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Me acerqué a la mesita junto a la ventana.

Sobre ella había un sobre discreto.

Lo cogí y se lo entregué.

— ¿Qué es esto? —preguntó ella, aún con la voz emocionada.

— Ábrelo.

Rompió el precinto con cuidado.

Dentro, documentos ordenados.

Echó un vistazo a las primeras líneas.

— ¿Un fondo financiero?

—A nombre de él —le expliqué—. —Administrado por ti hasta que tenga la edad suficiente.

Ella me miró de nuevo.

—Askanor…

Me acerqué.

— Ese dinero no es para que herede lo que yo soy. Es para que él pueda elegir lo que quiera ser.

El silencio que siguió fue diferente a cualquier otro que hubiera existido entre nosotros.

Valentina cerró el sobre y simplemente me abrazó.

Con fuerza.

La rodeé con mis brazos de inmediato, sintiendo cómo su cuerpo temblaba ligeramente.

—Gracias —murmuró contra mi pecho.

Le acaricié la cara con cuidado.

—Te quiero.

Mi mano se deslizó hasta su vientre.

—Y quiero mucho a nuestro hijo.

Ella sonrió y puso su mano sobre la mía.

—Ya es muy querido.

Unos suaves golpes en la puerta interrumpieron el momento.

— ¿Podemos pasar? —la voz de su madre resonó desde el pasillo.

Valentina se secó los ojos rápidamente.

— ¡Sí!

Sus padres entraron.

La madre se llevó las manos a la boca al ver la habitación.

Su padre se quedó quieto un segundo, absorbiendo cada detalle.

Luego se acercó a Valentina y la abrazó con delicadeza.

—Está perfecto —dijo, emocionado.

Me aparté unos pasos, dejando que ese momento fuera solo para ellos.

Mi suegro me miró.

No dijo nada.

Solo asintió.

Le devolví el gesto.

No era una aprobación ruidosa.

Era un reconocimiento.

Bajamos al salón.

La fiesta empezaba a animarse. Marco hablaba con Flora cerca de la mesa principal. Gibriela organizaba los últimos detalles con el equipo.

Valentina estaba en el centro, sonriendo, abrazando, recibiendo el cariño de sus padres.

Cogí una copa de champán de una bandeja que pasaba.

Observé.

Mi esposa.

Mi familia.

Mi hermana, viva y de pie.

Mi hijo aún es invisible, pero ya tiene una habitación esperándole.

Por un instante, parecía que todo estaba exactamente donde debía estar.

Fue entonces cuando sentí una mirada.

Alcé la vista.

Gibriela estaba al otro lado del salón.

Me observaba.

No con admiración.

No con ligereza.

Había algo más denso allí.

Algo que pasó demasiado rápido como para analizarlo con certeza.

¿Ira?

¿Envidia?

¿O solo confusión malinterpretada por la distancia?

Ella apartó la mirada de inmediato y volvió a hablar con Marco como si nada hubiera pasado.

Me llevé la copa a los labios y tomé otro sorbo.

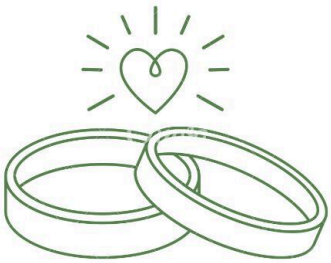
El sabor seco del champán no borró esa sensación.

Quizá vi demasiado.

O quizá había visto exactamente lo que había allí.

En aquella noche dorada, mientras la música subía de volumen y las sonrisas llenaban la mansión, una pregunta comenzó a formarse en mi mente.

Y no soy hombre de ignorar lo que captan mis instintos.



CAPÍTULO 58: CERCA

Askanor Di Leone

La noche estaba despejada.

La luna llena se cernía sobre el terreno como un ojo atento, iluminando las rejas reforzadas que rodeaban el recinto de los leones. El aire olía a tierra húmeda y a hierro. A lo lejos, uno de los animales se movía lentamente, con la melena dorada reflejando la luz plateada de la luna.

Yo estaba apoyado en la valla cuando Marco terminó el cigarrillo.

Dio la última calada, contuvo el humo un segundo y lo soltó lentamente. Luego tiró el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la suela del zapato.

—He descubierto algo —dijo.

No aparté la mirada de la oscuridad más allá de las rejas.

—Habla.

—La persona con la que Ettore estaba involucrado no apareció de la nada.

Volví la cara hacia él.

—¿Cuánto tiempo?

—Antes de la cena envenenada.

Arqueé las cejas.

El rugido sordo de uno de los leones rompió el silencio, como si puntuara la frase.

Marco sacó unos papeles doblados del bolsillo interior de la chaqueta y me los entregó.

— Registros telefónicos.

Los abrí y empecé a analizarlos a la luz de la luna y de la farola cercana.

Fechas.

Horas.

Llamadas frecuentes.

—Estaba en contacto constante —continuó Marco—. Mucho antes de que se produjera cualquier movimiento abierto contra ti.

Eché un vistazo a las secuencias numéricas.

— ¿Teléfono fijo? ¿Móvil?

—Móvil de prepago. Lo cambio cada pocas semanas.

Apreté la mandíbula.

— Inteligente.

— Y organizado.

Marco cruzó los brazos.

— Sea quien sea, estaba al tanto de las rutas. Información interna. Estrategia suficiente para hacer creer a Ettore que podría hacerse con el control de la familia Di Leone.

Levanté la vista lentamente.

— Solo no habría tenido el valor.

—Exacto.

Volví a los papeles.

Llamadas en plena madrugada. Llamadas tras reuniones importantes. Llamadas previas a decisiones internas.

Alguien estaba dirigiendo todo.

Alguien estaba montando el escenario.

—¿Quién? —murmuré.

El león más cercano se levantó, caminando de un lado a otro detrás de la reja. El sonido de las patas sobre la tierra seca resonaba en el silencio.

Marco se encogió de hombros.

—Estoy intentando encontrar a alguien que quizá conozca esa información.

Doblé los registros con cuidado.

—Cuando tengas algo concreto, avísame.

Marco esbozó una sonrisa.

— No esperaba menos que eso.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

El viento sopló con más fuerza, trayendo el olor de los animales y la vegetación.

Marco asintió levemente con la cabeza.

— *Te* lo advierto.

Se alejó hacia su coche, con pasos firmes sobre la tierra.

Yo me quedé.

Solo.

La luna llena hacía que las sombras se marcaran más. Los leones se movían como centinelas vivientes. Uno de ellos se detuvo frente a mí, mirándome a través de la reja.

Ojos dorados.

Puro instinto.

Le devolví la mirada.

Alguien estaba intentando jugar.

Pero aún no entendía el territorio en el que me encontraba.

Me quedé allí unos minutos más, dejando que el silencio ordenara mis pensamientos.

Después volví al coche.

La carretera hasta la mansión estaba desierta a esa hora. Las luces de la ciudad se iban atenuando a medida que me acercaba

a la puerta principal.

Era tarde.

Muy tarde.

Entré en el garaje y subí las escaleras despacio, sin encender todas las luces. La casa estaba en silencio, sumida en el descanso.

Cuando abrí la puerta del dormitorio, vi una luz tenue encendida en la lámpara de noche junto a la cama.

Valentina estaba sentada, despierta.

Miré mi Rolex.

00:57.

—¿Qué haces despierta? —le pregunté, cerrando la puerta tras de mí.

Ella sonrió.

—Te estaba esperando.

Se había cambiado el vestido de fiesta por algo más ligero, pero su brillo seguía siendo el mismo.

Se levantó y caminó hacia mí.

La rodeé por la cintura y la besé, sintiendo su perfume, cálido y familiar.

Ella apoyó la cabeza en mi pecho, sobre la camisa negra de vestir que aún llevaba puesta.

Nos quedamos así unos segundos.

El silencio allí era diferente del silencio de fuera, con los leones.

Allí había refugio.

—¿Va todo bien? —preguntó ella, con la voz baja contra mi pecho.

Deslicé la mano por su espalda.

—Estoy a punto de descubrir con quién estaba asociado Ettore.

Ella levantó la cara.

— ¿Has encontrado algo?

—Estamos cerca.

Le acaricié el vientre con cuidado.

—Tú y nuestro hijo podéis estar tranquilos.

Ella me tomó la cara con las dos manos.

— Siento que todo va bien.

Sus ojos no mostraban miedo.

—Yo también sé cuidarme —añadió, con una pequeña sonrisa firme.

Incliné la cara y la besé de nuevo, más despacio.

Ella me rodeó el cuello con los brazos, profundizando el beso con calma, sin prisas.

Cuando se apartó, sus ojos brillaban.

— Tengo muchas ganas de acostarme contigo.

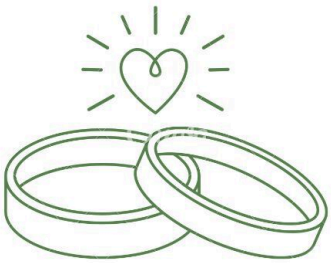
Me tiró del brazo, decidida.

Me humedecí los labios, sintiendo cómo se me dibujaba una sonrisa.

— Nada me haría más feliz.

Me condujo hasta la cama, con la mano firme en la mía.

Dentro de aquella habitación, el mundo podía esperar unas horas.



CAPÍTULO 59: LA PIEZA FINAL

Askanor Di Leone

El móvil sonó como una alarma de incendios dentro de la habitación.

No sabía dónde estaba.

Abrí los ojos con dificultad, el techo borroso, el cuerpo pesado y caliente. El recuerdo de la noche anterior llegó en fragmentos lentos. La luna. Su piel. La risa ahogada en la oscuridad.

El teléfono seguía sonando.

Me senté en la cama, completamente desnudo, frotándome la cara con las dos manos.

— ¿Dónde demonios…

El tono insistente vibraba en algún lugar del suelo.

Cuando levanté la vista, Valentina ya estaba lista.

Estaba frente al espejo, ajustándose el pendiente. Llevaba un conjunto elegante, el pelo recogido en un moño bajo que dejaba

al descubierto su cuello. Profesional. Impecable.

Peligrosa en su propia elegancia.

Ignoré el móvil.

Me levanté de la cama todavía desnudo y caminé hacia ella.

—Me encantaría secuestrarte ahora mismo —dije, con la voz ronca por el sueño—. Y volver a la cama.

Ella me vio en el reflejo del espejo y sonrió.

—Estás indecente.

—Soy sincero.

Me acerqué por detrás y la rodeé por la cintura con los brazos.

Ella se rió entre dientes y giró la cara para besarme.

—Tengo que irme a trabajar.

—No tienes que ir a trabajar —respondí automáticamente.

Se giró completamente hacia mí, con las manos apoyadas en mi pecho.

—Quiero trabajar.

La corrección fue firme, pero sin confrontación.

Observé el brillo decidido en sus ojos.

Señaló al suelo.

— Tus pantalones están ahí. El móvil está en el bolsillo.

El móvil seguía vibrando contra la tela.

Me dio otro beso, rápido, pero lleno de promesas.

— Nos vemos por la noche.

— Conduce con cuidado.

Ella arqueó una ceja.

—Siempre.

Salió de la habitación con paso firme.

Esperé a oír el sonido lejano de la puerta principal antes de suspirar y agacharme para recoger los pantalones.

El móvil seguía vibrando.

Marco.

Contesté.

—¿Qué pasa?

Respiraba con dificultad.

—Estoy llegando a la discoteca.

— ¿Y?

— Tienes que venir aquí ahora mismo.

Mi actitud cambió al instante.

— ¿Qué está pasando?

— Solo ven.

Colgó.

Me quedé mirando la pantalla medio segundo antes de moverme.

Me puse la primera camiseta que encontré en el suelo. Pantalones. Zapatos sin calcetines. Me pasé la mano por el pelo rápidamente y bajé las escaleras saltando dos peldaños a la vez.

El trayecto hasta la discoteca fue rápido.

Probablemente lo suficientemente rápido como para que me multaran.

No me importó.

Bajé directamente al sótano cuando llegué. El local estaba vacío a esa hora de la mañana, salvo por el eco de mis propios pasos.

Marco esperaba cerca de la mesa de reuniones improvisada. Había una carpeta gruesa sobre la superficie metálica.

Tenía el rostro tenso.

—¿Está ahí? —pregunté.

—Sí.

Me acerqué.

—¿Es la información que quiero?

Marco respiró hondo.

— Incluso más que eso.

Abrió la carpeta lentamente, sacando algunas fotografías y documentos.

Pero no lo esparció todo.

Cogió una foto y la puso delante de mí.

Ettore.

Riendo.

Junto a una mujer.

No era una imagen casual. Era íntima. Cálida.

Mi mirada se dirigió directamente a su rostro.

Conocía ese rostro.

Esa línea de la mandíbula.

Esa expresión que había visto días antes, en la fiesta, durante un breve segundo.

Ira contenida.

—¿Quién es esa? —pregunté, aunque la respuesta ya me recorría la espalda como hielo.

Marco no tuvo que responder.

Porque ya lo sabía.

Gibriela.

El nombre *se* formó en mi mente con rabia.

Todo empezó a encajar.

Se acercó a Valentina haciéndose pasar por víctima. Lloró. Dijo que la estaban amenazando. Intentó acceder a la información de las rutas que Valentina llevaba en contabilidad.

Recordaba las conversaciones.

De las peticiones sutiles.

De la curiosidad excesiva.

La amante de Ettore era Gibriela.

Estaban juntos.

Fingiendo amenazas.

Creando distracciones.

La cuenta en el extranjero.

Cerré los ojos por un segundo.

La cuenta se abrió a su nombre.

Para huir.

Para financiar el plan.

La mirada en la noche de la fiesta.

No era confusión.

Era odio.

Porque yo estaba allí. Porque su plan había fracasado. Porque Ettore estaba muerto.

Alcé la vista hacia Marco.

— ¿Es posible que fuera ella quien mató a Milene?

Marco se pasó la mano por la cara.

—La autopsia llegó hace unos minutos.

El ambiente pareció volverse más denso.

— ¿Y?

— Altura compatible. Residuos compatibles con pólvora en las manos de alguien que ha disparado recientemente. Los testigos vieron a una mujer salir por la parte de atrás.

Mi corazón latía más despacio.

Más frío.

— Coincide con la descripción que tienen de ella —añadió Marco.

Me giré inmediatamente hacia la puerta.

Marco me sujetó el brazo un segundo.

— ¿A dónde vas?

Tiré del brazo con firmeza.

—Gibriela podría estar buscando venganza.

La imagen de Valentina saliendo por la puerta de la mansión volvió a mi mente.

Sola.

— Y si lo ha perdido todo… —comenzó Marco.

— Valentina podría estar en peligro.

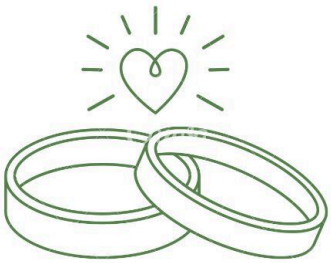
Estaba caminando.

Cada paso resonaba en el sótano como una advertencia tardía.

Si Gibriela se dio cuenta de que el plan había fracasado.

Si se ha perdido a Ettore.

Si se ha perdido el dinero.
Si se había perdido el control.
Entonces solo quedaba una cosa.
Destruir lo que más valoro.
Y no permitiría que nadie se acercara a mi familia.



CAPÍTULO 60: POR EL FUTURO

Valentina Rocci

Llegué a la empresa con la extraña sensación de que el día sería productivo.

Quizá solo fuera el reflejo de la noche anterior. La habitación preparada. El abrazo de Askanor. La seguridad que transmitía cuando decía que todo estaba bajo control.

Atravesé el vestíbulo con paso firme y una sonrisa en los labios.

Gibriela estaba en su mesa, ordenando unos papeles. Cuando me vio, levantó la vista de inmediato.

—¡Buenos días! —dije, animada.

Ella me devolvió la sonrisa.

—¡Buenos días, Valentina!

Nada en su expresión parecía fuera de lugar. El mismo tono dulce. La misma mirada atenta.

Entramos en mi despacho, como hacíamos casi todos los días. Era casi un ritual. Charlábamos unos minutos antes de ponernos manos a la obra.

Cerró la puerta tras de nosotras.

—Quiero contarte algo —dijo, ajustándose el bolso al hombro.

Me senté en la silla, curiosa.

—¿Qué pasa?

Ella dudó un segundo.

—¿Te acuerdas de la última vez que subimos al ático?

Sonreí.

— ¡Claro!

— ¿Podemos subir otra vez? Tengo que contarte algo.

No vi motivo para negarme.

— Sí, vamos. ¡Me hace mucha ilusión!

Cogí mi móvil y salí de la sala con ella.

Antes de llegar al ascensor, se detuvo de repente.

— Espera, quiero enseñarte algo. Está en mi bolso, sobre la mesa.

—Pues cógelo —le dije, riendo—. Ya estamos aquí.

Caminó rápido de vuelta a su mesa, cogió el bolso y volvió enseguida.

Entramos en el ascensor.

El silencio dentro fue breve, pero extraño. Lo atribuí a su nerviosismo. Quizás fuera algo importante.

Las puertas se abrieron en la última planta.

La azotea era amplia, con una parte cubierta de cristal y otra abierta, dejando que la ciudad se extendiera bajo nosotros como un mapa vivo.

Caminé delante, dirigiéndome directamente a la zona descubierta. El viento me acarició suavemente la cara.

Me volví hacia ella, sonriendo.

—¿Y bien? ¿Qué quieres enseñarme?

Gibriela rebuscó en el bolso con movimientos certeros. Sacó de dentro una fotografía impresa y me la entregó.

La cogí.

En la imagen, ella sonreía, con el rostro iluminado, diferente de la expresión que solía ver en la oficina. A su lado, un hombre.

El sol le daba directamente en la cara, ocultando sus rasgos bajo un claro resplandor de luz.

Sonreí automáticamente.

—Me sorprende —dije—. ¿Estás saliendo con alguien y no me lo has dicho?

Su sonrisa cambió.

Se volvió más frágil.

—Ha fallecido.

Se me encogió el corazón.

—¿Qué?

Ella bajó la mirada por un segundo.

— Te mentí el otro día. No fue mi padre quien falleció.

Sentí que el suelo se movía ligeramente bajo mis pies.

—Fue mi novio.

Me llevé la mano al pecho.

— Gibriela… lo siento mucho.

Di un paso adelante, instintivamente, intentando tocarle el hombro.

Ella retrocedió bruscamente.

Saltó hacia atrás.

Como si mi tacto quemara.

Me quedé paralizado.

Su rostro se transformó.

La sonrisa desapareció. Frunció el ceño. Sus ojos se endurecieron.

—¿Qué pasa? —pregunté, confundida.

Su respiración se volvió irregular.

—Ha sido Askanor.

El nombre salió como veneno.

Parpadeé, sin entender nada.

— ¿Qué?

—Fue él quien mató al hombre al que amaba.

De repente, el viento pareció soplar con más fuerza.

— Gibriela, eso no tiene sentido…

Ella volvió a meter la mano en el bolso.

Y sacó una pistola.

El metal brilló bajo el sol.

Me apuntó.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente.

Levanté las manos de inmediato.

— Tranquila, Gibriela… Explícame esto bien.

Mi voz sonó más firme.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no eran lágrimas frágiles.

Estaban cargadas de rabia.

— Sé que él lo mató. Lo sé.

— ¿Estás segura? —pregunté, tratando de mantener un tono firme—. Sabes cómo funciona el mundo de Askanor. A veces…

— ¡No lo defiendas!

Su voz resonó en la azotea.

El arma temblaba ligeramente en sus manos.

—¡Lo he perdido todo! —gritó ella—. ¡Todo!

Mantuve las manos en alto, con el corazón acelerado, pero intentando razonar.

— Si me disparas, ¿qué crees que pasará después?

Gibriela dio un paso adelante.

—Sé que él me va a matar.

Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—Pero antes de eso, lo notará.

El viento me levantó algunos mechones de pelo.

—Te voy a matar, Valentina —dijo ella, con la voz quebrada y furiosa a la vez—. ¡Para vengarme!

Me quedé inmóvil.

El borde de la azotea estaba a unos pasos detrás de mí.

El arma seguía apuntando a mi pecho.

◆ ◆ ◆

El viento azotaba la azotea como si quisiera empujarlo todo al límite.

La ciudad allá abajo seguía indiferente, coches minúsculos moviéndose como hormigas apresuradas, bocinas lejanas, un mundo entero ajeno a lo que ocurría allá arriba.

El arma apuntando a mi pecho.

La mano de Gibriela temblaba.

Sus ojos inflamados por un dolor que ya había superado el duelo y se había transformado en algo corrosivo.

Oía los latidos de mi propio corazón en los oídos.

No tenía miedo por mí.

Era por él.

Mi hijo.

La imagen se me presentó con brutal claridad. La habitación que Askanor había preparado. El león de peluche. Su mano sobre mi vientre la noche anterior.

No lo pensé.

Me lancé.

Lancé mi cuerpo contra el suyo antes de que mi mente tuviera tiempo de organizar ninguna estrategia. Sentí el impacto en el hombro, en la cadera, en el aire que salió de mis pulmones cuando chocamos.

El disparo se produjo en ese mismo instante.

Un estruendo seco y fuerte contra el hormigón de la azotea.

El disparo se elevó hacia el cielo, perdido, inútil.

El arma se le escapó de la mano.

Vi el revólver girando en el aire durante un segundo que pareció una eternidad, luego golpeando el suelo y deslizándose hasta desaparecer bajo una mesa de metal cerca de la pared.

Nos caímos.

Yo caí encima de ella.

El suelo me arañó la piel a través de la tela de la ropa. El sabor a hierro invadió mi boca, no sabía si era sangre o solo el sabor del miedo.

Gibriela intentó apartarme la cara con la palma de la mano.

Cerré el puño.

Y le di un puñetazo.

El sonido del puñetazo en su cara fue crudo. Sentí el impacto vibrar por mis huesos. Su cabeza se giró hacia un lado con violencia.

—i¿Te has vuelto loca?! —grité, pero mi propia voz sonaba lejana.

Ella respondió con un empujón desesperado, que me dio en el hombro. Intentó rodar hacia un lado.

No la dejé.

La agarré con fuerza por la blusa y la tiré hacia atrás.

Ella intentó arañarme, con las uñas rozándome el brazo.

El dolor me hizo reaccionar con más fuerza.

Otro puñetazo.

Esta vez más abajo.

Ella gritó.

Consiguió girar el cuerpo y me empujó con las dos manos, aprovechando el impulso para separarnos.

Las dos nos levantamos casi al mismo tiempo.

Busqué el arma con la mirada.

Debajo de la mesa.

Di un paso hacia ella.

Fue entonces cuando sentí que su mano me agarraba el tobillo.

Tiró con fuerza.

Perdí el equilibrio y caí de rodillas, y luego de costado. El impacto hizo que mi codo golpeara el suelo con fuerza.

Gibriela empezó a gatear.

No estaba pensando.

Actuaba como un animal herido.

Me acerqué por detrás y la agarré del pelo con ambas manos. Tiré con tanta fuerza que pude oír cómo se le cortaba la respiración.

—¡Te voy a acabar! —grité, sintiendo una furia que nunca antes había conocido.

Ella intentó golpearme con el codo, pero falló.

La tiré hacia atrás y le di un puñetazo en las costillas.

El sonido fue diferente al del primero. Más sordo.

Ella gritó, encogiendo el cuerpo instintivamente para proteger el costado golpeado.

Me levanté.

Mi respiración estaba descontrolada.

Corrí hacia la mesa.

Me agaché.

Mis dedos encontraron el frío metal del revólver.

Lo saqué de debajo de la estructura, levantándome con el arma en las manos.

Pesada.

De verdad.

Cuando me di la vuelta, Gibriela estaba de pie otra vez.

Tambaleándose, pero de pie.

Tenía el rostro marcado. Un hilo de sangre le bajaba por la comisura de los labios.

Ella vio el arma en mis manos.

Y se detuvo.

Levantó las manos lentamente.

—Nunca has matado a nadie —dijo, con la voz entrecortada —. No eres como él.

Sentía cómo me temblaban las manos.

Mi dedo descansaba sobre el gatillo.

No sabía si lo estaba sujetando bien.

Pero sabía apuntar.

Ella dio un paso hacia mí.

—No sabes disparar —me provocó, a pesar del dolor evidente en su rostro—. No tienes valor.

Todo mi cuerpo temblaba.

Sentía cómo las lágrimas caían, mezclándose con el viento.

Ella dio un paso más.

— Vas a temblar. Vas a dudar. Vas a bajar ese arma.

Pensé en el borde de la azotea detrás de mí.

Pensé en la habitación del bebé.

Pensé en la sonrisa de Askanor aquella mañana.

—Puede que nunca haya matado a nadie —dije, con la voz quebrada, pero firme—. Pero para proteger a mi hijo… haría cualquier cosa.

Ella dio un paso más.

Fue rápido.

Instintivo.

Mi dedo apretó el gatillo.

El disparo rasgó el aire.

El retroceso del arma casi me arrancó el revólver de la mano.

La bala le dio en el hombro.

El impacto hizo que su cuerpo girara hacia un lado antes de que cayera al suelo con un grito agudo.

Se agarró el hombro de inmediato, y la sangre comenzó a manchar la tela. Yo seguía apuntando.

Mi visión parecía estrecha.

Solo ella.

Solo la amenaza.

Fue entonces cuando oí pasos que corrían.

La puerta se abrió de golpe.

—¡Valentina!

La voz de Askanor atravesó el aire como una orden.

Giré la cabeza.

Se dirigió directamente hacia mí, con los ojos evaluándolo todo en cuestión de segundos. Detrás de él, los soldados se abalanzaban sobre Gibriela.

La inmovilizaron en el suelo a pesar de estar herida. Uno de ellos le presionó el brazo hacia atrás, otro le sujetó las piernas.

Ella gritaba de dolor y de rabia, pero no tenía control sobre la situación.

Volví a sentir el peso del arma en mis manos.

Y la solté.

El revólver cayó al suelo con un sonido metálico.

Fue entonces cuando mi cuerpo finalmente cedió.

Askanor *me* sujetó antes de que perdiera el equilibrio.

Me aferré a él.

Hundí la cara en su pecho.

Y lloré.

—Se acabó —dijo él, sujetándome la cara con firmeza—. Se acabó.

Temblaba.

Me acarició el pelo con la mano, luego me pasó la mano por la cara, comprobando si tenía alguna herida.

—¿Estás herida?

Negué con la cabeza.

—Él… —mi mano se dirigió hacia mi vientre.

Askanor puso su mano sobre la mía de inmediato.

—No pasa nada. Estoy aquí, mi amor.

Respiré hondo, tratando de sentir.

Nada más que mi propio corazón, que latía desordenadamente.

Allí, en el suelo, los soldados levantaban a Gibriela, con el hombro ensangrentado y la mirada aún llena de odio.

Pero ahora había algo más allí.

Derrota.

El viento seguía soplando.

La ciudad seguía viva.

Pero yo ya no era la misma mujer que había subido a esa azotea unos minutos antes.

Había avanzado.

Había luchado.

Había disparado.

No por venganza.

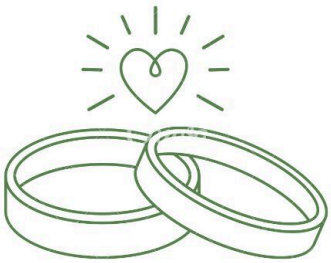
Por instinto.

Por protección.

Y mientras Askanor me sostenía firme entre sus brazos, comprendí algo con absoluta claridad:

No era solo su esposa.

Yo era la leona que protegería a su cachorro hasta el último aliento.



EPÍLOGO

Valentina Rocci

Un año y unos meses después

La calle estaba vacía y en silencio...

Caminaba sola, descalza, sintiendo el asfalto frío bajo los pies. No había farolas encendidas. No había coches. No había casas con luz en las ventanas.

Solo la sensación de que algo me observaba.

Mi corazón latía de forma extraña, ansiosa.

Sabía que no debería estar allí, pero seguía caminando.

Fue entonces cuando la vi.

En medio de la calle.

Gibriela.

Inmóvil.

El pelo suelto, azotado por un viento que yo no sentía en la cara. La mirada fija en mí, intensa, atravesada por algo que nunca desapareció del todo de mi memoria.

Ira.

Levantó el brazo.

El arma apareció en su mano como si siempre hubiera estado allí.

—Te voy a matar —dijo, con la voz resonando en la calle desierta—. Y a tu hijo.

Mi cuerpo se paralizó.

Intenté correr, pero mis piernas no me obedecían.

Se oyó el disparo.

Me desperté.

El aire entró en mis pulmones con violencia, como si me hubiera quedado sumergida.

La habitación estaba a oscuras.

Mi corazón latía desordenadamente.

Por un segundo, no sabía dónde estaba.

Entonces reconocí el techo. Las cortinas. El olor familiar.

Estaba en casa.

Pasé la mano por el borde de la cama.

Vacío.

El lugar de Askanor estaba frío.

Me senté rápidamente en la cama, ajustándome la camisola por los hombros.

Miré el reloj de la mesita de noche.

02:07.

Respiré hondo.

Aún era de noche.

Giré el cuerpo hacia la cuna que estaba junto a la cama.

Vacío.

El mundo pareció inclinarse.

Me levanté rápidamente, mis pies tocaron el suelo frío.

—¿Leo? —mi voz salió baja, tensa.

Me acerqué a la cuna.

Nada.

La manta doblada.

La almohada pequeña.

Pero él no estaba allí.

Mi corazón volvió a acelerarse, esta vez no era un sueño.

Era real.

Salí corriendo de la habitación, sujetándome el camisón contra el cuerpo.

El pasillo estaba en silencio. Las luces apagadas.

Bajé las escaleras, agarrándome a la barandilla.

Entonces lo oí.

Un sonido.

Bajo.

Que venía del salón.

Algo alegre.

Una serie de dibujos animados.

Reconocí la banda sonora incluso antes de doblar la esquina del pasillo.

Corrí hasta el salón.

Y me detuve.

Askanor estaba sentado en el sofá.

Relajado.

Con Leo en el regazo.

La televisión los iluminaba a ambos con destellos de colores mientras Tom perseguía a Jerry en la pantalla.

Mi corazón se ralentizó tan rápido que me dolió.

Me llevé la mano al pecho.

Askanor volvió la cara al darse cuenta de mi presencia.

Sonrió.

—Te has levantado temprano.

Su voz era tranquila, divertida.

Leo estaba sentado en su regazo, vestido con un mono azul claro. El pelo oscuro revuelto, las manitas agarrando la camisa de su padre.

—Se ha despertado —explicó Askanor—. Le he dado leche. Después hemos venido a ver dibujos animados.

Leo giró la cara hacia mí.

Sus grandes ojos brillaron al verme.

Y sonrió.

Esa sonrisa que disipa cualquier miedo.

Mis piernas se debilitaron por otra razón.

Me acerqué a ellos lentamente.

—¿Por qué no me despertaste? —pregunté, recuperando el aliento.

Askanor se encogió de hombros.

—Necesitabas dormir.

Su naturalidad contrastaba con el torbellino que aún se agitaba dentro de mí.

Extendí los brazos.

—Ven aquí, mi amor.

Leo se inclinó hacia mí.

Lo cogí en brazos y lo abracé con fuerza, hundiendo la cara en su cuello. El olor a leche y jabón infantil me devolvió al presente.

Él soltó una risita, agarrándome el pelo.

—Se está volviendo igual que su papá —dije, mirándole la carita.

Askanor se rió.

—Por fin alguien ha heredado algo bueno de esta familia.

Puse los ojos en blanco, sonriendo.

—Yo fui quien dio a luz a este bebé. Y ha nacido como una copia tuya.

Leo soltó un sonido animado, como si estuviera de acuerdo con la propia genética.

Askanor asintió con la cabeza.

—Estoy dispuesto a tener muchos hijos. Así que aún tienes la oportunidad de que nazca alguno que se parezca a ti.

Lo miré.

— ¿Muchos?

Él sonrió de esa forma que mezcla provocación y sinceridad.

—Una casa llena.

Asentí con la cabeza, riéndome entre dientes.

— Vamos con calma.

Se levantó y se acercó a nosotros.

Me rodeó la cintura con el brazo, acercándonos el uno al otro.

Leo se quedó entre nosotros dos, pequeño y calentito.

La televisión seguía con persecuciones exageradas y caídas imposibles.

Respiré hondo.

El sueño aún estaba fresco en mi memoria.

La calle vacía.

El arma.

La amenaza.

Pero allí, en la sala iluminada por la televisión, con mi hijo a salvo en mis brazos y Askanor a mi lado, la realidad era otra.

Besé la frente de Leo.

—Mamá está aquí.

Él aplaudió, distraído con los dibujos animados.

Askanor *me* observaba ahora con una mirada más atenta.

— ¿Una pesadilla?

Dudé.

Luego asentí.

Me acarició el brazo suavemente con el pulgar.

— No pasa nada.

Sabía que no lo decía por decir.

Me tranquilizaba.

Y, por primera vez desde que me desperté, sentí que mi cuerpo se relajaba de verdad.

Nos sentamos de nuevo en el sofá.

Leo se acomodó entre nosotros.

Askanor me rodeó los hombros con el brazo.

Tom se cayó de un edificio en la televisión y se levantó ileso al segundo siguiente.

Solté una pequeña risa.

—Nunca aprende —murmuré.

—La perseverancia es una virtud —respondió Askanor.

Apoyé la cabeza en su hombro.

La mansión estaba tranquila y segura.

Leo soltó otra carcajada, señalando la pantalla.

Y comprendí algo en aquella tranquila madrugada.

Algunos fantasmas no desaparecen.

Simplemente pierden fuerza cuando la vida sigue.

Y allí, poco después de las dos de la madrugada, viendo dibujos animados con mi familia, decidí quedarme en el presente.

Donde nadie apuntaba con ningún arma.

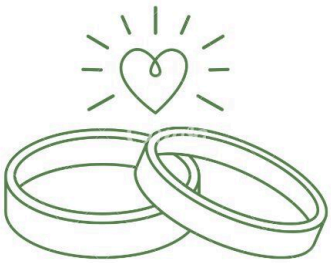
Donde mi hijo estaba vivo.

Donde los tres estábamos juntos.

Y eso era más fuerte que cualquier pesadilla.



FIN



PRÓXIMAMENTE

¡Muchas gracias por leer esta obra!

Al igual que todo lo que escribo, este libro lleva un mensaje. Espero que te haya llegado en el momento ideal.

Sin un propósito, nada tiene sentido.

Ahora quiero dar las gracias a las lectoras que conozco:

Karol Magalhães, Maria das Graças, Jéss, Kadja, Kelli, Luzinete, Regina, Itala, Cristinaaa, Mônica, Fefe, Nininha, Ana Castello, Neliane, Kyellem, Kuquinha, Ceu, Mara, Nath, Jari, Daniele, Drika, Aline, Francine, Samara, Gisele, Paty, Renata Perigosa, Valquíria, Gleice, Lúcia Postal, Carol, Liliane, Daniele, Marcia, Morgana, Lígia, Simone, Tainara, Rosângela, Suellen, Roberta, Cássia, Vanusa, Kelly, Renata Boazinha, Lygia, Nina, Alessandra, Fernanda, Jéssica, Daianna, Thay, Letícia, Mara, Thais, Katia, Mel, Carmen, Daniele, Graciela, Geusa, Tamy, Cacau, Babi, Maria Eduarda, Camille, Maryse, Alanis, Ana Carolina, Ana Lafayette, Ana Proença, Carla da Luz, Cicera, Daylene, Elis, Josilene, Lu Orlandi, Mariana, Salgueiro, Mariana Whisky, Gisele Alves, Pat, Tamara, Roh, Maryse, Neliane, Thaisa, Cris Araújo, Danusa, Wanessa, Cecília Fidelis, Michele Leal, Fran Silva, Daniele Ribeiro, Cris Araújo, Fernanda Ferreira, Betchê, Malvina, Cléa, Sirlene y Lucrecia.

Si sigues mi trabajo y no has visto tu nombre ahí, ¡por favor, envíame un mensaje para que lo incluya en el próximo libro! <3

También le doy las gracias a mi querida beta, correctora y diseñadora de la portada. Además, ¡también le doy las gracias a todas las lectoras que ni siquiera conozco!

Todas habéis contribuido a que esta novela se publique, así que, ¡muchísimas gracias de verdad!

Si te ha gustado esta obra, por favor, no te olvides de **valorarla**. Esto ayuda muchísimo a llevar esta historia a más gente, a saber cómo mejorar para los próximos libros y me anima a escribir cada vez más.

Si tenéis alguna duda, podéis enviarme un mensaje directo a mi Instagram a **@autor.misterz**.

¡Me encanta recibir mensajes de las lectoras!

Una vez más, ¡muchísimas gracias!

LIBROS DE ESTE AUTOR

El Viudo Del Viñedo: El Jefe Que Nunca Debí Amar

Leonardo Valenti es todo lo que una mujer debería evitar: poderoso, controlador y peligrosamente irresistible. Director ejecutivo de una reconocida bodega italiana, ha construido un imperio regido por reglas estrictas y silencio absoluto. Los sentimientos no forman parte del contrato. Mucho menos el compromiso con las empleadas.

Aurora Moretti necesita ese trabajo. Necesita empezar de nuevo. Fuerte, inteligente y decidida, acepta ser la secretaria de un hombre conocido por su temperamento difícil y su mirada fría. Lo que Aurora no esperaba era que trabajar para Leonardo significaría librar una batalla diaria contra su propia atracción.

Entre órdenes secas, discusiones cargadas de tensión y silencios que queman más que las palabras, la línea entre el odio y el deseo comienza a desaparecer. Lo que nace allí no es seguro. Ni está permitido. Y mucho menos es fácil de controlar.

Pero Leonardo guarda secretos que pueden destruirlo todo. Y cuando el pasado de ambos choca con un peligro real, Aurora se ve en medio de un juego donde el poder, la obsesión y la protección van de la mano.

Él hará cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Hasta cruzar límites irreversibles.

Entre el deseo prohibido, las decisiones extremas y un embarazo inesperado, Aurora debe decidir si es posible amar a un hombre capaz de todo... incluso de matar por ella.

Una novela apasionante, intensa y adictiva sobre un CEO dominante, una mujer que no se doblega y un amor que nace en medio del caos, la pasión y el peligro.

Para lectoras que aman las novelas contemporáneas apasionadas, los jefes irresistibles, la tensión emocional, los secretos oscuros y los finales apasionantes.
